
Un Desafío en el Polo

Emilio Salgari

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 2258

Título: Un Desafío en el Polo

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 22 de febrero de 2017

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

CAPÍTULO I. LOS DOS RIVALES

—Hurrah for miss Ellen!...

—Hurrah for Montcalm!

—Hurrah for Torpon!...

Estas exclamaciones salían de diez mil pechos, o quizás de más, con un fragor ensordecedor, casi espantoso.

Si las aguas del lago Ontario hubiesen roto sus diques y se hubiesen desbordado con ímpetu irrefrenable a través de la pequeña y graciosa ciudad canadiense de Kingston, no habrían producido mayor estruendo.

Parecía que una repentina locura habíase apoderado de aquellas diez mil personas, norteamericanas unas, canadienses otras e inglesas el resto, reunidas aquende el San Lorenzo y que se estrujaban dentro de un vastísimo recinto, improvisado como mejor se pudo con rústicos maderos, pero bien provisto de mostradores en los que se delineaban infinitos regimientos de polvorientas botellas.

—¿Es la rubia miss?

—¡Sí, sí, es ella que llega con su automóvil de ochenta caballos!

—No, son los dos aspirantes a su mano.

—¡Cien dólares a que es miss Perkins! ¿Quién acepta?...

—¡Mil a que son Montcalm y Torpon!

—¡Quinientos a que son dos fastidiosos policemen que

vendrán a prohibir hasta aquí el *match* de box!

—Si son ellos les recibiremos a puntapiés.

—No, los arrojaremos al San Lorenzo con las manos atadas a la espalda.

—¡Adelante los fuertes!

—¡Mueran los *policemen*!

—¡Estúpidos!... ¡Es el automóvil de *miss Ellen*!... ¿Están ustedes ciegos? ¡He ganado quinientos dólares!... ¡Puedo ir a tomar un *crabmeat cocktail*!

—*Hurrah for mis Ellen*!

Sobre una inmensa y recta carretera, flanqueada por una doble fila de gigantescos pinos, un punto negro, que por momentos se hace más visible, destacase sobre la ligera capa de nieve, dejando atrás una nube de nevisca.

No puede ser sino un automóvil lanzado a velocidad vertiginosa, quizá a cien kilómetros por hora.

Los diez mil espectadores, después de haber aullado como lobos, y luego de haber enronquecido a fuerza de gritar *hurrah*, desbandáronse a derecha e izquierda, apretujándose contra las cuerdas y volcando, en su fulmínea retirada, más de un mostrador con sus botellas respectivas.

¡Caramba!... No había que vacilar un momento, tratándose del automóvil de la bellísima Ellen Perkins, la más atrevida *sportwoman* de todos los Estados de la Unión Americana, y demasiado conocida ya hasta en el Canadá, donde había atropellado, en sus locas carreras, una media docena de personas.

—¡Ancho campo! ¡Ancho campo! —gritaban en todos los lados.

Aquella magnífica carretera blanca y recta, terminaba

precisamente en el espacioso recinto ocupado por la enorme multitud de apostadores empedernidos y de sportmen, llegados de todas las ciudades canadienses y de las poblaciones situadas en la próxima frontera norteamericana.

El automóvil, que avanzaba con la velocidad de un tren expreso americano, no se detendría hasta llegar al centro de la pista; y, dado el ímpetu que llevaba, era muy probable que ocasionase algunas desgracias.

Entretanto el entusiasmo de los espectadores iba en aumento. Parecía que las gargantas, excitadas por los repetidos tragos de *whisky* y de *gin*, hubieran adquirido una potencia extraordinaria, porque los *hurrah* podían oírse en el cielo.

No se percibía ya el murmullo del vecino San Lorenzo, apagado por el ruido de la muchedumbre.

—*Hurrah for miss Ellen!... Hurrah!... ¡Hurrah por Montcalm!... ¡Hurrah por Torpon!...*

Y estas voces, aunque enronquecidas, fundíanse en un estrépito ensordecedor. Ni el océano Atlántico, en los días de sus más furiosas tempestades, hubiera podido vencer un concurso de tan espantoso estruendo.

El automóvil era ya visible a simple vista: un magnífico carruaje, de diez asientos, cerrado, pintado de color amarillo, y ocupado por cinco personas.

Iba al volante, guiando con sorprendente maestría, una joven bellísima, de cabellos rubios, ojos azules de extraños cambiantes, y rasgos fisonómicos demasiado enérgicos, quizá, para ser de mujer.

A sus espaldas iban dos jóvenes, de veinticinco a treinta años, moreno, de poblada barba y de aspecto distinguido el uno, rubio, algo grueso y afeitado como un ministro anglicano el otro.

Tras de éstos iban otros dos, de aspecto terrible, corpulentos como bisontes, de estatura gigantesca y brazos y piernas que pondrían pavor en los hombres de más recia complexión de los Estados Unidos y aun del Canadá.

El automóvil, guiado por la *miss* con una seguridad y destreza maravillosas, entró en la pista con una velocidad vertiginosa, hizo dos virajes magníficos entre los aplausos delirantes de la multitud y se detuvo, casi de golpe, precisamente en el centro.

Miss Ellen, que debía poseer una musculatura esencialmente yanqui, frenó con una exactitud sorprendente, arrancando a las diez mil personas que se apiñaban en torno de la rústica barrera y de los bars improvisados, gritos de admiración.

—Señor —dijo un joven de veinticuatro o veinticinco años, de rubios y finos bigotes y de formas casi hercúleas, a un gigantesco norteamericano que estaba embutido en enorme abrigo y llevaba en la cabeza una monumental chistera, el cual interrumpía de vez en cuando sus gritos con objeto de apurar un vaso de fortísimo aguardiente—. Señor, esa espléndida criatura guía su automóvil mejor que el más famoso chófer de Europa y de América.

El yanqui, que se disponía a lanzar su centésimo *hurrah*, se volvió hacia el joven y le miró casi compasivamente.

Tomó otro sorbo de *gin cocktail*, y dijo luego con acento marcadamente irónico:

—Pero, ¿de dónde viene usted?

—De Inglaterra.

—¿Y procede usted de Quebec o de Montreal?

—Hace sólo cuarenta y ocho horas...

—By God!... Entonces me explico su ignorancia —repuso el gigantesco yanqui, acariciando su barba mefistofélica.

—¿Qué quiere usted decir, caballero? —dijo el joven inglés, estirando los brazos en actitud amenazadora.

—Que usted no sabe quién es esa espléndida criatura que guía tan maravillosamente ese magnífico automóvil.

—En efecto, caballero.

—Le creo —repuso el yanqui, después de haber bebido otro sorbo de aguardiente.

—¿Tendría usted la bondad de decirme quién es?

—Miss Ellen Perkins.

—Quedo tan enterado como antes.

—Se asegura que es la muchacha más audaz de todos los Estados de la Unión. ¡Ah!, y es preciso creerlo: amazona intrépida, que desafía y vence hasta a los más famosos cow-boys del Far-West; remera insuperable, automovilista, esgrimista, luchadora y qué sé yo cuántas cosas más... Es la reina del sport

—¿Y qué viene a hacer aquí, señor..., si no le importuno?

—Todo lo contrario. La hermosa miss, pues convendrá conmigo en que es hermosísima...

—No soy ciego, gentleman, y por los bellos ojos de esa joven encantadora sería capaz de desafiar nuevamente a todos los estudiantes de la Universidad de Cambridge a carreras, al salto, a tirar la barra...

—¡Ah!, es usted también sportman —interrumpió el yanqui—. Entonces comprenderá mejor que yo estas cosas. Bueno; pues sepa que dos hombres se disputan la mano de esta bellísima joven, y son, precisamente, los más célebres sportmen

de la América del Norte. Si no fuesen tales, habrían debido renunciar en seguida a la esperanza de conquistarse el corazón de esa muchacha.

—¿Quiénes son?... Mas, perdone; entretanto que los demás se desgañitan, le ruego que acepte un *crabmeat cocktail*, con tanta más razón cuanto que su vaso está vacío.

—Un yanqui no rehúsa jamás, joven —dijo el norteamericano, dirigiéndose al puesto más próximo.

El inglés echó sobre el banco del bar una reluciente libra esterlina, acompañada de un suspiro, y gritó a voz en cuello, para hacerse oír en medio del ruido ensordecedor que iba en aumento en la pista:

—¡Pronto! ¡Dos *crabmeat*!... No tenemos tiempo que perder.

No había terminado aún, cuando un mozo negro, de grandes ojos que parecían de porcelana, ponía ante ellos una bandeja con dos grandes vasos llenos de una mezcla, en la que flotaban unos pedazos de hielo, que despedía extraños aromas.

Un europeo seguramente hubiera vacilado antes de tragarse aquella pócima, tan exquisita, sin embargo, para los paladares norteamericanos, ávidos siempre de bebidas extravagantes. ¿Qué hay mejor, para ellos, que un *crabmeat*?

Figúrense ustedes que entran en su composición carne de cangrejo de mar, bien triturada, salsa de tomate, pimentón, marsala y, por añadidura, medio vaso de *gin cocktail*.

Mientras el norteamericano pescaba ávidamente en su vaso los fragmentos de cangrejo, no cesaba en su charla, entretanto que el inglés hacía poco honor al *crabmeat* que había pedido más por curiosidad que por deseo.

—Como iba diciendo —prosiguió el yanqui, cuya voz ronca se distinguía muy bien entre los incesantes *hurrah* de la

muchedumbre delirante—, dos hombres, verdaderamente extraordinarios, se disputan el corazón de *miss Ellen Perkins*.

Uno de ellos es un noble canadiense, descendiente, según se dice, de aquellos famosos Montcalm que defendieron denodadamente este país contra ustedes, los ingleses.

El otro es un compatriota mío, el señor Torpon, hijo de un gran fabricante de automóviles de Boston, poseedor de no sé cuántos millones.

—¡Ah! —exclamó el joven inglés, que parecía vivamente interesado en aquellas explicaciones.

—El señor Montcalm goza fama de ser el más célebre sportman del Canadá, y mi compatriota cree ser el más famoso de los Estados Unidos.

—¿Y cuál de los dos ha abierto brecha en el corazón de la endiablada muchacha?

—Que yo sepa, hasta ahora ninguno; pero se susurra que *miss Ellen*, en el fondo, ama a los dos.

—¡Gran corazón!...

—Poco a poco, joven —dijo el yanqui frunciendo el ceño—. Una joven de nuestra tierra no tiene más que una palabra y moriría antes de faltar a ella.

—¿Qué quiere usted decir, gentleman? —preguntó el inglés con cierto dejo de ironía.

—Que ha jurado casarse con el más fuerte de los dos campeones, y no será perjura.

—¿Y cuál es el más fuerte?

—No se sabe todavía, pues parece que un adverso destino persigue obstinadamente a los dos campeones. Se han desafiado a espada, hiriéndose mutuamente; se han desafiado

a caballo, y ambos han caído al salvar el mismo obstáculo; desafiáronse, por último, a una carrera de canoas-automóviles, y las máquinas de ambas embarcaciones estallaron en alta mar, sin que se sepa aún por cuál camino lograron salvarse...

—¿Y ahora?

—El desafío es a puñetazo limpio.

—¿Qué dice usted, gentleman?

—Que vamos a presenciar un magnífico *match* de box. El vencedor obtendrá la mano de *miss* Ellen, pues así lo ha prometido solemnemente.

—¿Y han venido aquí para llevar a cabo el duelo?

—Querido joven, este asunto ha dado mucho que hablar en la otra orilla del San Lorenzo, y la policía intervino para evitar que estos dos valientes se destrocen recíprocamente; por esta razón nos hemos pasado al territorio canadiense. En Inglaterra está permitido el pugilato.

—¡Oh!

—¿Quiere usted decir que no? Pues en su país se desquijarran impunemente a fuerza de puñetazos.

—En otros tiempos, sí; pero ahora está prohibido semejante espectáculo.

El yanqui rascóse la barba haciendo un gesto de contrariedad.

—¡Estaría bueno que viniesen los *policemen* ingleses a descomponernos el cuadro! —dijo al cabo de una breve pausa—. Lo sentiría, porque llevo apostados cien dólares.

—¿Por su compatriota?

—No, por el canadiense.

—¡Cómo!

—Los negocios son negocios, querido joven, y yo tengo más confianza en el señor Montcalm que en Guillermo Torpon.

—Es extraño.

—¡Qué quiere usted! Aunque mi compatriota es más alto y más grueso que el canadiense, estoy seguro que aquél perderá la mano de *miss* Ellen Perkins.

—¿Son ricos ambos rivales?

—No son Pierpont Morgan, ni Carnegie, ni Wanderbild; sin embargo, pueden permitirse el lujo de tirar impunemente algún centenar de miles de dólares. Mi compatriota ha heredado de su padre media docena de pozos de petróleo, que parecen inagotables; el señor Montcalm, por su parte, es uno de los más ricos propietarios de terrenos del Canadá.

—¿Y la *miss*?

—Posee bastantes millones. Su padre, que era propietario de una línea de navegación, le ha dejado una bonita hucha, que aceptaría yo con mucho gusto.

—Junto con los bellos ojos de la *miss*, ¿verdad?

—En cuanto a eso no sé qué decirle. Preferiría que no entrasen en el negocio.

—Son bellísimos, gentleman.

El norteamericano, para no responder, apuró de un trago el contenido del vaso, sacó luego del bolsillo una tablita de tabaco, y cuando hubo masticado unos instantes, dijo:

—Me parece que los *partners* (padrinos) se han puesto ya de acuerdo y va a empezar la lucha. ¿Quiere usted acompañarme? No perdamos tan magnífica ocasión.

—Vamos, *gentleman*.

Estaban a punto de confundirse entre la muchedumbre, que no había dejado de moverse furiosamente y de desgañitarse con sus *hurrah* cada vez más roncós, cuando se oyó un grito formidable, que dominó aquel estruendo terrible:

—¡Los *policemen*!

Un silencio sepulcral sucedió a la batahola infernal que reinaba antes de oírse el fatal anuncio. Diríase que las úvulas de aquellos diez mil espectadores habíanse roto de repente.

Pero aquello sólo tuvo la duración de pocos segundos.

—¿Dónde están esos bribones?

—¡Copémoslos!

—¡Tirémoslos de cabeza al San Lorenzo!

—¡Muera la policía!

Un enorme automóvil, de color gris, acercábase rápidamente a la pista, siguiendo el mismo blanco camino que poco antes recorriera el de *miss Ellen Perkins*.

Montábanlo seis hombres, armados de mazas, y sus uniformes no dejaban lugar a dudas acerca de su condición. Eran *policemen* del Dominio que llegaban, probablemente, con orden de impedir la lucha de box, que podía terminar de un modo igualmente trágico para ambos contendientes.

El automóvil, lanzado a toda velocidad, pasó como un rayo a través de la ancha entrada abierta de la empalizada, haciendo huir precipitadamente a los espectadores, y después de haber virado con grande estrépito, fue a detenerse junto al de *miss Ellen*.

Precisamente en aquel momento el señor Montcalm y *master*

Torpon habían ocupado sus puestos para la lucha, uno frente al otro, prontos a romperse las costillas o a estropearse el rostro, por los bellos ojos, y por los millones también, de la linda norteamericana.

El jefe de los *policemen* habíase puesto de pie, y luego de reclamar silencio con un gesto enérgico, gritó con voz poderosa:

—En nombre de la ley y en virtud del mandato que he recibido, me opongo a la lucha que iba a empezar. ¡Obedezcan ustedes!...

Un aullido espantoso acogió estas palabras.

—¡Mueran los *policemen*!

—¡Al río, al río con ellos!

—¡Atémoslos!

Primero ciento, luego mil hombres, presas de un verdadero furor, se abalanzaron sobre el automóvil.

El jefe de los *policemen*, que, sin duda, esperaba este acto, saltó ágilmente a tierra antes de que se cerrase el círculo, y echó a correr desesperadamente a través de la pista, agitando con fuerza su maza, sin parar mientes en si rompía cabezas o hundía costillas.

Sus compañeros, sorprendidos por tan inesperado ataque, habían permanecido en el automóvil, fuertes en la razón de la ley.

Pero habían echado mal sus cuentas. En un momento cien manos robustas cayeron sobre ellos, levantaron en vilo a unos, arrastraron a otros, oprimiéndoles la garganta o sujetándolos por los brazos o las piernas y los arrojaron brutalmente al suelo, donde pronto estuvieron desarmados de sus mazas.

Los desgraciados, maltrechos todos, apenas tocaron el suelo, viéronse por los aires, con los uniformes hecho jirones.

La multitud furiosa quería su parte.

Aquellos pobres diablos, atontados, magullados, contusos, medio desnudos, pasaban sobre las cabezas de los espectadores, arrojados como pelotas de goma. Los yanquis, sobre todo, eran los más feroces.

Tal vez no se habían encontrado jamás en una fiesta semejante.

—¡Arriba la ley! —gritaban.

—¡Arriba, arriba! ¡Otro vuelecito!... Hurrah!

Hurráh!...

Los cinco policemen, más muertos que vivos, saltando y rebotando sobre las relucientes chisteras de los espectadores, dieron con sus molidos huesos sobre el mostrador de un bar, haciendo añicos botellas, vasos y copas y poniendo en precipitada fuga al dueño y a sus mozos.

Una idea infernal asaltó un cerebro exaltado.

—¡Démosles de beber!

—¡Sí, emborrachemos a la ley! —respondieron mil voces riendo a carcajadas.

—¡No, llenémoslos de *crabmeat cocktail* hasta que revienten!

—¡No, no; que beban *gin cocktail*!... Les sentará mejor...

—¡Y *whisky*!

—¡Magnífico! ¡Pronto!

Siete u ocho *bookmakers*, los más furibundos de todos, como

que en aquella inesperada intervención de la policía veían comprometidos sus intereses, basados exclusivamente sobre las apuestas y las cuotas de los dos combatientes, cayeron sobre los cinco desgraciados, claváronlos en el suelo, como suele decirse, y les sujetaron fuertemente.

Otros tomaron las pocas botellas que habían quedado intactas, todas de cabida de un litro, y las vaciaron a viva fuerza en la boca de los *policemen*.

Los pobres diablos apretaban los dientes y hacían esfuerzos sobrehumanos para librarse de las manos de hierro que los sujetaban; pero todo inútil. Los dedos brutales apretábanles la nariz y no había más remedio que beber o morir asfixiados.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaban los espectadores, que se apretujaban furiosamente—. ¡Den de beber a la justicia!... ¡Embriaguen a la ley!...

Las botellas seguían vaciándose, y los *policemen* bebiendo desesperadamente, resoplando, contorsionándose...

Sus ojos se hinchaban y parecía que, de un momento a otro, saldrían de sus órbitas; sus dientes rechinaban al chocar con los cuellos de las botellas, tratando en vano de romper el vidrio.

El *whisky* y el *gin gross* gorgorea en sus gargantas. Una borrachera fulminante se apodera de los cinco representantes de la ley, los cuales acaban por quedar inmóviles, como muertos.

—¡Basta! —exclamaron los *boomakers*—. Durante veinticuatro horas, por lo menos, la policía no podrá molestarnos. *Gentlemen!*... ¡Los campeones nos esperan! ¡Mantengamos las apuestas!...

CAPÍTULO II. UN MATCH DE BOX

Durante aquella baraúnda, los campeones canadiense y norteamericano no se habían separado del automóvil de *miss Ellen*, que estaba graciosamente apoyada en el volante.

Los respectivos *partners* les acompañaban, hablando tranquilamente con sus apadrinados, a los que hacían continuas recomendaciones para que se portasen como buenos ante un público que era, en resumidas cuentas, el que había de juzgar acerca de la superioridad de la escuela norteamericana o de la canadiense.

Al ver que la muchedumbre se aglomeraba de nuevo en derredor de la pista, los dos campeones apresuráronse a despojarse de sus ropas, dejando al descubierto sus pechos y espaldas, a pesar del frío intenso que reinaba en la inmensa región canadiense.

Era necesario terminar pronto, porque el jefe de los *policemen*, aunque vigorosamente perseguido por media docena de excelentes corredores, había ganado la blanca carretera, antes de ser alcanzado, y desaparecido por la parte del río, en busca, tal vez, de una oficina telegráfica.

—Señor Montcalm —dijo Torpon, luego de haber estirado repetidas veces los brazos y golpeándose el ancho pecho—. ¿Quiere usted que comencemos? Ardo en deseos de saber si, al fin, se cansará el destino de mantenernos a un mismo nivel. *By-good!*... Uno de nosotros debe ser, necesariamente, más fuerte, y ganará la partida.

—Cuando usted guste, caballero —repuso el canadiense, que se estaba habiendo frotar los músculos de los brazos por su *partner*, que había sido su maestro.

—Miss Ellen, abra usted bien los ojos, y que no le pase inadvertido ni un golpe, pues usted sola será juez competente.

La joven esbozó una sonrisa de satisfacción, levantó las manos del volante, y después de haberse alisado, con un movimiento brusco, sus rubios cabellos, se puso de pie.

—Miss Ellen —dijo a su vez el canadiense—: ¿Usted mantiene su juramento?

—¡Más que nunca! —contestó la joven norteamericana—. Otorgaré mi mano al vencedor.

—Gracias, *miss*. Señor Torpon, estoy a sus órdenes.

Los dos *partners* hiciéronse a un lado, y sacaron de los bolsillos sus cronómetros de oro para contar los minutos.

El canadiense y el yanqui se inclinaron ante *miss* Ellen y pusiéronse en guardia, después de estrecharse las manos a la americana, esto es, a riesgo de desarticularse los brazos, mientras los diez mil espectadores prorrumpían en un último y más rimbombante *hurrah*.

Pusiéronse en guardia con los puños cerrados, a la altura del rostro, firmemente apoyados sobre la pierna derecha, en una posición que demostraba cuán bien conocían ambos el terrible y peligrosísimo arte del box.

Los *hurrah* habían cesado repentinamente. En la pista reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por el resollar afanoso del automóvil de *miss* Ellen.

Hubiérase dicho que aquellas diez mil personas no respiraban ya. Los dos campeones se miraron unos momentos en los ojos, y enseguida el norteamericano dio el primer paso, tirando al canadiense un formidable *fist-shoke* que, de no haber fallado, le hubiera roto, seguramente, por lo menos, un

par de costillas, o hacerle arrojar algunos dientes sobre la pista.

El adversario, aunque aparentemente era menos robusto, supo parar el golpe con tanta rapidez y maestría, que arrancó a los espectadores gritos de entusiasmo.

Miss Ellen también se había dignado aprobar con un ligero movimiento de cabeza.

—By God!... —gruñó el yanqui desconcertado—. No le suponía tan diestro, señor Montcalm. Creía deshacerme de usted fácilmente, pero ahora me doy cuenta de que he de habérmelas con un boxeador de primera fuerza. ¡Bah!... ¡Ya veremos el final!

El canadiense se limitó a sonreír y a mirar rápidamente a miss Ellen.

La joven americana, de pie detrás del volante, permanecía inmóvil. Sus ojos, empero, despedían llamas.

—¡Cuidado, señor Montcalm! —dijo el americano, que se había puesto de nuevo en guardia—. Le advierto que voy a ensayar en usted un golpe terrible que me ha enseñado mi maestro, y que, si resulta, le abrirá el cráneo, en el caso de que no le haga saltar los ojos de sus órbitas. Le llaman el golpe de Tom Powell.

—Hable usted menos y obre más, señor Torpon —repuso el canadiense—. ¿No siente este aire que hiela el aliento?

—Nosotros, los yanquis, estamos acorazados contra el frío lo mismo que contra el calor. No en balde nos llaman medio hombres y medio cocodrilos. Arránqueme usted las escamas si es ca...

Interrumpió la frase para lanzar un grito de dolor. El puño del canadiense había caído con la rapidez del rayo sobre su pecho, haciéndole resonar como un bombo.

—¡Ay! —exclamó el yanqui, haciendo una horrible mueca y retrocediendo un paso.

—¿Se le ha roto alguna escama al cocodrilo? —preguntó irónicamente el canadiense.

—¡Oh, no!... Son muy sólidas las mías.

Un *hurrah* fragoroso, lanzado por los canadienses y los ingleses que presenciaban la lucha, saludó aquel primer golpe.

Los americanos respondieron con rugidos e imprecaciones, porque habían apostado muchos dólares por su compatriota.

Los *partners* se acercaron a los dos campeones, ofreciéndoles sendos vasos de *gin cocktail* para que entrasen un poco en calor y pudiesen resistir mejor el frío que amenazaba con aumentar más bien que con disminuir, e inmediatamente hicieron la señal de ponerse en guardia.

El yanqui, que se había repuesto en seguida del terrible puñetazo, fue el primero en atacar, haciendo una serie de fintas a la altura del rostro de su adversario. Evidentemente, quería propinarle el famoso golpe de Tom Powell, de resultados tan tremendos.

Montcalm, recogiendo como un tigre que se dispone a caer sobre su presa, con las narices dilatadas y los ojos llameantes, paraba los golpes con una rapidez y con una precisión tan admirables, que arrancaba aplausos a todos los espectadores sin distinción de nacionalidad.

Sin embargo, no paró a tiempo un *fist-shoke* que recibió en medio del pecho y le hizo tambalearse. No era, empero, el terrible puñetazo que el yanqui había jurado asestarle y que le abriría la frente hasta la punta de la nariz.

El canadiense dio, a su vez, un paso atrás, y después de haberse pasado la mano por la parte, dolorida, haciéndose un

rápido masaje, dijo con acento tranquilo:

—Estamos iguales, señor Torpon. Yo esperaba el famoso golpe de Tom Powell.

—Todavía no; más tarde será —repuso el yanqui.

—¡Hum!... ¡Lo veo difícil!... Ya he conocido su juego, señor mío.

—Es mucho decir. Miss Ellen juzgará.

Otro *hurrah* frenético saludó aquel golpe magistral, pero esta vez lanzado sólo por los norteamericanos. Los ingleses y los canadienses permanecieron impasibles, como para demostrar la completa confianza que tenían en su campeón.

Los dos *partners* acercáronse nuevamente a los combatientes, ofreciéndoles *brandy*.

El yanqui apuró su vaso de un trago; el señor Montcalm lo rechazó, diciendo a su padrino:

—Nosotros, los canadienses, no tememos al frío y no siempre necesitamos entrar en calor.

—Le dará ánimos —repuso en voz baja el maestro de box.

—Lo tengo de sobra; espere un poco y verá lo que voy a hacer de mi rival. Es ya hora de acabar de una vez.

—Por el honor de la vieja Francia, pegue de firme y aplaste a este insolente yanqui. Acuérdesse del golpe que le he enseñado, y que es de más seguro efecto que el de Tom Powell

—Pierda cuidado, maestro.

—Y, sobre todo, dense prisa, pues temo una nueva sorpresa por parte de los *policemen*.

—¿Prontos? —preguntó el *partner* del americano.

—¡Prontos! —respondieron a una voz los dos rivales, poniéndose en guardia.

El yanqui se había hecho prudentísimo, mientras el canadiense empezó a hacer una serie de fintas con una velocidad tan fulmínea que, a veces, los espectadores no le veían los puños.

Atacaba furiosamente, como si estuviese impaciente por acabar, obligando a su adversario a romper la guardia y a retroceder.

Su maestro, que actuaba de *partner*, le animaba con la mirada.

El americano, desconcertado, no se atrevía a ensayar su famoso golpe. Por el contrario, se batía en retirada, suscitando entre sus compatriotas murmullos que le favorecían muy poco.

—¡Huye! —rugían, pensando en los dólares que habían apostado—. ¡Mentira parece que tenga miedo!

De pronto resonó entre las últimas filas un grito que fue repetido en seguida por millares de gargantas:

—¡Los policemen!... ¡Los dragones de la Reina!...

Otro inmenso grito de furor respondió al primero.

—¡Ellos otra vez!...

Tres automóviles, lanzados a toda velocidad, y montados cada uno de ellos por una docena de policías, devoraban la blanca carretera. Seguíanles, a galope tendido, dos escuadrones de dragones de la Reina.

Los yelmos brillaban, lo mismo que los sables desenvainados.

Los dos campeones se detuvieron, Torpon blasfemando como un verdadero americano, y Montcalm lanzando rugidos de

furor.

Los *partners* empuñaron las botellas de brandy, prontos a resistir a la fuerza armada.

Cruzábanse gritos ensordecedores:

—¡Es una infamia!

—¿No se pueden dar de puñetazos quienes quieran ni en los Estados Unidos ni en el Canadá?

—¿Adonde ha ido a parar la libre América? ¿Al fondo del Atlántico, quizá?

—*Gentlemen!* ¡Respondamos a la prepotencia con la prepotencia misma!

—¡Mueran los polizontes!... ¡Abajo los esbirros!...

—¡Sí, sí, arrollémoslos!...

Una rabia infernal invadió de nuevo a los diez mil espectadores. Ingleses, canadienses y americanos lanzáronse sobre los bars improvisados y en un momento fueron saqueados, a pesar de las protestas y los gritos desesperados de los propietarios.

Una lluvia de botellas estuvo pronta a caer sobre la fuerza armada que de un momento a otro había de invadir la pista.

Miss Ellen permanecía impasible, asida al volante de su automóvil, mirando curiosamente a la multitud que se aprestaba a resistir enérgicamente, no sólo a los *policemen*, sino también a los dragones de la Reina y a bañar las rojas guerreras de éstos con toda clase de licores.

El canadiense, entretanto, habíase acercado a Torpon, mordiéndose los labios hasta sangrar.

—¡Ya lo ve usted! Otra vez se ha interpuesto el destino

entre nosotros.

—Ya lo veo, gentleman —repuso el americano—; sin embargo es preciso acabar de una manera u otra.

—Ese es mi deseo; mas, de momento, debemos retirarnos si no queremos ser arrestados.

—¡Tiene usted razón, by-good!...

—Sí, vámonos —dijeron los dos partners—, y dejemos que se las arreglen como puedan los admiradores de ustedes.

Apresuráronse a montar en el automóvil, que parecía impaciente por lanzarse a toda velocidad.

—Estamos de desgracia, miss —dijo Torpon.

—Es cierto, master ¿pero, qué le vamos a hacer? Buscaremos otro sitio donde puedan batirse.

—Sí, debiéramos irnos al Polo —repuso el señor Montcalm—. Allí, por lo menos, nos veremos libres de estos odiosos policemen.

—Bueno, gentlemen, aprovechemos este instante de calma —dijo la joven—. Saldremos por la parte opuesta de la pista.

Los cuatro hombres ocuparon sus asientos, cubriéndose con sus abrigo de pieles y empuñaron poderosos revólveres sistema Colt.

—¡Adelante! —dijo Torpon.

El automóvil rugió y se lanzó hacia la parte libre de la pista con la velocidad de una golondrina.

Nadie podía oponerse a su paso, pues todos los espectadores habíanse agolpado a la entrada del recinto que estaban a punto de forzar los policías y los dragones de la Reina.

En un santiamén el automóvil ganó y salvó la salida abierta en el extremo meridional y desapareció, envuelto en nubes de nevisca, en el camino que conduce al San Lorenzo.

En aquel momento, llegaban por la parte opuesta los tres automóviles que montaban los policías. Seguíanles a una distancia de quinientos o seiscientos pasos los dos escuadrones, que avanzaban a galope tendido.

—¡Empieza la batalla! —dijo el señor Torpon—. ¡Lástima que no podamos tomar parte activa! Mis compatriotas darán trabajo a los puños.

—Déjelos que se las compongan como puedan —repuso *miss Ellen*, que maniobraba con el volante de una manera prodigiosa, haciendo adquirir cada vez mayor velocidad a su magnífico coche—. No tengo el menor deseo de que me arresten.

Una gritería espantosa apagó sus últimas palabras. Los diez mil espectadores habían entablado batalla contra los representantes de la ley, con un arrojo y un valor dignos de mejor causa.

Una andanada de botellas cayó sobre los automóviles, inundando a los guardias de todo género de licores y rompiendo alguna cabeza.

—¡Mueran!... ¡Mueran!... —gritaba la muchedumbre—. ¡Atrás, o no quedará uno vivo!...

Alguna que otra detonación habíase percibido entre el fragor de las botellas que se estrellaban contra las máquinas y los gritos de la multitud enfurecida. Los americanos, sobre todo, tiraban a dar.

Los *policemen*, a pesar de la pésima acogida, que, por otra parte, habían descontado de antemano, descendieron rápidamente, empuñando sus terribles mazas, que descargaron sin compasión sobre las primeras filas de la

muchedumbre; pero una segunda andanada de botellas cayó sobre los policías, echando a rodar a muchos de ellos.

—¡A nosotros, dragones! —gritaban los infelices, que chorreaban como si hubieran salido de los frascos de gin, de brandy y de whisky.

Un penetrante olor de alcohol se extendía por todos lados y diríase que la inmensa turba se había embriagado de repente, pues, en vez de retroceder, avanzó animosamente, tomó por asalto los tres automóviles, y los volcó, uno junto al otro, improvisando una barricada formidable.

Los dos escuadrones, que habían oído los gritos de auxilio de los *policemen*, llegaban reventando caballos. Los jinetes, rojos de ira, hacían describir a sus sables molinetes amenazadores; pero se vieron obligados a interrumpir la furiosa carga ante la barricada formada con los tres automóviles a la entrada de la pista.

—¡Pie a tierra! —ordenaron los dos capitanes que mandaban la tropa.

No habían podido aún los soldados sacar el pie del estribo, cuando una tempestad de botellas sembró el desorden entre ellos. Eran las últimas, porque los *bars* habían quedado completamente vacíos; pero la tempestad era tal que los caballos, espantados, se encabritaron y lanzaron coces a diestro y siniestro.

Los dragones, despedidos de sus sillas, rodaron por el suelo, entre las patas de los caballos.

Quedaban, empero, muchos sobre sus monturas, y como hábiles jinetes, trataban, animados por los gritos de sus oficiales, de salvar la barricada... ¡Qué diantre!... Montan caballos de pura sangre y, sobre todo, de pura sangre inglesa.

De pronto, los pobres animales ventean el olor de los licores, retroceden y acaban por desbandarse, a pesar de los

espolonazos de sus jinetes.

Suenan algunas detonaciones y llamas altísimas surgen ante ellos. Los depósitos de nafta han hecho explosión y las poderosas máquinas arden rápidamente.

Es otro golpe audaz de la multitud enfurecida, o mejor dicho, de un grupo de osados americanos, que han desafiado valerosamente las mazas de los policemen. Una barrera de fuego divide a los asaltantes de los asaltadores, barrera que por momentos se hace más insuperable, porque hay voluntarios que alimentan el fuego arrojando a él no ya las botellas, que se han agotado, sino los garrafrones y damajuanas llenos de licores, la última reserva de los bars.

¡Era demasiado!... Por segunda vez la ley iba a ser arrollada por aquellos obstinados, y ahora con gravísimo peligro, porque lo mismo los policemen que los dragones y los caballos, estaban empapados de gin, de brandy, de whisky y otros líquidos inflamables.

Los dragones del tercer regimiento de la Reina no pueden retroceder. Ellos no son policías.

—¡Carguen las carabinas!...

Aquella voz de mando produjo el efecto de una ducha fría. Los diez mil espectadores dejaron el campo libre a la ley y se precipitaron a través del turf, con la velocidad de liebres perseguidas, hacia la salida opuesta.

CAPÍTULO III. UN DUELO A LA AMERICANA

Mientras la multitud huía al oír los primeros disparos, hechos, sin embargo, al aire, el automóvil de *miss Ellen Perkins* llegaba felizmente a la orilla del San Lorenzo, el mayor de los ríos que cruzan el Canadá, tan ancho y profundo que permite a las naves surcarlo, sin temor a varamientos, hasta Montreal y aun mucho más arriba.

Un gran número de *ferryboat* y de pontones, alquilados por los norteamericanos llegados de Boston, de Nueva York y de otras ciudades lejanas, estaban anclados próximos a las riberas.

El señor Montcalm se puso en pie, y llevándose las manos a la boca, a guisa de bocina, gritó con voz estentórea:

—¡Pronto: un pontón! ¡Los *policemen* del Canadá nos persiguen!

El automóvil, guiado por las pequeñas y blanquísimas manos de *miss Ellen*, dotadas, sin embargo, de una fuerza extraordinaria para una joven de su edad, detúvose bruscamente ante un ancho pontón, que se balanceaba suavemente atracado a la orilla.

—¡Aquí estamos preparados! —gritaron a una voz los diez marineros que lo tripulaban, tomando rápidamente los remos.

El automóvil, que roncaba amenazador, casi dio un salto y fue a caer sobre la cubierta de la embarcación.

—¡Paso! —gritó Montcalm, al tiempo que dos marineros colocaban una traviesa ante las ruedas delanteras del

automóvil, para impedir que reanudase su carrera y cayese al río, que en aquel punto era muy rápido y profundo.

Miss Ellen se volvió hacia el canadiense, sonriéndole graciosamente.

—Manda usted como el capitán de un transatlántico —le dijo—. Confío en que no nos hará naufragar.

—Hoy, seguramente, no —repuso el canadiense con un ligero dejo de ironía.

—¿Piensa usted venir con nosotros a Albany?

—No, señorita. Bien sabe usted que mi casa no está en territorio norteamericano.

—¿Regresa, pues, a Ottawa?

—Sí, *miss*. La acompañaré hasta Oswego y luego atravesaré el Ontario en alguno de los vapores que zarpan casi a cada hora.

—Me parece expuesto que regrese usted por ahora a territorio canadiense. No olvide que es usted una de las causas principales del tumulto contra la policía.

—No; la causa principal han sido los ojos de usted, *miss*.

—¡Ah!... No niego que hayan tenido alguna parte; pero no es posible arrestar a dos ojos, sean negros o azules.

—¡Muy bien dicho, *miss*! —dijo Torpon, riendo.

—¿De manera, señor Montcalm, que decididamente nos abandona?

—Por el momento, sí, *miss*. Nada tenemos que hacer por ahora, ¿verdad, *mister* Torpon?

—No sé —repuso el norteamericano, haciendo un gesto

equívoco.

—¿Qué piensa usted hacer? ¿Dónde podremos reanudar nuestra partida de box?

—¿Dónde? Yo sé de un lugar a propósito.

—¿Podemos ir en seguida? Yo estoy dispuesto a propinarle aún unos cuantos *fist-shoke*.

—Y yo también, señor Montcalm —repuso el yanqui, con mal disimulada cólera—; pero no es éste el momento oportuno. Reanudaremos esta conversación, si le parece, cuando lleguemos a Oswego.

—Perfectamente, *mister* Torpon —contestó el canadiense.

—Le rogaré que se detenga hasta mañana.

—¿En Oswego?

—Sí.

—Aceptado.

Miss Ellen había escuchado atentamente aquel cambio de palabras, sin tratar de disimular su inquietud. Los *partners*, que tampoco habían perdido sílaba del diálogo, se miraron con viva ansiedad.

—*Mister* Torpon —dijo la joven americana—, tiene usted aire de conspirador. ¿Trama usted alguna cosa?

—Sí, pero nada de traiciones —repuso el americano con sonrisa grosera—. También entre los *yankees* se encuentra hombres de honor, tan caballeros como puedan serlo los *gentilshombres* europeos y sus descendientes.

—Sin embargo, les han llamado a ustedes osos grises —dijo el señor Montcalm.

—¿Quién?

—Los caballeros europeos.

—Porque somos más ricos que ellos y nuestros dólares valen más que sus dorados blasones.

—¿Alude usted a mí? —preguntó el canadiense.

—¡Oh!... El blasón de Montcalm no vale lo que los blasones de los reyes del petróleo, del acero, de los ferrocarriles y aun el de los reyes de carne saladas de cerdo de Chicago.

—¡Hermosos blasones! —exclamó el canadiense—. En los de usted campeará, pintado en oro, en campo de azur, un quinqué encendido.

El yanqui hizo un gesto de ira y no respondió a tan mordaz escarnio.

Por otra parte, el pontón había llegado a la otra orilla, y el automóvil se preparaba a continuar su carrera.

Los marineros aseguraron sólidamente la barcaza, quitaron el leño atravesado ante las ruedas delanteras del vehículo, tomaron al vuelo un par de dólares que les arrojaron los dos campeones, y el automóvil saltó sobre la orilla; y ganó el ancho y cómodo camino que costeanado el lago Ontario conduce a Oswego, Una de las ciudades más alegres; de las extremas fronteras septentrionales de los Estados Unidos.

Miss Ellen, que conocía muy bien los alrededores de todos los grandes lagos, lanzó su máquina a ochenta kilómetros por hora, haciéndola pasar casi volando por delante de las numerosas factorías que se levantan a lo largo de la amplísima carretera.

Aunque cubierta por una capa de nieve de un palmo de espesor, las ruedas, provistas de resistentes neumáticos deslizábanse suave y velozmente.

Al cabo de algunos minutos, el automóvil salió a campo abierto y se encontró en la ribera del lago.

El Ontario brillaba espléndidamente en medio de inmensos bosques de pinos blancos, enormes, que alcanzan una circunferencia de cinco y aun de seis metros y una; altura de treinta, y que las hachas de los leñadores, manejadas con vigor desde algunos siglos a esta parte, no han logrado abatir.

Grandes barcas de pesca se mecían graciosamente sobre las ondas que un frío viento de septentrión agitaba, y vapores elegantes y esbeltos desfilaban rápidamente, lanzando al aire silbidos estridentes.

Los halcones pescadores, tremendos destructores de peces, a los que atraen, según parece, arrojándoles materias oleosas, volaban ora remontándose hasta perderse de vista, ora dejándose caer, semejantes a cuerpos muertos, sobre la superficie del lago para elevarse otra vez llevando en su robusto pico alguna gran trucha.

Panoramas espléndidos sucedíanse sin cesar, pero los automovilistas no los miraban siquiera, especialmente la *miss*, la cual concentraba toda su atención en el volante de la máquina y en el interminable camino que se abría ante ella, serpenteando entre inmensas hileras de árboles.

En cuanto a los dos campeones, tenían bastante en qué pensar para contemplar las aguas del lago o las navecillas que lo surcaban.

Con otra rápida carrera, el automóvil giró alrededor de las varias y profundas ensenadas que forma el Ontario cerca de la desembocadura del San Lorenzo, y hacia las cinco de la tarde, en el momento que el sol otoñal desaparecía tras las gigantescas florestas, tomó la carretera de Oswego, deteniéndose, al fin, ante un gran hotel de siete pisos.

—¿Es aquí donde quiere usted detenerse, *mister* Torpon?

—Sí, *miss* —repuso el yanqui—. ¿Se quedará usted a cenar con nosotros o continuará su marcha hasta Albany?

—Tengo necesidad de llegar cuanto antes a casa.

—Es el caso que los *partners* han de permanecer aquí con nosotros.

—¿Y bien?

—¿Proseguirá usted su camino sola y de noche?

—Llevo mi revólver.

—Pero el automóvil puede sufrir alguna avería durante el viaje. Ha hecho usted mal en no traer consigo su mecánico.

Miss Ellen se encogió de hombros.

—¿No llevo, acaso, en la caja todos los útiles necesarios para hacer una reparación? ¿Olvidan que he hecho un curso de mecánica? No se preocupe por mí, Torpon, ni tampoco usted, Montcalm. Hasta más ver, señores, y cuando hayan decidido algo nuevo avísenme en seguida. El destino que les persigue habrá de cansarse, a la larga, y uno u otro de ustedes, saldrá vencedor. ¡Buenas noches!

La endiablada muchacha hizo con la mano un nuevo gesto de despedida y lanzó otra vez su automóvil a una velocidad vertiginosa.

Un minuto después perdióse de vista.

—Yo creo que esa muchacha tiene sangre de demonio en las venas —observó *mister* Torpon—. ¿Qué dice usted a esto, señor Montcalm?

—Que es una mujer que da miedo —repuso el canadiense.

—¡Pero es hermosa, *by-good!*...

—No digo lo contrario.

—Fascinadora.

—Si no lo fuese, tiempo ha que la habría abandonado. Desgraciadamente, se ha apoderado de mi corazón y no me sería posible resignarme a vivir sin ella.

—En esos casos, se carga bien un revólver y se va uno a olvidarla al otro mundo.

—El consejo es bueno, pero quisiera que se me anticipase usted a ponerlo en práctica.

—¡Ah, no, caballero! —replicó vivamente el americano—. Le cedo la preferencia.

—Por ahora la rehusó, aunque estoy persuadido de que esa mujer no hará feliz a ningún hombre.

—Entonces, renuncie usted a ella.

—No.

—¿Es, acaso, cuestión de amor propio?

—No lo sé; pero me parece, *mister Torpon*, que no es éste el lugar más a propósito para tratar de nuestros asuntos.

—Tiene usted razón, señor Montcalm. ¿Me permite usted ofrecerle una cena, en compañía de nuestros *partners*? ¿Aceptaría usted?

—Con tanto mayor gusto, cuanto que esta mañana sólo he tomado un ligero desayuno, para conservarme más ágil.

—Para pegarme mejor, querrá usted decir —repuso el yanqui, riendo—. Vamos, señores.

Entraron en el hotel, y penetrando en un amplísimo comedor,

espléndidamente iluminado, se sentaron ante una mesa, situada en un ángulo del salón.

Como a la sazón la concurrencia era escasa, pudieron hablar libremente, sin temor a ser molestados ni oídos.

El yanqui, acostumbrado a hacer las cosas en grande, ordenó una cena digna de un millonario como él, y mientras avivaban el apetito con un par de botellas de vino del Rhin y cinco docenas de cangrejos de California, dijo:

—Señor Montcalm, le agradezco mucho que haya accedido a mi proposición de seguirme a territorio norteamericano con objeto de resolver de una vez para siempre nuestra eterna cuestión, pues, francamente, estoy ya cansado de las jugadas que sin cesar nos viene haciendo el Destino.

—No lo estoy yo menos —repuso el canadiense.

—¿No renunciará usted jamás a la posesión de *miss* Ellen Perkins?

—Jamás, aunque por ello hubiera de afrontar mil veces la muerte.

—¿Ni aunque yo le ofreciera algunos millones?

—¡Oh!... Así mucho menos. Un Montcalm no se vende.

—Eso me hace estimarle a usted doblemente, palabra de yanqui.

—Bueno, ¿adonde quiere usted ir a parar? —preguntó el canadiense, haciendo un gesto de impaciencia.

—Yo quisiera proponerle...

—¿Que reanudemos nuestra partida de pugilato?

—No; pues, aunque las autoridades nos dejasen en paz, creo que no obtendríamos ningún resultado decisivo, porque, si no

me equivoco, en este sport estamos a la misma altura. Mi proposición sería algo más seria.

—Dígala, pues.

—Un juego que acabase por mandar yo a usted, o viceversa, a trabar relaciones con Caronte y con su barca, en el supuesto de que navegue aún sobre las negras aguas del Estigia.

—¿Tanto interés tiene en suprimirme?

—Pueden muy bien volverse las tornas.

—Continúe usted, *mister* Torpon.

El norteamericano descarnó su duodécimo cangrejo, lo tragó de una vez, con ayuda de un vaso de vino, y dijo con voz grave:

—¿Aceptaría usted, señor Montcalm, un duelo a la americana?

El canadiense guardó silencio, en tanto que los *partners* padecían intensamente.

El yanqui dejó transcurrir algunos minutos, y añadió luego:

—Señor Montcalm, aguardo su respuesta.

El interpelado sacudió la cabeza, apuró lentamente el vaso que tenía delante, y repuso:

—Preferiría la espada o la pistola, *mister* Torpon.

—¿Se olvida usted de la obstinada persecución del Destino? Estoy seguro de que semejante lance de honor no resolvería la cuestión. Batámonos en la obscuridad, puesto que se dice que la fortuna es ciega, y así tendremos más probabilidad de éxito.

—¿Lo quiere usted absolutamente, *mister* Torpon?

—preguntó el canadiense con voz tranquila.

—Sí, señor Montcalm. Hemos llegado a tal punto, que es necesario que uno de los dos desaparezca para siempre

—¿Dónde nos batiremos?

—Aquí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si le parece.

—Perfectamente. Pienso, como usted, que es conveniente liquidar nuestras cuentas en seguida. ¿Por supuesto que no tendremos testigos?

—Nos esperarán afuera, y serán nuestros maestros de box. ¿Aceptan ustedes, caballeros?

Los dos *partners* se inclinaron, en señal de asentimiento.

—Alquilaremos todo el departamento del último piso, que supongo está desocupado —prosiguió el yanqui—, para que nadie pueda molestarnos.

—¿No entrará en sospechas el propietario y prevendrá a esos condenados *policemen*? —observó el maestro de box del canadiense.

—Déjenme hacer a mí —repuso el yanqui—. Además, el dólar lo puede todo, a lo menos en los Estados Unidos.

—¿Y las armas?

—¡Oh!... No será difícil encontrar dos fuertes *bowie-knife* iguales. No faltan armeros en Oswego y nuestros *partners* se encargarán de encontrarlos. Son aproximadamente las seis y los establecimientos cierran aquí bastante tarde. Ahora, señores, cenemos como buenos amigos, alegremente, y brindemos por el que de nosotros vaya mañana a saludar a

Caronte.

Cuatro negros habían empezado a llevar, sobre grandes y artísticas bandejas de plata, diversos manjares que exhalaban un olorcillo capaz de despertar el apetito de un muerto, mientras un quinto camarero disponía sobre la mesa, delante de cada comensal, botellas polvorientas que ostentaban célebres marcas.

Los cuatro hombres, vueltos de pronto alegres y decidores, atacaron con avidez a los manjares, bromeando alegremente. Diríase que habían olvidado que uno de ellos estaba haciendo su última comida.

Dieron las siete en el rico péndulo colocado en un extremo del amplio salón, y *mister* Torpon se levantó diciendo:

—Voy a arreglar el asunto con el propietario, mientras se enfría en el hielo el *champagne* para brindar por el difunto.

—Y yo voy a proveerme de las armas —dijo el maestro de box del canadiense.

—Dense prisa —advirtió el americano.

Encendió un habano y se hizo conducir al despacho del propietario, el cual estaba sentado ante una monumental caja de caudales, absorto en la lectura del *New York Herald*.

—*Mister* —le dijo Torpon sin más preámbulos—, ¿está desocupado el último piso de este hotel?

—Desgraciadamente, sí, *gentleman* —repuso el hotelero, el cual había reconocido en su interlocutor a la persona que encargara la costosísima cena—. La estación es bastante cruda y los negocios no prosperan al principio del invierno...

—¿Quiere usted alquilármelo todo entero por cuarenta y ocho horas?

—¿Todo?... Hay treinta habitaciones y un salón arriba, caballero.

—No importa; fije usted mismo el precio, pues no acostumbro regatear.

El hotelero acaricióse dos o tres veces su barba puntiaguda y miró atónito a su compatriota.

—Pero... dígame, ¿espera usted acaso a muchos amigos?

—Nada de eso; sólo seremos cuatro.

—¿Y qué quieren ustedes hacer con tantas habitaciones?

—¿Ha presenciado usted alguna vez una sesión de espiritismo?

—Yo no; dejo en paz a las almas de los difuntos, que no han de venir aquí a comer y beber y, sobre todo, dejarme su dinero.

—Muy bien, veo que es usted un hombre práctico y le felicito —dijo Torpon con acento irónico—. Así, pues, quedamos en que yo alquilo todo el último piso de este hotel para hacer una serie de experimentos espiritistas. Y como los espíritus no quieren ser molestados, me dará usted palabra de honor de dejarnos absolutamente tranquilos. ¿En cuánto?

—En quinientos dólares.

Sacó de su cartera un abultado fajo de billetes, con la cifra pedida, que entregó al hotelero, encendió de nuevo su cigarro y fue a reunirse con el canadiense y su *partners* los cuales hablaban tranquilamente, haciendo girar de vez en cuando la botella de *champagne* que estaba sumergida en un cubo de hielo.

—Ya está cerrado el trato. Por cuarenta y ocho horas somos dueños absolutos de treinta habitaciones y un salón.

—Y de rompernos la crisma con toda comodidad —añadió el

canadiense, sonriendo.

En aquel momento regresó el *partner* que había salido en busca de armas, llevando un abultado paquete.

—Marca acreditada —dijo—; hoja bien templada y capaz de romper, de un solo golpe, la espina dorsal de un rinoceronte.

—Bebamos —dijo el canadiense sacando del recipiente helado la botella de *champagne*—. ¡Quién sabe si este vino, madurado en las tierras que vieran nacer a mis antepasados, no sentará bien a alguno de nosotros!

Torpon arrugó el entrecejo.

—*By God!* —exclamó—. Es vino de Francia, y usted es descendiente de aquel pueblo. Tal vez sea a mí a quien no le hará provecho.

—¿Es usted supersticioso, *mister* Torpon? —preguntó el canadiense.

—¡Oh!... A veces no puede uno por menos de serlo.

—En ese caso, después del *champagne* beberemos una copita de *whisky*, el licor americano por excelencia.

—Aceptado, señor Montcalm... Así estaremos iguales.

Saltó el tapón de la botella y se llenaron las copas.

—¡Por los bellos ojos de *miss* Ellen, ante todo! —dijo el yanqui.

—¡Por la solidez de la hoja de mi cuchillo! —repuso el canadiense.

—Ganaría usted en ferocidad a un antropófago, señor Montcalm —observó el yanqui.

—Es posible —repuso secamente el canadiense, y apuró de

un trago su copa.

Había sobre la mesa varias botellas de licores. Tomó una de *whisky*, la hizo descorchar y sirvió a todos, diciendo:

—¡Brindo por el feliz viaje que uno de nosotros emprenderá esta noche a la eternidad!

—Está usted fúnebre, señor Montcalm —dijo mister Torpon, que sintió un escalofrío de muerte.

—Es un brindis como otro cualquiera.

Se levantaron todos. Los dos rivales parecían tranquilísimos; los *partners*, en cambio, aunque habituados a ver a los hombres romperse recíprocamente los cuerpos y las cabezas a fuerza de tremendos puñetazos, estaban muy pálidos.

A una señal del yanqui, acudió un camarero negro llevando un candelabro de plata.

—Al último piso —dijo el canadiense.

Atravesaron el comedor, entraron en el ascensor y en un momento estuvieron arriba.

El negro encendió las luces, acompañó a los cuatro huéspedes en su visita a las treinta habitaciones y los introdujo, por último, en un salón que medía unos quince metros de largo por diez de ancho, cuyo pavimento estaba cubierto por una enorme alfombra. No había en él más muebles que un piano.

—¿Aquí? —preguntó el canadiense en voz baja al americano.

—Sí —respondió éste.

—Puedes retirarte —dijo el primero al negro—. Sobre todo que nadie nos moleste, aunque hagamos un poco de ruido. Los espíritus, a veces, se divierten armando estruendo.

El negro abrió desmesuradamente sus ojazos de porcelana, y echó a correr como alma que lleva al diablo pisándole los talones, cerrando tras sí la puerta.

—¿Las armas? —dijo el canadiense, apenas estuvieron solos.

El *partner* que llevaba el paquete desató las cuerdas y mostró dos magníficos *bowie-knife*, de un pie de largo y dos dedos de ancho, afilados como navajas de afeitar.

Las luces reflejando sobre las aceradas hojas, hiciéronlas brillar como relámpagos que estremecieron a los cuatro hombres.

—Buenas armas —dijo el canadiense, afectando calma—. Son óptimas para cazar *caribon*. Un buen golpe en espalda, seguro de llegar al corazón.

—Y también para romper el espinazo a nuestros gigantescos bisontes del Far-West —dijo *mister Torpon*, que no quiso ser menos.

Sucediose un breve silencio, que rompió Montcalm, el cual, habiendo recobrado prontamente su sangre fría y su audacia, dijo:

—*Mister Torpon*, le dejo en la elección del arma. ¿Cuál prefiere usted? Aunque me parece que son iguales.

—Se equivoca usted —repuso el yanqui—, pues en el mango de una veo tres estrellas, mientras en la otra no hay más que dos, y bien puede ser la que falta la estrella protectora.

—¡Oh, el supersticioso!

—La echaremos a suertes —dijeron los *partners*.

—¡Sea! —repusieron a una voz los dos rivales.

El padrino del americano puso una moneda en su mano, llevóse los brazos a la espalda y luego, después de haberla

cambiado repetidas veces de sitio, tendió los puños cerrados, diciendo:

—La mano vacía por el arma de mango de dos estrellas.

La suerte favoreció al yanqui, al cual pareció alegrar la vista de las tres estrellas.

—*Gentlemen* —dijo entonces el *partner* con voz grave—, ¿están ustedes prontos?

—Sí —respondieron al unísono los dos rivales.

—Ustedes no entrarán en este salón hasta que hayan transcurrido cinco minutos.

—Perfectamente.

—¡Que Dios les proteja! *Mister Torpon*, sígame a la habitación de la derecha.

—Y usted, señor *Montcalm* —dijo a éste su padrino—, sígame a la de la izquierda.

Los dos adversarios, por un movimiento espontáneo se tendieron la diestra, que se estrecharon vigorosamente y siguieron a sus *partners*, sin pronunciar palabra.

En seguida fueron apagadas las luces y el salón quedó en la más completa oscuridad.

CAPÍTULO IV. DOS CUCHILLADAS

Los americanos, pueblo apresurado que no gusta de perder tiempo ni aun para comer, no proceden con menos prisa en los lances de honor.

Las reglas de la caballería les son totalmente desconocidas, y los maestros de esgrima, lo mismo de espada que de sable, las pasan negrísimas en aquel pueblo donde prefieren emplear en una lección de box los minutos que pueden robar a los negocios.

«El tiempo es oro»: he aquí su divisa. Por lo tanto, no hay tiempo que perder en una sala de esgrima.

Sin embargo, lo mismo que en todos los países del globo, se baten también los yanquis, y los duelos no son raros en los Estados Unidos.

Regularmente, prefieren una lucha de box; pero cuando se trata de asuntos gravísimos, se envían mutuamente a otro mundo sin roturas de costillas o de cabezas, o desquebrajamientos.

Entonces, para estar más seguros, recurren a las armas de fuego o al *bowie-knife*, fiando más en la suerte que en la destreza, que raramente poseen.

En los Estados del Oeste, los duelistas montan a caballo armados de un buen *Winchester* de doce tiros, se internan en el bosque más próximo, lanzan sus corceles a un galope desenfrenado y se fusilan recíprocamente, sin cesar en tal horrible cacería hasta que han agotado los cartuchos o han caído muerto uno de los adversarios.

En los Estados del Este la cosa es más rápida aun. Toman dos pistolas exactamente iguales, se carga sólo una, se hace escoger a los adversarios en una habitación oscura, obligándose previamente a ponerse el cañón en el corazón o la sien y apretar el gatillo.

Tanto peor para el que tenga la desgracia de escoger la pistola cargada, pues está seguro de ir a saludar a *mister Caronte*.

Más terrible, sin embargo, y mayor emoción produce el duelo a *bowie-knife*, aunque sus resultados son menos seguros.

Los dos adversarios entran por distintas puertas, a pies descalzos, en una habitación completamente oscura, armados de sus terribles cuchillos, se buscan palpando silenciosamente entre las tinieblas, y cuando se encuentran se acribillan locamente a puñaladas.

Y tanto peor para el que recibe más o no llega con la punta de su arma al corazón o secciona la carótida de su enemigo.

Como hemos dicho, el canadiense salió por la puerta de la izquierda, acompañado de su maestro de box, y entraron en una pieza que parecía un saloncillo de fumadores, iluminada aún. El maestro puso sobre una mesita japonesa su cronómetro de oro para contar los minutos.

El señor Montcalm, aunque se encontraba al borde del sepulcro y había de habérselas con un adversario decidido y valiente, parecía tranquilo.

Su *partner* le tenía asido por la muñeca, con la vista clavada en el cronómetro.

—Bien —dijo el maestro, tras un breve examen—. El pulso late regularmente y el corazón debe funcionar también con normalidad. Estoy satisfecho de mi discípulo.

—¿Dudaba usted, acaso? —preguntó el canadiense, sonriendo.

—¡Oh, no!, pero estos duelos americanos han de producir una impresión tremenda aun en los ánimos más esforzados.

—Es probable —repuso el señor Montcalm, que se estaba descalzando.

—¿Quiere usted que le dé un consejo?

—Le escucho.

—En cuanto entre usted en el salón, apóyese en la pared y deje que su adversario se le acerque.

—¿Y si *mister* Torpon hace lo mismo?

—Entonces avance usted como mejor pueda hacia el centro del salón y espere allí a que su adversario se traicione por medio de la respiración u otro rumor cualquiera. De todos modos, procure no deslizarse pegado a la pared, se lo recomiendo. Se vería usted obligado a apoyarse con una mano y el rumor que produciría, por ligero que fuese, alarmaría, seguramente, a su adversario.

—Gracias por sus consejos.

—Envuelva usted su brazo izquierdo en la americana y tire siempre en dirección de abajo arriba, puesto que *misten* Torpon es más alto que usted. Si no le mata del golpe, le causará, por lo menos, una herida que le pondrá fuera de combate. ¿Me ha entendido?

—Sí, maestro —repuso el canadiense.

El *partner* miró de nuevo al cronómetro.

—Las ocho y treinta y cinco minutos menos tres segundos. Ha llegado el momento.

—Estoy pronto; apague la luz y abra la puerta sin hacer el más leve ruido.

—Venga esa mano, señor Montcalm —dijo el maestro con acento conmovido—. Sangre fría y procurar ser certero.

Se estrecharon la mano, el maestro cerró el interruptor eléctrico, abrió cautelosamente la puerta, y el canadiense penetró en el tenebroso salón, andando de puntillas, armado del terrible *bowie-knife* y resguardándose el pecho con el brazo izquierdo que llevaba bien envuelto en su americana.

—¿El yanqui habrá entrado ya y estará en acecho?

He aquí una terrible, angustiosa pregunta, que no podía tener contestación de momento.

El canadiense, observando los consejos de su maestro, dio algunos pasos siguiendo la pared, y se detuvo, por haber encontrado un obstáculo. Debía ser el piano, único mueble que existía en el vasto salón que parecía hecho a propósito para los duelos americanos.

—Esperémosle —murmuró para sí el señor Montcalm.

Se apoyó contra la pared, sin producir el más ligero rumor, recogiendo sobre sí mismo, como tigre que se prepara a caer sobre su presa, y se puso a escuchar, reteniendo la respiración.

¿Dónde estaba *mister Torpon*? ¡Quién podía decirlo! ¿Avanza cautelosamente a través de la sala, con el cuchillo levantado, pronto a hundirlo, o se desliza pegado a la pared? ¡Cuánto hubiera dado por saberlo!

En vano trataban sus ojos de penetrar las tinieblas, con la esperanza de descubrir, aunque fuese vagamente, la sombra de su adversario; en vano concentraba todos sus sentidos en el del oído, esperando sorprender un frotamiento, un suspiro, cualquier rumor que lo delatase.

Su corazón comenzaba a latir con violencia, lo mismo que sus

sienes febricitantes. La ansiedad del peligro, que no sabía de dónde llegaría, le vencía, a pesar de que aquel canadiense había hecho frente repetidas veces a los osos negros y grises de las inmensas selvas que rodean los lagos y a los formidables cuernos de los caribon, sin temblar jamás.

Sabido es que la obscuridad ejerce una acción deprimente aun en los ánimos mejor templados. Hombres que en pleno día han corrido al asalto, desafiando intrépidamente a la muerte, se han mostrado cobardes en los combates nocturnos.

Muy excusable era, pues, la ansiedad que devoraba al canadiense, abandonado en medio de aquellas profundas tinieblas, en peligro inminente de sentirse, de un momento a otro, atravesado el corazón de parte a parte, sin probabilidad de parar el golpe.

Medio incrustado en el piano, con él brazo derecho armado y tendido, pronto a intentar una parada terrible, escuchaba atentamente, tratando de sorprender un rumor cualquiera, por ligero que fuese.

Hacía algunos minutos que permanecía en esta actitud cuando un chirrido seco le hizo estremecer.

—¿Qué habrá sido? Diríase que alguien montaba el gatillo de una pistola.

El canadiense se irguió, dilatando espantosamente sus pupilas. Buscaba, buscaba siempre en la obscuridad que se extendía ante él implacable, impenetrable.

—Habrá sido el maderamen —se dijo al cabo de unos instantes de angustiosa espera—. Hay varias vigas en el techo.

Se pasó la mano izquierda por la frente, que bañaba frío sudor, y volvió a acurrucarse junto al piano.

Mas, al inclinarse, la punta de su cuchillo tropezó con la caja,

y una nota rompió bruscamente el silencio de muerte que reinaba en la sala.

Aquel sonido, un do profundo, vibró en el aire tenebroso, repercutiendo en todos los ángulos de la vasta pieza. El canadiense se estremeció.

—Me he traicionado —murmuró.

Pronto como un relámpago arrojóse sobre la alfombra y se arrastró hacia el centro, a lo menos así lo creía, de la sala, y una vez allí, se irguió.

El americano, advertido por aquel sonido, aun no apagado, debía avanzar hacia el piano para sorprender al adversario y clavarlo con su cuchillo en la caja. Transcurrió otro minuto, de la duración de un siglo. Las últimas vibraciones del do habíanse amortiguado poco a poco, y un silencio sepulcral reinó de nuevo en la sala.

De repente, el fino oído del canadiense percibió un rumor confuso. Parecía ora un pie desnudo que resbalaba por la alfombra, ora una mano que se deslizaba a lo largo de la pared. Volvióse rápidamente mirando, en vano, a través de las tinieblas. En aquel momento oyéronse voces humanas mezcladas con accesos de risa. Un coro de personas alegres pasaba por delante del hotel, cantando el yankee-doodle. Cuando aquellas voces perdiéronse en lontananza, había cesado el rumor que percibiera el canadiense.

—¡Me han hecho perder la pista! —murmuró para sus adentros—. Esos borrachos podían haber pasado un poco más tarde. ¿Dónde estará ahora ese condenado yanqui? ¿Dónde podría sorprenderle? ¿Se habrá detenido, como yo, esperando oír el rumor de mis pies? ¡Ah! pues que me espere; yo no me moveré de aquí. El sol está aún muy lejos, y en diez horas se pueden descarnar cómodamente diez mil hombres...

Se interrumpió bruscamente, giró sobre sí mismo y volvió a

dilatar sus pupilas; luego, se bajó lentamente, tendiéndose por completo en el suelo y aplicó el oído a la alfombra. Había oído otro rumor, pero esta vez procedía de la parte opuesta. ¿Habría aprovechado el americano el ruido de la calle para cambiar de sitio? El canadiense continuó escuchando, pegado el oído a la alfombra.

Percibía de vez en cuando rumores levísimos, como de pies que se deslizaban con precaución sobre el mullido tejido, por momentos más distintos.

¿Luego el yanqui avanzaba también hacia el centro de la sala? Probablemente, atraído por la nota arrancada al piano, había llegado hasta éste y no encontrando a su adversario, debía haber cambiado de dirección luego de recorrer la sala arrimado a la pared.

El canadiense lo sentía acercarse cada vez más, pues el roce de la ropa, aunque ligerísimo, llegaba bien perceptible a sus oídos.

—¿Por dónde pasará mi adversario? ¿Por delante o a mis espaldas, a derecha o a izquierda?

Estas eran las preguntas que se hacía con cierta angustia.

—¿No caerá sobre mí al tropezar con mi cuerpo tendido?

El señor Montcalm reflexionó un instante, llevóse la mano al pecho, como si quisiese imponer silencio a los latidos de su corazón e incorporándose cautelosamente se puso de rodillas esgrimiendo el terrible cuchillo.

Sentía a su enemigo, mas por mucho que se esforzase para percibir mejor el rumor de aquel avance silencioso, no conseguía establecer la dirección que llevaba. De repente, oyó, a cortísima distancia, un leve suspiro, y al mismo tiempo cesó el roce sobre la alfombra.

¿Se había detenido el yanqui? ¿Habíase dado cuenta él

también de que su adversario estaba próximo? ¿Le había oído, acaso, respirar? Esto era muy probable en aquellas circunstancias.

El canadiense contuvo la respiración. Esgrimía, lenta y silenciosamente, el brazo armado del bowie-knife, temeroso de ser oído.

Transcurrieron varios minutos.

Una angustia mortal se había apoderado del canadiense, que se encontraba en un suplicio verdaderamente insoportable.

En realidad de verdad, ningún hombre habría podido permanecer tranquilo ante un peligro que le era imposible ver y que, sin embargo, tenía sobre él, amenazando con suprimirle cuando menos lo esperase.

Era mejor arrojarse, atacarlo con el ímpetu de la desesperación, aunque el resultado fuese fatal.

—¡Basta! —murmuró para sí el canadiense—. No puedo resistir más... el miedo me invade... obremos antes que me prive de toda energía...

Se puso en pie de un salto, lanzando aullidos de fiera y esgrimiendo locamente su arma. Ya no se ocultaba, despreciaba las precauciones; su único deseo era luchar sin pensar en las consecuencias del combate.

A su grito contestó otro no menos feroz y desde muy cerca. También *mister* Torpon se encontraba en el mismo estado de ánimo y buscaba los medios de dar o de recibir la muerte.

Durante algunos minutos, los dos hombres anduvieron a tientas, buscándose y tirando cuchilladas, sin saber cómo acabaría aquello. Finalmente, los dos cuerpos se encontraron.

Dos gritos de dolor rompieron bruscamente el silencio que reinaba en la sala y se oyó el ruido de dos cuerpos que se

desplomán.

Los dos *partners*, que aguzaban el oído detrás de las puertas, estremeciéndose al más ligero rumor y secándose sin cesar el sudor que bañaba sus frentes, al oír aquellos gritos y las caídas, encendieron las lámparas eléctricas y se precipitaron en la sala, llamando angustiosamente:

—¡Mister Torpon!

—¡Señor Montcalm!

Dos gemidos y alguna blasfemia fue la respuesta.

Casi en el centro del salón, a tres pasos de distancia uno de otro, yacían los dos rivales, con un cuchillo clavado en medio del pecho.

Los *partners*, presas de la emoción que es de suponer, se arrojaron sobre los dos desgraciados y simultáneamente lanzaron una exclamación de estupor.

¡Caso absolutamente extraordinario, casi increíble! Los dos rivales habíanse herido en el mismo sitio, bajo la tercera costilla del lado derecho, y los aceros habían penetrado pocos centímetros, aunque quedaron clavados.

Más que el dolor la emoción experimentada había hecho caer a los dos gigantes, haciéndoles perder el conocimiento.

—¿Qué le parece, *mister Patterson*? —preguntó el maestro de box del canadiense.

—Que el Destino no quiere que ninguno de estos dos hombres se case con *miss Ellen Perkins*.

—Empiezo a creerlo yo también.

—¡Pronto, conduzcamos a los heridos a sus lechos! Mucho cuidado, *mister Hill*.

—¡Oh, estoy acostumbrado a cuidar heridos! —repuso el púgil canadiense.

—¿Son graves las heridas?

—Me parece que no. Para acabar con estos hombres son necesarias otras clases de heridas.

—No perdamos tiempo; cuide usted del señor Montcalm; yo me encargo de *mister* Torpon.

Los dos maestros rompieron sus pañuelos para contener la hemorragia, inclináronse luego sobre los heridos y desabrochándoles rápidamente el chaleco, les extrajeron delicadamente las armas.

Dos chorros de sangre brotaron en seguida de las heridas, extendiéndose sobre los anchos pechos del yanqui y del canadiense.

—Buena señal —dijo Hill—. Los cuchillos no han interesado los pulmones.

—Tanto mejor. Transportémoslos a las camas.

—Sí, y pronto.

Vendaron como mejor pudieron las heridas y como verdaderos gigantes que eran, cada uno transportó, sin mayores esfuerzos, a su discípulo respectivo, a dos habitaciones distintas, pero contiguas.

En pocos instantes estuvieron desnudos y colocados en comodísimos lechos.

Como la sangre calase el primer vendaje, los dos maestros hicieron uno más resistente con las toallas.

—¿Cree usted —preguntó Patterson al púgil canadiense— que debemos poner al hotelero al corriente de lo que sucede?

—Me parece mejor que vaya usted en busca de un médico, *mister Hill*. Las heridas no son graves, seguramente, pero no debemos cometer imprudencias. Por ahora no digamos nada al hotelero. ¿Conoce usted la ciudad?

—Al dedillo.

—Vaya, pues, mientras yo quedo de guardia. Son las nueve aproximadamente y no le será difícil encontrar un medico.

—Voy y vuelvo en seguida.

Apenas hubo salido el maestro americano, cuando el señor Montcalm exhaló un suspiro.

—¡Por fin! —exclamó el *partner* canadiense—. Ya empezaba a temer... Confío en que también *mister Torpon* se recobrá pronto.

CAPÍTULO V. UN DESAFÍO EXTRAORDINARIO

El canadiense, acaso más robusto o tal vez herido menos gravemente que el yanqui, levantó los brazos poco a poco y, por último, abrió los ojos, fijándolos en su maestro de box con una mezcla de estupor y de ansiedad. La palidez que antes cubría su rostro desapareció con rapidez y sus mejillas enrojecieron ligeramente.

—No se mueva, señor Montcalm —le dijo Hill—. Hasta que llegue el médico debe usted permanecer inmóvil.

—¿Pero qué ha sucedido, *mister Hill*? —preguntó el herido con voz segura.

—¡Por cien mil caimanes!... —exclamó el púgil sorprendido—. ¿Acaso no se acuerda del duelo a la americana que acaba de tener con *mister Torpon*?

El canadiense cerró los ojos, se dio un golpe en la frente, movimiento que le obligó a hacer una mueca de dolor, y preguntó luego con voz alterada:

—¿Le he matado?

El *partner* vaciló un momento antes de responder.

—Señor Montcalm —dijo al cabo de un instante—, preciso es creer que el Destino...

—¿Qué quiere usted decir, *mister Hill*?

—Que solamente el Destino puede guiar sus manos sus cuchillos de modo que se hieran recíprocamente en el mismo

sitio y, probablemente, en las mismas condicione de gravedad.

—¿Qué dice usted?

—Que se han herido ustedes mutuamente sin que ninguno de los dos muera.

—¡Maldito Destino!...

—No se enfurezca usted, señor Montcalm —dijo el púgil—. No olvide que está herido y que no se sabe hasta dónde habrá penetrado el cuchillo de su adversario.

—¡Todavía estoy vivo!

—Ya lo veo ipor mil bombas!... ¡Demonio!... ¡No fataba más sino que mis discípulos muriesen así como así.

—¿Dónde está Torpon? —preguntó el canadiense con los dientes apretados.

—En la habitación contigua. Aun no ha recobrado el conocimiento.

El señor Montcalm pasóse por vez segunda la mano pe la frente, y repuso con voz ronca:

—¡Si a lo menos me hubiese matado!

—¡Oh, no, señor mío!... Para morir siempre ha tiempo.

—Sin embargo, es preciso acabar de una vez y burlar a este destino que nos persigue tan obstinamente.

—Veamos, señor Montcalm... pero, ante todo, dígame si el hablar le hace daño.

—Ninguno; si no me muevo, la herida no me molesta.

—¡Posee usted un vigor maravilloso!

—Hable usted, pues, *mister Hill*.

—¿Ama usted verdaderamente a esa endiablada americana?

—No lo sé —repuso el canadiense, tras una breve pausa.

—¿No se tratará, quizá, de una pasión o de un exceso de amor propio?

—Tal vez.

—Yo, en su lugar, me iría a hacer un viaje a nuestra nunca olvidada Francia, y abandonaría los ojos azules y los dorados cabellos de la *miss* a ese hipopótamo de yanqui. En París, seguramente, encontraría otras mujeres que le consolarían y le harían olvidar bien pronto a la norteamericana.

—Es demasiado tarde —repuso el señor Montcalm—. Todos los *sportsmen* de los Estados Unidos y del Canadá tienen los ojos fijos en nosotros, y si yo abandonase el lance, precisamente ahora, haría una deplorable figura. Diríase que me retiraba por temor a recibir otra puñalada o a intentar otra prueba. ¡Oh, no! ¡Jamás!

—Sin embargo, esa americana, como esposa, me daría miedo. Esa no es una mujer, sino el demonio en persona.

El señor Montcalm movió los labios para contestar, pero en aquel instante oyóse ruido de puertas que se abrían y casi al mismo tiempo entraba *mister* Patterson seguido de un hombrecillo redondo como un queso de Holanda, de largas melenas y ojos escondidos tras unas gafas.

—Aquí está el médico —dijo el maestro americano—. ¿Y *mister* Torpon?

—Aun no ha vuelto en sí —repuso Hill.

—Ocúpese primero de su discípulo —dijo el señor Montcalm—. Como ve, no estoy muy mal y puedo esperar.

—De lo que me alegro mucho, señor —dijo Patterson—. ¡Qué

vigor!... Doctor, pasemos a la habitación inmediata.

El médico lanzó una mirada sobre el canadiense haciendo un gesto indefinido y siguió al maestro americano.

—Quizá esperaba encontrar dos moribundos —dijo *mister Hill*, riendo— y le sorprende hallar a uno charlando tranquilamente. No abuse usted, sin embargo, de sus fuerzas. La fiebre puede sobrevenir y acostumbra hacer pésimas jugadas. Estése usted quieto y esperemos al médico.

La visita a *mister Torpon* duró media hora.

—Todo marcha bien —dijo *Patterson* entrando en la habitación del canadiense, seguido del médico—. Ha sido una cuchillada de maestro, que por verdadero milagro no ha tenido fatales consecuencias. Dentro de una semana *mister Torpon* estará curado.

—El Destino no quiere que muramos —repuso el señor *Montcalm*—. Un día u otro, sin embargo, se ha de cansar.

El médico examinó la herida y no pudo por menos que manifestar su estupor al observar que había sido producida en el mismo sitio y con igual importancia.

—Es extraño —murmuraba, mientras, después de haberle dado algunos puntos y desinfectarla, la vendaba cuidadosamente—. Es extraño. Dos heridas absolutamente idénticas. Esto no sucede con frecuencia. ¡Bien! Dentro de ocho días, también usted estará curado por completo.

El hombrecillo no se engañó en su pronóstico, puesto que ocho días después *Torpon* y *Montcalm*, acompañados de sus respectivos maestros de box, se encontraban sentados ante la misma mesa que les había servido para brindar por la próxima muerte de uno de los dos.

Su curación había sido rapidísima, merced a los solícitos cuidados del médico y, más aún, a sus robustas naturalezas.

Las heridas habían cicatrizado casi al mismo tiempo, y los dos valientes adversarios parecía que no se guardaban rencor alguno por las cuchilladas que se habían dado y que una vez más habíanles equiparado en sus duelos.

Un espléndido almuerzo había sido ordenado, esta vez por el canadiense, y todos lo consumían con envidiable apetito.

Habían terminado los postres y saboreaban el café cuando el canadiense, encendiendo un *londres* y recostándose en la silla, dijo:

—Y ahora, *mister* Torpon, ¿qué piensa usted hacer? ¿Continuar nuestra lucha o renunciar a la mano de *miss* Perkins? Me parece que no hemos escaseado las pruebas, sin ningún resultado positivo.

El yanqui, que estaba aspirando con fruición el humo perfumado de un magnífico veguero, miró, atónito, a su rival.

—¿Qué dice usted, señor Montcalm? —exclamó—. ¿Desde cuándo un yanqui rehúsa la lucha? Aunque caiga, vuelve a levantarse con más decisión que antes. ¡Ah! en este terreno no nos entenderemos jamás. Si usted quiere renunciar a ella, es muy dueño de hacerlo, pero yo permaneceré firme como la estatua de la Libertad. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, *mister* Torpon —repuso el canadiense.

—¿Está usted, acaso, decidido a retirarse?

—¿Yo? ¡Oh! Permaneceré firme como los enormes bloques de hielo que se forman en el polo Norte.

—¿Así, pues, continuaremos disputándonos a *miss* Perkins?

—Ciertamente.

—Indíqueme un medio. Como ya ha visto, los cuchillos se niegan a dar a uno de nosotros la supremacía sobre el otro

en forma que satisfaga a la *miss*.

—Hagamos otra prueba, *mister*.

—Diga usted.

—¿Ha hecho usted venir su automóvil?

—Sí, porque deseo regresar a Búfalo.

—Vamos, en cambio, a Albany para tener una entrevista con *miss Perkins* y pedirle un consejo.

—Eso mismo iba yo a proponerle.

—Ella nos dirá qué clase de desafío podemos intentar. A veces las mujeres tienen excelentes ideas.

—Especialmente las mujeres deportistas —dijo Hill irónicamente.

—Sí, tiene usted razón —repuso *mister Torpon*—. No perdamos tiempo. Mi chófer tiene orden de estar preparado al primer aviso.

Liquidaron cuentas, bastante crecidas, porque durante ocho días habían tenido a su disposición todo el último piso del hotel, dieron espléndidas propinas a los negros y salieron del establecimiento.

A la puerta del hotel les aguardaba un magnífico automóvil guiado por un joven seco como un arenque y de ojos negríssimos y vivaces.

Los cuatro caballeros ocuparon sus puestos y la poderosa máquina se puso en movimiento, atravesando a gran velocidad las calles de Oswego. Cinco minutos después, deslizábase sobre la espesa capa de nieve de la carretera con dirección al sudeste.

Cinco horas más tarde el coche de *mister Torpon* entraba en

la bella y populosa Albany, una de las ciudades más alegres de Norte América, y se detenía ante una quinta, de arquitectura puramente italiana, rodeada de un espacioso jardín.

Eran las dos y, por lo tanto, *miss Perkins* se debía encontrar aún en casa.

Acababan de conducir el coche a un pequeño *garage*, situado al lado de la puerta de entrada, donde descansaban varios automóviles, motocicletas, canoas a vapor, etc., cuando se presentó *miss Ellen*, vestida con un traje azul con adornos blancos, un elegante sombrero sobre sus blondos y abundosos cabellos y una fusta en la mano.

—¡Oh, mis queridos *gentlemen*! —exclamó alegremente—. Tengo una verdadera satisfacción en verles completamente restablecidos. Parece que tienen ustedes empeño en hacer tonterías. Al terminar una partida de *box*, se desafían ustedes a cuchilladas de *bowie-knife*. ¡Vaya, no debiera perdonarles! ¿Se han convertido ustedes, acaso, en *cow-boys* del *Far-West*?

—¡Cómo!... Usted ha sabido, *miss*... —balbuceó *mister Torpon*, que la devoraba con los ojos.

—¡No había de saberlo! Los periodistas americanos meten la nariz en todas partes, y se interesan especialmente por las personas que meten demasiado ruido. ¡*Mister Torpon*!... ¡El señor *Montcalm*!... He aquí dos nombres que pronuncian en la actualidad todos los labios y que se oyen repetir hasta en los desiertos del *Arizona* y del *Colorado*.

—¡Ah! —se limitó a exclamar el canadiense, inclinándose ligeramente.

—Si continúan ustedes así —prosiguió la joven—, acabarán por hacerse llevar a la presidencia en la próxima lucha electoral.

—Yo soy canadiense, *miss*, y, por lo tanto, no puedo aspirar a semejante honor —repuso el señor Montcalm con marcada ironía.

—Naturalícese usted americano. Es un buen consejo el que le doy, querido amigo.

—Otro es el consejo que pediría yo a usted.

—¿A mí?

—Sí, puesto que de usted se trata.

—¿Seguramente acerca de la eterna cuestión de ustedes?

—Que usted ha originado, señorita.

—Es cierto —repuso la joven.

Permaneció un momento silenciosa y luego dijo:

—Sígueme ustedes a mi pabellón favorito, señores. Tomaremos té juntos.

Salió del garage esbelta y ligera como un pajarillo, y después de haber atravesado algunos arriates desnudos de flores y de hojas, introdujo a los dos rivales y a sus respectivos *partners* en un elegante quiosco de estilo chino, construido en mármol blanco, y amueblado coquetonamente.

Una estufa de gas que ardía en un ángulo, caldeaba el ambiente, haciendo crepitar los numerosos periódicos desdoblados que estaban sobre una mesita de laca, manufactura del celeste imperio.

Tocó un botón eléctrico e invitó seguidamente a los cuatro hombres a sentarse sobre pequeñas butacas tapizadas de terciopelo azul, diciendo:

—Señor Montcalm, explíquese usted mejor. ¿Qué consejo espera de mí?

—Señorita —repuso el canadiense con grave acento—, ¿continúa resuelta a conceder su mano al más fuerte de nosotros dos?

—Las norteamericanas sólo tienen una palabra, ya se lo he dicho en otra ocasión —contestó la joven.

—Escúcheme, *miss*. Nosotros hemos hecho ya varias pruebas y, como usted misma ha podido comprobar, ni *mister* Torpon ni yo hemos alcanzado una victoria decisiva. Venimos, pues, a preguntarle qué más podemos hacer, puesto que no ha desistido de su resolución de ser la esposa del que venza en esta singular contienda.

—¿Cree usted, señor Montcalm, que han agotado todas las clases de desafío?

—Efectivamente.

—Pues está usted equivocado. ¿Ha leído el *New-York Times* de ayer?

—Leo muy raras veces los periódicos norteamericanos.

—Siendo así, no sabrá una palabra acerca de la gran carrera de automóviles alrededor del mundo, organizada por el *New-York Times* en combinación con *Le Matin* de París, el mismo que organizó la famosa carrera Pekín-París, de la cual ha sido campeón un *sportman* italiano, el príncipe Borghese.

—¡Una carrera alrededor del mundo! —exclamaron al unísono los cuatro hombres.

—Sí, señores, un *raid* gigantesco para el cual ya se han inscrito automóviles italianos, franceses, americanos y alemanes. Se conocen los nombres de los héroes que tomarán parte en la porfía. Se trata de una carrera de treinta y seis mil kilómetros...

—¡Es necesario estar loco para hacer semejante prueba!
—exclamó *mister* Torpon.

—¿Y por qué *gentlemen*? Admiro a los hombres que se lanzan con su máquina desafiando quién sabe cuántos peligros. ¡Oh, si yo fuera hombre me inscribiría en seguida!

—*Miss* —dijo el canadiense, al mismo tiempo que entraban dos criados negros llevando un soberbio servicio de té—; *miss* ¿qué quiere usted decir con eso?

—Que yo, en el lugar de ustedes, tomaría parte en un *raid* que será el asombro y la admiración del mundo entero
—repuso *miss* Ellen con los ojos radiantes de entusiasmo.

—¿Quisiera usted que nos inscribiésemos para esa gran carrera? —preguntó el señor Montcalm.

—¡Oh! yo haría algo más. Ese *raid* ha perdido ya toda su importancia... me atrevería a decir que es valor entendido.

—¿Qué haría usted, entonces?

—¿Yo?... Em prendería, por ejemplo, la conquista del Polo norte en automóvil.

—¡Magnífica idea! —exclamó *mister* Torpon, que, como buen americano, no veía dificultad alguna ni aun en las más locas empresas.

—Demasiado peligrosa es esa conquista —repuso, por el contrario, el canadiense.

—¿Por qué es peligrosa, señor Montcalm? Si los que toman parte en la carrera organizada por el *New-York Times* y por el *Matin*, se proponen atravesar Alaska, que, como ustedes saben, no es otra cosa que un inmenso desierto de nieve, por no llamarlo un monstruoso témpano, para pasar luego por el helado estrecho de Behring y lanzarse a través de la no menos fría Siberia, quiere decir que los automóviles pueden

desafiar las nieves y los hielos. ¿No le parece, *mister Torpon*?

—Yo creo que es muy posible —repuso resueltamente el americano.

—Añadiré, que, según se dice, si el *raid* alrededor del mundo resulta, como se espera, el año próximo los dos grandes periódicos anunciarán un concurso polar a través del Ártico. Anticípense ustedes a este grandioso proyecto y se cubrirán de gloria.

—Si no morimos en la demanda —dijo el canadiense, riendo sardónicamente.

—El Destino les seguirá protegiendo, como hasta ahora —repuso la joven, cada vez más entusiasmada—. ¿Quieren ustedes mi mano? Pues bien, marchen hacia el Polo. La obtendrá, lo juro, el que avance más en aquellas regiones. ¿Rehúsan disputársela?

Reinó en el kiosco un largo silencio. Los dos rivales se interrogaban con la mirada mientras *miss Ellen* les servía el te.

—¿Qué dice usted a eso, señor *Montcalm*? —preguntó, al fin, *Torpon*.

—Que si usted se decide a llegar al Polo, yo le disputaré con todas mis fuerzas la mano de *miss Ellen* —repuso gravemente el canadiense—. Suceda lo que suceda, yo haré esta última prueba. Tanto peor para mí si los hielos me tragan juntamente con mi automóvil o si los osos blancos me meriendan.

—¡Así debieron hablar los héroes de la antigüedad! —exclamó la joven—. ¡Vengan sus manos, mis amigos, y láncense a la conquista de ese eje del mundo, sueño de tantos audaces navegantes y de tantos intrépidos *sportmen*! Tomen el volante y... *go ahead*!

—¡Es usted una mujer maravillosa! —exclamó el yanki—. ¡Lleva usted en sus venas pura sangre norteamericana!

—Para obligarles a jugarse la piel y hacerse una clamorosa *réclame* —murmuró para sí el maestro de box del señor Montcalm—. Prefiero las canadienses y las mujeres de nuestra madre patria.

—¿Así pues, señores, es cosa resuelta? —dijo *miss Ellen*, cuando todos hubieron vaciado sus tazas.

—Por mi parte, sí —repuso el yanki—. Esta carrera al Polo me ha conquistado en seguida. O llegaré al punto donde se cruzan todos los meridianos del globo o pereceré en la empresa, con el nombre de usted en los labios, *miss*.

—¿Y usted, señor Montcalm?

—Ya he dicho, señorita, que partiré, y cuanto más pronto mejor, para disputar a *mister Torpon* la palma de la victoria.

—¡Oh, eso lo veremos! —exclamó el yanki—. Yo confío en plantar allá arriba, en el reino de los osos blancos, la bandera de los Estados Unidos, antes que usted.

—Todavía no ha llegado usted al Polo, *mister Torpón* —interrumpió el canadiense.

—Pero llegaré, seguramente.

—No cuente usted con ninguna ayuda por mi parte. Nos consideraremos como enemigos implacables.

—Si yo le encontrase —puesto que no partiré en su compañía— muriéndose de hambre, puede estar seguro que no le daré ni las migajas de mis galletas.

—¡Mejor que mejor! Así habré de contar sólo con mis fuerzas —replicó el canadiense.

—Aunque le viera en las fauces de un oso blanco no

consumiría un cartucho en defensa de usted. Téngalo presente, señor Montcalm.

—Perfectamente.

El canadiense se inclinó ante la joven americana, la cual había asistido impasible a aquel altercado, diciéndole:

—Señorita, regreso a Montreal con objeto de prepararme para el gran viaje, pues me propongo partir cuanto antes, a fin de aprovechar los grandes fríos. Si perezco en la demanda, acuérdesse de mí alguna vez.

Dicho esto, salió bruscamente del kiosco, seguido de su partner, el cual mascullaba horribles blasfemias.

Dos días después, todos los periódicos de Montreal y de Quebec, publicaban en cuarta plana y con gruesos caracteres el siguiente anuncio:

«Se necesitan dos hombres para acompañar a un caballero que se propone llegar al Polo en automóvil. Uno de ellos habrá de ser "chauffeur", experimentado en largos viajes. Dirigirse al señor Gastón de Montcalm, en Montreal.»

CAPÍTULO VI. EL EQUIPO DEL AUTOMÓVIL

Tres días después de haber aparecido en los periódicos el anuncio, que excitó vivamente la curiosidad de todos los habitantes de las ciudades canadienses, se presentaba en la quinta de Gastón de Montcalm, pretendiendo hablar con éste, un joven de veintidós a veintitrés años, rubio, de tez sonrosada, bigotes incipientes y vestido con traje de ciclista, que dejaba ver la robusta musculatura de un buen par de piernas.

Era el mismo joven inglés que había asistido a la partida de box en la pista de Kingston y que, para obtener informes de los dos rivales, se había permitido el lujo de cambiar su última esterlina para ofrecer al cicerone americano un crabmeat.

El portero —viejo canadiense de formas hercúleas, descendiente, sin duda, del viejo país, como llaman allá a Francia, a la que siempre se echa de menos, a pesar de la libertad sin límites y de los grandes privilegios concedidos por Inglaterra a aquellos colonos—, después de haberlo examinado atentamente de arriba abajo, le introdujo en un pequeño despacho, amueblado con sencillez, donde se encontraba en aquel momento el señor Montcalm examinando con gran atención varios mapas.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó, sin preámbulos el canadiense, luego de haber correspondido al saludo del recién llegado—. Despache pronto, pues estoy ocupadísimo.

—He leído el anuncio que ha mandado usted insertar en los periódicos —repuso el joven.

—¡Ah, muy bien! —dijo el señor Montcalm, indicándole con un gesto que tomase asiento, mientras lo observaba con vivo interés—. ¿Quiere usted venir conmigo al Polo norte? Si no me engaño, es usted inglés.

—Sí, *gentleman*.

—¿Qué oficio tiene usted?

—Ninguno —repuso ingenuamente el joven—, pues hace sólo tres meses que abandoné la Universidad de Cambridge sin haber obtenido ningún título académico por culpa del *sport*

—¿Del *sport*? Explíquese usted mejor, señor...

—Gualterio Graham.

—Tiene usted una excelente figura, y confieso qué me agrada. Decía usted, pues, que el *sport*...

—Ha sido mi ruina, señor Montcalm. ¿Pero qué le vamos a hacer? Se estudia ahora muy poco en las universidades de Cambridge y de Oxford, y todo a causa del *sport*, el cual amenaza seriamente con suplantar los libros y tirar por la ventana el pan y la ciencia.

—¿Qué se enseña, pues, ahora en esas dos célebres universidades?

—A ganar una carrera de cien yardas, de media milla, de milla y de tres millas, lo cual he realizado yo, único entre todos, en 54 minutos y 53 segundos contra el Queens en la clásica pista de *Baron's Court*, situada al oeste de Londres, en presencia de cincuenta mil personas, venciendo al campeón de Oxford. Asistían también el príncipe de Gales, el obispo, y, finalmente, Su Alteza Yam Sahib de Nawanagar, el más popular de los príncipes hindúes desposeídos.

—¡Ah! —exclamó el señor Montcalm, riendo—. ¿Y se enseña

algo más en aquella universidad?

—La carrera de obstáculos, saltos de altura, tirar la barra... ¡Caramba!... Y forzoso es confesar que los estudiantes de Cambridge valen tanto o más que los de Oxford.

—¿Quién ha vencido este año, Cambridge u Oxford?

—Cambridge, señor Montcalm, porque estaba allí yo, que he sido proclamado campeón en todos los ejercicios.

—Y el último en las aulas,

—¡Oh, sí, desgraciadamente! El *sport* me ha hecho olvidar los libros.

El canadiense lanzó una carcajada.

—No se apesadumbre, *mister* Graham, pues si se hubiese usted presentado a mí con un título de ingeniero, de abogado o de médico, le habría contestado en seguida que esa clase de personas son inútiles en el Polo.

—¡Ah, caballero! —exclamó el inglés, radiante de alegría.

—Poco a poco, querido joven —dijo el señor Montcalm, que no se cansaba de admirar la sólida musculatura del estudiante; ante todo, dígame qué ha venido a buscar en América.

—La fortuna. Tenía intención de alistarme en la compañía de cazadores de la bahía de Hudson.

—¡Pero si esa compañía sólo recluta buenos tiradores!

—Es que yo apago una bujía, a doscientos pasos, con un tiro de *mauser*.

—¿Se chancea usted?

—No, señor Montcalm. No temo la competencia de ningún

tirador, y cuando usted quiera se lo demostraré.

—¿Ha almorzado usted?

El joven inglés enrojeció hasta el blanco de los ojos, y repuso, tras breve vacilación:

—No, señor Montcalm, pues mi hotelero, cuando le hube entregado mi última esterlina, se negó a fiarme, y me extraña que me deje dormir bajo su techo. Por otra parte, la pobreza no es un delito.

—Me agrada su franqueza, señor Graham —dijo el canadiense, sonriendo—. Más tarde le daré lo necesario para que pague sus pequeñas deudas y le quede algún sobrante, puesto que le considero ya como a mi compañero en el viaje al Polo.

—¡Ah! ¡Señor...! —exclamó el estudiante calabaceado, levantando los brazos.

—Me conviene usted y le tomo a mi servicio, señalándole quinientos dólares de sueldo al mes y un premio de otros quinientos por cada grado que avancemos más allá del 80° paralelo. ¿Acepta usted?

—¡Lo que usted me ofrece, es una fortuna!

—Modestísima, joven, pero que doblaré si tengo la suerte de llegar al Polo norte.

—¿Duda usted acaso, señor Montcalm?

—¡Quién sabe lo que puede suceder! Tales expediciones han costado muchos centenares de vidas humanas.

—Las intentadas con buques, pero no con automóvil.

El canadiense miró sonriendo al resuelto pero poco estudioso alumno de la Universidad de Cambridge.

—¿Tanta confianza abriga usted?

—Sí, señor Montcalm, y si es necesaria una vida humana para conquistar a *miss Perkins*, tome usted la mía, con tal de derrotar a ese bison que tiene usted por rival.

Una nube ensombrecía la frente del canadiense.

—¡Ah!... Luego usted sabe...

—¿Que usted lucha por la mano de esa endiablada muchacha?
¡Quién no sabe eso!

—¡Endiablada!... Tiene usted razón. Es el adjetivo que le cuadra. ¿Amaría usted, Gualterio, a semejante mujer? Dígamelo con franqueza.

El inglés sonrojóse como una jovencita, levantó luego la cabeza, alisóse con cierta gravedad su bigote incipiente, y repuso:

—Yo, como inglés, no.

—Tal vez esté usted en lo cierto —contestó el canadiense arrugando la frente—. Estas americanas...

Se interrumpió por haber oído en aquel instante el tintineo de la campanilla.

—Quizá sea algún otro que desea ir al Polo para helarse en mi compañía —observó después.

El ex estudiante palideció intensamente y dirigió una mirada suplicante a su interlocutor.

—Esté usted tranquilo —dijo el señor Montcalm, a quien no pasó inadvertida la turbación del joven—. Aunque se presentase Jacobo Ross, el famoso navegante de los mares antárticos, o Mac-Clure, el más osado, a mi parecer, de los navegantes árticos, o el almirante Franklin, no los antepondría a usted. Pierda cuidado, pues, joven, porque yo...

El corpulento portero apareció en el umbral, diciendo:

—Señor, ha venido un hombre, con un periódico en la mano, que desea hablar con usted.

—Hazle pasar, Perrot. Es otro que quiere ir muy lejos conmigo. Ya veremos.

Un instante después era introducido un hombre de treinta años, aproximadamente, moreno como los españoles o portugueses, con un ojo cerrado y una barba rala y negrísima. Llevaba traje de *chauffeur* no en muy buen estado, y el periódico en la mano.

—¿El señor Gastón de Montcalm? —preguntó, inclinándose.

—Yo soy —repuso el canadiense, poniéndose en pie—. Adivino el objeto de su visita. Quiere usted ir conmigo al Polo, ¿verdad?

—Sí, señor, si usted me admite en su compañía.

—¿Qué profesión tiene usted?

—Primero fui marinero y luego me he convertido en *chauffeur*. Se cambia con frecuencia de oficio para mejorar, por supuesto, y ganarse mejor la vida. Por otra parte, creo que le convendré a usted, porque he guiado el automóvil de lord Hammer a través del Alaska hasta la bahía de Kotzebue.

—¿De manera que está usted en buenas relaciones con las nieves y los hielos?

—Excelentes, señor.

—¿Posee usted documentos que confirmen sus asertos?

—Sí, señor.

—¿Sería usted capaz de reparar una máquina aun en medio

de los hielos polares?

—He sido ballenero, señor, y me río de los fríos y de las tempestades de nieve —repuso el ex marinero.

—¿Así, pues, se compromete usted a llevarme al Polo?

—Haré lo humanamente posible.

—¿Se contentará con una recompensa de diez mil dólares?

—Por esa cantidad paso yo por encima de todos los osos polares habidos y por haber —repuso el *chauffeur*, despidiendo destellos de alegría por su único ojo abierto.

El señor Montcalm, que continuaba de pie, encendió un cigarro y dijo después:

—Pues bien, sígame a mi garage. Mi automóvil está casi preparado y dentro de muy pocos días podremos lanzarnos a la conquista del Polo norte. A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Ricardo Mac-Leod.

—¿Escocés?

—Mi padre lo era.

—Venga usted, Ricardo, y verá mi automóvil.

Salieron del despacho, atravesaron un pequeño jardín y entraron en un vasto local cerrado con vidrieras, donde cinco o seis hombres trabajaban afanosamente en un automóvil que llevaba tras de sí una especie de vagón, parecido a los que usan los saltimbanquis.

—Vea usted mi tren —dijo el canadiense, haciendo señal a los operarios para que interrumpiesen el trabajo—. Es un Thomas de sesenta caballos, modificado según el proyecto de un ingeniero mecánico amigo mío, y que creo nos llevará

al Polo sin muchos tropiezos. Obsérvelo usted bien, Ricardo, puesto que ha de conducirlo. Como ve, llevamos neumáticos de recambio, dentados con puntas de acero, a fin de que puedan morder en el hielo, cuando sea preciso, y un gran depósito de nafta, situado debajo del primer coche y dividido en tres recipientes absolutamente impermeables. El vagón será nuestra vivienda. Tendremos cómodos lechos, buena estufa, que quemará esencias minerales para resistir a los grandes fríos, víveres para tres meses, ropas de repuesto, una pequeña armería, que no obstante será suficiente para nosotros, una minúscula biblioteca, para no aburrirnos demasiado, y un botiquín completo. Mire usted allá arriba, sobre el techo del carro, hay una embarcación de piel de foca, semejantes a los kayak de los esquimales, pero capaz para llevar tres hombres en vez de uno. Creo haberlo previsto todo; sin embargo, introduciré las modificaciones que usted juzgue necesarias.

—Señor Montcalm —dijo el ex estudiante, que daba vueltas y revueltas en torno del automóvil y del vehículo que había éste de remolcar—. Creo que no hay nada que quitar ni poner. Seguramente, el bison de su rival no llevará un tren semejante.

—Y usted, Ricardo, ¿qué opina? —preguntó el canadiense al mecánico, el cual, como hombre práctico, examinaba atentamente el motor.

—Esta máquina es sorprendente —repuso el tuerto—. No he visto en mi vida otra parecida. ¡Qué admirables modificaciones! No se trata todavía de los cuatro cilindros fundidos en bloque, con movimientos esféricos, que es, desde hace mucho tiempo, la constante pesadilla de los ingenieros, pero, repito, señor, que es una máquina sorprendente.

—He tenido que modificarla conforme a los diseños de un amigo mío, ingeniero. No hemos de tener en cuenta los caminos más o menos cómodos que atraviesan el Canadá, y,

por lo tanto, ha sido necesario modificar mi tren para que pueda resistir la carrera larguísima que ha de hacer a través de los hielos del Polo. Como usted ve, el motor es sencillo, sólido y, al mismo tiempo, ligero, pues una máquina pesada no hubiera respondido, seguramente, a sus fines, que son reunir el *máximum* de fuerza con el *mínimum* de peso y obtener los mejores resultados con el menor consumo de combustible. El *chassises* de una solidez extraordinaria, con ballestillas reforzadas todo lo posible, para resistir a las fuertes sacudidas que, sin duda, experimentaremos al saltar a través de los *hummo* que encontraremos a menudo en los *packs* inconmensurables. Mire usted aquí, Ricardo. Como usted sabe, el radiador, que es el mecanismo más delicado y que representa en la máquina lo que la circulación de la sangre en el hombre, está colocado conforme al sistema de suspensión de Migenet, de manera que un choque imprevisto y brusco llegará al delicado instrumento doblemente amortiguado. Mas, como las violentas sacudidas no las reciben sólo las ruedas en países donde las carreteras son completamente desconocidas, ha sido preciso ponerle un cárter de acero que proteja al motor contra las puntas de los hielos y lo preserve de los obstáculos imprevistos. El sistema de calefacción es el magnético a baja tensión, según el nuevo sistema de Bosch que es, a mi juicio, el mejor que existe. Tiene, además, un aparato especial para calentar el aceite antes de arrancar la máquina.

—¡Maravilloso! —exclamó el mecánico—. Esto es lo que se dice una máquina perfecta. ¿Y ha pensado usted en la congelación del agua? Ciertamente, habrá tenido usted en cuenta que tenemos que afrontar temperaturas muy bajas.

—Naturalmente, y por esto mi amigo el ingeniero ha pensado substituir el agua por una composición formada de agua y aguardiente de mijo en partes iguales, y esta mezcla no podrá congelarse ni aun a 60° bajo cero.

—Muy bien, señor. ¿Y las ruedas?

—Son neumáticos recubiertos por completo de cuero, para evitar que las bajas temperaturas del Polo estropeen la goma. Utilizaremos primero las lisas, porque hasta ahora son las que mejor resultado han dado sobre superficies congeladas; después ya veremos qué servicio nos prestan las dentadas en el país de los hielos. Fíjese ahora en el *chassis*. Corto, cuadrado, solidísimo, mucho más alto que los otros, para así evitar mejor los hundimientos en la nieve, abierto por delante y, como ve usted, provista de una gruesa capota de cuero que puede cubrirlo por completo. Para proteger a usted mejor, he hecho colocar delante del volante un escudo de metal recubierto de cuero, que le protegerá perfectamente el pecho y las piernas, y un tubo que llevará a la delantera el agua caliente obtenida simplemente con la evaporación.

—¿Y la nafta?

—Está debajo del segundo coche, en depósitos de, cuatrocientos litros cada uno, suficientes, por lo tanto, para recorrer tres mil millas, y divididos en latas de veinte litros cada una.

—¿Y bastará para ir y volver? El Polo está algo, lejos...

El canadiense sonrió.

—He previsto también el caso de que nos falte combustible. Debajo del segundo vehículo, bastante separada del depósito de nafta, he hecho colocar una pequeña máquina que podremos alimentar con estopa impregnada en aceite de foca o con grasa de oso o de ballena. No podremos conseguir, ciertamente, una gran velocidad, pero esa maquinita nos evitará *pannes* irremediables en una región donde no encontraremos quien nos venda el combustible necesario.

—¡Soberbio! —exclamó el ex marinero—. Con semejante tren podemos ir al fin del mundo. ¿Y la iluminación?

—Tampoco la he olvidado. Llevaremos un repuesto, de

carburo bastante considerable que nos servirá para alimentar dos magníficos fanales de cristal sustituibles. Cuando se nos acabe, nos serviremos del aceite de foca o de morsa y ya verá que, mediante un sistema óptico especial, tendremos un alumbrado excelente.

—¡Admirables preparativos! —exclamó el estudiante calabaceado—. Ese bisonte yanki no llevará un tren igual.

—Lo mismo creo yo —repuso el canadiense.

—¿No ha sabido usted nada de él?

—Nada absolutamente.

—¿Habrá partido ya?

—No es posible. Un americano, además, no emprende un viaje semejante sin reclame, y hasta ahora los periódicos no han publicado una línea. Vamos a visitar nuestra casa, puesto que el vagón de remolque será nuestra vivienda cuando nos atormenten los grandes fríos. Fíjese usted, está forrado de *hickory* y todo unido con *chater-stone*, porque con las bajas temperaturas no es prudente fiarse del metal. He aquí nuestros lechos, la cocina, la estufa... ¿y estas ruedas? Tóquelas... No son sencillos neumáticos, sino *Ducasble*, que no pueden romperse, a pesar de lo cual llevamos dos de recambio. Pueden recorrer perfectamente veinticinco mil kilómetros. Además, mire estos estribos. Acaso le parecen demasiado anchos, porque no se fija en que encierran un secreto. Cuando corramos sobre la nieve, sostendrán perfectamente nuestra casa impidiendo que nos hundamos. Mire lo que llevan debajo: cajas de acero conteniendo bigornias, limas, herramientas de todas clases y piezas de recambio, todas bien envueltas y clasificadas. ¿Qué más se quiere? Yo estoy convencido de que llegaré al Polo.

—Y yo más que usted —repuso el ex estudiante.

—¿Y usted, Ricardo?

El mecánico le miró con su único ojo, y contestó:

—Confío en hacerlo subir hasta las cimas de los *icebergs* con semejante máquina. Le aseguro que haremos una carrera magnífica, señor.

—¿Tocaremos en la Groenlandia, señor Montcalm?
—preguntó Gualterio.

—Sí, pero muy tarde, porque me propongo pasar por el poniente de la bahía de Hudson. He sabido, casualmente, que mi rival pasará a lo largo de las riberas de levante. Es cierto que él ahorrará camino, pero yo prefiero marchar a través de las islas que encierra el Ártico en su seno. Cuando hayamos llegado a la tierra de Grant visitaremos a los esquimales, si existen en aquellas latitudes. Y ahora, basta; vamos a almorzar. Entre bocado y bocado discutiremos el camino que hemos de seguir, aunque yo he tomado ya mis medidas para evitar cualquier posible encuentro con *mister Torpon*. Vengan ustedes conmigo.

CAPÍTULO VII. LOS TRAIADORES

Ricardo Mac-Leod, el poco simpático *chauffeur*, después de un abundante almuerzo, durante el cual dio una sorprendente prueba de su apetito, abandonó el domicilio del señor Montcalm para ir a preparar su equipaje.

Apenas estuvo fuera, se le acercó un hombre de estatura gigantesca y complexión robustísima, envuelto en un gran abrigo forrado con piel de bison, que hacía largo rato paseaba por delante de la verja del jardín.;

—¿Me permite usted decirle una palabra? Si no me engaño, es usted *chauffeur*, o a lo menos lo parece...

Si el señor Montcalm no se hubiese encontrado en su garage con el estudiante vigilando a los operarios que daban los últimos toques al automóvil, hubiere reconocido, con no poca sorpresa, en aquel gigante, al maestro de box de mister Torpon.

Ricardo Mac-Leod habíase detenido examinando atentamente al norteamericano y admirando, sobre todo, su imponente musculatura.

—Le escucho, *mister* —repuso, al fin.

—No es éste el sitio a propósito para hablar de asuntos reservados —contestó el yanki mirando con recelo al edificio—. ¿Acepta usted una copita de *whisky* o un *grog*?

—Un trago de alcohol no sienta mal cuando se ha comido opíparamente —dijo el ex ballenero—. Además, tengo la costumbre de no rehusar nunca un convite, cuando me lo hace un *gentleman*.

—¿Ha comido usted con el señor Montcalm?

—Efectivamente.

—Entonces, una copita de *whisky* le ayudará la digestión mejor que cualquiera otro licor.

—Aunque sean dos copas, *mister*.

El maestro de box atravesó la calle, casi desierta a aquellas horas, y doblando la esquina entró en un bar, seguido del *chauffeur*, y pidió un reservado y una botella de *whisky* del mejor.

Algunos instantes después se hallaba sentado frente a Ricardo Mac-Leod en un saloncito muy reducido y silencioso.

—Ante todo, bebamos, señor...

—Ricardo Mac-Leod —repuso el ex marinero, apurando de un trago su copa y haciendo restallar la lengua con visible satisfacción—. Y ahora, caballero, dígame qué es lo que desea de mí y lo más pronto posible, pues dispongo de muy poco tiempo.

—Quisiera saber si está usted libre o si ha entrado al servicio del señor Montcalm.

—Parto para el Polo, caballero.

—¿Con el automóvil de aquel señor?

—Ciertamente. ¿Iba usted a hacerme, quizá, alguna proposición?

En vez de responder, el maestro de box le preguntó bruscamente:

—¿Es usted hombre de escrúpulos, o los tendría si se tratase de ganar una bonita suma?

El ojo del ex ballenero brilló siniestramente.

—¿No me ha entendido usted? —preguntó el yanki, observando que el *chauffeur* vacilaba en responder.

—Con tal de ganar dinero sería capaz de descender a los infiernos —repuso el ex ballenero—. ¿Por qué supone usted que me he comprometido a conducir al Polo al señor Montcalm? ¿Para ver de nuevo los hielos y trabar amistad, o, mejor dicho, renovarla, con los osos blancos? No, por cierto. Allí me lleva la importante suma que me han ofrecido, señor mío.

—¿Muy importante?

—¡Oh!... Diez mil dólares.

—¿Y qué diría usted si existiese una persona que ofreciera otro tanto para impedir que el señor Montcalm llegue al Polo?

Ricardo Mac-Leod tomó la botella de *whisky*, llenó su copa, la apuró de un golpe y poniéndola con estrepito sobre la mesa, repuso:

—¿De qué negocio se trata?

—De un negocio de diez mil dólares que puede usted embolsarse bonitamente nada más que con inutilizar el automóvil, operación sencillísima para un *chauffeur*.

—Cierto; basta dar un golpe al radiador —repuso ex ballenero.

—Asunto de cinco minutos.

—Ni de uno siquiera, caballero.

—¿Y sería usted capaz de hacerlo?

—¿Por diez mil dólares?... Haría añicos el automovil y el

vagón de arrastre. Bastaría aplicar una cerilla encendida a la nafta, y estallaría todo como una boom infernal.

—¡Ah, bribón! —dijo para su capote el maestro pugilato—. Torpon está de suerte, y Montcalm no ira ciertamente al Polo.

Sacó de su bolsillo una preciosa pipa de espuma levantina, regalo, sin duda, de su magnífico discípulo, la lleno de tabaco pausadamente, mientras el ex ballenero acariciaba con sumo cariño la botella de *whisky*, la encendió y después de lanzar al aire dos o tres bocanadas de humo dijo:

—¿Sabe usted el fin que persigue el señor Montcalm en su viaje al Polo?

—¿Quién no lo sabe? —exclamó el *chauffeur*—. Los periódicos han hablado bastante del asunto Es un desafío que pondrá al vencedor en posesión de una rica heredera yanki, miss Ellen Perkins, si no recuerdo mal.

—¡Muy bien, joven!

—Y *mister* Torpon quisiera deshacerse del señor Montcalm, ¿no es cierto? —añadió, sonriendo, el ex ballenero.

—Ya veo que no tendré que dar a usted muchas y poco interesantes explicaciones.

—*Mister* Torpon le ha enviado a mí para que me ofrezca una cantidad determinada con objeto de impedir que el señor Montcalm llegue al Polo y gane el reto.

—Posee usted un talento privilegiado, joven. Del otro lado del San Lorenzo haría usted más carrera que en el Canadá.

—Me parece, *gentleman*, que también puedo hacerla en la orilla izquierda del río, pues veinte mil dólares no se ganan fácilmente en un día cuando no se es un Carnegie o un Pierpont Morgan.

—Tiene usted razón.

—Explíquese, pues, con más claridad.

—¿Aceptaría usted la proposición que le he hecho?

—Será una negra traición; pero, en fin, como se trata de ganar una cantidad que me permitirá un día armar una goleta ballenera y mandarla no como marino sino como patrón, estoy pronto a todo.

—¡Miserable! —murmuró para sí el maestro de box, haciendo un gesto de repugnancia que pasó inadvertido al *chauffeur*, ocupado en aquel instante en trasegar vasos de *whisky*—. Pero ya que estoy aquí, trabajaré en beneficio de mi discípulo.

Aspiró dos o tres veces su pipa, y añadió en voz alta:

—Para nuestros planes es suficiente que el señor Montcalm no pase del 90°. Condúzcalo cuanto le plazca hacia el Norte, poco importa; lo que nos interesa es que no llegue al Polo. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Eso es cosa de usted.

—¡Demontre! —exclamó el ex ballenero dando un formidable puñetazo sobre la mesa—. ¿Y no han pensado ustedes en mi pellejo? ¿De qué me servirá su dinero si no puedo regresar?

—Lo entregaremos a sus herederos, pues tengo orden de depositar en el Banco que usted indique, y a su nombre, la cantidad de diez mil dólares, que no podrá usted retirar antes de tres meses.

El *chauffeur* hizo una mueca.

—¡Al diablo mis herederos! —exclamó—. Prefiero gastarlos yo mismo.

—Regrese usted y será dueño de ellos.

—Y si, como usted desea, o, mejor dicho, me impone,

detengo el automóvil en forma que no pueda reanudar la marcha, en medio de los hielos, entre los 80°, 85 u 88° paralelo, ¿cómo me las compondré para regresar? Poco me importará la vida de los otros, si tanto me apura usted; pero la mía... ¡By God! Le tengo cierto apego.

—¿Pretende usted, acaso, ganar una suma tan considerable sin riesgo alguno? Además, ¿no se encontrará por allí *mister* Torpon con sus compañeros y su automóvil

—Si es que pueden llegar tan arriba —observó el *chauffeur*—. Es preciso conocer aquellas regiones par formarse idea de las dificultades que surgen a cada momento.

—¿Vacila usted?

—¡De ninguna manera! No estoy dispuesto a rehusar una nueva fortuna.

—¿Acepta, pues?

—Sí, *gentleman*.

—¿Cuándo parte el señor Montcalm?

—Mañana, a media noche. Quiere salir sin ruido.

—Entonces, mañana a las nueve, le espero aquí con los diez mil dólares, que iremos a depositar a su nombre en el Banco que me indicará.

—Trato hecho; he aquí mi mano, *gentleman*.

Un apretón formidable, un verdadero apretón de manos a la americana, que obligó a hacer al bribón una horrible mueca, puso fin al diálogo.

Ricardo Mac-Leod se levantó tambaleándose sobre sus piernas, poco seguras, y con las manos en los bolsillos salió del bar, murmurando:

—¡Buen día, a fe! Ya sabía yo que cambiando de oficio acabaría por hacer fortuna. No hay duda que las focas, las morsas y las ballenas, a las que hace tres años dejó en paz, han debido rogar por mí.

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj del palacio del Gobierno, cuando se abrió la verja del jardín en el que estaba situado el *garage* de Montcalm, para dejar el paso franco al tren destinado a la conquista del Polo ártico.

Nevaba furiosamente y un viento helado que llegaba en violentas ráfagas de las inmensas llanuras del Ontario, barría, silbando siniestramente, las calles de la ciudad, a la sazón desiertas.

Ricardo Mac-Leod iba al volante; detrás de él, perfectamente envueltos en gabanes de pieles, tomaron asiento el señor Montcalm y Gualterio, el alegre ex estudiante.

—¡Buen viaje, mi amo! —dijo el gigantesco portero, levantando la linterna y abriendo de par en par la cancela— ¡Que Dios le ayude en su empresa!

—Adiós, mi buen Perrot —contestó el señor Montcalm con voz algo alterada por la emoción—. Si los osos blancos no nos devoran, antes de dos meses estaremos de regreso. Te escribiré desde el fuerte Severn o, si tengo prisa, desde el de Churchill.

Luego, levantando la voz, dijo al *chauffeur*, que se había colocado detrás del escudo de acero recubierto de *hickory* para que sus piernas no tuvieran contacto con el metal:

—A la oficina de telégrafos ante todo.

—Muy bien, señor —repuso el ex ballenero.

El automóvil enfiló la calle con estrépito, barriendo ante sí la nieve que se había acumulado en espesas capas. Atravesaron algunas calles a moderada velocidad cruzaron varias plazas y

se detuvieron, al fin, ante él imponente edificio donde están instaladas las oficinas de telégrafos.

El canadiense saltó a tierra, sacudiéndose la nieve hizo seña a Gualterio de que le siguiese y entró, dirigiéndose a un ventanillo tras del cual dormitaba un empleado.

—Envíe esto urgente a Albany —dijo, entregando el parte que llevaba redactado.

El empleado bostezó un par de veces, calóse las gafas y leyó:

«Miss Ellen Perkins.- Albany.

Salgo en este momento. - G. de Montcalm.»

—¿Nada más? —preguntó el empleado.

—Nada —repuso el canadiense.

Esperó el recibo y volvió luego a su automóvil.

—Un poquito frío me parece el telegrama —dijo Gualterio, ocupando su puesto.

—No merece otra cosa esa orgullosa norteamericana que, con objeto de hacerse célebre, envía a sus adoradores al Polo para que se rompan el bautismo —contestó el señor Montcalm.

—Es un amor poco sólido el suyo, señor.

—Es posible. Ricardo, adelante, y apenas hayamos salido de la ciudad, no economice nafta. Ya encontraremos donde hacer provisión antes de llegar a los bancos del Polo.

—¿Quién nos proveerá, señor? —preguntó el estudiante—. Supongo que los osos blancos no tendrán depósitos de nafta para comodidad de los señores automovilistas.

—He tomado mis medidas, joven. A estas horas, los dos fuertes de la Compañía peletera de la bahía de Hudson,

situados en los confines de la región civilizada, deben estar advertidos de mi paso, por medio del representante de la Compañía en Montreal. Allí no nos faltará nafta, pero luego sólo podremos contar con la que llevemos de reserva. Los grandes peligros y las dificultades no empezarán para nosotros hasta más allá del fuerte Churchill.

—¿Y para tocar en aquellos establecimientos perdidos entre las nieves polares ha escogido usted el camino más largo?

—Precisamente, Gualterio. De seguir la ruta de levante de la bahía de Hudson, el trayecto sería más corto algunos centenares de leguas, pero no encontraríamos fuertes.

—¿Supone usted que Torpon no seguirá la misma ruta?

—Así me lo han asegurado.

—Esperemos, pues, que se ahogue en el estrecho de Hudson, que habrá de atravesar.

—Acaso no esté aún sólidamente congelado para atravesarlo, porque llegará a él demasiado pronto.

—¿Y nosotros?

—Caminaremos siempre sobre terreno firme hasta la tierra de Boothia, que se extiende más allá del 70° paralelo y desde la cual podremos pasar sin dificultad a la tierra de Sommerset, cuyas puntas septentrionales se encuentran a pocos minutos del 75°.

—¿Sólo a 15 grados del Polo?

—Sí, Gualterio.

—O sea, a sólo novecientas millas.

—Exacto.

—Distancia que quizá podremos salvar en veinticuatro horas.

—¡Oh, no corra usted tanto, amigo mío! —dijo Montcalm, sonriendo—. Sobre aquellos hielos nuestro tren no avanzará a una velocidad de ochenta ni aun de cincuenta millas por hora; si hacemos diez millas, podremos darnos por satisfechos. ¡Quién sabe las sorpresas que nos ofrecerán aquellos interminables campos de hielo! Yo no me hago la ilusión de que los packs se encontrarán lo suficientemente despejados para dejarnos correr sin entorpecimientos.

—Sin embargo, yo estoy convencido de que así será señor Montcalm —dijo el estudiante con gran entusiasmo—. Nosotros levantaremos el velo misterioso que cubre al condenado Polo norte.

—Ya veremos.

Entretanto el automóvil seguía corriendo en medio de la nieve que tapizaba las calles, manteniéndose a una velocidad muy moderada, para no imprimir excesivo traqueteo al vagón que remolcaba.

Nevaba continuamente a grandes copos que el fuerte viento dispersaba en todas direcciones, pero ninguno se inquietaba, puesto que la capota de cuero preservaba muy bien de la tempestad lo mismo al *chauffeur* que a sus compañeros.

A las doce y media, el tren dejaba atrás las viejas murallas de Montreal, de donde salió casi inadvertido, y corría a través de los blancos campos en dirección al Ottawa, en su curso superior.

Aunque la nieve había alcanzado ya un metro de altura, la máquina avanzaba majestuosamente, abriéndose, sin dificultad, un ancho surco en el que se encañalaban las ruedas formando torbellinos de nevisca.

El canadiense y el estudiante, rendidos por los trabajos efectuados durante el día, poco a poco cerraron los ojos, invitados por el sonoro roncar de la máquina y gozando de la

tibieza de la temperatura que caldeaban dos tubos dirigidos uno hacia la delantera y el otro al interior del carruaje, que despedían el calor obtenido con los residuos de la evaporización.

Ricardo Mac-Leod, acurrucado detrás del escudo protector y calzadas las manos con gruesos guantes de piel de foca, aferraba el volante y abría su único ojo cuanto podía. Temía encontrar algún obstáculo imprevisto, porque las carreteras del Canadá no estaban tan bien conservadas ni eran tan seguras como las de Europa, aunque los potentes faros delanteros proyectaban dos intensos haces luminosos.

A las cinco de la mañana el tren, que había marchado sin detenerse desde la medianoche, atravesaba el Ottawa por el puente metálico de la línea ferroviaria y se lanzaba hacia las grandes llanuras del Alto Canadá, cubiertas de inmensos bosques de pinos blancos, de áceres, de abedules y de encinas negras, refugio seguro de búfalos, de osos, de gigantescas antas y, sobre todo, de lobos negros y grises.

El ruido que produjo el automóvil al pasar sobre el puente despertó al señor Montcalm y a Gualterio.

—¿Cómo vamos, Ricardo? —preguntó en seguida el canadiense.

—Perfectamente, señor —contestó el *chauffeur*—. La tempestad de nieve ha cesado y el frío endurecerá pronto la que ha caído.

—¿Y la máquina?

—Funciona como la de un reloj.

—Entonces, podemos tomar el té.

—Aprobado —dijo el ex estudiante—. Yo me encargo de prepararlo. No lo digo para alabarme, pero los ingleses son los que saben hacerlo mejor.

El automóvil paró y los tres viajeros pasaron al coche-salón, para asegurarse, a la vez, de que todo se mantenía en su sitio después de la carrera que acababan de hacer.

Cuando hubieron bebido la aromática infusión, acompañada de un par de copitas de whisky, y fumado una pipa, los excursionistas ocuparon de nuevo sus puestos en el automóvil y reanudaron la marcha.

La carretera había desaparecido, porque en el Alto Canadá, que está muy poco poblado, el tránsito es escaso; pero como el terreno estaba formado de llanuras de bosque o cubiertas de pequeños lagos y de vastísimos estanques, a lo menos en su parte meridional, que se congelan a los primeros fríos, el viaje no podía ofrecer grandes, dificultades.

De vez en cuando, a través de los desgarrones de la niebla que surgía con los primeros rayos del sol, percibíanse extensas factorías, construidas, ordinariamente, con madera, e inmensos recintos que se prolongaban varias millas, poblados de robustos búfalos durante la buena estación y a la sazón desiertos.

Algunos jinetes aparecían de trecho en trecho, los cuales, después de hacerse ver, galopaban detrás del automóvil, lanzando gritos salvajes. Eran, por lo general, iroqueses, últimos descendientes de aquellas formidables tribus, que otrora constituían seis naciones y en la actualidad han quedado reducidos a cinco: los oneidas, los sénecas, los tusiararas, los onondagas y los cayugas. La última ha desaparecido casi por completo, exterminada por las continuas; y sangrientas guerras, y apenas se encuentra algún que otro entre los asiboinos y los algonquinos. En el Canadá no existe ya ningún mandano.

Aquellos indios, vestidos casi a la europea, llevando en la cabeza un sombrero de copa apabullado y sin pelo, adornado con algún marbete de sardinas de Nantes, unos pantalones

deshilachados y llenos de remiendos y alguna manta en no mejor estado que los pantalones, hacían una figura por demás ridícula, aunque no hubiesen perdido aún su tinte cobrizo y sus largas cabelleras. Fenimore Cooper no hubiera podido reconocer en aquellos guerreros degenerados a ninguno de sus héroes.

—¡Qué lástima! —murmuraba el estudiante, que no se cansaba de observarlos, aunque ya no viese sobre sus largos y sueltos cabellos las diademas de plumas multicolores ni sobre sus espaldas los artísticos atavíos de guanajos selváticos—. La civilización ha destruido la poesía de los pieles rojas hasta en medio de las regiones nevosas.

A mediodía el automóvil, remolcando perfectamente el coche-salón, tras una marcha de trescientos cincuenta kilómetros, se internaba en los inmensos bosques que cubren aún buena parte del Alto Canadá y que se extienden, casi sin interrupción, hasta las costas meridionales de la vastísima bahía de Hudson.

—Gualterio —dijo el canadiense—, ha llegado la hora de hacer gala de su habilidad en el manejo de las armas de fuego. Entramos en el reino de la salvajina, y espero que no le disgustará comerse un buen filete de bison, de anta o de morsa. Yo trataré de ayudarle, pues no soy un mal tirador.

—No sería usted canadiense —repuso el estudiante—. Sus compatriotas tienen fama de ser los mejores cazadores del mundo.

—Efectivamente, la Compañía peletera de la bahía de Hudson nos prefiere a todos los demás que les ofrecen sus servicios. Detengámonos aquí para preparar la comida. Quién sabe si entretanto pasará a tiro de fusil alguna buena pieza de caza. Ricardo, abandone su puesto, un poco de descanso

le conviene tanto como a nosotros.

CAPÍTULO VIII. SITIADOS

Aunque el frío era intensísimo, pues el termómetro marcaba 5º bajo cero, los tres exploradores prepararon su comida al aire libre, a la entrada de la gran selva, bajo un gigantesco pino blanco que, con un espeso y bien dispuesto ramaje, había dejado en su derredor un extenso círculo libre de nieve.

Como tenían el propósito de probar sus armas durante aquella parada, habían sacado de las cajas revólveres Colt, tres *mauser* y una escopeta de dos cañones cargada hasta la boca con proyectiles de acero puntiagudos para agujerear la piel de los grandes rumiantes que aun no escasean en las selvas del Canadá septentrional, a pesar de la caza exterminadora que les hacen los tiradores de la Compañía de la bahía de Hudson.

Al principio sólo mostráronse algunas aves: halcones y águilas pescadoras, grullas con picos de veinte centímetros de largo, y hortelanos, llamados también pájaros de las nieves, porque, ordinariamente, sólo se encuentran allí donde el albo manto cubre la tierra.

A lo lejos, empero, en las profundidades de la majestuosa selva, de vez en cuando resonaba lúgubrementel aullido del lobo cervical, animal peligrosísimo que se encuentra en grandes manadas y que se une también a los lobos negros cuando se trata de atacar alguna narria o alguna pieza de caza mayor.

—Probaría con gusto mis armas contra esos aulladores —dijo el estudiante después de la comida, mientras cargaba su pipa—. ¿Es cierto lo que se dice, señor Gastón?

—¿Que existen aún muchos lobos en las selvas canadienses?

—Exacto.

—Estoy seguro de que tratarán de molestarnos esa malditas fieras. Cuando llega el invierno, aumenta su hambre, por la sencilla razón de que casi toda la salvajina emigra a países más benignos.

—¿De manera que tendremos que habérmolas con ellos?

—Tendrá usted donde escoger entre lobos cervales grises o negros —repuso el canadiense—. Así nos proveeremos de pieles que nos prestarán un excelente servicio en las regiones más septentrionales.

—Servirán para hacernos chalecos —dijo el *chauffeur* que aspiraba enormes bocanadas de humo de una pipa austríaca, que debía contar un buen número de años.

—¿Es usted también cazador, Ricardo? —preguntó el señor Montcalm.

—Sí, señor.

—Entonces les daremos qué hacer a los osos. ¿Reanudamos la marcha?

—La misma pregunta iba yo a hacerle, señor Montcalm —repuso el estudiante—. ¿No oye usted cómo nos llaman los lobos? ¿Nos habrán venteado?

—Es probable.

—Nuestras pantorrillas están en peligro.

—Nos refugiaremos en el coche-salón y ya veremos si se atreven a entrar. Será una verdadera fortaleza que no podrán tomar enemigos de cuatro patas.

Recogieron todos los utensilios y la pequeña cocina portátil y subieron al avantrén llevando las armas en las manos y las

cartucheras bien repletas.

En la inmensa selva existían grandes claros por los que el tren podía avanzar cómodamente, tanto más cuanto que el terreno era bastante llano y bien nivelado.

Sabido es que los pinos crecen a cierta distancia unos de otros y en las regiones donde no se ven matorrales y faltan absolutamente las lianas y los cálamos y todas las otras plantas trepadoras que hacen casi impenetrables las selvas ecuatoriales y tropicales. Sin embargo, parecía que en aquel inmenso bosque había trabajado vigorosamente la mano del hombre, pues de vez en cuando encontraban los viajeros extensos claros donde yacían infinidad de troncos que exasperaban a Ricardo.

—Esta enorme reserva de madera sufrirá también la misma suerte que cupo un día a las que cubrían las riberas del Ottawa y del San Lorenzo —dijo el canadiense a Gualterio, el cual estaba más atento a los aullidos de los lobos que a la contemplación de los árboles.

—¿Se quema tanta en el Canadá? —preguntó el estudiante—. Sin embargo, aquí también abundan las minas de carbón.

—No, es que con estas maderas se fabrica papel.

—¡Papel! —exclamó Gualterio, mirándole estupefacto.

—Sí, es el mayor enemigo de los bosques y acabará, en un tiempo más o menos lejano, por destruirlos completamente.

—¡Oh! Yo no hubiera podido nunca suponer...

—Y es el periodismo, especialmente el norteamericano, el que los hará desaparecer.

—¿No se emplean ya los trapos viejos para fabricar el papel?

—Ciertamente, pero no bastarían para el gran consumo que

se hace de papel en la actualidad. Son nuestros vecinos de los Estados Unidos los que han decretado la destrucción del abeto blanco, del abeto rojo y del álamo, que son los árboles más indicados para producir un papel de excelentes cualidades para la imprenta y a precio módico. En los últimos veinticinco años, las dimensiones de los periódicos son mucho mayores y el solo aumento del número de páginas representa la tala anual de un bosque de veinte kilómetros de largo por diez de ancho.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó Gualterio.

—Este inmenso desarrollo del periodismo norteamericano se atribuye al bajo precio del papel, a la introducción de las máquinas de componer y las rotativas y al afán del anuncio. Hoy día funcionan, sólo en las tipografías de los periódicos de los Estados Unidos, más de seis mil máquinas de componer y cada una de ellas hace en media hora el trabajo de tres operarios. Los periódicos más importantes dominicales de sólo la ciudad de Nueva York, tienen casi todos sesenta páginas y cada ejemplar representa la cantidad de papel necesaria para un libro en octavo de 480 páginas, y todo esto por cinco centavos. Si hace usted un cálculo, verá que cada domingo se publican en los Estados Unidos 456 ediciones que gastan tanto papel como se necesitaría para seis millones de volúmenes en octavo de 500 páginas cada uno.

—¡Esos periódicos, por lo tanto, devoran un bosque cada semana!

—Poco menos, Gualterio —repuso el canadiense—. Y este enorme consumo empieza a preocupar hondamente a los yanquis, los cuales ven desaparecer sus seculares y maravillosos bosques con una rapidez espantosa.

—¿Y qué partes de los árboles emplean?

—La corteza, que trituran en un momento admirablemente. Hace poco tiempo, una papelera de Eisenthal intentó batir el record

de la rapidez en la fabricación. A las siete y treinta y cinco minutos de la mañana cortaban tres árboles en un bosque vecino y fueron transportados en seguida a la fábrica donde inmediatamente fueron descortezados y macerados. La madera fué reducida, pasando por diferentes baños, a una especie de pasta que fue entregada a las máquinas de papel que la extendieron en hojas sutilísimas y a las nueve salía ya el primer pliego dispuesto para la imprenta. La tipografía más próxima de un periódico diario estaba situada a una distancia de cuatro kilómetros. Los primeros pliegos fueron llevados en automóvil a la tipografía y a las diez salía a la calle el periódico impreso en los árboles talados dos horas y media antes.

—¡Es asombroso! —exclamó el estudiante—. Pero a ese paso no quedará un bosque en toda la superficie de la tierra.

—No; pronto cesará la destrucción de los bosques, porque los químicos han encontrado ya el medio de substituir con otra materia la corteza de los pinos. Hoy se fabrica ya un excelente papel con la turba y se vende a precios casi irrisorios. Otro descubrimiento reciente, que da magníficos resultados, ha sido utilizar los residuos de las plantaciones de algodón. Hasta ahora los productores de algodón despreciaban los arbustos desprovistos del elemento textil; pero ha poco se descubrió el procedimiento por medio del cual esos arbustos triturados, macerados y reducidos a pulpa se pueden convertir...

—En papel —concluyó el estudiante, al notar que el canadiense se había interrumpido bruscamente.

—En lobos...

—¡En lobos!... ¿Qué está usted diciendo, señor Montcalm?

—Ya están ahí.

—¿Quién? ¿Los productores de algodón o los pliegos de papel?

—No, no; los lobos. ¡Mire usted cómo corren! Son cervales y negros... ¡Me esperaba esta acometida! Ha llegado el momento, Gualterio, de que dé usted una prueba de su maestría en el tiro al blanco.

—¡Por Júpiter!... ¡Vaya un papel y periódicos! —gritó el estudiante, tomando apresuradamente uno de los tres *mausers* que estaban apoyados contra los asientos—. Ahora se trata de colmillos.

—Y de dientes también —repuso el *chauffeur*—. ¿Qué debo hacer, mi amo? ¿Lanzar la máquina a cincuenta o sesenta millas por hora?

—¡A ciento! —contestó Gualterio.

—Se olvidan ustedes de que hemos de remolcar nuestra casa, que de un momento a otro se convertirá en una fortaleza necesaria para salvar nuestras pantorrillas. A cincuenta millas, Ricardo.

—Muy bien, señor —repuso el ex ballenero.

El automóvil aceleró su marcha, atravesando por entre los gigantescos pinos, los cuales, afortunadamente, dejaban anchos pasos.

Aullidos feroces, que repercutieron bajo los inmensos árboles, contestaron a aquel aumento de velocidad.

Cinco o seis docenas de lobos, corpulentos, grises unos, negros los más, largos de piernas y de hocicos afilados, habíanse aglomerado detrás del automóvil, aullando a porfía. Eran todos excelentes corredores, especialmente los primeros, que por razón de su extraordinaria agilidad reciben el nombre de lobos cervales.

—Gualterio —dijo el canadiense, que también se había apoderado de un *mauser*—, ¿quiere usted divertirse? Rompa

el fuego. Si montásemos una sencilla narria le prohibiría disparar para no enfurecer más a esas bestias; pero nada hemos de temer, pues en todo momento podemos refugiarnos en el carro que remolcamos.

El estudiante se puso en pie, echóse el fusil a la cara y esperó a que el automóvil encontrase bajo sus ruedas un espacio de terreno bastante liso que impidiese un choque imprevisto. Momentos después, una detonación se mezcló a los aullidos de las fieras hambrientas. Un enorme cerval, que guiaba a los asaltantes, dio un tremendo salto y cayó rodando por la nieve. La manada que le seguía se precipitó sobre él con rabia feroz y empezó a devorarlo. Oyóse un trituramiento de huesos, acompañado de fuerte rumor de mandíbulas en ejercicio y sobre la blanca alfombra no quedó del cadáver más que las manchas de sangre. El cerval herido por la bala de Gualterio había desaparecido con piel y todo en los esófagos de sus compañeros.

—¡Qué dientes! —exclamó el estudiante—. ¡Ay de nuestras piernas si estuviesen al alcance de sus mandíbulas!

—Es usted un excelente tirador, amigo mío —dijo el señor Montcalm, sonriendo—. Supongo que le envidiarían todos los estudiantes de la Universidad de Cambridge.

—Aquéllos no, señor, pero sí los de Oxford —repuso Gualterio lanzando una carcajada—. Mis condiscípulos de Cambridge sabían que yo era su campeón y que ninguno podía competir conmigo.

—Continúe el espectáculo, amigo. Cuando empieza el fuego, los lobos atacan con mayor furia.

—¿Por qué?

—Porque si no pueden devorar a los hombres se devoran unos a otros. ¿No ha visto cuán rápidamente han dado cuenta de aquel magnífico cerval? ¡Arriba! ¡Los tenemos ya encima!

Los feroces animales, sin acobardarse por aquel golpe maestro, habían reanudado su carrera con ímpetu sorprendente, llegando casi a tocar el automóvil. Habíanse dividido en dos columnas y corrían desenfrenadamente, lanzando aullidos furiosos para llamar a sus compañeros dispersos por la selva. Aquellos aullidos, repercutiendo en el inmenso bosque, amenazaban con atraer legiones de fieras hambrientas.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó Gualterio, que había hecho ya seis disparos, matando cinco asaltantes—. Me parece que el asunto va tomando mal cariz. Si lanzamos el automóvil a una velocidad de ochenta millas por hora, pondremos entre estas fieras obstinadas y nosotros una gran distancia.

—No —repuso el canadiense, que había agotado la carga de su *mauser*, haciendo blanco en cada disparo—. Tengo en mucho aprecio mi casa.

—Es el caso que nos van a cercar.

—No importa.

—Y que aumentan horrorosamente.

—Me río de los lobos.

—Y no podremos refugiarnos en el coche-salón.

—Eso es verdad, Gualterio. Debíamos haberlo hecho antes. Descender ahora para encerrarnos en nuestra fortaleza, sería ofrecerles un festín con nuestras piernas.

—¡Rayos de Júpiter!..., ¡Mire usted cómo por momentos son más audaces!

Un lobo enorme, negro, de pelo hirsuto y humeante a causa de la carrera, se precipitó sobre el estribo izquierdo, tratando de hacer presa en las piernas del estudiante. Ricardo acudió a tiempo y, sin soltar el volante, tomó

rápidamente un Colt que pendía del escudo, disparándolo contra la fiera, que rodó herida por dos balazos.

—Gracias, mi valiente *chauffeur* —exclamó Gualterio, que en aquel momento tenía descargado el fusil—. Procuraré retribuirle más tarde este favor.

Una sonrisa irónica fué la respuesta del ex ballenero.

—Señor Montcalm, ¿qué hemos de hacer ahora? —prosiguió el estudiante, después de haber disparado varios tiros de revólver—. ¿Nos dejaremos roer los pies?

—Ricardo —dijo el canadiense en vez de responder—. Detenga la máquina.

—¿Y luego? —preguntó el *chauffeur*, mientras el estudiante abría desmesuradamente los ojos.

—Nos subiremos sobre la capota y fusilaremos a estos impertinentes. Hasta allí no podrán subir.

—¡Magnífica idea! —repuso el estudiante, apoderándose de dos cajitas de municiones—. ¡Un asedio en pleno bosque! He aquí un bonito título para una novela de aventuras.

—Déjese de novelas y suba cuanto antes —dijo el canadiense, tomando las armas.

El automóvil se había detenido, clavando sus ruedas en la superficie nevosa, y los lobos apresuraron aún más su carrera para caer, compactos, sobre la máquina.

Como ya hemos dicho, el automóvil llevaba una capota de cuero para proteger a los viajeros de las rachas de nieve y de los fríos intensos, sin obligarles a buscar un refugio en el que llamaban coche-salón. Sosteníala una sólida armadura de hierro, revestida de cuero. Los tres hombres, al ver avanzar los lobos, saltaron prontamente sobre la capota, disparando sus revólveres. Siete u ocho fieras, que se habían precipitado

dentro del *chassis*, esperando encontrar, si no hombres al menos víveres, rodaron a derecha e izquierda de la máquina, lanzando furiosos aullidos. Sus compañeros, sin que los asustasen las detonaciones de los *mausers* cayeron sobre ellos, devorándolos antes que muriesen.

—¡En mi vida he visto animales más repugnantes! —exclamó Gualterio, suspendiendo un momento el fuego que hacía.

—Guárdese para mañana sus reflexiones y dispare sin cesar —dijo el canadiense—. ¿No ve usted que la manada aumenta, a pesar de las bajas que les hacemos?

—¿Será ésta la selva preferida de los lobos, señor Montcalm?

—Eso parece.

—Me disgusta consumir tantas municiones. Debemos guardar algunas para los osos blancos.

—No tema; llevamos buena reserva.

—Entonces, ¡adelante! ¡Da gusto verlos caer! ¡El *mauser* es un arma excelente! Los *boers* hacían muy bien, quiero decir, tenían mucha razón para utilizarlo contra mis compatriotas en vez de sus antiquísimos *róers*.

—Habla usted demasiado, Gualterio —dijo el canadiense—. Vea usted, en cambio, a Ricardo, que no pronuncia una palabra y no se cansa de matar.

—Es cierto, señor Montcalm. ¡Ah! Los señores de pelaje gris o negro parece que se van dando cuenta de que hace mucho calor por aquí... ¡Hola, mis distinguidos *gentlemen* de los bosques nevados, aun no conocen ustedes la potencia de nuestras armas! ¡Atrás, más atrás, si quieren salvar el pellejo!

Los lobos, cuyo número había aumentado espantosamente, porque a cada momento llegaban más, atraídos por las detonaciones y los aullidos desesperados de sus compañeros,

después de un vigoroso pero inútil asalto al automóvil, rompieron sus filas y situáronse a ciento o ciento cincuenta pasos del tren, divididos en grupos de cuatro o cinco, resguardados tras los troncos de los gigantescos pinos blancos y rojos, impenetrables a las balas de los *mausers*. Habían formado, empero, una especie de cerco irregular en torno de los dos carruajes, de modo que hacían imposible la fuga. Algunos, más ladinos, habíanse refugiado bajo el *chassis* de la maquina, prontos a abalanzarse sobre los viajeros, si se hubiesen atrevido a descender de la capota de cuero.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó el incorregible charlatán, sin parar de dar gusto al dedo—. ¿Qué le parece, señor Montcalm?

—Que es un asedio en toda regla —repuso el canadiense.

—Lo mismo digo yo.

—¿Pero durará mucho el sitio?

—Mi querido Gualterio, yo no he sido nunca lobo y, por lo tanto, no puedo adivinar las intenciones de estas bestias.

—Conformes; pero, ¿y si el asedio se prolongase demasiado?

—Preciso será armarse de paciencia.

—Carecemos de víveres, señor, pues las provisiones están en el coche-salón.

—Pasaremos sin ellas, por ahora.

—¡Demonio!

—Oiga usted, señor estudiante, ¿se imaginaba usted ir al Polo tendido en una hamaca o en el lecho, con el cocinero siempre a sus órdenes y las hornillas encendidas?

—No, señor, todo lo contrario.

—Entonces, no hay por qué lamentarse tan pronto, valiente campeón de Cambridge —dijo, riendo, el canadiense.

—Pero convendrá usted conmigo en que nuestra situación no es muy divertida.

—¡Oh, eso sí, mucho más si se prolonga el asedio!

—Si no estuviesen debajo del carruaje esos cinco o seis lobos, podríamos trasladarnos al coche-salón.

—No le aconsejo que lo intente siquiera. Estas fieras tienen aún demasiado hambre. Vaya, cargue nuevamente el fusil y procuremos diezmar al enemigo.

El ex ballenero, entretanto, no había cesado de hacer fuego. Tendido sobre la capota, miraba con calma, cuidadoso de no desperdiciar cartuchos, y cada vez que un lobo cometía la imprudencia de ofrecer blanco, le mataba con una precisión maravillosa. Hablaba poco y hacía mucho, entusiasmando al canadiense.

Durante media hora los tres viajeros mantuvieron el fuego sin interrupción y con certerísima puntería.

Los lobos perdieron mucho de su osadía y no se atrevían a mostrarse, y comprendiendo, sin duda, que nada podrían contra aquellos tres hombres decididos, tan diestros en el manejo de las pequeñas pero tremendas herramientas de destrucción que tenían en sus manos, manteníanse en guardia, para no hacerse exterminar demasiado pronto.

¿Qué aguardaban? ¿Que los asediados se decidieran a ofrecerles sus propias piernas? ¿O bien esperaban la noche, ya próxima, para reanudar el asalto?

Entretanto la nieve continuaba cayendo, lenta y

silenciosamente, entre árbol y árbol y en torno del automóvil, que se encontraba ya por completo varado, como velero que ha dado bruscamente en un bajo fondo.

CAPÍTULO IX. LA BAHÍA DE HUDSON

La noche descendía rapidísima, pues los días son excesivamente cortos en el Alto Canadá al fin de la estación otoñal, y la situación no tenía visos de mejorar, antes al contrario, amenazaba con hacerse por momentos más grave, porque la nieve caía sin cesar empujada por un viento espantosamente frío, que procedía de las playas no lejanas de la bahía de Hudson.

Los lobos, cada vez más hambrientos y obstinados en darse un festín de carne humana, no se habían movido ni roto sus filas. Dejaban que la nieve los cubriese y desafiaban filosóficamente el frío, redoblando la guardia para impedir la fuga de los tres exploradores. A pesar de las tremendas lecciones recibidas no habían abandonado sus puestos, con gran desesperación del campeón de Cambridge, el cual había alojado en los troncos de los árboles media docena de balas que él dirigía a los hocicos de los prudentísimos animales.

Y la nieve, entretanto, seguía cayendo sin cesar, amenazando con sepultar bajo ella al tren y a los viajeros que continuaban tendidos sobre la capota del automóvil.

¡Ah si hubieran podido refugiarse en el coche-salón! se reirían de aquel bloqueo. Habrían encendido la estufa, preparado la cena, fumado tranquilamente sus pipas, y, por último, habrían dormido bien abrigados en sus lechos, bajo las pesadas mantas de lana. Desgraciadamente, se les había hecho tarde, suponiendo que les sería fácil rechazar a las fieras hambrientas con varias descargas de fusil. La retirada ahora era imposible. Si alguno lo hubiese intentado, centenares de lobos caerían sobre él y harían presa en sus miembros antes de que hubiera logrado abrir la puerta del vehículo.

—Y bien, señor Montcalm —dijo el joven estudiante, sacudiéndose por vigésima vez la nieve que lo cubría y separando con la culata del fusil la que le rodeaba—, ¿puede usted decirme cómo acabará esta aventura?

—¡Oh! —se limitó a exclamar el canadiense, el cual, habituado a los fríos intensísimos y a las copiosas nevadas del Canadá, parecía no preocuparse por los efectos de la baja temperatura.

—Corremos el peligro de helarnos vivos. Si el asedio dura toda la noche, amaneceremos más tiesos que las merluzas de Terranova.

—Mire usted lo que hace Ricardo.

—Sí, fuma plácidamente su pipa monumental y deja que la nieve le cubra como si fuese un esquimal.

—Se prepara su cubil como un oso blanco —repuso el canadiense.

—Sí, pero tenga usted en cuenta que Ricardo es ballenero.

—¿Es, acaso, por eso su carne distinta de la nuestra? Imítelo, mi querido Gualterio, y cuando esté usted también perfectamente cubierto de nieve, se lamentará menos del frío. Encienda usted su pipa y deje que nieve cuanto quiera.

—Preferiría encontrarme en el coche-salón ante un humeante plato de sopa.

—Y yo también, amigo mío; pero los lobos no quieren permitirnos ese lujo.

—¡Una idea, señor Montcalm!... —exclamó de pronto el estudiante, dándose una palmada en la frente.

—Dígala usted.

—Llevamos, si no me engaño, varios cartuchos de dinamita para hacer saltar, si llega el caso, los bloques de nieve que nos impidan avanzar.

—Es cierto.

—¿Y si la empleásemos contra los lobos?

—Haríamos verdaderos estragos.

—¿Por qué no lo intentamos?

—Porque la dinamita va en el coche-salón.

Gualterio se incorporó bruscamente, echó mano a un resistente *bowie-knife* que llevaba a la cintura, y midiendo con la vista la distancia que separaba al carro del automóvil, dijo:

—¡Un par de metros!... ¡Eso no es nada para el campeón de Cambridge! Un pipiolo de la Universidad de Oxford no vacilaría... Es cierto que existe el peligro de resbalar y caer en las fauces de esos animales hambrientos...

—¿Qué piensa usted hacer, Gualterio? —preguntó el canadiense.

—¿Cree usted que con esta hoja de acero podré hacer brecha en el techo de nuestra casa ambulante? No soy muy grueso y bastará que levante un tablón para dejarme caer dentro.

—¿Es fácil de hacer luego esa reparación, Ricardo?

—Sí, señor —respondió el mecánico, que estaba enteramente cubierto de nieve.

—Entonces salto sin vacilar.

—Tenga en cuenta que una caída sería peligrosísima.

—¡A mí, Cambridge! —exclamó alegremente el joven—. ¡Protege a tu campeón!

Irguióse, dobló luego sus largas piernas, tomó impulso y salvó limpiamente la distancia que le separaba del otro carruaje.

—Es un saltarín prodigioso, ¿verdad, Ricardo? —dijo el canadiense.

El ex ballenero respondió con una especie de gruñido, sin volver siquiera la cabeza. Habitado a los intensos fríos de los mares polares, se encontraba muy a gusto bajo la capa de nieve que le cubría, especialmente con la pipa en la boca. No era la primera vez que se hallaba en situación semejante, pues otras más graves había pasado al norte del estrecho de Behring y en las costas de Alaska.

El estudiante había caído casi en el centro del techo del carro, y se mantenía en pie por un prodigio de equilibrio, provocando, por parte de los lobos, siempre alertas, aullidos espantosos que, sin embargo, no le conmovían. Como el techo del carro era bastante más alto que la capota de cuero del automóvil, podía reírse de las amenazas de los cervales, y aun de los lobos negros, excelentes corredores pero pésimos saltadores, sobre todo frente al campeón de Cambridge.

—Ricardo —dijo el canadiense dirigiéndose al mecánico— ¿se siente usted con ánimos para imitar a Gualterio?

—Prefiero permanecer aquí bajo la nieve, señor. No he sido nunca saltarín.

—Y yo prefiero pasar la noche a cubierto. Después de todo, no me parece una gran cosa ese salto, sobre todo ahora que está allí Gualterio para sostenernos. Hagamos la prueba.

—¿Va usted a saltar también, señor? —preguntó el estudiante, que estaba barriendo con los pies y con las manos la nieve.

—Voy a ayudarle. Esté usted pronto a agarrarme.

Midió con la mirada la distancia, recogióse luego sobre sí mismo y con un vigoroso impulso fué a caer en los brazos del estudiante.

—Señor Montcalm —dijo alegremente el joven—, es usted digno de tomar parte en los concursos del *Queen's Club*. Yo mismo tendría en usted un temido rival en el salto.

—Yo no pertenezco a la Universidad de Cambridge ni a la de Oxford —repuso el canadiense—. Además, sin la ayuda de usted, hubiera ido a parar, seguramente, a los colmillos de los lobos. Vamos, amigo, manos a la obra para abrir brecha en el techo; yo le ayudaré.

Acabaron de barrer la nieve que quedaba, levantaron con sus cuchillos la cubierta de cinc y luego la de fieltro, descubriendo, al fin, la madera. Siguiendo con la punta de sus armas las junturas, lograron levantar, tras un cuarto de hora de trabajo incesante, dos tablones que dejaron un espacio suficiente para pasar sus cuerpos.

—¡Por fin! —exclamó el estudiante, que había sido el primero en dejarse caer dentro del carro—. Ahora les daremos que hacer a los señores lobos.

—Encienda una lámpara —dijo el canadiense, que le había seguido.

—Y en seguida la estufa, señor. Yo no poseo la piel de ese oso de Ricardo. Verdad que él ha sido ballenero.

Como de costumbre, hablaba mucho pero no estaba ocioso. Encendió la lámpara y la estufa, operaciones facilísimas, pues sólo se trataba de acercar una llama a la esencia mineral, y destapó en seguida la botella de *whisky*, que en aquel momento era más necesaria que la estufa, pues los dos viajeros estaban ateridos de frío.

Entonado el cuerpo con un par de tragos del fuerte licor, colocaron de nuevo los tablones en su sitio, para impedir que penetrase la nieve, diéronse a buscar los cartuchos de dinamita, que hallaron al momento, pues las cajas habían sido previamente rotuladas.

—Hay aquí sustancias explosivas suficientes para hacer volar todos los lobos de la tierra —dijo el canadiense tomando con precaución cinco o seis cartuchos—. Gualterio, abra usted la ventana mientras yo enciendo la mecha.

—¿No volaremos también nosotros? —preguntó el estudiante—. Yo tengo un miedo cervical a estos terribles explosivos.

—No hay cuidado; el cartucho pesa bastante e irá a caer lejos.

—¿La nieve no apagará la mecha?

—No es probable.

El canadiense se acercó a la ventana llevando en la mano uno de los seis cartuchos, cuya mecha humeaba. Treinta o cuarenta lobos habíanse aglomerado a unos cincuenta pasos del automóvil, como si se preparasen para intentar un nuevo asalto. Era el momento para dar a las hambrientas fieras una tremenda lección.

—Gualterio —dijo el señor Montcalm—, échese al suelo.

Seguidamente arrojó con todas sus fuerzas, a través de la ventana, el cartucho de dinamita, que fué a caer en medio de la manada aulladora.

Un momento después, una formidable detonación repercutía en toda la selva.

Gualterio y el canadiense se precipitaron a la ventana, mientras el *chauffeur* lanzaba imprecaciones.

Del grupo de lobos que se habían reunido para reanudar el ataque no quedaba uno.

El poderoso explosivo los había, por decir así, pulverizado. Los demás huyeron desesperadamente, con el rabo entre las piernas, lanzando espantosos aullidos.

—Creo que ya hay bastante —dijo el canadiense.

—¡Qué horroroso estrago! —exclamó el estudiante. Luego, como oyese al *chauffeur* refunfuñar, añadió—: ¡Eh, maese Ricardo! ¿Le ha caído encima algún lobo?

—He perdido mi manta de nieve, que tanto me abrigaba —repuso el ballenero—. Se la ha llevado la dinamita.

—Puedo ofrecerle una de lana junto a la estufa, y media botella de *whisky* del tiempo de Noé. Abandone usted su guarida de oso blanco, ahora que los lobos han desaparecido.

De no habersele ofrecido un par de copas de aquella fortísima bebida, probablemente el ex ballenero, que se reía de la nieve, no se habría movido. Bebedor empedernido, como lo son casi todos los hombres de mar, no pudo resistirse a la tentación, saltó a tierra, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas, y llegó penosamente hasta la puerta del carro, que ya había sido abierta.

—¿De veras quería usted acabar de pasar la noche a la intemperie? —le preguntó Gualterio, cerrando en seguida para que no escapase el agradable calor de la estufa—. Yo me encuentro mucho mejor aquí, pues no he nacido con vocación de esquimal.

Ricardo se encogió de hombros y agarró la botella.

El canadiense encerraba, entretanto, en su caja los peligrosos cartuchos, y se puso luego a preparar la cena, ayudado por el estudiante.

Fuera continuaba nevando y el viento silbaba o rugía en el bosque torciendo las robustas ramas de los añosos pinos blancos y rojos.

Los lobos seguían aullando en lontananza, pero sin atreverse a acercarse al tren. Habían tenido bastante con aquel cartucho, después de la carnicería de antes.

—Esperemos la mañana —dijo el canadiense, cuando hubieron terminado la cena—. Entretanto el frío solidificará la nieve.

—Mientras los lobos no den cuenta de los neumáticos... —dijo Gualterio.

—Son bastante sólidos para desafiar sus dentelladas. ¡Ea, metámonos en cama!

Toda la noche estuvo soplando el viento con extrema violencia, haciendo trepidar los gruesos cristales de las pequeñas ventanas, y la nieve no cesó de caer un momento.

Apenas despuntó el día, Ricardo abrió la puerta para ir al automóvil y encontró una capa de nieve de tanto espesor que enterraba los estribos de los dos carruajes, pero tan sólida que podría sostener una embarcación. El frío, intensísimo, lo había congelado todo.

—¿Se puede caminar? —preguntó el canadiense.

—Rompamos el hielo que rodea los vehículos, y ya verá usted lo que haremos después. Confío en que a la hora de la comida habremos llegado a las orillas de la bahía de Hudson.

—Entonces no perdamos tiempo.

Bebieron un par de tazas de té bien caliente y armándose de picos y de palas, comenzaron sus trabajos para separar la nieve que impedía al automóvil avanzar.

Una hora después la máquina reanudaba su marcha a través

de la selva nevada, con una velocidad de cuarenta kilómetros por hora.

El señor Montcalm y Gualterio, bien envueltos en sus pesados abrigos, habían ocupado sus puestos detrás del mecánico, teniendo el fusil entre las piernas, prontos a disparar sobre alguna pieza de salvajina que variase su menú.

El automóvil se portaba magníficamente, pues el terreno sobre el que se deslizaba era completamente llano. La nieve, convertida ya en un banco de hielo, no cedía bajo el peso del tren. Es cierto que de vez en cuando surgía algún obstáculo; pero pronto era salvado y la máquina continuaba su marcha.

Una vez que otra, saltaba alguna salvajina entre los escasos matorrales medio sepultados en la nieve y escapaba con la velocidad del relámpago. Eran, generalmente, lobeznos, zorras y martas; mas, de vez en vez, algunas bandadas de grandes cisnes, que emigraban hacia el sur, pasaban silbando, produciendo un rumor extraño con sus alas demasiado pequeñas para sostener cuerpos que pesaban treinta libras o quizá más.

Hacia mediodía, el tren dejaba, finalmente, la gran selva y se lanzaba a través de una inmensa llanura blanca y helada que proyectaba hacia las nubes preñadas de nieve, una luz intensísima, deslumbrante: era el *ice-blink*.

El canadiense se disponía a dar orden al *chauffeur* para que parase el automóvil y disponer la comida, cuando se oyeron espantosos aullidos en los linderos del bosque que acababan de abandonar.

—¡Hola! —exclamó el estudiante—. ¡Otra vez los lobos!...

—Están cazando —repuso el canadiense, que escuchaba atentamente.

—¿A quién o qué persiguen?

—¡Quién sabe!... Quizá a algún caribon u otra pieza mayor. Si se tratase de un animal insignificante, no aullarían tanto. Ricardo, pare usted.

El automóvil avanzó unos veinte metros y se detuvo. Los aullidos continuaban en el bosque. A juzgar por lo que se oía, no debían ser muchos los lobos. El señor Montcalm, en pie y el fusil en la mano, pronto para hacer fuego, observaba atentamente. De pronto, un gigantesco animal, que parecía un ciervo, pero más corpulento que los ciervos comunes, provisto de largos cuernos ramosos y de piel color rojo oscuro, salió velozmente del bosque, hacia la vasta llanura. Seguíanlo siete u ocho lobos, que no tardarían en darle alcance. Sonó una detonación. El animal dió un gran salto, sentóse luego sobre sus patas traseras y, por último, cayó rodando.

Los lobos, espantados por la detonación y por la repentina caída, paráronse bruscamente sin atreverse a caer sobre aquel cuerpo que se agitaba aún en las últimas convulsiones de la agonía. Además, el tren había reanudado su marcha en dirección al bosque.

—A usted le toca ahora, Gualterio —dijo el canadiense, cuya arma humeaba aún—. Líbrenos de esos importunos

Sonaron seis tiros seguidos y cinco lobos cayeron sobre la nieve para no levantarse más. Solamente el último, escapado milagrosamente del sexto disparo, pudo refugiarse en el vecino bosque.

—¡Demonio de hombre! —exclamó el canadiense, mirando con admiración al estudiante—. La Compañía de Hudson habría hecho una magnífica adquisición alistando a usted en sus tiradores. Hace usted mejores blancos que los viejos trappeurs del Alto Canadá, amigo mío.

—¿De veras? —dijo Gualterio, sonriendo.

—Compadezco desde ahora a los osos blancos que sé

interpongan en nuestro camino.

—Me parece, señor Montcalm, que también usted hace un brillante papel cuando se echa un fusil a la cara. Ha fulminado usted a ese pobre animal con una precisión magnífica, como hubiera dicho mi viejo maestro de tiro.

—¡Ah! ¿Pero se enseña también a disparar en la Universidad de Cambridge? ¡Pobres cátedras!...

—¡Pero se hace uno hombre!

—Ya lo veo —repuso el canadiense—; poco pan de la ciencia y mucho *sport*.

El automóvil había llegado junto al wapiti. El pobre animal había sido herido cerca del ojo izquierdo, y la bala humanitaria, como llaman a las del *mauser*, le había atravesado el cráneo.

—¿Qué haremos de tanta carne? —preguntó el estudiante—. Es un ciervo magnífico. En mi vida he visto uno más grande.

—Los del Canadá superan en estatura y peso a todos los ciervos conocidos —contestó el señor Montcalm—. Transportémoslo al coche-salón y luego nos ocuparemos en descuartizarlo. Los víveres nunca son demasiados para los que se dirigen al Polo.

—En efecto, me han dicho que la mayor parte de los exploradores han muerto de hambre.

—Y es muy cierto —repuso el canadiense.

Llevaron, no sin trabajo, el wapiti al carro; y el automóvil continuó su marcha a través de la blanca y vastísima llanura. El frío era cada vez más intenso, a pesar de que el sol, muy débil, es cierto, habíase abierto un espacio a través de las nubes siempre preñadas de nieve. Sobre el automóvil pasaban, de vez en cuando, bandadas de pájaros que se

dirigían al sur en busca de un clima más benigno. Eran cuervos marítimos, ánsares selváticos, ánades y grullas. En la bahía de Hudson debía reinar un frío insoportable.

—Mientras esas aves huyen del norte nosotros vamos a él —dijo el estudiante, que había hecho varios disparos, pero sin resultado por razón de la altura a que volaban los emigrantes—. Si encuentran ustedes a ese condenado yanqui, rival del señor Montcalm, díganle que hemos llegado al Polo. A propósito, ¿habrá salido ya o estará suspirando ante las ventanas de *miss Ellen*?

—Supongo que ya se encontrará de viaje —repuso el canadiense.

—¿Le tropezaremos en algún sitio?

—Tal vez en las proximidades del Polo, si ambos llegamos hasta allí. Como ya le he dicho a usted, se me ha asegurado que, en vez de seguir las costas occidentales de la gran bahía, se ha dirigido por las orientales, para llegar cuanto antes a la Groenlandia, donde yo no pienso siquiera tocar. Nosotros iremos directamente a la tierra de Grant, pasando siempre a través de las islas?

—¿Le desagradaría encontrarlo en el Polo?

—Preferiría no verlo, mi querido Gualterio. Yo no habría de prestarle ningún auxilio, ni él a mí, seguramente aunque nos encontrásemos muriendo de hambre.

—¡Oh! De ese yanqui es de esperarlo todo.

—Señor —dijo en aquel momento el *chauffeur*—, estamos a la vista de la bahía.

—¡Tan pronto!... El frío aumenta rápidamente. Los *icebergs* hacen sentir su influencia.

Se había puesto de pie y protegiéndose los ojos con ambas

manos contra los deslumbramientos del sol, que se reflejaba en la nivea llanura, miraba hacia el septentrión. Una línea de azul oscuro destacábase en el luminoso horizonte, cubierto de grandes puntos blancos.

—Es la bahía con sus casi eternos hielos flotantes —dijo—. Si cualquier accidente no interrumpe nuestra marcha, pronto llegaremos al Polo. Confiemos en que las tierras boreales estarán heladas y todo nos saldrá a pedir de boca.

—Es una grande y hermosa bahía, ¿verdad, señor Montcalm?
—dijo Gualterio.

—Con más propiedad debería denominarse mar de Hudson, pues es un verdadero mar. Verdad es que su descubridor no tuvo tiempo para comprobar su extensión.

—¿Naufragó, quizá?

—Peor que eso, amigo: su fin fue trágico, terriblemente trágico. Era un valeroso y experto navegante el compatriota de usted, que ya se había distinguido en otras navegaciones polares, en las cercanías del Spitzberg, cimentando su fama con sus observaciones hidrográficas y magnéticas, entre otras, la inclinación de la aguja magnética. En 1610, con la eficaz ayuda de los comerciantes de su país, armó una nave y zarpó con rumbo a estas regiones, acariciando la esperanza de encontrar el famoso paso del noroeste, que fue descubierto dos siglos y medio después por Mac-Clure.

—¿De qué naves disponían en aquel tiempo esos audaces navegantes?

—De pobres embarcaciones de ciento o ciento cincuenta toneladas.

—Continúe usted, señor Montcalm. Las exploraciones polares me han interesado siempre mucho.

—Más afortunado que otros, Hudson llegó felizmente a

América, tocó en el extremo noroeste de Labrador, descubrió el gran río que hoy lleva su nombre, y avanzando por el canal que ciento diez años antes presintió Cortereal, descubrió la gran bahía que tenemos ante nosotros. Pero ahí mismo, en esas aguas, cayeron sobre los expedicionarios desventuras inauditas. Los hielos aprisionaron su nave en la bahía de San Miguel, impidiéndoles el regreso. El hambre no tardó en dejarse sentir tremenda, implacable, pues las provisiones que llevaban no eran abundantes ni mucho menos. Durante unos meses se mantuvieron de perdices blancas, ánsares, ánades y cisnes; pero luego emigraron estas aves y viéronse obligados a alimentarse de líquenes. A principios de junio del año siguiente, el deshielo permitió a los navegantes hacerse a la vela. Habían hecho buena pesca durante la primavera, pero a la sazón les quedaba muy poco pescado. Hudson lo distribuyó entre la tripulación, que se le mostraba en extremo hostil, merced a las artes infames de su secretario Green, que de tantos beneficios era deudor al desgraciado explorador, y trató de ganar un puerto inglés, Pero sus marinos no secundaron sus esfuerzos, y la conspiración, tanto tiempo preparada por Green, estalló el día 21 de junio. El desgraciado Hudson fue obligado a ocupar una chalupa, junto con los enfermos que existían a bordo, les entregaron víveres para unos días, un fusil y escasas municiones, y fué abandonado en medio de los hielos flotantes.

—¡Ah, miserables! —exclamó Gualterio—. ¿Y qué sucedió a aquellos desgraciados?

—Lo que había fatalmente de suceder: murieron todos de hambre y de frío, a lo menos así se supone, porque ni de Hudson, ni de sus compañeros, ni de la chalupa que montaban, se han vuelto a encontrar ni rastros.

—¿Y aquel bribón de Green?

—No gozó mucho tiempo del fruto de su villana acción, que privó a la marina inglesa de uno de sus más grandes

exploradores. Llegó a las manos con una tribu de esquimales y fué muerto y, probablemente, también comido. La nave, tras infinitas desventuras, y sus tripulantes, que se vieron obligados a alimentarse de velas de sebo, de pieles cocidas y de huesos triturados para formar una especie de pan, llegaron, finalmente, a la bahía de Galway, en Irlanda!

—¡Debieron haber sido colgados todos!

—Sin embargo, parece que no fue así —repuso el canadiense—. Hemos llegado a la bahía; veamos si podemos; fusilar a las focas o a alguna morsa.

CAPÍTULO X. CAZA IMPRESIONANTE

La bahía de Hudson es una de las más vastas de la América septentrional; sólo puede comparársela con la bahía de Baffin, pero ésta le es inferior en vastedad. Una y otra, empero, podrían denominarse mares, pues en su travesía, se emplean varios días y están llenas de peligros a causa de los grandes bancos de hielo y de las montañas flotantes que las corrientes polares arrastran hacia el sur.

La de Hudson se encuentra al lado anterior del círculo polar ártico, puesto que empieza en la isla de Southampton y termina en la bahía de James, que penetra como un gigantesco cono en el Alto Canadá. Sin embargo, su clima es extremadamente frío, casi tanto como el de la bahía de Baffin, que se extiende allende el círculo polar, y en sus costas no pueden construirse ciudades. Sólo se ven diseminados algunos fuertes pertenecientes a la Compañía de Hudson, que durante seis u ocho meses del año se encuentran medio sepultados bajo la nieve.

En cambio, hállanse numerosas tribus de esquimales, especialmente a lo largo de las costas del Labrador, tribus que no tienen asiento fijo, aunque, en vez de vivir en cabañas o cuevas de hielo como sus hermanos del septentrión, se construyen casuchas de piedras unidas con argamasa de turba. No son, empero, ni leales ni hospitalarios como sus compatriotas de los hielos perpetuos. Su vecindad con la civilización los ha corrompido, haciendo de ellos ladrones temibles que han perdido hasta la noción de lo poco bueno que existía en sus almas.

En el lugar donde había llegado el automóvil, la costa perfilábase recortada caprichosamente y desierta por

completo. Sin embargo, algunas tribus de esquimales habían debido pasar allí el verano, pues existían aún vestigios de cabañas y algunos montones de huesos pertenecientes a focas y a morsas.

La inmensa bahía no estaba aún completamente congelada, aunque a lo largo de la costa habíanse formado ya los primeros bancos de hielo. A lo ancho fluctuaban pesadamente, balanceándose, muchos icebergs, algunos de ellos de proporciones gigantescas, seguidos de un número infinito de *packs* y de *streams*, o sea pequeños bancos circulares o de forma entrelarga, desprendidos, seguramente, de los grandes *packs* de las bahías o de los golfos situados allende el círculo polar ártico.

—Diríase que habíamos llegado al Polo —observó Gualterio, que seguía con la vista las inmensas bandadas de aves marinas revoloteando sobre los hielos.

—Sin embargo, sólo estamos al principio del viaje —repuso el canadiense, que examinaba la costa occidental, para formarse idea del camino que habían de recorrer.

—¿No lograremos ver la horrible facha de los esquimales?

—¡Oh! encontraremos demasiados, ciertamente. A propósito, mire usted allá arriba; ¿no ve ligeras columnas de humo?

—¿Será un campamento esquimal?

—Es probable.

—¿Vamos a hacer una visita a esos bebedores de aceites

—¿Se puede escalar aquella costa, Ricardo? —preguntó el señor Montcalm.

El mecánico, que había saltado ya a tierra, no contestó. Permanecía con las manos en los ojos, a guisa de pantalla observando algo que navegaba a lo lejos.

—¿No me ha oído usted, Ricardo? —preguntó el canadiense.

El mismo silencio.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó el estudiante—. ¿Se habrá quedado sordo repentinamente? ¡Eh, *chauffeur*! ¿Podremos subir con nuestra máquina hasta aquella costa?

Esta vez el ex ballenero se estremeció y de sus labios apretados salió un grito:

—¡Escandalla la hoete!

El estudiante le miró, dudando si se habría vuelto loco. El canadiense, empero, dio un salto, exclamando:

—¡Es el grito de descubierta de los balleneros! ¿Dónde está, Ricardo?

—¡Mírela... allí... entre aquellos dos icebergs! ¡Ah, si tuviese una chalupa y mi arpón!

—Señor Montcalm —dijo el estudiante—, ¿está a punto de hundirse la bahía de Hudson? ¿Qué diantre sucede?

—No se hunde; al contrario, saca a flote uno de sus más gigantescos habitantes.

—¡Ya está ahí la bribona! ¡Qué ballena tan enorme!... Debe ser una *franca*, ¿verdad, Ricardo?

—Sí, señor —contestó el ex pescador de cetáceos, extendiendo el brazo y apretando los dedos, como si tratase de asir un arpón.

—¡Rayos de Júpiter! —tronó Gualterio—. ¿Tan ciego estaba yo para no ver semejante monstruo?

A quinientos metros escasos de la orilla, entre dos gigantescas montañas de nieve, había aparecido bruscamente

flotando sobre las aguas una enorme masa negra, que semejaba un huso de metal, pues cuando la herían los rayos del sol brillaba como si fuese de bruñido acero.

De uno de los extremos de la obscura mole, escapábanse, a intervalos, nubes de vapor, que se alargaban en forma de V, acompañadas de extraños ruidos.

Era una magnífica ballena franca, de las poquísimas que escapan a la ferocidad de los balleneros americanos e ingleses, que las han destruido casi por completo.

Aquel gigante de los mares, uno de los más grandes de su especie, debía pesar, seguramente, unas setenta toneladas, el peso de trescientos grandes bueyes, y mediría, aproximadamente, veinte metros.

—¿Cómo es que se encuentra tan cerca de la costa?
—preguntó el canadiense al ex pescador de ballenas.

—Buscará, quizá, un lugar a propósito para depositar su ballenato, pues ese cetáceo no es macho.

—¿Su pequeñuelo? —preguntó el estudiante—. Esto de pequeñuelo es un decir, pues supongo que los frutos de amor de estos enormes animales nacerán grandecitos.

—Como un ternero —contestó Ricardo—; pero crecen con tal rapidez, que al cabo de pocas semanas, el más pequeño de ellos mide siete u ocho metros de largo.

—¡Qué excelentes nodrizas deben ser las ballenas!

—Y madres muy cariñosas —añadió el canadiense—. Para salvar a sus ballenatos no vacilan en sacrificarse ellas mismas, ¿no es cierto, Ricardo?

—Sí, señor. Defienden a su prole con un ahínco feroz, y para salvarlos se exponen a los golpes de los arponeros, perdiendo, casi siempre, la vida.

—¿Pero qué demonios hace ese monstruo? —preguntó Gualterio—. Se zambulle y vuelve a reaparecer en seguida con las mandíbulas abiertas. ¿Tendrá sed?

—Se está dando un banquete —repuso Ricardo—. Habrá encontrado un banco de esos cangrejos minúsculos que nosotros llamamos bolte...

—Y los zoólogos ellos *borealis* —interrumpió el canadiense,

—Y se los engulle en grandes masas —concluyó el ex ballenero.

—¿Cómo se las compone?

—Abre las mandíbulas, llena de agua su enorme boca, cierra los fanones, que funcionan como una red, expelle el agua por el respiradero y envía el alimento al estómago, a través de una garganta que no es más ancha que mi puño.

—Entonces no es tan voraz como los cachalotes y los, peces-perros —dijo el canadiense.

—Poco a poco, señor —repuso el *chauffeur*—. Estos enormes mamíferos necesitan diariamente diez mil o doce mil kilogramos de pequeños crustáceos y de otras materias casi gelatinosas que se llaman comida de ballenas.

—¡Vaya un bocadito! —exclamó el estudiante.

—Ricardo —dijo el canadiense—, fíjese usted; ¿no le parece que esa ballena está muy inquieta?

—Precisamente por eso la estaba observando ahora —repuso el ex pescador.

En efecto, el enorme cetáceo, después de haberse sumergido tres o cuatro veces, y no a mucha profundidad, por cierto, porque estaba demasiado cerca de la orilla, se puso a dar tremendos saltos, que le hacían salir casi por completo del

agua, lanzando al mismo tiempo formidables notas, que tenían algo de metálicas, pues parecían proceder de un colosal tubo de bronce.

Su potente cola azotaba furiosamente el agua, levantando gigantescas ondas que iban a romperse con estruendo contra la costa.

—¿Estará, acaso, herida de arpón? —preguntó el canadiense.

El pescador movió la cabeza con ademán negativo.

—Si estuviese herida, veríanse manchas de sangre en las olas que levanta... Es más probable que los delfines gladiadores le hayan devorado la lengua. Esos ferocísimos peces abundan en los mares árticos.

—¡Cómo! ¿osarían los delfines atacar a semejante coloso? —preguntó el estudiante, estupefacto.

—Son unos animales que miden siete u ocho metros de largo, provistos de unos dientes de los que Dios nos libre. Odian atrocemente a las ballenas, y cuando se reúnen en buen número, no vacilan en atacarla con una ferocidad inaudita. Esperan a que uno de esos desgraciados cetáceos abra la enorme boca y en seguida se precipitan dentro, mientras otros se colocan entre los fanones para impedir que cierre las mandíbulas por completo. Una vez devorada la lengua de la ballena, se retiran tranquilos y satisfechos.

—¡Ah, los bribones! ¿Y muere la pobre mutilada?

—Sí, en medio de dolores espantosos —contestó Ricardo—. Sin embargo, también puede ser que este cetáceo esté atormentado por algún cyamo.

—¿Qué es eso?

—Un crustáceo carnívoro que le roe la corteza y penetra en el cuerpo, comiéndose la carne viva de la ballena. Se asegura

que esos pequeños monstruos producen tales dolores a esos desgraciados gigantes, que los hace enloquecer.

—¡Pobres ballenas!... —exclamó el estudiante—. Y, como si no fuesen bastantes tantas calamidades, los hombres las persiguen con encarnizamiento, ¿no es cierto, Ricardo?

El ex ballenero, en vez de contestar, tendió el brazo hacia la costa de poniente, diciendo:

—¿Lo ven ustedes?

—¿A quién? —preguntaron a una voz Gastón y Gualterio.

—Aquellos puntos negros que se dirigen hacia la ballena.

—Es cierto —dijo Gastón—. ¿Quiénes serán?

—Podría equivocarme, pero apostaría mi viejo arpón contra una pipa de tabaco a que son kayak esquimales. Mire, precisamente salen ahora de la pequeña cala donde poco ha vio usted columnas de humo.

—¿Vendrán a atacar al coloso de los mares? —preguntó el estudiante.

—Ciertamente, señor. Son gangas éstas que se ofrecen muy pocas veces a esos pobres diablos que luchan constantemente con el hambre. ¡Qué hartazgo de lardo se darán si consiguen capturarla! ¡Y qué tragos de aceite!...

—¿Se atreverán a tanto con esas frágiles embarcaciones de piel de foca y de morsa? —preguntó el canadiense,

—Esos pescadores son audacísimos. Vienen varios, cincuenta, y ya los verá usted metidos en faena. ¡Oh!, vamos a presenciar un espectáculo que produce intensa emoción ¡Qué lástima que yo no haya traído mi viejo arpón, y...!

Ricardo se interrumpió bruscamente, mientras un grito espantoso resonó en el aire: el grito de la ballena.

—¡Ha varado! —exclamó, al fin, el *chauffeur*—. ¡Qué festín para los esquimales!

Su voz se perdió entre los gritos ensordecedores que salían de la garganta del gigante de los mares.

—¡Sí, sí, ha varado! —exclamaron a la vez Gastón y Gualterio.

En efecto, el coloso, enloquecido por los atroces dolores que le producían la mutilación de la lengua y los mordiscos del voraz crustáceo, había ido a caer, tras un supremo arranque, sobre un banco subácueo que no había visto y quedó como anclada, con tres cuartas partes de su cuerpo al descubierto. Sólo había quedado sumergida su poderosa cola, que ahora no le era de utilidad alguna sino de estorbo, pues a cada aletazo su enorme cuerpo se descubría más y más.

El banco estaba a doscientos cincuenta o trescientos metros de distancia del sitio donde se había parado el automóvil, y, por lo tanto, nada podía escapar a los ojos de los exploradores de la lucha que iba a entablarse.

Los esquimales, percatándose de que la colosal presa no podía ya evitar su ataque, bogaron de firme lanzando gritos estridentes.

Sus ligerísimas chalupas, que medían de seis a ocho metros de largo, formadas con huesos de fanones de ballena sólidamente ligados entre sí, con nervios de reno y de zorras y recubiertas de pieles bien cosidas e impermeables, se deslizaban sobre las aguas con asombrosa rapidez, impulsadas por los golpes de remo de doble pala.

Los hombrecillos de las regiones del hielo iban cubiertos de modo que parecían osos blancos, pues hasta sus cabezas desaparecían en capuchones peludos, y bogaban con ahinco sin dejar de aullar.

Un detalle llamó, sobre todo, la atención del canadiense: que

cada canoa llevaba a popa un par de grandes vejigas llenas de aire.

—¿Para qué le sirven esa especie de globos? —preguntó al chauffeur.

—Esas vejigas están atadas al arpón e impiden a las ballenas que se vayan a fondo. En el caso presente no tendrán necesidad de ellos, pues este desgraciado cetáceo no dejará ese banco sino hecho pedazos. ¡Empieza el combate!

—¿Y nosotros asistiremos a esta caza con los brazos cruzados? —preguntó el estudiante—. Procuremos, al menos, abreviar la agonía de ese animal alojándole alguna bala de mauser. Así le evitaremos nuevos dolores.

—Y tendremos derecho a reclamar un trozo de ese coloso —dijo el canadiense.

—¿Se atrevería usted a comer la grasa de ballena, señor Montcalm?

—No; ese lardo lo dejaremos a los esquimales, ya que para ellos es un bocado exquisito. En cambio, les pediremos un poco de lengua para extraer aceite que, según dicen, es muy bueno para freír pescado, cuando es fresco; ¿verdad, Ricardo?

—Magnífico, señor... Atención; ¡empieza el ataque!

Los cincuenta kayáks habíanse dividido rápidamente en dos líneas, para evitar los terribles coletazos, que se sucedían sin interrupción, agitando las aguas de la bahía en una gran extensión. La ballena se había dado cuenta de la presencia de los enemigos y lanzaba alaridos formidables. Al mismo tiempo hacía esfuerzos desesperados para substraerse al mal paso en que se encontraba, imprimiendo a su enorme cuerpo estremecimientos tremendos que hacían vibrar su gruesa corteza como si fuese una masa gelatinosa.

—¡Mire, ha abierto los ojos! —dijo el canadiense al estudiante.

Un momento después, cuando los esquimales empezaban a estrechar el cerco y a empuñar sus fisgas, algunas de buen acero y otras de hueso esmeradamente afilado sonaron varias detonaciones en la playa. Los dos viajeros habían vaciado rápidamente los depósitos de sus *mausers* acribillando al enorme cetáceo.

Los esquimales quedáronse paralizados ante el estruendo producido por la descarga de fusilería; pero, comprendiendo en seguida que los hombres blancos sólo queráis ayudarles en su difícil empresa, cubrieron de fisgas el cuerpo del monstruo. Aunque sus canoas bailaban como trozos de corcho sobre las crestas de las olas que la ballena levantaba con los movimientos de su cola, lanzaban sus dardos con precisión maravillosa. Pronto aparecieron los costados del gigante de los mares erizados de arpones que habían profundizado bastante en el estrato oleoso, y grandes chorros de sangre teñían las aguas del mar en varios metros de extensión. Mas lo que mayor impresión producía eran los gritos formidables que salían de la boca del monstruo, cuyas mandíbulas se abrían y cerraban convulsivamente. A cada lamento del pobre animal respondían los aullidos salvajes de los victoriosos pescadores y los disparos de *mauser*. También Ricardo, a falta de su viejo arpón y . en vista de que las canoas no se atrevían a acercarse a la orilla en que se estrellaban las olas sanguinolentas, se apoderó de la escopeta de dos cañones y con alegría feroz quemaba sus cartuchos, escogiendo como punto de mira las partes más sensibles del cetáceo. Las notas metálicas del ingente monstruo empezaron pronto a ser más débiles; faltáronle las fuerzas y la vida se escapaba rápidamente. La cola se levantaba ahora pesadamente, a intervalos, sin la suprema energía de antes. La agonía empezaba y la muerte avanzaba presurosa. Aquella enorme masa no la vencía ni la obligaba a retroceder.

—Esto se acabó —dijo Ricardo, cesando de disparar—. Miren los respiraderos.

Las espesas columnas de vapor rojizo, cargadas de sangre, destacábanse sobre la cabeza del gigante de los mares. Anunciaban la muerte.

Los esquimales, sabiendo que la monstruosa presa sólo podría sobrevivir algunos minutos a la tempestad de fisgas y de balas que sobre ella había caído, retiráronse trescientos o cuatrocientos pasos, para encontrar una zona de mar tranquila; luego se dirigieron rápidamente a la costa, desembarcaron y vararon sus embarcaciones. Parecían impacientes por reunirse con los hombres blancos que tan válidamente les habían ayudado en aquella impresionante y no fácil empresa.

—Vamos a su encuentro —dijo el estudiante—. Ardo en deseos de conocer de cerca a los habitantes de las nieves y de los hielos perpetuos.

El canadiense le contuvo con una mirada imperiosa.

—Permanezcamos aquí —dijo luego—, y tenga el mauser bien cargado, por si es necesario hacer uso de él. No son muy de fiar estos esquimales del septentrión. ¿No es así, Ricardo?

El *chauffeur*, en vez de contestar, echóse la escopeta a la espalda, y exclamó:

—¡Karalit!... ¡Qué feliz encuentro!... ¡Ni soñar podía en hallarlo aquí!...

Los esquimales estaban ya a pocos pasos de los exploradores.

Su jefe, un hombrecillo de un metro y medio de estatura, redondo como una bola, envuelto en una piel de oso blanco y las piernas metidas en un par de monumentales botas de piel de foca, guiaba la columna blandiendo fieramente la caja de un viejo fusil, al que faltaba el cañón, y que debía ser, sin duda, el distintivo de su elevado cargo.

Ricardo avanzó solícitamente a su encuentro, diciéndole.

—¿No me conoces ya? Sin embargo, yo fui quien te salvo a ti y a tu kayak de las focas de Wenisk. ¿Te acuerdas Karalit?

El jefe quedó un momento inmóvil mirando atentamente a su interlocutor, lanzó luego un grito y se precipitó sobre él, restregando con fuerza su nariz contra la del hombre blanco.

—Mi hermano el pescador de ballenas —dijo en un; pésimo inglés—. Sí, lo reconozco y tengo una verdadera satisfacción en volver a verlo. Tres veces nos han separado los hielos; ¿qué hace ahora aquí mi hermano el ballenero?

—Te lo diré más tarde.

—¿Quiénes son esos? —preguntó, indicando al canadiense y al estudiante, que presenciaban la escena haciendo sobrehumanos esfuerzos para contener la risa.

—Son amigos míos, grandes pescadores de ballenas.

—¿Y esa bestia que gruñe como un oso blanco?

—Un trineo, o cosa parecida.

—¿Llena de animales feroces?

—¡No, hombre!

—¿Por qué gruñe, pues, de ese modo? ¿No encerrará algún espíritu maléfico?

—Para explicártelo necesitaría mucho tiempo. Es un trineo que los hombres blancos han inventado y que corre más que todos los perros de tu tribu.

El esquimal le miró con aire de desconfianza, y repuso:

—Bueno, será verdad, pero nadie me quitará de la cabeza

que dentro de esa bestia hay espíritus malignos.

—¿No tiene ya confianza mi hermano Karalit en su hermano blanco?

—Sí, puesto que no me he olvidado jamás que te debo la vida.

—Entonces todo irá bien. ¿Dónde habitas ahora?

—Detrás de aquella colina hemos construido nuestras cabañas.

—¿Quieres conducirnos allí?

—Mi cabaña está abierta para ti y tus amigos, pero no para esa bestia.

—No tiene necesidad de tu hospitalidad. ¿Cuándo descuartizarán ustedes la ballena?

—Mañana, una vez que se haya tranquilizado el mar.

—Precédenos, pues.

El jefe hizo una seña a sus hombres y la columna se puso en marcha hacia el poblado.

Ricardo, el canadiense y el estudiante ocuparon sus puestos en el automóvil, que parecía impaciente por reanudar su carrera.

—¿A mucha velocidad? —preguntó Ricardo, asiendo el volante.

—No —repuso el canadiense—. Vaya poco a poco, para no asustar a estos hombres primitivos.

El automóvil se puso en movimiento, avanzando al paso y lanzando sonidos muy parecidos a las notas metálicas de la ballena. Los esquimales se detuvieron, presa de indecible

terror, y escaparon luego, como si llevasen al diablo pisándole los talones, a través de la llanura nevada, en dirección a su campamento. El jefe, ni que decir tiene, fue el primero en correr desesperadamente.

—¿No le dije que no tocase la sirena? —preguntó el canadiense.

—Pronto les pasará el susto, señor —repuso el ex ballenero—. Permítame obrar libremente.

Y lanzó el automóvil en persecución de los fugitivos, a quienes se reunió a la entrada del poblado.

CAPÍTULO XI. EL TRAIADOR EN ACCIÓN

Los esquimales, a quienes los antiguos navegantes noruegos, que fueron los primeros en verlos, hacia el año 1000, denominaron *Skrellinger*, pero que se hacen llamar, en su propia lengua *Innuít* (hombres), aunque no son muy numerosos, ocupan todas las costas de la América septentrional, las islas polares, la Groenlandia y aun las del estrecho de Behring. Colonias de esquimales llegan a verse en las costas asiáticas, hacia el Océano polar ártico.

Forman pequeñas tribus dispersas, de ordinario, a muy grandes distancias unas de otras, y, no obstante, todas hablan, con ligeras variantes, la misma lengua.

¿De dónde procede esta raza, viviente aun en medio de un clima tan riguroso que hace las regiones de los hielos perpetuos inhabitables para los hombres más robustos? Al principio se creyó encontrar en aquellos hombrecillos todos los caracteres de la raza mongólica, y luego los de los indios de la América septentrional, pero aun no ha sido resuelto el difícil problema. Pero es muy cierto que participan de los unos y de los otros y que, cosa aun más extraordinaria, tienen algo de común con los vascos, que fueron los primeros pescadores de ballenas que se lanzaron, en época ya remota, a través de los mares septentrionales, mucho antes, quizá, que los noruegos, daneses e islandeses. Muy probable es también que sea un producto de la fusión de las tres razas.

Su estatura rara vez pasa de metro y medio; sin embargo, algunos individuos superan bastante esa medida.

Tienen la cara ancha, aplastada, con mandíbulas robustas,

pómulos salientes, ojos negros, nariz estrecha y corta, cabellos negros, bastos y poco espesos, y la piel, bajo una capa de aceite o de suciedad, de color amarillo claro con tintes cobrizos. Son muy robustos, aunque de pies y manos pequeñísimos.

No hay duda que su raza habitó en climas más templados, pues se han encontrado cráneos de esquimales en las cercanías de las cataratas del Niágara.

La ferocidad de los pieles rojas, especialmente de las belicosas tribus canadienses, hubo de internarlos en las tierras de las noches casi eternas y de los grandes fríos, y parece que allí se adaptaron perfectamente, pues si se les traslada a climas más templados y a países civilizados, sufren hasta el punto de morir de nostalgia.

Todos son excelentes cazadores y óptimos pescadores y viven, generalmente, de los productos del mar y de la caza. En efecto, puede decirse que su alimento es completamente animal y devoran de tal modo que espanta verlos comer. De otra manera, no podrían mantener el calor orgánico en aquellos climas terriblemente fríos.

Dotados de un valor sorprendente, afrontan impávidos a los gigantescos osos blancos, acometiéndolos primero con flechas y luego con sus lanzas de punta de marfil.

En el mar son también osados y muy diestros. Con sus ligerísimas canoas, que hacen insumergibles vejigas infladas, y tan bien cerradas que el agua no puede penetrar por parte alguna, se alejan de la costa a veces muchos centenares de millas, desafiando las tempestades, los hielos y las nieblas impenetrables, y no regresan sin transportar alguna foca o un narval.

El hambre, terrible e implacable que los persigue sin cesar y de vez en cuando destruye tribus enteras, los hace valientes y despreciadores de la vida.

Las viviendas de los esquimales son de dos clases, según que las utilicen en invierno o en verano. Durante éste, que es muy corto, se contentan con sencillas tiendas; pero en el invierno se construyen cabañas que semejan túmulos de ancha base, empleando por únicos materiales tierra, piedras y costillas de ballena, que sostienen un techo plano. La entrada de estas cabañas es un túnel estrechísimo abierto en declive, que va empinándose hasta terminar la única pieza que, a menudo, sirve de asilo a varias familias. Una lámpara, que es una especie de escudilla de piedra, de forma ovalada, con un pabilo impregnado en el mal oliente aceite de foca, la ilumina y caldea a la vez de tal modo que los habitantes del tugurio han de despojarse de sus ropas, mientras en el exterior marca el termómetro 50° bajo cero.

Los que residen más al norte, prefieren, en cambio las cabañas construidas enteramente con bloques de hielo.

De todos modos, sus habitaciones son verdaderas pocilgas, donde duermen confundidos hombres, mujeres y niños de diversas familias en repugnante promiscuidad con perros, peces en estado de putrefacción, y restos de focas. El olor nauseabundo que se exhala de aquellas viviendas es tal que haría morir de asfixia a un europeo; sin embargo, los esquimales lo aspiran con fruición.

¿A qué número asciende el de esos hombrecillos en el extremo norte? Imposible es saberlo, pues existen tribus diseminadas a una enorme distancia de las tierras hasta ahora exploradas. Se descubrieron algunas tribus más allá del 80° y es muy probable que se descubran otras en las proximidades del Polo.

El automóvil, rugiendo como una fiera encolerizada, adelantó a los esquimales que huían en todas direcciones presa de pánico terror, y después de haber dado vuelta a la colina se precipitó por entre las cincuenta cabañas que se alineaban frente a la playa, sembrando el desorden y el espanto entre

sus habitantes. Al sentir los aullidos de semejante monstruo, desconocido para ellos, y ver que avanzaba humeante, los ancianos permanecieron en sus viviendas y las mujeres y los niños corrieron como locos, lanzando gritos de terror. Sólo un hombre, que estaba envuelto en una enorme piel de oso, la cabeza de la cual servíale de capucha, ocultándole casi por completo el rostro, se mantuvo valerosamente firme amenazando al automóvil con una especie de arpón de doble punta y con un manojo de colas de lobo que agitaba furiosamente en la mano izquierda.

Era el *angekok*, o sea el hechicero de la tribu.

—He aquí un personaje importantísimo, a quien habremos de tratar con suma cortesía —dijo el canadiense—. Ricardo, llévele, como nuestro primer regalo, una botella de *gin*. Con un par de tragos, tendrá bastante para recobrar la calma.

Mientras el *chauffeur* se dirigía al carro, el *angekok*, invadido por un repentino delirio danzante, púsose a dar vueltas vertiginosas alrededor del tren, dando saltos mortales y emitiendo gritos espantosos. ¿Era que lanzaba conjuros contra el monstruo rugiente, o manifestaba de aquel modo su sorpresa y su alegría?

Difícil hubiera sido saberlo.

Aquella danza, empero, produjo un efecto extraordinario, pues los habitantes de las cabañas, que poco antes habían escapado despavoridos, no tardaron en regresar, acompañados de los pescadores de ballenas y de su jefe.

La actitud heroica del hechicero debía haberles devuelto por completo la tranquilidad, mucho más cuanto que el monstruo no lo había devorado, antes al contrario, permanecía inmóvil y roncando apaciblemente delante de las cabañas.

Entre tanto, Ricardo había llevado dos botellas en vez de una, y cuando las hubo decapitado con un violento golpe de cuchillo, para no perder tiempo, ofreció una al jefe y otra al

hechicero.

Los dos personajes debían haber probado en otra ocasión aquella bebida, pues a riesgo de herirse los labios, las llevaron con avidez a sus bocas, produciendo un *glou-glou* ruidoso.

—¡Por Júpiter y todos sus rayos! —exclamó el estudiante saltando a tierra y llevando un *mauser* y un Colt de seis tiros—. ¡Qué tragaderas! Se emborracharán, seguramente, si siguen empuinando el codo de esa manera.

—No hay cuidado —repuso el canadiense—. Son toneles de aceite y resistirán muy bien los efectos del *gin*.

—¡Hechicero y jefe beben que es un primor!... ¿No las habrán apurado ya?... ¡Por Júpiter!... Se diría que beben agua fresca.

Los esquimales, cuando estuvieron bien seguros de que en las botellas no quedaba ni una gota, las pasaron a sus súbditos, para que, a lo menos, aspirasen el olor del *gin*, y seguidamente se acercaron al automóvil, no sin cierta vacilación.

—Hermano blanco —dijo Karalit, dirigiéndose a Ricardo—, me ha dado un susto terrible esta bestia y tenía verdadera necesidad del licor que me has dado. No estoy, sin embargo, perfectamente tranquilo y debieras regalarme otra botella para reponerme por completo.

—Más tarde —repuso el ex ballenero—. Entre tanto haz los honores de la casa a mis amigos.

—La comida estará pronto preparada.

—¡Cielos! —exclamó Gualterio—. ¿Qué nos ofrecerá este pellejo de aceite? ¿Aceptará usted, señor Montcalm?

—¿Por qué no? —repuso el canadiense, riendo.

—¿Pero qué podrá ofrecernos? ¿Alguno de sus perros frito en aceite de foca?

—Ya veremos, Gualterio. Sin embargo, bueno será que llevemos con nosotros alguna lata de conservas alimenticias y una botella de Burdeos.

—Yo me encargo de eso.

El estudiante penetró en el carro, llenó un cesto con cajas de conservas y galletas, tomó un par de botellas polvorientas, cerró cuidadosamente la puerta con el cerrojo y las llaves, en previsión de que se les ocurriese a los esquimales hacer un saqueo en regla durante su ausencia, y se reunió con el canadiense, Ricardo, el jefe y el hechicero, los cuales habíanse detenido ante una cabaña un poco más grande que las otras y adornada con unos cuantos cráneos de rengíferos y de ciervos, clavados en cuernos de narvales. Delante del tugurio extendíase una especie de galería, de unos seis metros de largo, que debía ser muy baja, construida con piedra y cubierta con tierra y algas marinas.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó el estudiante, que había dado la vuelta en torno de la cabaña sin percibir ninguna.

—Es aquel agujero que da a la galería —contestó el canadiense.

—¡Por Júpiter!... Es cierto que los esquimales son enanos; pero no han tenido en cuenta que alguna vez habíamos de entrar nosotros en sus viviendas. ¿Cómo nos las arreglaremos?

—Arrastrándonos como reptiles.

—¿Y metiéndonos dentro de ese túnel que parece el cañón de un pozo negro?

—No se preocupan mucho por el aseo, amigo mío.

—Esto no es más que una inmundicia alcantarilla donde se revuelven restos de pescados, vísceras de focas y de morsas.

—No le haga usted caso.

—¡Cómo nos vamos a poner las ropas!

—Luego nos mudaremos. Vaya, ánimo, y lleve por delante el cesto.

El jefe, el *angekok* y Ricardo habían entrado ya en el túnel, ayudándose con las manos y con los pies, y enlodándose hasta el cuello.

El estudiante estornudó varias veces y después, armándose de valor, siguió tras del *chauffeur*. Una vez dentro, creyó que iba a morir asfixiado, tal era el hedor. Apremiado por el canadiense, que le seguía, arrastróse lo más pronto que pudo entre las estrechas paredes, con la esperanza de llegar cuanto antes a un sitio más aireado, y se encontró en una pieza circular, bastante amplia, iluminada por un agujero abierto en el techo y protegido por un trozo de vejiga de caballo marino, que, hacía las veces de cristal. En el acto disipóse su esperanza de poder encontrar un aire más respirable, pues allí dentro la hediondez era más aguda que en la galería. Lo que, sin embargo, causó peor impresión al pobre estudiante, fué el acre olor de amoníaco que se veía forzado a respirar en aquella inmundicia pocilga.

—¡Por todos los rayos de Júpiter! —exclamó poniéndose en pie trabajosamente—. ¡Eh, Ricardo! —añadió—. ¿Es esto una fábrica de amoníaco? ¿Cómo puede usted resistirlo?

—Ya se acostumbrará usted también —contestó el ex ballenero, el cual parecía no encontrarse a disgusto en aquel estercolero.

—¿Qué es lo que produce este... perfume, llamémoslo así, puesto que le es agradable a los esquimales?

El *chauffeur* le indicó con la mano tres o cuatro grandes vasos de piedra porosa que ocupaban un ángulo de la pieza.

—Aquellos —dijo luego—. Están llenos de orines.

—¡Cómo!... ¿Estos marranos los guardan para?...

—Para curtir sus zapatos de mar.

—Y nuestras pieles también, según creo —dijo el canadiense, saliendo del túnel—. ¡Esto es un establecimiento de perfumería!

—Infernal —añadió el estudiante, que no cesaba de estornudar y de hacer muecas ridículas.

Miraron en torno de ellos.

Todo el mobiliario se reducía a grandes montones de pieles que durante la noche debían servirles, seguramente, de lechos, y algunas vasijas dentro de las cuales conservábanse en hielo y en el nauseabundo aceite de los anfibios, trozos de foca, de morsa o de narval. El techo estaba cubierto enteramente por multitud de pescados, en estado de putrefacción, que despedían un hedor insoportable pero agradabilísimo para los esquimales, los cuales prefieren las carnes corrompidas a las frescas. Cuestión de gustos.

—Será un verdadero milagro que no reventemos asfixiados, señor Montcalm —dijo Gualterio—. Debieran traernos un frasco de heliotropo o de *ilang-ilang*... ¡Por los rayos de Júpiter!... ¿Qué clase de pulmones gastan estos osos humanos?

—Están ya habituados —repuso el canadiense.

—Pero yo no podré habituarme jamás.

—Ni yo tampoco.

—Sin embargo, este demonio de Ricardo parece encontrarse

aquí como en la propia gloria.

—He sido ballenero, señor mío.

—Ya no me acordaba.

Mientras los exploradores cambiaban sus impresiones, el jefe y el hechicero no perdían el tiempo. Habían sacado, de debajo de un montón de pieles de foca, una especie de orza de piedra, que pusieron en el centro del tugurio, sobre una magnífica piel de oso blanco; luego, colocaron a su alrededor cinco vasijas, no muy pequeñas, y sacaron de la orza con las manos, por supuesto, porque los esquimales han ignorado siempre el uso del tenedor. Cabezas de foca, asadas primero a la luz de la lámpara y conservadas después en aceite de ballena, bocado que sólo pueden probar los grandes personajes. Seguidamente, extrajeron de otro recipiente un revoltijo, formado con sangre coagulada y líquenes llamados sopa de roca, bocado también exquisito, y, por último, ánares marinos, conservados en grasa de ballena, después de haber sido asados en la llama de la humosa lámpara, que hace a los esquimales el triple servicio de alumbrado, de estufa y de hornillo.

—¡Dios de dioses! —exclamó el estudiante, llevándose las manos a la cabeza como un desesperado—. ¿Y voy a tragar estas porquerías?... ¡Yo me escapo!...

Y en efecto, si el señor Montcalm no hubiese estado pronto a sujetarlo, asiéndole de una punta de su cazadora,

el campeón de salto de Cambridge habría dado, seguramente, una prueba de su agilidad y de la robustez de sus músculos, desapareciendo con la velocidad de un automóvil a través de la galería.

—¿Se ha olvidado usted de que hemos traído con nosotros un cesto conteniendo algo mejor que estas porquerías que sólo pueden tolerar los estómagos de los esquimales? Le aseguro que no probaré estos guisos polares, aunque se

ofendan nuestros queridos osos del norte.

—¡Por Júpiter!... Me había olvidado de nuestro cesto de provisiones.

—Saque usted todo lo que contiene, y ya veremos si el jefe y su congénere hacen más honor a sus cabezas de foca que a nuestras conservas alimenticias.

—¡Pero aquí dentro se asfixia uno, señor Montcalm! Yo apesto ya como un pozo negro.

—Nos marcharemos cuanto antes, Gualterio. Creo que Ricardo también empieza a sentirse asqueado.

—Es cierto —repuso el *chauffeur*—. Prefiero respirar al aire libre aunque el termómetro marque 50° bajo cero.

—Démonos prisa, pues.

Gualterio colocó junto a la sopa de roca, las cabezas de foca y los ánades marinos el contenido del cesto, y todos atacaron con avidez a las conservas, especialmente los dos esquimales. La sopa y los guisos polares permanecieron intactos. Tampoco apareció el aceite, pues el jefe y el hechicero prefirieron las dos botellas de vino de Burdeos, que se apresuraron a trasegar.

—Vámonos —dijo Gualterio, tirando el cesto vacío—. ¡Aire!... ¡Aire!

—Sí, sí, salgamos cuanto antes de esta cloaca —repuso el canadiense—. ¡Vayan al diablo todas las guaridas de estos osos polares!

Estaban ya de ellas hasta la punta de los pelos, como suele decirse, incluso Ricardo, el cual había acabado por encontrarse a disgusto allí dentro, aunque había permanecido muchas veces entre las tribus esquimales.

Apenas se encontraron fuera de la cabaña, cayó sobre ellos la población entera aullando y gesticulando. Parecía presa de loco terror.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el señor Montcalm—. ¿Se han vuelto locos estos amiguitos?

De los labios de Ricardo escapó una blasfemia.

—¡Han tocado la máquina y el automóvil ha cambiado de sitio!
¡Mientras no hayan estropeado el radiador!

En efecto, durante su ausencia, el tren había avanzado unos ciento cincuenta metros y se esforzaba en vano por escalar un bloque de hielo. Algún curioso había tocado la palanca, poniendo la máquina en movimiento, a riesgo de estrellarse contra aquel obstáculo.

Ricardo corrió presuroso y paró el motor, mientras la pequeña tribu se dispersaba nuevamente en todas direcciones, a pesar de los gritos del jefe y del *angekok*.

—¿Hay alguna avería? —preguntó el señor Montcalm, que junto con el estudiante habíase acercado al *chauffeur*.

—Algo ha debido romperse —repuso Ricardo, con el semblante ensombrecido.

—¿El radiador, quizá?

—¡Oh, no, señor! La cosa no tiene importancia. Antes que despunte el nuevo día estará hecha la reparación. Yo se lo garantizo.

—¿De manera que hemos de pasar aquí la noche?

—Es forzoso, señor. He de repasar todo el mecanismo.

—Ha sido una imprudencia abandonar nuestro tren —observó Gualterio.

—Será la última —repuso el canadiense.

—¡Que el diablo se lleve a ese maldito oso que ha tenido la pésima ocurrencia de poner en movimiento nuestra máquina!

—¿Tenemos lo necesario, Ricardo, para arreglar semejantes desperfectos?

—Sí, señor; ya le he dicho que respondo de todo.

Hízose retroceder el automóvil hasta el campamento, junto a la cabaña del jefe, entre los aullidos de los habitantes, que poco a poco habían regresado, sin que los exploradores pudieran comprender si eran gritos hostiles o de júbilo.

Empezaba a oscurecer, porque en el invierno los días son extremadamente cortos en aquellas latitudes, y un viento helado comenzó a soplar con violencia en la vastísima bahía, arrastrando nubes preñadas de nieve.

Había llegado el momento de retirarse al cómodo coche-salón y encender la estufa.

Los esquimales también empezaron a refugiarse en sus cabañas, donde las mujeres habían encendido ya las pestilentes lámparas. Afuera no quedaban ya más que los perros, que jugueteaban alegremente en medio de la nieve, insensibles al frío y al viento. El hueco que les servía de refugio bajo los hielos era, seguramente, preferible al pestífero túnel de las cabañas.

—Señor —dijo Ricardo al canadiense—. El frío no me molesta gran cosa y, si usted me lo permite, dormiré en el automóvil y a la vez vigilaré a estos hombres. No debemos fiarnos de ellos, pues, según he podido observar, persisten en creer que nuestro tren encierra un espíritu maléfico que destruirá la caza, y es preciso estar sobre aviso. Antes de dormirme examinaré el motor y veré si realmente ha sufrido alguna avería.

—Haga usted lo que quiera, Ricardo —contestó el señor Montcalm—. Por mi parte, prefiero dormir junto a la estufa.

—Y en nuestros cómodos lechos —añadió el estudiante.

—Yo no estaré debajo de la capota peor que ustedes —replicó el *chauffeur*—. Buenas noches, señores.

Habíanse despedido ya del jefe y del *angekok*, los cuales descansaban en sus cabañas.

El canadiense y el estudiante retiráronse con presteza al carro, mientras el ex ballenero cargaba tranquilamente su pipa, insensible al frío y al viento, murmurando:

—Ha llegado el momento de servir a *mister Torpon* y cumplir la promesa hecha. *iBy God!* Diez mil dólares no se tiran como si fuesen un puñado de arena. Karalit me ayudará... Le he salvado la vida, me está por ello reconocido y no me negará su cooperación. Ricardo, has sido siempre un bribón, como no sin fundamento decían todos tus camaradas, ¡Vamos, manos a la obra, y embarranquemos aquí!

CAPÍTULO XII. UNA ORGÍA DE CARNE Y DE ACEITE

El bribón metióse bajo la capota, se envolvió en su pelliza, y después de haber trasegado luengos sorbos de whisky, teniendo una botella de reserva junto al escudo protector, encendió tranquilamente su pipa monumental y se puso a fumar.

¿Qué esperaba? Seguramente que las tinieblas fueran más profundas y durmiesen el señor Montcalm y Gualterio.

Habíase ya trazado su plan y sólo aguardaba el momento de ponerlo en ejecución. Karalit no se negaría, ciertamente, a prestarle eficaz ayuda, en la expectativa de un buen regalo, un fusil por ejemplo, arma codiciada por aquel pueblo de cazadores.

El viento continuaba soplando con violencia en la bahía de Hudson, impeliendo contra la costa ingentes olas que se rompían con estrépito. De vez en cuando, entre los mugidos de la resaca, oíanse estruendos espantosos, seguidos, poco después, de zambullidas de intensa sonoridad. Eran los icebergs, o sean montañas flotantes de hielo que chocaban entre sí y volvíanse de abajo arriba en virtud del violento encuentro.

Dos veces seguidas Ricardo cargó y fumó su pipa y, al fin, se decidió a obrar.

Púsose a la cintura un Colt, pues no era improbable que merodeasen los lobos alrededor del campamento para regalarse con algún perro esquimal, y acercóse cautelosamente el coche-salón, mirando a través del

ventanillo.

—Obscuridad completa —murmuró para sí—. Es de esperar que Karalit no los haya imitado...

Volvió sobre sus pasos y penetró en la mina que conducía a la pieza circular.

Karalit no se había acostado aún. Estaba preparando una piel de morsa, batiéndola con una piedra, mientras que su mujer, joven aun y bastante bella para ser esquimal, sentada bajo la lámpara, masticaba con sus robustos dientes las botas de su marido para hacerlas más blandas.

—¡Mi hermano blanco aquí!... —exclamó el jefe, sorprendido, interrumpiendo su operación—. ¿Qué me quiere a estas horas?

—Ante todo convidarte a trasegar conmigo una botella de ese agua fuerte que abrasa las tripas y que tanto te gusta —repuso el ex ballenero.

—¿La traes contigo? —preguntó Karalit con mirada ardiente.

—Sí, mírala; está casi llena.

—Mi hermano blanco es un verdadero amigo —dijo el jefe alargando el brazo para tomarla.

—Poco a poco, querido; te la beberás cuando hayamos hablado un ratito.

—¿Qué quieres?

—En primer lugar, recordarte una vez más que te he salvado la vida.

—No lo he olvidado —repuso Karalit.

—Y que yo no he recibido jamás de ti recompensa alguna.

—Entonces era yo un simple pescador, patrón del kayak

hundido y de una sola fisga.

—Pero hoy eres jefe de la tribu.

—Es cierto; pide lo que quieras. ¿Deseas focas, morsas, perros o narrias?

—Nada de eso, pues llevamos víveres en abundancia y una máquina, creada por el genio del mal, que desafía a todos tus perros juntos.

—Así, pues, ¿qué es lo que deseas? ¿Acaso mi arpón y mi arco?

—Tampoco, pues tengo el propósito de regalarte un fusil de caza que he substraído ya secretamente a mi amo.

Los ojillos del esquimal volvieron a iluminarse. ¡Un fusil para él!... Que anduviesen con cuidado en lo sucesivo los indios canadienses, que son los seculares y temidos enemigos de los esquimales a quienes persiguen y matan despiadadamente.

—¿Qué es lo que quiere, al fin, mi hermano blanco?
—preguntó con voz trémula.

—Una cosa muy sencilla.

—Habla.

—Impedir el viaje de mis compañeros.

—¿Por qué? —interrogó Karalit, estupefacto.

Ricardo, en vez de contestar, se sentó sobre un montón de pieles, poniéndose entre las piernas la botella de *whisky*, que era el objeto de las obstinadas miradas del esquimal, y dijo luego:

—¿Sabes qué se proponen hacer con su máquina esos hombres a quienes yo conduzco al norte?

—No me lo han dicho.

—Van a destruir todas las focas, las morsas, las nutrias, los narvales, los lobos, los osos blancos, los bueyes almizclados, todos los animales, en fin, que se encuentran en estas tierras y en estos mares.

—¿Y por qué?

—Para hacer morir de hambre a todos ustedes.

—Nosotros no hemos hecho mal alguno a los hombres blancos.

—Dicen que son ustedes ladrones y que matan todas las ballenas de estos mares, que son muy necesarias a los hombres blancos para extraerles el aceite con que iluminan sus grandes casas.

—¿Y para ello han enviado ese horrible monstruo que ronca siempre?

—Un monstruo verdaderamente terrible, mi querido Karalit —contestó Ricardo—. ¿Has visto cómo corre?

—Avanza como una flecha.

—Y cuando corre con todas sus fuerzas, mata cuantos animales encuentra a su paso, sólo con el choque. ¿Entiendes?

—Demasiado —repuso Karalit—. ¿De manera que matará todos los animales que son necesarios a nuestras tribus?

—No tendrán ustedes más remedio que encerrarse en sus cabañas y morir de hambre.

—¿Y por qué tú, que eres nuestro amigo, has aceptado servirles de guía y conducir ese monstruo?

—Porque de haberme negado los hombres blancos me

habrían quemado vivo.

—¿Qué debo hacer, pues, para impedir que mis súbditos y mis hermanos del norte mueran de hambre?

—Componértelas de manera que mis amos, en vez de avanzar hacia el norte se vean obligados a dirigirse al sur. Tú tienes medios y hombres suficientes para conseguirlo.

—¿Y si arrojáramos a la bahía el monstruo junto con tus amos?

—No te lo aconsejaría, pues esa bestia terrible lleva en su vientre fuego que podría estallar y quemar todo el campamento.

—¿Entonces qué debo hacer? —repitió el esquimal—. ¿Pararlo u obligarlo a retroceder?

—Detenerlo, si puedes.

—Tienen bocas de fuego que ponen miedo.

—Tú también tendrás una, pues te la he ofrecido.

—Mi hermano blanco es un verdadero hermano —contestó Karalit—. Ahora, dame de beber. Mi lengua ha hablado demasiado y está seca.

—Toma, bebe.

El jefe asió con avidez la botella y se dispuso a vaciarla bebiendo a gollete.

—¿Y tu mujer? —preguntó el ex ballenero, deteniéndolo.

—Tiene bastante con hincar el diente en mis botas —repuso el egoísta.

Levantó de nuevo la botella, y temeroso de que el hermano blanco volviese a intervenir, apuró apresuradamente su

contenido.

—¿Qué bueno! —dijo luego, restallando la lengua—. ¿Tiene más botellas de éstas la horrible bestia?

—Está llena —contestó Ricardo.

—Entonces puedes estar seguro de que, si tú lo quieres, mis súbditos atacarán sin vacilar al monstruo para apoderarse de este agua fuerte que da calor y mantiene la vida.

—Yo les entregaré todas las botellas y parte de los víveres, a condición de que no han de estropear la máquina.

—¿Cuándo hemos de poner manos a la obra?

—Mañana, después de haber descuartizado la ballena, cuya operación presenciaremos. ¿De cuántos hombres puedes disponer?

—De un centenar.

—¿Tienes armas de fuego?

—Ninguna; sólo poseemos arcos y fisgas.

Ricardo entregó al jefe un revólver, diciéndole:

—Culparé a ustedes de habérmela robado. Con esta arma puedes disparar ocho veces seguidas.

—Me serviré de ella. La conozco, porque me enseñó su manejo un cazador que pasó por aquí antes del deshielo.

—Hasta mañana, pues —dijo Ricardo, poniéndose en pie...— ¡Ah! Te aconsejaría que alejases de aquí a las mujeres y a los niños.

—Ya había pensado en ello.

—Buenas noches, Karalit.

—Que mi hermano blanco descanse tranquilo —contestó el esquimal.

El ex ballenero penetró de nuevo en la mina, y pasando por encima de algunos perros que se habían refugiado allí, llegó al automóvil.

El viento tendía a disminuir, pero el frío aumentaba rápidamente. Las olas rompíanse con violencia en las costas de la bahía, produciendo un estruendo espantoso en medio del silencio de la noche tenebrosa.

Ricardo deslizóse debajo de la capota, se tendió sobre los muelles cojines, envolvióse perfectamente en una magnífica piel de oso y se durmió como un bienaventurado, después de haber murmurado varias veces:

—Los negocios son negocios...

Con los primeros albores del nuevo día coincidió una gritería ensordecedora, mezclada con ladridos de perros, despertaron al chauffeur.

Los pescadores se disponían a trasladarse a la pequeña ensenada sobre uno de cuyos bancos yacía la ballena matada el día anterior. Llevaban consigo una larga fila de trineos, arrastrados por docenas de inquietos perros, parecidos a lobos, que no cesaban de pelearse entre sí, a pesar de los golpes que sus amos descargaban sobre ellos coa larguísimas fustas de mazo muy corto.

El canadiense y el estudiante, al oír aquella algarabía, salieron también de su vivienda y se acercaron al automóvil, donde Ricardo, inclinado sobre la bigornia, estaba atareado en reparar una avería que sólo existía en su imaginación.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó el señor Montcalm,

—Nada de importancia —repuso el chauffeur, sacando de la

caja una multitud de herramientas—. Karalit y sus hombres se preparan para ir a descuartizar la ballena. Es un espectáculo por demás curioso y les aconsejaría a ustedes que aprovecharan una ocasión que no ha de ofrecérseles a menudo. Por otra parte, el automóvil no estará arreglado hasta la tarde.

—¿Es importante el desperfecto?

—No, señor; pero exige tiempo y paciencia. Como le he dicho, respondo de todo.

—Entonces podemos acompañar a los esquimales —dijo el estudiante.

—Iba a proponérselo. De quedarse aquí, se aburrirán sobremanera.

—¿Quiere usted que vayamos, señor Montcalm?

—Vamos, Gualterio —repuso el canadiense.

Karalit había hecho avanzar un trineo tirado por veinte perros y guiado por un joven pescador, poniéndolo a disposición de los exploradores. Estos montaron en él, llevando consigo sus fusiles y un cesto de víveres, e inmediatamente los perros, al primer chasquido de las fustas, emprendieron veloz carrera a través de la llanura helada.

Los otros trineos habíanse puesto también en movimiento, produciendo una algarabía infernal, pues los conductores, además de las fustas, se ven obligados a gritar y aullar a porfía para ser obedecidos por los perros.

Es innegable que semejantes canes, nacidos de un cruce de lobos con zorras polares, prestan grandes servicios a los pequeños habitantes de las nieves; pero no por esto se crea que son dóciles y obedientes a sus amos. Préstanse a tirar de los trineos por temor a los látigos, no para hacer cosa grata a sus dueños, a quienes no profesan ninguna afección, y

viven con ellos porque saben que algo sobrará de sus comidas para ellos.

Únicamente los esquimales saben guiarlos. Los europeos sólo conseguirían rodar a cada momento por el hielo con trineo y todo.

Mientras corren, riñen continuamente entre ellos, liándose las cuerdas, mordiéndose, ladrando... Uno echa hacia la derecha, otro tira hacia la izquierda, produciendo una confusión enorme que sólo la terrible fusta del conductor, manejada con una maestría y un vigor extraordinarios, logra calmar.

Pero ¡ay si una vez emprendida la carrera tropiezan con una zorra, una nutria o algún otro animal pequeño! Entonces no hay fusta ni voces que valgan. Lánzanse tras de la pieza que quieren cazar, precipítanse en hendeduras y barrancos, que salvan vertiginosa, locamente, y acaban por volcar el vehículo que, las más de las veces, queda inservible.

Son muy diferentes de nuestros perros daneses o de Terranova, siempre dóciles, obedientes y animosos.

Los cincuenta trineos, pues éste era su número, llegaron en menos de veinte minutos a la costa, deteniéndose frente al banco donde había varado la ballena.

La enorme masa no se había movido siquiera, a pesar de las embestidas de las olas, ofreciendo aún su robusto dorso sembrado de fisgas. La cola, que había quedado fuera del banco, agitábase por los golpes de la resaca, la cual penetraba dentro de la boca del cetáceo, formando espuma al chocar con los fanones.

Gualterio y el canadiense apeáronse en seguida, y aprovechando la baja marea, que había dejado al descubierto el banco, adelantaron hacia la ballena, obligando a levantar el vuelo, con certeros disparos de fusil, a las miríadas de aves que acudían para darse un hartazgo de lardo.

Gaviotas, halcones pescadores, águilas, procelarios, albatros gigantes, revoloteaban sobre el cetáceo, con una gritería ensordecedora.

Los esquimales habíanse provisto de una especie de palas de hierro, de forma cuadrada, muy cortantes y de mango corto —compradas, sin duda, a los pescadores de ballenas, pues aquel pueblo septentrional ignora la elaboración del hierro, que acaso no existe en aquellas regiones—, e invadieron el banco para despojar al cetáceo de su lardo y de sus carnes.

Lo primero que atacaron fue la cabeza, para cortarle la lengua.

Abiertos los fanones, penetraron en la boca de la ballena doce o catorce hombres, mientras los demás clavaban sus palas en los costados, arrancando grandes tiras de lardo que, una vez lavadas, transportarían con los trineos al campamento.

—Ya tienen estos hombres asegurados los víveres para un año —dijo el canadiense a Gualterio—. Así podrán esperar tranquilos las grandes nevadas sin tener que asomar la nariz fuera de sus cabañas.

—¿Cuánto aceite sacarán de la lengua, señor Montcalm? —preguntó el estudiante, que se había acercado para examinar la boca de la ballena, dentro de la cual trabajaban los esquimales afanosamente.

—Unos ocho barriles; es lo mejor de estos cetáceos.

—¿Y de la masa entera?

—Unas treinta mil libras, aproximadamente.

—¡Una verdadera inundación!

—Exacto, Gualterio.

—¿Esos fanones deben ser los famosos huesos de ballena

que se pagan tan caros?

—Sí. Son grandes láminas, fijas en la mandíbula superior, que descienden formando una especie de seto, algo dentadas en uno de sus lados.

—Ya lo veo —repuso el estudiante—. ¡Y no tiene dientes! ¡Qué cosa tan rara!

—Algunos cetáceos, los llamados ballenas machos, suelen tenerlos, pero no se sirven de ellos.

—¿Y los cachalotes?

—Están formidablemente armados de dientes de forma cónica, cada uno de los cuales no pesa menos de dos kilos.

—¡Qué mordiscos deben dar!

—Demasiado lo saben las desgraciadas ballenas.

—¿Son, acaso, enemigos?

—Enemigos terribles; y, como supondrá usted, la ballena lleva siempre la peor parte, pues de nada le sirven los fanones en sus riñas.

—¿Sabe usted en qué me hace pensar la boca de este cetáceo?

—En una chalupa.

—Exacto. ¿Cuánto cree usted que medirán las mandíbulas?

—No menos de veinte pies —contestó el canadiense—. La anchura de la boca debe ser de diez con una altura de seis, o sea, dos metros. Como observará usted, los esquímales no tienen necesidad de inclinarse para entrar. Dejemos a éstos que se revuelquen en aceite y en lardo y vamos a quemar unos cartuchos disparando a las aves marinas. Tenemos donde escoger.

—Yo haré blanco en los albatros.

—Carne coriácea, amigo mío. Prefiero las otras.

Mientras los dos viajeros se divertían descargando sus fusiles contra las inmensas bandadas de aves, que no se mostraban muy espantadas, los esquimales cortaban y rompían con energía febril, ansiosos de hacer trozos al gigante y poner en salvo su carne y su lardo antes de que se desencadenase una tempestad y lo arrastrase todo hacia opuestas costas, donde lo aprovecharían otras tribus.

Filas ininterrumpidas de hombres, cargados con grandes trozos de lardo, destilando grasa, y tintos en sangre hasta la cabeza, pasaban continuamente, depositaban su carga en los trineos que partían en seguida para el campamento y regresaban lo más pronto posible.

Los otros, bajo la dirección de Karalit, no cesaban de cortar, metiéndose dentro del enorme esqueleto, para arrancar a las vísceras grandes panales de manteca. Parecían hormigas en torno de un bisonte o de un rinoceronte.

A mediodía los esquimales suspendieron un rato sus trabajos, reuniéndose en la playa, que estaba cubierta de verdaderas montañas de lardo y de carne... ¡Qué regocijo! Hombres y perros precipitáronse a una sobre el enorme acumulamiento de víveres, engullendo a porfía. Las aves tomaban también parte en el festín, sin que las asustasen los gritos, los ladridos ni los latigazos. Caían en legiones tan unidas que ocultaban la luz del sol, y eran tan audaces que arrancaban con sus picos los pedazos que los esquimales se llevaban a la boca. Los albatros, sobre todo, mostrábanse ferozmente obstinados, y resistían los latigazos y aun los golpes de arpón, batiendo furiosamente sus inmensas y poderosas alas.

El canadiense y el estudiante, asqueados por aquel nauseabundo espectáculo y medio asfixiados por el hedor que despedía el interior del cetáceo, donde se revolcaban

hombres y perros, habíanse retirado bastante lejos para hacer su comida.

Durante el día no cesó un momento el ir y venir de hombres, perros y trineos. Los esquimales, aunque ahitos de lardo hasta el punto de correr peligro de reventar, habían asaltado de nuevo el ingente esqueleto, en el que sólo quedaban las descarnadas costillas, para despojarlo de todo lo que pudiera servir de alimento. Al atardecer, poco quedaba ya del desgraciado cetáceo. Habíanle abierto la cabeza para extraerle los sesos, relativamente pequeños respecto a la enorme masa del cuerpo, que debían servir de plato extraordinario al jefe y al hechicero.

Empezaba a soplar el viento y a caer copos de nieve cuando los pescadores regresaron al campamento con sus últimas cargas.

El señor Montcalm y el estudiante habían vuelto a ocupar su puesto en el trineo que el jefe había puesto a su disposición y que, por cierta consideración que no pasó inadvertida a los exploradores, no fue empleado en el transporte de las carnes y grasas.

Veinte minutos después llegaban al campamento, deteniéndose junto al automóvil.

Ricardo seguía aún dando martillazos sobre la bigornia, canturreando en tono bajo, a pesar de tener la pipa entre los dientes.

—¿Está todo arreglado? —preguntó el canadiense.

—Todo, señor —repuso el ex ballenero—. Nuestra máquina se deslizará mejor que un steamer.

—Siendo así, mañana podremos reanudar la marcha y llegar al fuerte Severa.

—Y al de Churchill también, si le parece, señor. No nos

faltará nafta.

—Gualterio, vamos a preparar la cena —dijo el señor Montcalm—. Y usted, Ricardo, véngase a dormir al coche-salón.

—Estoy muy bien bajo la capota del automóvil —contestó el *chauffeur*—. Además, no me fío poco ni mucho de estos hombres, sobre todo después de la avería que he tenido que reparar. Ya saben ustedes que un ligero golpe basta para estropear el radiador o reventar los neumáticos, y es preciso que yo vigile. Yo no me he fiado nunca de los esquimales, a pesar de lo que se dice respecto a su decantada honradez. Ea, ya he concluido.

CAPÍTULO XIII. COMBATE EN MEDIO DE LAS NIEVES

Acababan el señor Montcalm y Gualterio de acostarse, después de una abundante cena y de haberse fumado varias pipas, cuando una batahola infernal, que venía de fuera, les hizo saltar del lecho. Parecía que había estallado un furioso motín entre los habitantes del campamento, pues entre los ladridos de los perros percibíanse gritos amenazadores y ciertos golpes como si destrozaran trineos.

Gualterio, que había sido el primero en saltar del lecho, apoderóse de un revólver, que fue el arma que tuvo más a mano, y abrió el ventanillo para enterarse de lo que ocurría entre los esquimales. Aunque la noche era obscurísima y la nieve caía en aquel momento copiosamente, empujada por el viento del septentrión, pudo divisar numerosos hombres que se debatían entre sí tratando de acercarse al automóvil.

—Señor Montcalm —gritó—. Esos miserables quieren destruir nuestra máquina.

El canadiense, entretanto, había encendido la lámpara y apoderándose de un *mauser* con el depósito lleno de cartuchos.

—Abra usted la puerta, Gualterio —repuso—. Le pagaremos su hospitalidad con unos cuantos tiros.

El estudiante precipitóse sobre la barra de hierro, la quitó y trató de abrir la puerta; pero, con gran sorpresa suya, ésta no cedió.

—¡Señor Montcalm! —exclamó—. ¡Nos han encerrado!

—No es posible.

—Pruebe usted a abrir.

—Ayúdeme.

Los esfuerzos aunados de los dos hombres resultaron inútiles. La puerta había sido cerrada por fuera, acaso con la barra que se habían olvidado de retirar.

—¡Ah, miserables! —exclamó el canadiense.

Asomóse al ventanillo que el estudiante había abierto, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Ricardo!... ¡Ricardo! ¡A nosotros!...

Entre la confusa gritería, parecióle oír la voz del ex ballenero, y seguidamente dos detonaciones de revólver.

—¡Ricardo!... ¡Ricardo!... —repitió el canadiense—. En nombre del Cielo, conteste usted... ¿Qué sucede?

Un grupo de hombres armados de arcos y de arpones se dirigió hacia el coche-salón. Karalit iba con ellos y esgrimía en su diestra un revólver todavía humeante.

—¡Canalla! —rugió el señor Montcalm, apuntándole con el mauser, mientras el estudiante, abriendo otro ventanillo, amenazaba con disparar su Colt—. ¿Contra quién he de hacer fuego? ¿Qué significa esta algarabía? ¡Responde, o te mato como a un lobo rabioso!

—No he sido yo el que ha disparado sino tu marinero —contestó Karalit—, y por poco me mata.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Dónde está el marinero?

—Lo hemos atado bien fuerte y encerrado en una cabaña.

—Alguna razón habrá tenido para disparar, mucho más siendo amigo tuyo y no teniendo motivo de resentimiento contra tus súbditos.

—¡Oh!... ¡qué sé yo!

—¡Pues yo te lo diré, bribón! —gritó el canadiense—. Tú y tus hombres han querido estropearnos la máquina. Ayer mismo le causaron averías.

—Es muy probable —repuso cándidamente el esquimal, sin perder de vista el cañón del *mauser*.

—¡Y te atreves a decirlo!

—¡Sí, hombre blanco, porque no queremos que llegues al Norte.

—¿Por qué?

—Porque el *angekok* ha dicho que tu máquina está destinada a un objeto terrible, como es el de destruir los osos, las morsas y los caballos marinos, para hacer morir de hambre a todas las tribus de *Innuít*.

Gualterio lanzó una sonora carcajada, pues aunque el esquimal sólo mascullaba el inglés, le había entendido perfectamente.

El canadiense, en cambio, dejó escapar una horrible blasfemia.

—El *angekok* es un loco y tú un imbécil —gritó, colérico—. ¡Acabemos de una vez con esta comedia, pues no somos hombres de mucha paciencia!

—Nuestro *angekok* no se ha engañado jamás —repuso Karalit—, y ahora también ha dicho la verdad. Vuelve, pues,

atrás, o destruiremos tu máquina.

—Quita antes la barra que cierra la puerta.

—No.

—¡Por los rayos de Júpiter! —gritó el estudiante—. Ya es hora de acabar con esta farsa. Señor Montcalm, alójele una bala en la nariz, o le pongo yo el cuerpo a ese monigote como una espumadera.

—Esperemos un poco, Gualterio —repuso el canadiense—. El automóvil está ahí fuera y Ricardo no puede defenderlo. Si lo estropean, adiós nuestro viaje al Polo.

—A los primeros tiros huirán como zorras, seguramente.

—No debemos olvidar que tienen a Ricardo en su poder y que le han quitado el revólver.

—¡Por Júpiter! ¿Qué hemos de hacer, pues? ¿Rendirnos?

—Ya veremos —repuso el canadiense—. Es muy posible que estos bribones querrán que les paguemos nuestro rescate. Ellos no creen en las necesidades de su *angekok*.

—¿De veras?

—Apostaría mil dólares contra uno.

Karalit, sentado sobre un *hummok* de nieve, con el revólver en la mano y rodeado de unos cuarenta de sus súbditos, los cuales probaban la resistencia de sus arcos, contruidos con pedazos de cuerno de reno, estrechamente ligados, esperaba pacientemente a que los dos exploradores acabasen de hablar entre sí. Tiempo sobrado tenía el perillán, ahora que su cabaña estaba atiborrada de carne y de lardo de ballena.

—En fin, ¿qué es lo que quieres? —preguntó el canadiense, amenazándole con el puño.

—Ya te lo he dicho, hombre blanco —contestó el esquimal—. Impedir que avances hacia el gran Norte.

—También te he dicho yo que tu *angekok* es un loco que debes mandar a casa del espíritu maligno.

—El *angekok* ha hablado, y basta —replicó el obstinado jefe—. No se ha engañado jamás en sus predicciones acerca de las grandes tempestades, los grandes fríos y la escasez de caza, y no se engañará tampoco ahora.

—Así, pues, ¿quieres que retrocedamos?

—Sí, eso es lo que firmemente queremos yo y mis súbditos.

—Bueno, retrocederemos —repuso el canadiense—. Pon en libertad a mi marinero y en seguida echará a andar nuestra máquina.

—¡Ah, no! —exclamó Karalit—. Sin la bestia.

—¿Qué quieres decir? —borbotó el canadiense.

—Que la bestia se quedará aquí para que ahuyente con sus bramidos a los espíritus malignos. El *angekok* se encargará de alimentarla.

—¡Cómo! ¿Pretenderías, acaso, que te dejásemos nuestra máquina?

—¡Acabemos con él, señor Montcalm! —rugió el estudiante.

—¡Cuidado con lo que hacen ustedes! —replicó vivamente Karalit—. Tengo cien hombres a mis órdenes, y para reunir tres veces más, sólo he de mandar enganchar los perros y enviar un mensajero a mi suegro, el gran jefe Katirak. Caeremos nosotros, pero ustedes no escaparán. ¡He dicho! Volveré antes que salga el sol.

Con agilidad maravillosa Karalit desapareció tras el *hummok*, mientras sus hombres se dispersaban en todas direcciones,

corriendo como lobos y perdiéndose de vista antes que los exploradores pudieran hacer uso de sus armas.

—¡Maldición! —blasfemó el estudiante—. ¡Se nos han escapado de entre las manos!... Y ese animal de Ricardo se ha dejado cazar como una grulla adormecida y, por añadidura, perdiendo el revólver...

—Le sorprenderían durante el sueño —observó el señor Montcalm—. Además, de poco le habrían servido un par de revólveres contra los cien hombres que le acometieron.

—¿Habrán roto el automóvil?

—Supongo que no, Gualterio. Mas como eso pudiera muy bien suceder, me parece conveniente hallar un medio para salir de aquí. Este carro nos servirá siempre de fortaleza y, en caso de peligro, nos refugiaremos en él.

—¡Canallas!... ¡Después de haberles ayudado a matar la ballena, sin pedirles siquiera un pedazo de lengua, nos hacen esta mala jugada! ¡Y me habían asegurado que los esquimales son excelentes personas!

—Los que habitan más hacia el Norte sí lo son; pero a estos los ha pervertido la civilización —repuso el canadiense—. ¡Ea, procuremos salir de aquí!

—¿Cómo, si está echada la barra de fuera y las ventanas son muy estrechas?

El señor Montcalm reflexionó un momento, y luego, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Somos un par de necios!

—Gracias, por lo que a mí toca. Prosiga, no me enfado por eso.

—Sí, Gualterio, lo repito: un par de necios. Cuando nos

atacaron los lobos, ¿cómo nos refugiamos aquí?

—A través del techo.

—Y por el mismo sitio podemos salir —repuso el canadiense—. Los clavos no están remachados aun ni los tornillos apretados.

—¡Por todos los rayos de oriente y de occidente! —exclamó Gualterio—. ¿Dejaría yo la memoria en la Universidad de Cambridge?

—No, perdió usted algo de ella en su famosa porfía del salto —dijo el señor Montcalm.

—Creo que tiene usted razón —dijo Gualterio lanzando una carcajada, señal evidente de que las amenazas de los esquimales no habían hecho mella en su espíritu—. Venga un martillo y un cincel, señor Gastón. Usted hará de centinela del fuerte mientras yo vigilo desde el baluarte que domina al automóvil. ¡Ay de los atrevidos que se acerquen a nuestra máquina!

Los útiles de carpintería no faltaban en el carro. Abrieron una caja que contenía varias herramientas y, montando en dos sillas sobrepuestas, atacó Gualterio uno de los tablones que habían levantado durante el asedio de los lobos. Tras de un ligero trabajo, quedó practicable la abertura, y Gualterio, que era más delgado que el señor Montcalm, subió sobre la cubierta del carro, barriendo con las manos la nieve que en ella había se amontonado.

El canadiense apresuróse a alargarle un *mauser* y un paquete de cartuchos.

—¿Y bien? —preguntó al cabo de un instante.

—Deje usted que mis ojos se acostumbren a la obscuridad —exclamó el estudiante.

—¡Pero si la llanura es blanca!

—Sí, pero no veo la cabaña de ese bribón de Karalip, Kaparaliko, o como se llame. Parece que la nieve la ha cubierto por completo.

—¿Y el automóvil?

—¡Oh! Esta ahí delante de nosotros.

—¿No lo guarda nadie?

—Me parece que no.

—¿Dónde estarán esos granujas?

—Los oigo hablar pero no los veo. Después de todo, yo creo que han hecho muy bien refugiándose en sus cabañas. Hace una noche más oscura que boca de lobo y un frío que hiela las palabras. Le aseguro que se está mucho mejor ahí abajo.

—¿Quiere usted la piel de bison?

—Acepto, a condición de que venga envuelta en ella una botella de *whisky* o de *brandy*.

—No; le prepararé un buen *grog*.

—Bueno, vaya por el *grog*. Apuesto cualquier cosa a que Ricardo me ayudaría de buena gana a trasegarlo. ¡Ah, señor Montcalm! Esos pésimos sujetos son capaces de atormentarlo y aun de matarlo.

—No llegarán a tanto. Además, nunca he oído decir que los esquimales sean crueles.

—Sin embargo, yo he leído no sé dónde que ciertos pescadores de ballenas de raza esquimal, se divertían martirizando a los náufragos de raza blanca.

—Esos son cuentos, querido Gualterio. Déjeme encender la

estufa y prepararle el grog. Entretanto no quite ojo del automóvil.

—Pierda usted cuidado, señor.

—Ahí va la piel de bisonte.

—¡Magnífico! Ya estoy convertido en un jefe indio que espera un rostro pálido a quien arrancar el cuero cabelludo. Seré el gran sakem Pie Pesante o Cabeza de Aguila.

—En mi vida he visto un joven más divertido que usted —dijo el canadiense—. Si todos los que frecuentan la Universidad de Cambridge adquieren el mismo temple y buen humor, enviaré allí a mis hijos, cuando los tenga.

—Y hará usted perfectamente —repuso el estudiante, envolviéndose majestuosamente en la enorme piel de bisonte.

Era, realmente, una noche de perros. El aquilón no cesaba de mugir en la vasta llanura nevada, impeliendo contra el campamento y contra el automóvil verdaderas trombas de nieve que, afortunadamente, rompíanse en seguida. El frío era tan intenso, que el aliento, apenas salido de la boca, trocábase en nevisca. Un termómetro, colocado al aire libre, habría marcado, seguramente, 30° bajo cero, o quizá más.

No aparecían los esquimales en parte alguna; pero Gualterio oía de vez en cuando sus voces que salían a través de las minas de sus cabañas. Probablemente estaban estudiando su plan de campaña. Posible era también que estuviesen interrogando a Ricardo, a quien compadecían los exploradores, porque ignoraban que el bribón estaba en connivencia con sus enemigos.

Gualterio bebióse el grog, encendió su pipa y volvió a envolverse en la piel de bisonte, mientras el canadiense vigilaba detrás del ventanillo, maldiciendo la barra de hierro que le impedía salir del carro.

Había transcurrido media hora cuando el estudiante oyó que le llamaba el señor Montcalm.

—¡Gualterio!

—¿Qué me quiere, señor?

—¿Será que el frío embota nuestra inteligencia?

—¿Por qué lo dice, señor Gastón?

—Está usted ahí aterido de frío y yo aquí dentro sin poder salir, a pesar de ser tan fácil, especialmente para un saltarín como usted, dar una voltereta en el aire.

—No le comprendo, señor Montcalm.

—Me parece que no le asusta saltar a la nieve desde una altura de tres metros.

—Ni de diez yardas tampoco.

—Pues entonces, hágame el favor de dejar su observatorio, de tirarse abajo y de quitar la maldita bart exterior.

—¡Por Júpiter! ¡Y que no se me haya ocurrido eso antes! —exclamó Gualterio—. Decididamente, el frío debe entorpecer el cerebro.

—Ya lo dijo Franklin, el gran almirante de la expedición polar del Erebus y del Terror.

—¡Ya lo creo!... ¡Qué torpe soy!... Estoy aquí fuera y dejo a usted prisionero... ¡Ah, señores esquimales! ahora les daremos que hacer. Llenaremos sus pieles oleosas de balas de plomo.

Saltar desde lo alto del carro, levantar la barra, abrir la puerta y comparecer ante el canadiense fue obra de un momento.

—¡Ya estamos nuevamente reunidos, señor Montcalm! —dijo—. ¡Qué ingrata sorpresa experimentarán los esquimales cuando nos vean libres y prontos a caer sobre ellos!

—Vamos a ver el automóvil —dijo el canadiense—, ¡Ay de ellos sin han causado algún desperfecto!

—¡Incendiaremos su campamento! —dijo el estudiante con acento amenazador.

—Sí, cuando realice usted el milagro de hacer que arda la nieve.

—¡Soy un imbécil!

—¿Creía usted que se hallaba, a pesar de este frío que hiela el sonido, en algún aduar africano, formado de chozas de paja?

Tomaron una lámpara y, acercándose al automóvil, que estaba medio enterrado en la nieve, lo examinaron rápidamente.

—Parece que todo está intacto —dijo el canadiense—. Temía que el volante estuviese estropeado, pero ya veo que funciona bien. Nadie diría que se ha verificado una lucha entre Ricardo y los esquimales, pues todo está en perfecto orden. ¿Quién sabe si se lo habrán llevado dormido? ¿Qué le parece, Gualterio?

—Que esos bribones han acabado de hablar y se preparan a pasar de las palabras a los hechos.

—¿Quiénes?

—Los esquimales.

—¡Oh! ¿Será preciso fusilarlos para apagar sus ardores belicoso?

—Señor Montcalm, déjeme el cuidado de defender el automóvil, mientras usted defiende el carro. Si el peligro aumenta me reuniré con usted.

—Será usted el blanco de sus flechas.

—Nada tema. Me colocaré detrás del escudo protector, que no atravesarán, seguramente, los dardos de esos comedores de lardo de ballena. ¡Pronto, que ya están ahí!

En efecto, los esquimales iban saliendo en gran número de sus cabañas, aullando y gesticulando. Formáronse en seguida en columna y avanzaron hacia el automóvil.

El canadiense refugióse prontamente en el carro, a la vez que Gualterio acurrucábase detrás del escudo de acero revestido de cuero, armado de *mauser* y teniendo un revólver al alcance de su mano.

Al ver que la columna avanzaba, gritó:

—¿Quién vive?... ¡Alto!

Un agudo silbido fue la respuesta, y una flecha cayó en la capota, clavándose medio metro más arriba de la cabeza del estudiante.

—¡Ah, canallas! —exclamó éste—. Parece que quieren ustedes pelea. Pues bien, isea! Ricardo se las arreglará como pueda, ya que ha cometido la estupidez de dejarse prender. ¡Alto, o hago fuego! —gritó luego con voz tonante.

Tres o cuatro flechas atravesaron el aire, silbando siniestramente, y una de ellas rompió su punta contra el escudo del volante.

—Cuando llegamos a estos extremos, no me ando con contemplaciones.

Sonó una detonación, seguida de un grito agudísimo y de una

lluvia de flechas. Oyóse casi simultáneamente otra detonación, que partió del carro. El señor Montcalm, percatándose de que los esquimales no avanzaban en son de broma, apoyó el disparo hecho por su compañero.

Los esquimales detuviéronse, de repente, y en seguida girando sobre sus talones, huyeron despavoridos a refugiarse en sus cabañas.

Sobre la blanca sábana destacábanse dos bultos negros: eran dos esquimales que habían caído atravesados por las balas de los exploradores.

El señor Montcalm, observando que no quedaban enemigos en su rededor, bajó apresuradamente del carro y se acercó a Gualterio.

—¿Y bien?

—Parece que se han calmado, señor.

—¿Está usted herido?

—¡Quiá! Los chiquillos de África disparan sus flechas mejor que ellos.

—¿Qué sucederá ahora?

—¡Mientras no se venguen en Ricardo!

—Si no estuviese prisionero de ellos, lanzaría el automóvil a una velocidad vertiginosa —dijo el canadiense—. No soy un excelente *chauffeur*; sin embargo, conozco lo suficiente estas máquinas para guiarlas sin riesgo y hacer las reparaciones que fueren necesarias.

—¿Sabe usted lo que debemos hacer, ya que nos han dejado un momento en paz?

—Diga, Gualterio.

—Abrir camino para que el automóvil pueda correr cuando llegue el caso. El monstruo, como, lo llaman esos sórdidos devoradores de grasas, está medio enterrado en la nieve.

—Tiene usted razón. Vaya por las palas, mientras yo vigilo sobre las cabañas y sus habitantes.

El estudiante no se hizo repetir la orden, y un minuto después los dos exploradores trabajaban con ahínco para abrir paso al tren.

Habían abierto ya un surco de veinte metros, aproximadamente, cuando aparecieron de nuevo los esquimales. Parecían presa de locura furiosa. Aullaban como lobos rabiosos, agitábanse como poseídos, y disparaban sus flechas en todas direcciones, para probar, quizá, su alcance.

—Mentira parece que estas gentes, que viven siempre en medio de las nieves, puedan sentir un ardor semejante —dijo el estudiante—. ¿Tendrá, acaso, el aceite de ballena la propiedad de enardecerlos? Tentado estoy de hacer el experimento, para el caso en que nos faltase el gin o el *whisky*.

El señor Montcalm, observando que los esquimales avanzaban directamente hacia el automóvil, les salió al encuentro, con el fusil al brazo, diciendo:

—¡Atrás, desgraciados, si no quieren ser exterminados todos! ¡Pongan inmediatamente en libertad a nuestro marinero, canallas!

—¡Ríndanse ustedes! —gritó una voz—. Queremos destruir el monstruo que devora a los osos blancos.

—¡Ven por él, haragán! —repuso Gualterio—. Señor Montcalm, enviemos al otro mundo a ese condenado Karalit. El ha sido el que ha hablado.

—Repleguémonos hacia el automóvil —contestó el

canadiense—. Procure usted cerrar el carro.

—Eso está hecho en seguida.

—Y luego, fuego a discreción.

—No me cansaré tan fácilmente.

Mientras las flechas, disparadas al azar, pues la nieve no cesaba de caer y el viento soplaba con extrema violencia, caían en torno del automóvil, el estudiante acercóse al carro, lo cerró rápidamente y volvió a reunirse con su compañero, quien no se cansaba de gritar:

—¡Atrás, canallas, o no dejaremos uno vivo!

Los esquimales parecían no tener mucha prisa en exponerse a los tiros de los *mausers*. En vez de continuar avanzando, habíanse separado lentamente, ensanchando cada vez más sus filas. Tendidos sobre la nieve, arrastrábanse como las focas y las morsas, sin detenerse más que un instante para lanzar una lluvia de flechas contra sus enemigos. Pero los dardos resultaban inofensivos, pues la distancia que les separaba de los exploradores iba aumentándose progresivamente.

Aquella extraña maniobra acabó por poner en cuidado al señor Montcalm.

—Diríase que tratan de cercarnos, Gualterio. ¿No lo cree usted así?

—Esos no son hombres sino zorros, señor.

—Nos molestarán sobremanera si no procuramos acabar con ellos cuanto antes.

—¿Haremos cantar a nuestros fusiles?

—Sí, Gualterio.

—¿A qué esperamos, pues? Yo he oído decir que el plomo es el único enemigo de los pueblos salvajes. Yo me encargo del flanco derecho; luche usted con el izquierdo, y veamos cómo bailan esos pellejos de aceite al son de los *mausers*.

CAPÍTULO XIV. TEMPESTAD POLAR

Los esquimales, excitados por el jefe y el *angekok*, y persuadidos de que tenían que habérselas con un monstruo destinado a destruir toda la caza polar, parecían decididos a acometer de nuevo al tren, a pesar de haber experimentado ya el efecto terrible de las armas de fuego.

Sin que les atemorizasen los gritos y las amenazas del canadiense, formaron un gran arco que en el momento oportuno había de cerrarse en torno de los dos exploradores.

Como eran numerosos, la victoria sería fácil, pues el canadiense y el estudiante habían de defender no sólo el carro sino también el automóvil, el cual no ofrecía una defensa completa, aunque la capota de cuero fuera bastante resistente para rechazar las flechas. No había, pues, que perder tiempo. Era necesario contener a los pescadores de ballenas con un fuego espantoso, antes que pudieran estrechar el cerco.

—¿Está usted preparado, Gualterio? —preguntó el señor Montcalm, después de haber intimado en vano, por última vez, a los asaltantes que volvieran a sus cabañas y pusiesen en libertad a Ricardo.

—Cuando usted guste —contestó el estudiante.

—Entonces, demos batalla. Tanto peor para ellos si sufren pérdidas crueles.

Oyéronse dos detonaciones, que iluminaron por un instante la noche tenebrosa, y seguidamente un *crac crac* continuado y estruendoso. Los depósitos de los *mausers* se vaciaban, sembrando la blanca llanura de proyectiles.

Los esquimales, sorprendidos por aquel fuego intenso, que parecía no acabar jamás, y aterrorizados por aquella continua sucesión de detonaciones, habíanse erguido, tratando de contener la granizada de balas con las flechas de sus arcos; pero al ver que varios de sus compañeros habían caído lanzando gritos de dolor, emprendieron una precipitada fuga hacia el campamento, encerrándose en sus cabañas. La derrota fue completa. Los comedores de lardo quedaban escarmentados, pues habían dejado sobre la nieve cinco de sus hombres, todos heridos de muerte en el pecho por los terribles cazadores.

—Señor Montcalm —dijo el estudiante, mientras cargaba de nuevo su fusil—. ¿No le parece que éste es un feo asunto? Estamos matando sin riesgo alguno, y esto resulta fastidioso.

—Yo también quisiera no derramar más sangre de esos desgraciados a quienes su imbécil hechicero ha excitado contra nosotros; pero como noten en nosotros un instante de debilidad o de vacilación, no respondo ni de nuestro automóvil ni de nuestra vida. Ahora no cejarán hasta que hayan vengado a sus compañeros.

—¿Y Ricardo?

—¡Qué quiere que le diga!

—No podemos abandonarlo.

—Ni siquiera lo he pensado.

—Si nos fuese posible parlamentar con ellos...

—¿Pero no ve usted que huyen siempre?

—Señor Montcalm, ¿me permite usted que le dé un consejo?

—Hasta ahora todos los que me ha dado han sido muy cuerdos; hable usted, pues, libremente.

—¿Qué le parece a usted si pusiéramos al automóvil en movimiento, para tenerlo así en disposición de echar a correr cuando sea posible?

—¡Magnífica idea! Daremos una vuelta por el campamento. El frío ha solidificado la nieve y las ruedas se deslizarán perfectamente. No pierda usted de vista a los esquimales.

—No hay cuidado que se acerque uno siquiera. El depósito de mi fusil está lleno y descargaré sobre las cabañas una lluvia de balas.

El canadiense se acercó al automóvil con objeto de hacer funcionar el motor, operación que exigía algunos minutos de trabajo, puesto que el carruaje estaba provisto del imán Bosch a baja tensión.

Entretanto el estudiante no quitaba ojo de las cabañas, pronto a hacer fuego sobre el primer esquimal que se presentase en actitud hostil.

—Ya está —dijo el señor Montcalm.

El motor funcionaba, lanzando al aire sus metálicos y potentes ronquidos. Todo el carruaje se estremecía, impaciente, tras de tan prolongado descanso.

—¿He de montar?

—Ciertamente —contestó el canadiense—. Vamos a dar una vuelta por el campamento, con objeto de conocer la solidez de la superficie nevada.

—¿Y los esquimales?

—Ya veremos lo que harán cuando nos vean correr a gran velocidad. Yo, al volante; usted, a las armas. Si no nos hostilizan, no haga usted fuego. Supongo que ya han tenido de sobra y demasiados homicidios llevamos sobre nuestra

conciencia.

—¡Bah! Esos pellejos de aceite pesan muy poco —repuso Gualterio, sentándose al lado del señor Montcalm.

Una agudísima nota metálica hirió el aire preñado de nevisca, y el tren emprendió vertiginosa carrera a través de la vasta llanura de hielo. La sirena continuaba dominando con sus gemidos el estrépito del viento, repercutiendo en los corredores de las cabañas, sembrando el terror entre los esquimales, sobradamente impresionados por la voracidad de aquel monstruo misterioso.

El tren describió un círculo en torno del campamento, y, al fin, se detuvo detrás de la última cabaña, mientras los dos exploradores gritaban a voz en cuello:

—¡Ricardo!... ¡Ricardo!... ¡Salga usted!

Pero, en vez del ex ballenero, fueron el jefe y el *angehok* quienes se presentaron.

¿De dónde habían salido? Los exploradores no trataron de averiguarlo.

—¡Miserables! —exclamó el señor Montcalm, soltando el volante para tomar el revólver que pendía del escudo—. ¿Pretenden todavía hacernos pagar su hospitalidad? ¿Dónde está el hombre blanco? ¡Respondan ustedes, o los acribillo a balazos!

—Cálmese el hombre blanco —repuso Karalit—. Vengo no como enemigo sino como amigo.

—¡Vaya una amistad! —exclamó Gualterio—. ¡Fíese usted de estos perillanes!... Se fingen amigos cuando les ha tocado la de perder y no pueden tomar el desquite. Señor Montcalm, ándese con cuidado con estas gentes.

—No tema que me deje cazar en sus trampas —repuso el

canadiense.

Karalit había avanzado tres o cuatro pasos, procurando hacer ver el revólver que no había quitado a Ricardo sino aceptado como un regalo de éste.

—Repito que vengo en son de paz.

—Demuéstramelo en seguida poniendo en libertad al hombre blanco —repuso el canadiense.

—Tú has matado varios de mis hombres —replicó altivamente el esquimal.

—Nos atacaron y nos defendimos. ¿No hacen ustedes lo mismo cuando los lobos acometen a los perros y las narrias de la tribu? ¿Se dejan ustedes acaso devorar tranquilamente?

—¡Oh, no!...

—Pues eso hemos hecho nosotros con ustedes.

—Pero nosotros no somos lobos.

—Tal vez son ustedes peores, pues no pudiendo clavarnos los dientes, nos envían una lluvia de flechas. Dígalo el angekok, que es el consejero de la tribu.

El hechicero meneó la cabeza, se envolvió majestuosamente en su piel de oso blanco y se guardó de responder.

—Digan, pues, lo que quieran —añadió el canadiense, que no quitaba ojo del revólver que empuñaba el esquimal, temiendo una traición.

—Tú has matado varios de mis hombres —repitió Karalit, tras un corto silencio.

—Ya me los has dicho.

—Y debes indemnizar a la tribu por tan graves pérdidas.

—Son siete los que han muerto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué pides por ellos?

—Tu máquina y las armas de fuego que llevas.

—¿Estás loco, Karalit?

—¡Mandémoslo al diablo! —exclamó el estudiante—. Si estuviese cerca de mí le estrangularía.

El canadiense se puso bruscamente en pie, dejó el revólver para tomar el mauser, que apuntó con rapidez al jefe esquimal.

—¡Si haces el menor movimiento para huir, te mato sin compasión!... Gualterio, encargúese del hechicero.

El estudiante había comprendido al vuelo la intención de su compañero. Rápido como el relámpago, encañonó al arhjokok, que le miraba con ojos espantados, creyendo llegado su último instante.

Karalit no se atrevió siquiera a levantar el revólver, que debía contener aún cuatro o cinco cápsulas.

—¿Va usted a matarme? —preguntó con voz trémula.

—Ciertamente, si no das en seguida órdenes a tus súbditos para que pongan en libertad al hombre blanco, y si no tiras al suelo el arma de fuego que tienes en la mano que, por otra parte, de nada te servirá.

—Yo he venido como amigo —balbuceó el jefe, que no apartaba su vista del cañón del fusil.

—Pero yo te trato como a un enemigo peligroso —repuso el canadiense—. O me obedeces, o disparo. ¡Tira esa arma!

Karalit comprendió que no era aquél el momento de vacilar o de intentar alguna resistencia, y dejó caer el revólver, a la vez que el *angekok*, que temblaba como una hoja, tiraba su arco.

—Ahora, ordena a tus hombres que pongan inmediatamente en libertad al prisionero.

—Lo haré yo en persona.

—No, amiguito —repuso el señor Montcalm—. Darás tus órdenes sin moverte de aquí.

—Te prometo...

—Déjate de promesas, pues no te creeré.

El esquimal rechinó los dientes de rabia y barbotó una imprecación; pero, al fin, decidióse a lanzar unos gritos, que debían tener su significado, pues momentos después aparecía en la boca de una de las minas el *chauffeur*, que corrió solícitamente hacia el automóvil.

—¡Ricardo!... ¡Ricardo! —gritaron a una voz los exploradores.

—Buenas tardes, señores —dijo el ex ballenero con su calma habitual—. Espero que no les habrá inquietado mucho mi cautividad.

—Hombre, no era para estar tranquilos —contestó Gualterio—. Podían haberle matado.

—¡Oh!... Estos hombres no son tan malos como usted, supone, y si no les hubieran metido en la cabeza que nuestra máquina es una devoradora de osos y de focas, no nos hubieran molestado. ¡Qué hemos de hacerle! Son supersticiosos, señores... Señor Montcalm, regádeles usted algunas botellas de *gin*, aunque sólo sea para indemnizarles de las pérdidas sufridas.

—Y que se han merecido —observó el estudiante.

—Déselas usted mismo, Ricardo, y regale su revólver al jefe.

El ex ballenero entró en el carro, llenó un cesto de botellas y lo entregó a Karalit, que parecía aún estupefacto.

—Ve a bebértelas a nuestra salud con tus súbditos — le dijo. Y añadió en voz baja—: ¡Y que te ahorquen, de paso, estúpido!

Dicho esto, montó en el automóvil, asióse al volante y lanzó el tren a toda velocidad a través de la inmensa llanura, que cubría ya una capa de nieve de un metro de espesor.

Karalit recogió prontamente el revólver e hizo dos disparos, pero el automóvil estaba ya fuera de tiro.

—¡Ah, canalla! —exclamó el estudiante, que había oído las detonaciones a pesar del estrépito que producía el automóvil—, No creía que fuesen tan malos esos hombrecillos. ¿Les doy una lección, señor Montcalm?

—No, déjelos en paz —repuso el canadiense, obligándole a bajar el fusil—. No añadamos una víctima más a las que llevamos hechas.

—Hagámosle, pues, gracia de la vida; pero esté usted seguro que el, en nuestro caso, no haría lo mismo.

—¡Qué vamos a hacerle! Estos habitantes del país del hielo no son menos vengativos que los habitantes de los trópicos. Ricardo, vaya usted con cuidado, derecho hacia la bahía, y teniendo en cuenta que existen corrientes de agua bajo los hielos. ¿Patinan las ruedas?

—No, señor.

—Acorte la marcha. Es preciso no olvidar que el carro, nuestro coche-salón, nos será tan indispensable como el

automóvil cuando empiecen los grandes fríos.

—Me parece que han empezado ya —observó el estudiante, arrebujándose en su abrigo de pieles—. No sería extraño que tuviese que buscar mi nariz entre la nieve.

—Esto no es nada aún —repuso el canadiense—. El termómetro marca sólo 30°, una nonada.

—¿Se propone usted asustarme, señor Montcalm?

—No, pero sí prevenirle.

—Para desafiar...

—Una temperatura de 50° bajo cero.

—Siento que empiezo a helarme.

—Sin embargo, la han soportado los millares de exploradores polares que se han aventurado en medio de estas elevadas altitudes.

—Serían hombres de acero.

—Lo seremos también nosotros, Gualterio —repuso el canadiense riendo—. ¡Hola! Me parece que empieza a nevar. Las blancas pajaritas nos acompañarán, seguramente, hasta el Polo... si llegamos.

—¿Lo duda usted?

—¡Oh!

—Mire que brillan allí los bellos ojos de *miss Ellen*.

Una nube ensombreció el semblante del señor Montcalm, y sus labios se plegaron con una sonrisa irónica.

—Creo —dijo luego con voz algo sorda— que los ojos de la *miss* tienen bien poca cosa que ver en nuestra expedición.

Ahora sólo se trata del honor de la bandera. ¿Vencerá el Canadá o los Estados Unidos? Confío en hacer palidecer las estrellas de *mister* Torpon con los colores de la vieja Francia.

—¿No querrá usted decir con el rojo encendido de nuestros compatriotas?

—No, Gualterio; los canadienses seguimos siendo franceses. Ricardo, vaya usted más despacio; la llanura ofrece ahora peligros.

Las grandes ráfagas que los días anteriores soplaron de la parte del mar habían acumulado la nieve en montones imponentes que formaban verdaderas montañas, por entre las cuales corría el automóvil a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora. Además, caían incesantemente espesos y grandes copos y un viento impetuoso y helado descendía de las regiones boreales, barriendo, a intervalos, la vasta llanura con una violencia inaudita.

—¡Horrible día! —exclamó el estudiante—, y menos mal si no quedamos bloqueados en este desierto de nieve.

Ricardo había disminuido la marcha, porque los obstáculos aumentaban continuamente y la tempestad era por momentos más furiosa.

La máquina esforzabase valientemente por salvar los cúmulos de nieve, y llenaba con su ruidosa respiración la blanca llanura. Sus ruedas delanteras, girando vertiginosamente, abrían en la nieve dos anchos surcos, en los que se hundían pesadamente las ruedas posteriores, arrastrando el carro que funcionaba como una gigantesca catapulta.

Semejaba el automóvil una nave combatida por la tempestad, pues hundíase en los barrancos, que la nieve había cegado, pero que cedían al peso de los motores, y volvía a aparecer en la inmensa sabana. El viento aumentaba y la nieve seguía cayendo en copos tan espesos, que el *chauffeur* no podía,

algunas veces, seguir la dirección precisa, a pesar de que el canadiense no apartaba la vista de la brújula que llevaba en la mano.

El alba estaba aún muy lejana, pues las noches son larguísimas en las regiones de los fríos glaciales. El tren caminaba ahora al azar, doblando hacia poniente, para evitar las costas de la bahía. Los exploradores, casi embutidos en sus asientos, contemplaban la tempestad de nieve, que bramaba siniestramente.

El horizonte habíase cerrado tras un denso velo de niebla que avanzaba con el ímpetu de las olas del mar empujadas por el huracán. Parecía que una gigantesca hacha., vertiginosamente blandida, iba a caer sobre el tren para hacerlo menudas astillas. En las altas regiones del aire agitábanse miríadas de carámbanos, sutiles como alfileres, que, chocando contra el automóvil, caían sobre Ricardo, el cual no estaba protegido por la capota del carruaje, punzándole dolorosamente en el rostro. A intervalos cesaban las ráfagas como si necesitasen un breve descanso para volver a comenzar con más violencia, y se desencadenaba luego con indecible furia, aullando o rugiendo y lanzando contra el automóvil torbellinos de nieve y de carámbanos que penetraban, como una tromba, debajo de la capota, arrancando al campeón de Cambridge horribles imprecaciones.

El automóvil seguía corriendo velozmente, para huir de las acometidas, por momentos más impetuosas, del viento. La niebla logró alcanzarlo, envolviéndolo en densísima obscuridad. ¿A dónde se dirigía? No era posible determinarlo en medio de una tempestad que rugía por todas partes. De repente, la máquina se levantó sobre sus ruedas traseras, como caballo que se encabrita al sentir en sus ijares la implacable espuela, y volvió a caer, sepultándose casi por completo en una hondonada que había cedido bajo su peso. El carro, arrastrado por el ímpetu del automóvil, chocó contra éste con espantoso estruendo.

—¡Ricardo! —gritó el canadiense—. ¿Qué ha sucedido?

—Una cosa sencillísima, señor —repuso el *chauffeur* sin perder su calma habitual, y cerrando de golpe los frenos—. Estamos en *panne*.

—¿Se ha roto la máquina?

—No lo sé.

—Sin embargo, el motor funciona bien.

—Buena señal.

—Para hasta que amanezca.

—Ya lo he hecho.

—Y refugiémonos en el coche-salón hasta que renazca la calma, ya que no es posible seguir adelante.

—Y preparemos a la vez la cena, de la que nos olvidamos ayer noche —dijo Gualterio—. Mi estómago la reclama imperiosamente. No sé si Ricardo tendrá el suyo lleno de cabezas de foca o de lardo de ballena.

El *chauffeur* masculló algo entre dientes, quizá una blasfemia, y saltó a tierra, enterrándose en la nieve casi hasta la cintura.

—Es ésta una noche infernal, ¿no es cierto, maese Ricardo? —añadió Gualterio.

—¡Oh! He pasado otras como ésta en el estrecho de Lancashire —contestó el interpelado encogiéndose de hombros.

Quitó seguidamente la barra exterior del carro, penetró en él y encendió la lámpara y la estufa.

El señor Montcalm y Gualterio, después de haber sacudido la nieve que invadía sus pellizas, le siguieron, mientras afuera la tempestad de nieve se desencadenaba con violencia inaudita y en lontananza mugían siniestramente las olas de la bahía de Hudson, rompiéndose contra las solitarias costas.

CAPÍTULO XV. ACOMETIDOS POR LOS OSOS BLANCOS

La noche transcurrió en medio de una tempestad horrorosa; diríase que todos los vientos de los cuatro cuadrantes luchaban furiosamente entre sí.

Los exploradores no se atrevieron a acostarse, temerosos de que el aquilón desenfrenado volcase el carro, como era muy probable que sucediese.

Sentados alrededor de la estufa con la pipa entre los dientes, aguardaban pacientemente el despertar del día, esperanzados en que entonces decrecería la tempestad de nieve y podrían reanudar la marcha.

Al cabo de una interminable espera, surgieron las primeras claridades de la aurora. Ancho rasgón habíase abierto entre las nubes aun preñadas de nieve y de carámbanos, prolongándose hasta el opuesto horizonte, con tintes violáceos que pronto trocáronse en rojizos.

El sol estaba a punto de asomar su faz a través de otro gran desgarró de vapores que cabalgaban en alas del viento, y con la próxima aparición del astro, la tempestad empezó a decrecer rápidamente en intensidad.

El canadiense se levantó, mientras el estudiante preparaba el té, y miró al exterior, a través del cristal de un ventanillo.

—¡Por vida de!... —exclamó—. Estamos medio sepultados en la nieve. Tendremos que abrir un largo camino a nuestro automóvil. Ricardo, vaya usted a examinarlo, y dígame si tiene averías.

—Voy en seguida, señor —repuso el ex ballenero poniéndose su pelliza—. Con el frío que hace la nieve se solidifica rápidamente y no hay peligro de hundirse.

Abrió la puerta, pero inmediatamente retrocedió, lanzando un grito ahogado.

Había surgido ante él un gigantesco oso blanco, salido de debajo del carro, abierta su enorme boca armada de largos dientes amarillos, más fuertes que el acero. Un momento de vacilación y el terrible carnívoro habríase lanzado dentro. Afortunadamente, el ex ballenero no era un hombre demasiado impresionable, mucho menos habiendo tenido, en su vida aventurera en las regiones septentrionales, otros encuentros semejantes con los habitantes de los hielos perpetuos. Repuesto, pues, súbitamente de su sorpresa, cerró la puerta con estrépito en los mismos hocicos de la fiera, que retrocedió a impulsos del golpe recibido.

—¿Qué hace usted, Ricardo? —preguntó el señor Montcalm, el cual, como estaba atareado en el arreglo de una caja, no se había dado cuenta de lo que sucedía.

—No me esperaba semejante sorpresa, señor —repuso el *chauffeur* con voz ligeramente alterada—. Más hacia el norte no me hubiera extrañado encontrarlo.

—¿A quién?

—¡A los osos blancos!

El estudiante que, como hemos dicho, estaba preparando el té, dejó caer la tetera llena de agua hirviendo, mientras el señor Montcalm interrogaba con la mirada al ex ballenero.

—¡Por Júpiter!... ¿Se chanea usted, Ricardo? —preguntó el campeón de Cambridge.

—No es el momento muy a propósito para bromas —repuso

gravemente el interpelado—. Repito que esos señores de pelliza blanca han venido a hacernos una visita.

—¿Le han entregado a usted sus tarjetas? —replicó Gualterio—. Déme acá... veamos qué tal trabajan en las imprentas del Polo.

—Vaya en persona a verlo —repuso el *chauffeur*.

—Vamos —intervino el señor Montcalm—; explíquese usted mejor. ¿Dónde están los osos?

—Delante de la puerta. Si no me doy prisa a cerrarla, estarían aquí dentro.

—¿No habrá tomado un bloque de hielo por un oso?

—Le aseguro que no, señor Montcalm. Mostraba una boca y unos dientes capaces de poner carne de gallina al más esforzado cazador de la Compañía de Hudson.

—¿Son muchos? —preguntó el estudiante con maravillosa tranquilidad.

—Yo no he visto más que uno, pero seguramente debe de haber más, pues estos animales van siempre acompañados y a veces en manadas.

—Vamos a comprobarlo —dijo el canadiense, descolgando un fusil de la pared.

El estudiante le imitó. Abrieron uno de los ventanillos más próximos a la puerta y miraron afuera. Inmediatamente sintieron en sus rostros el vaho pestilente escapado de la enorme boca de la fiera.

—¡Por Júpiter! —exclamó Gualterio, retrocediendo—. ¡Es un oso blanco!

—¿Le ha entregado su tarjeta de visita? —preguntó irónicamente Ricardo.

—Yo sí que le enviaré la mía en forma de bala.

El canadiense había dado también un paso atrás con objeto de sacar el fusil por el ventanillo.

—¿No dispara usted? —preguntó Gualterio, que esperaba la detonación.

—El pillastre se ha escondido debajo del carro —contestó el señor Montcalm—. Se ven tres o cuatro hoyos cavados casi delante de la puerta.

—¿Corresponderá cada hoyo a un oso?

—Así lo creo, Gualterio.

—¿Esperarán a que salgamos para mostrarse?

—Es muy probable. ¿Qué dice usted de esto, Ricardo?

—Que estamos asediados —repuso el ex ballenero.

—¿Durará mucho el asedio?

—Si están hambrientos, no se marcharán sin habernos merendado.

—Me parece que se quedarán con las ganas, mi querido ballenero.

—No hay que jugar con los osos blancos. Son más temibles que los *grizly* de las Montañas Rocosas. El que yo he visto mide más de dos metros de largo.

—Señor Montcalm, ¿qué piensa usted hacer?

—Lo mismo le pregunto yo, Gualterio.

—¿Les obligaremos a salir de debajo del carro disparando nuestros revólveres?

—Hagamos la prueba. Ricardo, tome usted también un fusil y colóquese en la otra ventana. Si se ponen a tiro no economicen municiones.

—Estoy preparado.

—Y yo también —dijo el estudiante, apoderándose de un Colt—. Si no son unos cobardes deben aceptar en seguida la batalla.

—Yo, en cambio, creo que serán unos pillos redomados y que no saldrán de su escondite donde tan bien se hallan merced al calor de la estufa —replicó Ricardo.

—¿No hay peligro de que destrocen el automóvil?

—Lo más que harán es comerse la capota de cuero contestó el *chauffeur* sonriendo.

—Dispare usted, Gualterio.

El estudiante abrió el ventanillo, alargó primero el brazo armado del revólver y miró a los hoyos de que había hablado el señor Montcalm, pareciéndole que se movía la nieve.

—Están ahí —pensó—. Veamos si les hago salir.

Avanzó el busto cuanto pudo y disparó seis veces seguidas.

—¡Fuera!... ¡Fuera, haraganes!...

Dos gruñidos amenazadores fue la respuesta que obtuvo.

—¿No se dejan ver? —preguntó el canadiense, con el dedo puesto en el gatillo del fusil.

—¡Quía!... Son unos osos mal educados. Yo, en lugar de ellos, asomaría siquiera la punta de la nariz.

—Esta aventura, por ninguno deseada, empieza a inquietarme.

—Cuando no encuentren con qué calmar su hambre se irán aburridos, señor.

—¡Oh! Los osos blancos están acostumbrados a prolongados ayunos.

—¿Y son realmente terribles, señor Gastón? Al verlos nadie lo diría.

—Son mucho más peligrosos que los osos grises de las Montañas Rocosas, porque poseen una fuerza extraordinaria y un valor a toda prueba.

—Éstos no; señor. Los excluyo absolutamente.

—Póngase usted a su alcance y me dirá luego, si puede, qué tales son.

—¿Y son más grandes que los *grizly*?

—Sí, cuando son adultos —repuso el canadiense—. Se han visto algunos que medían dos metros y medio de largo, y se han matado no pocos que pesaban cuatrocientos kilos.

—¿Es buena su carne?

—Excelente, pues exceptuado el hígado, que suele producir grandes dolores a quien lo come, todo el cuerpo del oso polar es bueno.

—Confío en que gustaremos esa delicia. Ricardo, ¿qué hacen nuestros invisibles visitantes?

—Parece que roncan tranquilamente —contestó el *chauffeur*.

—Entonces vamos a tomar el té —dijo Gualterio—. No hay razón alguna para renunciar al desayuno.

—Así estará usted algo más gordo cuando, lo que no le deseo, una de esas bestias le hincue los colmillos —barbotó Ricardo cerrando el ventanillo.

La presencia de tres o cuatro osos, dispuestos a darse un festín de carne humana, no quitó el apetito a los tres exploradores, que devoraron tranquilamente su desayuno.

Por otra parte, ningún peligro podían correr, porque la puerta estaba sólidamente cerrada, las ventanas eran demasiado pequeñas para que pudiesen penetrar por ellas los sitiadores y las paredes sobradamente resistentes para desafiar el empuje de todos los osos de la bahía de Hudson.

Existía, empero, el peligro de que el asedio se prolongase muchos días, haciéndoles perder un tiempo preciosísimo.

Además, podía desencadenarse otra tempestad de nieve y sepultarles durante semanas enteras y la estación de los grandes fríos estaba ya demasiado avanzada para contar con días buenos, muy problemáticos por cierto, y cortísimos en aquellas regiones.

Los tres exploradores habíanse puesto en observación tras de los ventanillos, teniendo los fusiles al alcance de sus manos; pero los osos se encontraban, al parecer, muy a su gusto debajo del carro y nada indicaba que se dispusieran a atacar la fortaleza.

Gualterio, que había levantado la gruesa alfombra que cubría el pavimento del vehículo y escuchado atentamente con el oído pegado a las tablas, dijo que los osos dormían plácidamente, como si estuvieran seguros de que, tarde o temprano, caerían los asediados en sus garras.

Llegó el mediodía sin que se produjese ningún cambio. Únicamente el tiempo había empeorado, ocultando al sol con nubes preñadas de nieve que parecían impacientes por librarse de su excesivo peso.

Ricardo, medio tendido en una poltrona, fumaba sin cesar; Montcalm distrajo las horas poniendo un poco de orden en las cajas y cajitas que llenaban el coche, y el campeón de

Cambridge no había encontrado otra ocupación mejor que leer un libro que hablaba de los osos blancos... Antes de afrontarlos, quería conocer bien sus costumbres, y, sobre todo, asegurarse de que realmente eran temibles. No se trataba a la sazón de la carrera de cien yardas ni del gran salto, sino de salvar la piel.

—¿Y bien, Gualterio? —dijo Montcalm, acercándose al estudiante, después de haber consultado el reloj—. Parece que los osos blancos le han hecho olvidar que todos los mortales acostumbran meter algo en sus estómago cuando dan las doce.

—¡Por Júpiter!... Tiene usted razón, señor Montcalm —exclamó Gualterio, tirando el libro.

—¿Tanto le interesan los usos y costumbres de estos habitantes polares de cuatro patas y demasiados dientes?

—Sí, a fe.

—¿Y qué ha conseguido aprender?

—Que si no se los mata a tiros o de cualquier otra manera no se dejan comer.

—¿Nada más?

—Por ahora sí.

—Pues eso lo sabía ya, sin haber leído ese interesantísimo libro. Pero, visto y considerado que esos amables animales no piensan por ahora ofrecerse a nuestros *mausers*, haría usted perfectamente preparándonos un buen trozo de ternera en conserva y algunos encurtidos, para preservarnos contra el escorbuto.

—¡Ya está el cocinero en funciones! —dijo Gualterio alegremente, acercándose a la estufa armado de una sartén.

—Y usted, Ricardo, ¿qué nuevas nos da de nuestros vecinos?

—Que tienen una paciencia sorprendente y que empieza a nevar —contestó el ex ballenero.

—¿Otra vez?

—Está muy oscuro por el norte, señor.

—Mal negocio. Nuestro tren no va a poder moverse de aquí.

—Hagamos como los osos: armarnos de paciencia. Por otra parte, ¿qué nos falta aquí? Los víveres no escasean, el *gin* y el *whisky* son excelentes y el tabaco no es malo. Nada más podemos desear.

—Transcurre el tiempo.

—No hay que contar con él para viajar por el Polo.

—Pero *mister* Torpon puede llegar antes que nosotros, y esto es precisamente lo que quisiera evitar.

El ex ballenero encogióse nuevamente de hombros.

—No ha llegado aún —dijo luego—. No es tan fácil conseguirlo, aunque soy el primero en reconocer que con el automóvil hay muchas más probabilidades que con un velero o un vapor. ¡Por cien mil ballenas!

—¿Qué ocurre, Ricardo?

El *chauffeur* había vuelto bruscamente la cabeza hacia la estufa, en la que el estudiante, cocinero muy hábil aunque improvisado, preparaba el almuerzo.

—Los osos tienen un olfato exquisito —dijo—. Cuando nosotros queríamos atraerlos a la costa nos bastaba quemar una caja llena de grasa, y aunque estuviesen a diez millas de distancia, acudían a ofrecerse a los tiros de nuestras carabinas.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Que alguno vendrá a reclamar su parte de...

No pudo terminar la frase. En aquel momento se rompió en añicos uno de los cristales de los ventanillos, y asomó una enorme cabeza que lanzó dentro del carro una humareda de aire denso.

El estudiante tomó la sartén y acercándose rápidamente al ventanillo, dijo con gravedad:

—Está usted servido, caballero... La comida está preparada... Sírvasse usted pasar, si no se lo impide su pelliza.

El oso, atraído sin duda por el olorcillo que se exhalaba de la carne, abrió desmesuradamente sus mandíbulas, lanzando un ronco gruñido.

El señor Montcalm, apoderándose con presteza de un revólver, gritó:

—¡Apártese, Gualterio!... Déjeme cobrarle los vidrios rotos y el almuerzo por anticipado.

El estudiante se agachó rápidamente, teniendo cuidado de no verter la sartén.

Al primer disparo, el oso desencajó aún más las mandíbulas; al segundo lanzó un gruñido feroz, que repercutió dentro del carro; al tercero desprendió sus garras del ventanillo; al cuarto, enderezóse sobre sus patas traseras, mostrando el pecho, y al quinto se desplomó sobre la nieve.

—¡Caballero! —exclamó Gualterio, asomándose al ventanillo—. ¿Y la propina? Ser pestífero, me ha engañado usted como a un negro de Angola... ¡Toma, canalla, cómete también esto, ya que has saboreado el olorcillo! Te consolará en las últimas convulsiones de la agonía...

Y esto diciendo, sin pensar que sus compañeros esperaban el almuerzo, arrojó la sartén y su contenido sobre el gigantesco cuerpo del carnívoro.

—¡Por cien mil ballenas! —exclamó Ricardo—. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué comeremos ahora?

El estudiante se volvió con suma tranquilidad, mirando irónicamente al ex ballenero, en cuyos labios danzaba una imprecación.

—Nosotros nos comeremos un pemil de oso. ¿Sabe usted lo sabrosos que son los jamones de los cerdos de Irlanda?

—¿Y quién irá a cortarlo? No seré yo, ciertamente.

—¡Rayos! —exclamó Gualterio, mesándose los cabellos—. Me había olvidado de que hay tres o cuatro osos más escondidos debajo del carro. Decididamente, soy un animal.

—¡Y del tamaño de un rinoceronte! —barbotó el ex ballenero, triturando la caña de la pipa que tenía entre los dientes.

—Gualterio —dijo el canadiense—, ¿ha sido buena la propina?

—Aun no la he recibido —repuso el estudiante, que parecía desolado.

—El hornillo está encendido.

—Ya lo veo.

—Si puede usted ofrecernos un pedazo de pemil asado, Ricardo y yo lo aceptaremos con mucho gusto.

—¡Ah, no, señor! Mañana, tal vez; pero en este momento no puedo servirles.

—Entonces abra usted de nuevo la caja de conservas y vuelva a preparar el almuerzo.

—¿Pero me lo dejarán acabar los osos?

—Si vienen a molestarnos, Ricardo y yo nos encargaremos de ellos. ¿Está usted conforme, querido *chauffeur*?

—Sí, a condición de que el cocinero no nos haga esperar demasiado. El té lo tengo ya en la punta de los talones.

El canadiense encendió su pipa y se puso en observación delante del ventanillo, mientras el estudiante preparaba el almuerzo renegando de los osos blancos.

El huracán soplaba con furia creciente. La nieve caía en forma de trombas inmensas, que se rompían contra el tren, amenazando con enterrarlo.

Los osos continuaban durmiendo pacíficamente, en espera, sin duda, de que saliesen los hombres del carro.

Y el apetito iba en aumento.

CAPÍTULO XVI. LOS CAZADORES DE LA BAHÍA DE HUDSON

Durante todo el día la tempestad no cesó de rugir, aumentando la inquietud de los sitiados, que temían verse sepultados bajo varios metros de nieve. La desaparición de la luz no produjo ningún cambio. Nevaba y el viento no cesaba de aullar. En la cercana bahía de Hudson la borrasca debía ser espantosa. El frío iba en aumento. Un termómetro colocado fuera del ventanillo marcó inmediatamente 30° bajo cero.

—Señor Montcalm —dijo el estudiante cuando hubieron terminado la cena, que no tuvo nada de alegre—; ¿cómo acabará esto? Si la tempestad continúa, no podremos movernos jamás de aquí. La nieve que se va acumulando alrededor del tren acabará por solidificarse, encerrándonos entre sus bloques.

—¿Qué puedo yo decirle? —repuso el canadiense, que fumaba su pipa sentado ante la mesita sobre la cual estaba colocada la lámpara—. Hay que esperar a que cese la tempestad.

—Puede durar varios días.

—Y aun semanas y meses —intervino el ex ballenero—. Yo entiendo de estas cosas.

—¿Por qué no atacamos a los osos?

—Si se tratase de afrontar uno, o aunque fueran dos, le diría, querido Gualterio, que estaba pronto a saltar a tierra y empeñar combate. Pero, cuatro... ¡oh! son demasiados osos

para tres hombres. ¿Qué le parece, Ricardo?

—Que nos comerían bonitamente —contestó el interpelado.

—Es preciso hallar un medio para escapar de aquí.

—Búsquelo, pues, Gualterio.

—Si estuviera seguro de que el carro no se incendiara, abriría un agujero en el pavimento y daría un baño a esos importunos.

—Nada más fácil. Se apagan la estufa y la lámpara y no hay que temer al fuego.

—Es que me propongo asarlos, señor.

—¡Eso sí que no! Llevamos aquí dentro demasiadas municiones, dinamita y nafta, y no tengo pizca de ganas de volar por los aires en compañía de las astillas y de los enseres del carro. Estoy firmemente decidido a llegar al Polo.

—Pues a este paso...

—Tendremos paciencia.

—Entonces los asáremos cuando se decidan a salir.

—Sí, con tal que se mantengan a respetable distancia.

—¿Aprueba, pues, mi proyecto?

—Absolutamente.

—Ricardo, ayúdeme usted.

—Entretanto yo buscaré una gruesa barrena.

En un momento fueron retiradas la mesa y varias cajas, levantada la alfombra y puesto el pavimento al descubierto.

—¿Se oyen? —preguntó el señor Montcalm, armado ya de la

barrena.

—Están aquí abajo, señor. Roncan como contrabajos desafinados.

—Ricardo, apague usted la estufa, la lámpara y su pipa y traiga una lata de nafta. Todas las precauciones son pocas cuando se trata de un líquido tan inflamable.

El canadiense aplicó la barrena al pavimento y bien pronto quedó abierto un agujero de regular tamaño.

Los osos debían estar precisamente debajo del orificio, pues sus ronquidos llegaron más perceptibles a los oídos de los tres exploradores, así como algún gruñido sofocado. Sin duda, alguna de las fieras había percibido el rumor producido por la barrena, aunque había sido manejada con suma cautela.

—Derrame usted la lata a través del orificio, Ricardo. Un par de litros bastarán para impregnarlos.

—¿No se lo beberán, señor Montcalm? —preguntó Gualterio.

—No conozco los gustos de los osos —repuso el canadiense—. Es posible que les agrade la nafta a estos gigantes.

—En este caso les producirá horribles dolores. Tengamos a mano el botiquín para suministrarles un emético poderoso.

—¡Eterno bromista!

Un *glu-glu* les advirtió que la nafta empezaba a pasar por el orificio.

—Ahora veremos si se la beben —dijo Gualterio—. Apostaría a que se relamerán de gusto.

Gruñidos, parecidos a rugidos sofocados, que partieron en seguida de debajo del carro, le demostraron lo contrario.

—Tienen razón —dijo el incansable parlanchín—. Hubieran preferido el aceite de foca. Otra vez será.

Los osos, sorprendidos por aquella lluvia de nuevo género, se agitaban furiosos, estornudando sonoramente. Sus robustos lomos chocaban en el fondo del carro con tal violencia, que le imprimían un verdadero movimiento de balanceo.

—¡Gualterio! —gritó el canadiense—. ¡A las ventanas con el mausser! Basta, Ricardo... Encienda otra vez la estufa y prepare en seguida unas bolas de estopa que impregnará de nafta. En la caja número 7 la encontrará.

—Señor Montcalm —preguntó el estudiante—, ¿quiere usted hacer un asado?

—Sí, con carne de oso vivo.

Mientras el ex ballenero cumplía las órdenes recibidas, los dos exploradores se acercaron a las ventanillas armados de fusiles.

Los osos abandonaban su refugio, cavando rabiosamente en la nieve solidificada. Debían estar cerca de la puerta, puesto que de aquella parte recibía el carro los golpes más violentos.

—¡La estufa! —gritó el señor Montcalm—. ¡Ya salen!

—Cuando usted quiera —contestó Ricardo.

—La lámpara también.

—Está preparada.

—¡Mírelos! —exclamó en aquel instante Gualterio.

Un oso enorme, mayor quizá que el anteriormente matado, había aparecido sobre la nieve. Mugía como un toro y relinchaba como un caballo. Otro oso más pequeño le seguía.

El canadiense abrió el ventanillo, diciendo a Ricardo.

—¡Encienda el cáñamo!

Una luz vivísima iluminó el interior del carro. El ex ballenero había prendido fuego a un gran puñado de estopa impregnado abundantemente de nafta,

—¡Aquí, aquí, Ricardo!... ¡Arrójeselo!

Los dos osos habíanse detenido a unos dos metros del carro y parecía que esperasen a sus compañeros antes de emprender el asalto.

Era el momento oportuno.

De un salto estuvo Ricardo junto al ventanillo que el canadiense había abandonado prontamente para cederle su sitio, y tiró sobre los osos la estopa inflamada.

Una llamarada gigantesca envolvió rápidamente a los pobres animales, cuyas pieles estaban impregnadas de nafta.

Gruñidos espantosos dominaron los fragores de la tempestad.

Los osos, que ardían como teas, sintiendo crepitar sus pieles y calcinarse sus carnes, giraron varias veces sobre si mismos, como si hubieran sido acometidos de repentina locura, y emprendieron luego veloz carrera a través de la blanca llanura, dejando en pos de sí dos inmensas estelas de fuego y de chispas.

—¡Pobres animales! —dijo el estudiante—. Más les hubiera valido dejarse matar dócilmente para que aprovechásemos sus carnes. ¡Cualquiera come un asado hecho con nafta!

—No causarán tanta repugnancia a los lobos —observó el *chauffeur*—. Sus estómagos no son tan delicados.

Ricardo tenía en mano otro puñado de estopa empapado en bencina, y el canadiense estaba nuevamente junto a la

ventana.

Los otros dos osos habían salido también de su refugio, atraídos por los aullidos de sus compañeros, que seguían devorando distancias a través de la borrasca de nieve.

—¡Ricardo, a ellos! ¡No los deje escapar!

El resultado, como ya estaba previsto, fue idéntico al anterior. Los desgraciados animales que, seguramente, nunca habían conocido el fuego, viéronse envueltos en gigantescas llamas y, locos de dolor, lanzáronse a su vez a través de la tempestad, mezclando sus espantosos aullidos a los del viento.

Durante varios minutos los tres exploradores vieron vagar por la llanura aquellas cuatro antorchas vivientes; luego volvió a reinar la obscuridad más completa y la nieve, que caía sin cesar, cubrió las huellas de la desesperada carrera de las víctimas y aun a estas mismas.

—¡Esto se acabó! —dijo el estudiante con acento que la emoción hacía algo inseguro—. ¡Qué horrible fin han tenido esos pobres osos!... De los fríos glaciales han pasado, de improviso, al calor... ¡y qué calor!... No quisiera yo experimentarlo.

—Tiene usted cinco delitos sobre su conciencia, de los que habrá de rendir cuenta al genio benigno protector de todos estos habitantes del extremo norte.

—¿Habíamos de dejarlos que nos devorasen como a míseros gusanillos? No hay que jugar con la dentadura de esos señores de abrigo blanco. Si el bueno o el mal genio protector polar viene a reprocharme la cruel muerte que he dado a sus hijos, le invitaré a que se ponga en medio de cinco osos hambrientos, y ya veremos lo que dejan de él.

—¡Ha tenido usted una idea maravillosa, Gualterio! Verdad es que nos hemos expuesto a tener igual fin que los osos. Si en

vez de huir se hubieran precipitado sobre nuestro tren, es de suponer lo que hubiese ocurrido.

—Es cierto; pero esos bravos osos han tenido el buen sentido de no hacerlo.

—¿Y les está usted agradecido?

—Ciertamente —repuso gravemente Gualterio.

—Lo cual no le impedirá probar el pemil del oso que cayó muerto por las balas que le enviamos y que yace bajo la nieve.

—¡Por los rayos de Júpiter!... Lo había olvidado.

—No es de fiar el cocinero que se olvida de cuatrocientos kilos de carne.

—Tiene usted razón; pero yo le demostraré que, a pesar de ser olvidadizo, sé preparar admirablemente un asado de pemil de oso.

—¡Oh! —exclamó Ricardo, dirigiendo al estudiante una mirada oblicua.

—Señor Montcalm, ¿quiere usted ayudarme?

—¿A qué?

—A izar el oso.

—No tenemos grúas, amigo mío. Lo descuartizaremos cuando amaine la borrasca. Por ahora prefiero fumar mi pipa, sentado junto a la estufa y leyendo la historia de las expediciones polares.

—Pues entonces yo estudiaré *El perfecto cocinero*, que he visto en la biblioteca, con objeto de preparar un buen guisado... condimentado con aceite de foca.

—¡Ah, bribón!

—Debemos acostumbrarnos al aceite de los anfibios para cuando lleguemos al Polo. He leído que Nansen, el famoso explorador noruego, guisaba los trozos de oso, cuando los tenía, sobre una lámpara alimentada con aceite de foca.

—Es cierto, y puede usted añadir que se daba por satisfecho con esa cocina puramente esquimal. Vaya usted, pues, a estudiar, señor cocinero.

Tampoco aquel día dejó de caer la nieve y de rugir la tempestad en torno del tren de los exploradores. Afortunadamente, las rachas soplaban con tal violencia, que dispersaban rápidamente los cúmulos de nevisca que se formaban aquí y allí; de lo contrario, el carro hubiese quedado sepultado en un estrato de varios metros.

Únicamente al atardecer, en el momento que el sol asomó durante unos minutos, a través de un desgarró de las nubes, «su faz pálida como si estuviese gravemente enfermo» (según decía el estudiante), amainó la borrasca de nieve y de viento, a la que sucedió un frío intensísimo, que pasaba de los 35° bajo cero, transformando la inmensa llanura en un campo sin límites de hielo ondulado.

A las nueve de la noche no se veía la más ligera nube en el cielo y la luna brillaba esplendorosamente.

Era el momento oportuno para hacer los trabajos conducentes a librar el carro de los peligros a que le exponía la terrible presión producida por la dilatación de los hielos, que destroza las naves más sólidas como si fuesen una nuez.

Los tres exploradores, que habían pasado casi todo el día dormitando sobre sus libros, invitados al sueño por el dulce roncar de la estufa, armáronse de palas y picos, después de haberse abrigado convenientemente, y salieron del carro.

—¡Esto sí que es frío! —exclamó Gualterio, restregándose la

nariz para evitar que se le helase—. ¡Y aun no hemos llegado al Polo!

El hielo que se había formado en torno del carro y del automóvil tenía ya un par de metros de espesor y empezaba a apretar las ruedas. No había, pues, tiempo que perder, pues todo el tren quedaría destrozado antes que despuntase el nuevo día.

Los tres exploradores, conscientes de la gravedad de la situación, trabajaban afanosamente. Lo primero que desenterraron fue el oso, con cuya carne contaban para aumentar sus provisiones. Como no pudieran extraerlo de la hoya en que se estaba helando, allí mismo lo descuartizaron, sin cuidarse de la piel, para no perder tiempo, y cuando hubieron transportado al carro algunos centenares de kilos de aquella excelente carne, reanudaron su trabajo.

Hasta la medianoche no lograron librar del hielo al automóvil que, afortunadamente, no había sufrido ningún desperfecto, y al amanecer habían abierto un ancho surco por el cual se deslizaría fácilmente el tren y proseguiría su marcha a través de la llanura.

—Ricardo —preguntó Montcalm, antes de dar la orden de partida—. ¿Cuánta nafta nos queda aún?

—La suficiente para recorrer cómodamente cuatrocientas millas.

—Entonces dejemos a un lado el fuerte Severn y vayamos directamente al de Churchill. Así ahorraremos tiempo.

—En contra, por supuesto, de *mister Torpon* —añadió Gualterio—. No sé lo que daría por saber dónde se encuentra ahora ese bisonte.

—Es de esperar que estará aún en las costas del Labrador —repuso el señor Montcalm.

—¿Conseguirá él también llegar al Polo?

El canadiense miró al estudiante sonriendo.

—¿Está usted seguro de que llegaremos nosotros?

—¡Por los rayos de Júpiter! ¡Si me parece que estoy ya sentado sobre el cruce de todos los meridianos terrestres, señor Gastón! ¿Quién duda que hombres como nosotros no llegaremos? ¡Allí nos hemos de fumar una pipa y vaciar una botella de champaña en honor del viejo Polo!

—Me agrada la confianza que le anima, Gualterio —repuso el canadiense—. Sí, nosotros llegaremos al Polo.

—¡Y mucho antes que aquel bisonte!

—Sí, amigo mío.

—Entonces puedo gritar: *ihurrah* por el Polo!

—Sí, parlanchín sempiterno, y si...

Un brusco salto del automóvil le cortó la frase.

—¿Qué sucede, Ricardo? —preguntó, recobrando el equilibrio.

—Que el camino es pésimo, señor —repuso el *chauffeur*—. La nieve cubre obstáculos que no siempre puedo salvar.

—¿Quiere disminuir la marcha?

—Al contrario, quisiera aumentarla para salir cuanto antes de aquí.

—Haga usted como guste, con tal que el carro no quede destrozado.

—Respondo de todo, señor.

La interminable llanura que se extiende a lo largo de las costas occidentales de la bahía de Hudson y que penetra en

el golfo de Boothia, empezaba, en efecto, a hacerse intransitable.

La tempestad, que debía haberse desencadenado con furiosa violencia hacia el norte, había acumulado la nieve: en cantidades enormes, formando verdaderas montañas de varios metros de altura que el automóvil veíase forzado a trepar, pues no existían otros pasos. Por añadidura, el frío las había endurecido sobre varias corrientes de agua que desembocaban en la bahía, constituyendo graves peligros. Era fácil un hundimiento del estrato de hielo, bajo el peso del tren, y las consecuencias serían terribles.

El *chauffeur*, que tenía en mucha estima su vida, para gozarla más tarde con los dólares ofrecidos por *mister* Torpón, había aumentado la velocidad con objeto de pasar como un rayo sobre aquellos obstáculos. De las treinta millas por hora había pasado a las cincuenta. El motor funcionaba con furia, imprimiendo a las ruedas un movimiento vertiginoso. El automóvil semejaba una nave combatida por la tempestad; inclinábase ora a babor, ora a estribor y se levantaba luego para salvar las montañas de hielo que se sucedían sin interrupción cada vez más escarpadas.

El canadiense y el estudiante, a impulsos de aquellos movimientos, chocaban entre sí, con peligro de romperse la cabeza. Ricardo, por el contrario, asido al volante, manteníase firme como un bloque de granito, y no cesaba de aumentar la velocidad, sin preocuparse por el carruaje. Duraba ya dos horas aquella carrera desenfrenada, cuando se oyeron en lontananza varias detonaciones.

—Modere la marcha, Ricardo —dijo el señor Montcalm—. Nos encontramos cerca de un fuerte.

—¿Hay cazadores por aquí? —preguntó Gualterio.

—Sí, los de la Compañía de Pieles.

—Entonces no estará lejos Churchill.

—¡Oh!... ¡Cómo corren!

Junto a una pequeña colina habían aparecido unos animales, semejantes a los gamos, pero mucho más altos y gruesos que los comunes. Eran cinco o seis y huían velozmente, levantando con sus robustas pezuñas torbellinos de nieve.

—¿Qué animales son éstos? —preguntó el estudiante, que había tomado el fusil con la esperanza de hacer una buena presa.

—Gamos *mooses*, o, mejor aun, comedores de madera. Es inútil que gaste usted balas, pues seguramente habrá caído alguno, ya que a los cazadores de la Compañía no suelen fallarle los tiros. ¡Ah!... imírelos!

A quinientos pasos del automóvil, que avanzaba lentamente, aparecieron dos hombres, cubiertos con pieles lanudas, armados de fusil y provistos de raquetas de red para caminar sobre la nieve aun blanda. Al ver el automóvil se detuvieron estupefactos; pero en seguida, con un movimiento simultáneo, levantaron sus fusiles y los dispararon al aire.

—Responda usted al saludo, Ricardo —dijo el canadiense.

Un alarido estridente, que duró varios segundos, emitido por la sirena, resonó en el aire, repercutiendo en la colina.

Los dos cazadores apresuraron el paso y en pocos minutos alcanzaron al automóvil, que se había detenido delante de una muralla de hielo.

Eran dos jóvenes de formas vigorosas, con barbas incipientes, ojos azules y cabellos blondos, característicos de las razas septentrionales.

—Buenos días, señores —dijo el mayor de ellos, llevándose la diestra a la capucha de piel de oso que lo protegía contra los grandes fríos y los vientos cortantes del septentrión—.

¿Cómo es que les encontramos aquí, cuando hace cuatro días se encontraban en las costas del Labrador?

El canadiense se estremeció al oír estas palabras.

—Buenos días, jóvenes —se apresuró a decir—. ¿Son ustedes cazadores de la Compañía?

—Sí, señor; del fuerte Churchill.

—¿Y están bien seguros de habernos encontrado antes de ahora?

—Tanto como seguros, no; pero hemos visto una máquina parecida a ésta a una milla escasa de la costa de la bahía, hacía la tierra del Labrador.

—¿Muy parecida a ésta?

—No, porque le faltaba el carro que ésta remolca.

—¿Quiénes la montaban?

—Tres hombres.

—¿Habló usted con ellos?

—No tuvimos tiempo, pues corrían a gran velocidad en medio de la borrasca de nieve que barría entonces todo el Labrador.

—¿Cuándo vieron ustedes aquel automóvil?

—Hace cuatro días.

—¿Habían ustedes atravesado la bahía?

—Sí, para cazar nutrias, y sólo hace tres o cuatro horas que desembarcamos, dejando nuestra chalupa en la playa, dentro de una caverna que desafía las más furiosas tempestades.

—No puede ser otro automóvil que el del bisonte, *mister* Torpon —dijo Gualterio—. Parece que lo ha tomado

empeñosamente.

—No puede obrar de otra manera —repuso el señor Montcalm—. Estaba seguro de que tomaría la ruta del Labrador para llegar a los establecimientos daneses de la Groenlandia. Nos encontraremos en el Polo, si logra llegar hasta allí.

—Confío en que no lo logrará, señor Gastón.

—¡Quién sabe! Por nuestra parte, haremos todo lo posible por alcanzarlo.

Luego, dirigiéndose a los cazadores, los cuales esperaban pacientemente a que terminase aquel diálogo, les preguntó:

—¿Regresan ahora al fuerte?

—Sí, señor —repuso nuevamente el más caracterizado de ambos—. Ha terminado la temporada de caza y no sería prudente dar una batida por las grandes llanuras. Ahora empieza la invernada aun para los cazadores de la Compañía.

—¿Tienen mucho cargamento?

—Siete pieles de nutria que no valdrán menos de mil dólares, señor.

—¿A qué distancia estamos del fuerte?

—A unas sesenta millas.

—¿No han cazado ningún *moose*?

—Estaban demasiado lejos y, además, su piel no vale gran cosa.

—Vayan, pues, a recoger las pieles de nutria y suban al carruaje. Antes de dos horas estaremos en el fuerte.

Cinco minutos después el tren reanudaba su marcha hacia el septentrión, costear la bahía de Hudson, y dos horas más tarde llegaba al fuerte Churchill, el más septentrional de los fundados por la Compañía en aquellas interminables playas que barren los huracanes polares.

CAPÍTULO XVII. BATALLA CON LAS MORSAS

La Compañía de Hudson, que cuenta más de trescientos años de existencia, tiene un considerable número de establecimientos llamados fuertes, diseminados en aquella inmensa región que está sometida a Inglaterra y que desde los confines de los Estados Unidos se extiende hasta el círculo polar ártico, bañada por el Atlántico y por el Pacífico.

Aquellos fuertes no tienen importancia alguna, pues consisten en una construcción central, generalmente de piedra, y varios cobertizos en los que se almacenan las pieles en espera de que la buena estación permita transportarlas a los puertos más próximos y de allí distribuir las por el mundo entero.

Cada uno está mandado por un capitán, llamado *burgués*, que tiene a sus órdenes veinte o treinta cazadores, en su mayoría canadienses, tiradores excelentes, que raramente dejan de hacer blanco, y habituados a desafiar todas las incomodidades y todas las intemperies.

Después del deshielo, aquellos bravos aventureros entran en campaña, haciendo estragos de lobos, de zorras blancas y azules, de martas, de focas, de morsas, de alces, de wapiti, de gamos *mooses*, de nutrias de bellísima piel, y aun de osos blancos.

Van muy lejos, recorren regiones casi inexploradas, viviendo, de ordinario, bajo tiendas o cabañas improvisadas con fragmentos de naves naufragadas o con osamentas de ballenas y de cachalotes, y no regresan hasta que están bien cargados sus trineos, que son arrastrados por varios tiros de

perros.

Los que permanecen en el fuerte atienden a las tribus de indios y a los esquimales, que concurren en gran número a vender pieles y recibir en cambio mantas, pólvora, fusiles y adornos para sus mujeres.

Al caer las primeras nieves, los cazadores se retiran a los fuertes y durante el invierno no hacen sino fumar y contarse mutuamente sus aventuras en torno de la estufa.

Aunque la salvajina ha sido actualmente muy diezmada, la Compañía continúa haciendo espléndidos negocios y reparte entre sus accionistas dividendos considerables.

El fuerte Churchill es, como hemos dicho, el más septentrional de los fundados en la región del Hudson y el que recoge mayor cantidad de pieles por su vecindad con el círculo polar ártico, donde aun abunda la caza, pues no se internan hasta allí las tribus indias y son muy escasas las de esquimales.

Entusiasta fue la acogida que dispensaron en el fuerte a los tres exploradores.

El burgués, o sea el comandante, y todos sus hombres, unos veinte en total, llevaron como en triunfo a aquellos audaces que se proponían levantar el velo misterioso que cubría el terrible y hasta entonces inaccesible Gran Norte, y los condujeron al salón principal del fuerte, donde ardían enormes estufas, ofreciéndoles en seguida, pues era la hora de la comida, un pequeño banquete, rociado abundantemente con vinos y licores.

Como en el fuerte existía una gran provisión de nafta, destinada a la iluminación, Montcalm obtuvo fácilmente cuanta fue necesaria para llenar todos los depósitos de su tren.

—Si usted se la llevase toda —dijo el hospitalario

comandante—, no por eso quedaríamos a oscuras, pues tenemos buenas reservas de aceite de foca y de morsa. Mis hombres no son tan delicados que no puedan resistir el hedor de esas grasas al ser quemadas.

Aquella noche reposaron los exploradores en buenos lechos, resguardados de la intemperie y sobre todo del frío que aumentaba de hora en hora; pero, a los albores del siguiente día, a pesar de las protestas de los cazadores, que deseaban retenerlos en su compañía por algunos días, montaron en el automóvil.

La despedida fue conmovedora y los augurios de felicidad infinitos, y hacia las ocho, en el momento en que la niebla empezaba a disiparse a impulsos del fuerte viento del septentrión, el tren reanudaba su marcha entre los *hurráh* vibrantes y las salvas de fusil que hacía la pequeña guarnición.

—¡Excelentes camaradas! —exclamó el campeón de Cambridge—. De buena gana hubiera pasado el invierno entre ellos.

—¿Sin ir al Polo?

—¡Oh, eso no, señor Gastón! Prefiero ir a ver qué hay por allá arriba.

—¿Y qué cree usted encontrar allá arriba? —preguntó, riendo, el canadiense.

—¡Qué sé yo! A lo menos uno de los dos ejes de la Tierra al que untaremos con aceite. ¡Por Júpiter! Al cabo de tantos centenares de siglos, debe estar bien herrumbroso.

—Diga usted mejor millares de siglos.

—Como usted guste, señor Montcalm. Es lo mismo. Pero dígame, ¿está habitado el Polo?

—Es posible —repuso el canadiense—. Los exploradores árticos han encontrado esquimales en sus cercanías, gentes emigradas allí Dios sabe desde cuándo y que se creían únicos en el mundo, puesto que jamás habían tenido contacto con las tribus del sur.

—Dígame, señor Gastón, ¿de dónde han salido esos hombrecillos que han preferido las llanuras heladas del Polo a los fértiles valles del continente americano?

—Durante un tiempo se creyó que procedían de una emigración asiática, efectuada allá por el año mil, que pasó a través del estrecho de Behring y luego se dispersó por la América septentrional. Hoy, empero, está demostrado, en virtud de recientes descubrimientos, que el Asia nada tiene que ver con las razas primitivas americanas, porque en estas últimas tierras se han encontrado vestigios humanos mucho más antiguos de los hasta entonces encontrados en Europa y en otros continentes.

—Eso mismo le había oído decir a mi profesor Hart, aquel excelente bebedor de cerveza, entre salto y salto de ensayo para el concurso de Oxford; pero yo nunca presté atención a sus discursos. Así, pues, ¿cuál es el origen de estos americanos, indios y esquimales?

—No se sabe a ciencia cierta. Lo único que puedo decirle es que en diversas regiones del continente, especialmente en el septentrión, se ha encontrado numerosos restos de hombres que vivieron en los tiempos del *mammoth*, y aun mucho antes, esto es, restos del período cuaternario, en una época en que las vidas vegetal y animal eran muy diferentes a las de hoy.

—¿Habrá que decir que América tuvo sus primeros hombres mucho antes que los otros continentes? —preguntó el estudiante.

—Todo lo hace suponer así —repuso el señor Montcalm, que

era hombre de vasta ilustración—. Hace pocos años se encontró en una caverna de Arizona la momia de un niño, que se considera perteneciente a la época terciaria y que tenía notabilísimas semejanzas con el *pitecántropo erecto*, o sea el mono que más se aproxima al hombre. Por otra parte, está demostrado que el hombre, sea esquimal o indio, vivió aquí antes del período glacial, esto es en una época en la cual quizá el hombre no había poblado aún el viejo continente.

—En aquellos tiempos debía ser el continente americano muy diverso de lo que es hoy.

—No tenía la forma actual. Su extensión era mucho menor y se extendía entre los dos océanos como una inmensa isla alargada hacia el Polo. Muy diversas, también, a las de hoy, eran su flora y su fauna. De esta última formaban parte especies gigantescas hoy desaparecidas. Cómo y cuándo aparecieron en la tierra aquellos hombres y animales no es fácil precisarlo. Es un problema que ha cansado a muchas personas sin lograr resolverlo. ¡Quién sabe si el Polo nos tiene reservadas extraordinarias sorpresas!... ¡Oh! Ricardo, ¿qué hace usted?

En aquel momento oyóse un fuerte ruido bajo las ruedas del automóvil. Diríase que pasaban sobre un puente metálico de excesiva sonoridad.

—¿De dónde procede este estruendo, Ricardo? —preguntó de nuevo el señor Montcalm, poniéndose de pie.

—Parece, que existe un vacío bajo el estrato de hielo —repuso, al fin, el ex ballenero, frenando rápidamente.

—¿Pasamos, quizá, sobre un río?

—No lo sé, señor.

—Pare usted o vire.

El *chauffeur* iba a obedecer, cuando se oyó un crujido

fortísimo, seguido de un crac espantoso.

—¡Nos hundimos! —exclamó Gualterio.

El estrato de hielo habíase roto repentinamente a causa del peso que gravitaba sobre él y el tren se precipitó en el abismo abierto bajo sus ruedas.

Tres gritos se confundieron en uno solo, tres gritos de espanto, a los que sucedió una especie de estallido.

Los tres viajeros sintiéronse impelidos hacia adelante como si tras de ellos hubiese estallado una bomba infernal y cayeron rodando por entre la nieve, más o menos endurecida, mientras el automóvil paraba en seco. Transcurrieron algunos minutos, al cabo de los cuales uno de los exploradores se puso en pie, tentándose las costillas y las piernas.

—¡Por los rayos de Júpiter y de toda su familia! —exclamó—. Esto se llama una voltereta aquí y en la Universidad de Cambridge.

Permaneció unos momentos inmóvil, como aturdido, mirando el automóvil y el carro, que se habían casi embutido en un montículo de nieve, y en seguida echó a correr como un loco.

Había percibido el cuerpo de un hombre a pocos metros de distancia del sitio donde él se encontraba.

—¡Señor Montcalm, señor...! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El canadiense yacía ante él con los brazos en cruz y los ojos cerrados.

—¡Mil rayos!... —gritó el estudiante, espantado—. ¡Venga *whisky* o *gin*!

Corrió hacia el carro, que encontró medio volcado pero, afortunadamente, intacto, levantó la barra de la puerta y se

precipitó en su interior, de donde volvió a salir al cabo de unos segundos, llevando una botella en la mano. Rompió el cuello de aquélla contra un bloque de hielo y vertió algunas gotas de *whisky* en la abierta boca del canadiense.

Un fuerte estornudo, acompañado de dos o tres golpes de tos, fué el resultado de aquella operación.

—¡Buena señal! —dijo el estudiante alegremente—. Los muertos no estornudan ni tosen. *Hurráhl Hurráh!*

El señor Montcalm habíase sentado, mirando en su derredor con estupor.

—Gualterio, ¿me está usted emborrachando? —preguntó con voz bastante segura—. ¡Ah!... ¡Diablo!... Hemos salido rodando, ¿verdad?

—Eso parece.

—Recuerdo vagamente...

—Y yo también.

—¿Y Ricardo?

—No sé si está vivo o muerto. Confío, sin embargo, en que su complexión de bisonte no habrá cedido...

—¿Y el automóvil?

—Luego veremos... Me parece que no ha sufrido grandes desperfectos. Ricardo nos lo dirá, si aun está vivo.

—¿Dudaba usted, acaso? —preguntó en aquel momento una voz bastante irónica—. Los balleneros son duros de desollar, mi querido señor.

Por entre un montón de nieve apareció la cabeza de Ricardo, a cinco o seis metros del automóvil.

Un verdadero milagro había salvado a los tres exploradores, pues de haber sido lanzados algunos metros más adelante, hubiéranse roto, seguramente, el cráneo contra la superficie lisa y casi tan dura como el granito del subsuelo de hielo.

El ex ballenero logró salir tras poderosos esfuerzos de la hoya en que estaba medio enterrado, y sacudiéndose la nieve que cubría su pelliza, dijo, después de llenar sus pulmones de aire glacial:

—No hay rotura alguna ni dentro ni fuera. No ha podido resultar mejor.

—Para nosotros sí, pero ¿y el automóvil?

El *chauffeur* se encogió imperceptiblemente de hombros, y repuso:

—Si ha sufrido alguna avería la repararemos en seguida, sin necesidad de enviarlo al taller.

—Estaría demasiado lejos —dijo el estudiante—. ¡Por los rayos de Júpiter!... ¿Dónde estamos?

—Yo se lo diré —contestó el canadiense—. Sobre la superficie helada de una corriente de agua.

—Pero ¿y este vacío? ¡Si parece que hemos caído en una galería!

—El agua alcanzaba bastante altura; pero luego, una vez formada su primera capa de hielo, se bajó, dejando un espacio vacío que puede prolongarse varios centenares de kilómetros.

—¿Y cómo nos las compondremos para subir a la superficie? Necesitaremos una potente grúa.

—Seguiremos el río hasta su desembocadura.

—¿Y dónde iremos a parar?

—A la bahía de Hudson, seguramente —repuso el señor Montcalm.

—Esta condenada aventura nos hará perder mucho tiempo.

—No sé qué hacer, amigo mío. ¿Y bien, Ricardo?

El ex ballenero, que estaba examinando el automóvil, levantó la cabeza, y después de chasquear la lengua, repuso:

—Forzoso es reconocer que algún santo nos protege. Es cierto que el salto ha sido sólo de unos cuatro metros, pero las consecuencias hubieran podido ser terribles. Si la nafta se hubiese inflamado, a estas horas sólo quedarían intactos los cilindros. Hay que confesar que este automóvil ha sido construido a prueba de volteretas.

—¿También está intacto el radiador?

—Sí, afortunadamente.

—¿Y el carro?

—Ha resistido admirablemente y sus ruedas no han cedido.

—¿Así, pues, podremos continuar la marcha dentro de esta galería?

—Cuando usted guste, señor. ¿Oye usted cómo funciona el motor perfectamente? Los golpes son normales.

—Entonces, querido Gualterio, volvamos a montar.

—No deseo otra cosa, señor Montcalm —repuso el estudiante.

Momentos después el automóvil poníase en movimiento, rompiendo impetuosamente los cúmulos de nieve.

La galería ofrecíase en extremo bella. La bóveda, formada por una costra de hielo bien solidificado, de un metro de

espesor, tenía una altura variante de cuatro a cinco metros, y las paredes, que formaban las riberas del río, medían una anchura de cincuenta pasos de una a otra.

Una luz diáfana, extrañísima, filtrábase a través del estrato superior en el que reflejábanse en aquel momento los rayos del astro del día. El pavimento serpenteaba como una magnífica pista, con poquísimos obstáculos, sin duda porque la superficie del río se había helado toda a un tiempo, quizá durante las tempestades de los días precedentes, sin dar tiempo a que se formasen los pequeños pero fastidiosos hummoh.

El ruido que producía el automóvil, lanzado a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, causaba pavor. El sonido de la sirena hubiérase tomado por la explosión de un enorme barreno.

Asido al volante, Ricardo guiaba con seguridad y pericia. Piloto en el mar, no era menos diestro en tierra.

Durante tres horas devoró el espacio, siguiendo las anchas curvas del lecho del río, sin encontrar ser viviente. De improviso, Ricardo cortó la marcha bruscamente. A la sazón habían recorrido ciento cincuenta millas.

—¿Hay obstáculos? preguntó vivamente el señor Montcalm.

El ex ballenero, en vez de contestar, paró por completo el motor y se puso a escuchar.

Cuando cesaron los ruidos dentro de la galería, los tres exploradores pudieron oír distintamente un extraño concierto a base de mugidos cavernosos que repercutían bajo las bóvedas con intensidad sonora.

—Diríase que hay bisontes por aquí —observó el estudiante, asiendo el *mauser*.

—¡Bisontes aquí!... ¿Está usted loco, Gualterio? No nos

encontramos en las llanuras del Far West —dijo el canadiense.

—Sin embargo, lo que oímos son verdaderos mugidos.

—No lo niego. ¿Qué dice usted, Ricardo?

—Que estamos muy cerca de la desembocadura de este río —repuso el ex ballenero poniendo nuevamente la máquina en movimiento.

—¿Será el agua lo que produce este ruido? —preguntó el estudiante.

—Prepare usted el fusil.

—¿Para atajar el agua?

—No; para contener a las morsas, amigo mío, que son muy peligrosas cuando están reunidas en gran número y se las molesta en su campamento. Han escogido la desembocadura de este río para estar más tranquilas.

—¿A lo menos es buena su carne?

—¡Uf! —hizo el ex ballenero—. El hígado, si acaso.

—Nos proveeremos de aceite. Esto, siquiera, nos será útil.

—No es nafta —dijo el canadiense—. Adelante, Ricardo, con cautela.

El automóvil avanzaba lentamente, siguiendo una curva que les impedía ver la desembocadura del río. A pesar del estruendo producido por el motor, los mugidos seguían percibiéndose cada vez con mayor intensidad. A juzgar por el ruido que se oía, el campamento de las morsas debía estar muy poblado.

Al salir de la curva, se ofreció a los ojos de los exploradores un espectáculo terrible.

Reunidos a la extremidad de la galería, que terminaba en los bancos de hielo de la bahía de Hudson, se encontraban trescientos o cuatrocientos anfibios de dimensiones enormes, pues casi todos medían tres metros de largo por una circunferencia de dos.

Eran morsas, llamadas también awak por los esquimales.

Aquellos monstruos de las regiones polares se parecen mucho en la forma a las focas, pero son más corpulentos, con hocico corto y obtuso, labios provistos de gruesas e hirsutas cerdas como las de los gatos, y armados de larguísimos colmillos de un marfil bastante más fino que el de los elefantes. Su aspecto es terrible, aunque no tienen nada de belicosos, pues son muy torpes en tierra. Esto no quita que si son acometidos, especialmente en el mar, se defiendan con fiereza haciendo zozobrar las embarcaciones que osan atacarlos.

Al ver avanzar el automóvil, los colosos se agruparon prontamente, como si estuviesen resueltos a cerrarle el paso, lanzando al mismo tiempo mugidos que a veces parecían rugidos.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó Gualterio—. Diríase que en vez de encontrarnos en las regiones polares hemos entrado en una selva ecuatorial poblada de ferocísimos leones. Si estos animalitos tuviesen garras, ¡pobres de nosotros!

—Afortunadamente sólo tienen bellísimos y nada peligrosos colmillos —repuso el canadiense.

—No quisiera hacer la prueba, señor Montcalm.

—Estos anfibios no saben emplearlos cuando están en tierra. ¿No ve usted cuán penosos y tardos son sus movimientos?

—¡Vaya si lo veo!... Parecen pellejos de aceite.

—Precisamente por eso están como nave encallada. Si, por el

contrario, se encontrasen en el mar, vería usted a esos pellejos jugar sobre las olas como las gaviotas.

—Ricardo, usted que conoció de cerca a estos habitantes del Polo, díganos qué hemos de hacer.

—Haga fuego sobre ellos —repuso el ex ballenero.

—Huirán.

—Déjelos huir.

—¡Por los rayos de Júpiter!... ¡Mire cómo enseñan los colmillos!

—¡Dispare!... Habla usted demasiado.

—Yo no soy ballenero, maese Ricardo. Los lobos de mar ya es sabido que son avaros de palabras.

—Y pescan ballenas.

—Y yo, hablando y todo, le demostraré, maese Ricardo, que sé cómo se matan las morsas.

El alegre campeón de Cambridge púsose en pie y disparó seis veces seguidas su fusil, haciendo rodar otros tantos gigantes polares. Disparaba con seguridad tan maravillosa y calma tan sorprendente, que arrancaba al canadiense exclamaciones de admiración. Hasta el ex ballenero parecía estupefacto.

Seis morsas, heridas todas en la cabeza, habían caído, una junto a la otra; pero las restantes, en vez de huir o retroceder, parecían resueltas a caer sobre el automóvil y destruirlo.

—Maese Ricardo —dijo el estudiante—, ¿quieren, acaso, esas barricadas de aceite probar en nuestros cuerpos la fuerza de sus colmillos?

—Siga disparando —repuso el *chauffeur*—. Después lanzaré

el automóvil a toda velocidad y pasaremos sobre esos mastodontes que reventarán como pellejos de aceite,

—E iremos a parar al fondo de la bahía —replicó el señor Montcalm, que había saltado a tierra armado de un fusil.

—No lo crea, señor. Respondo de todo con mi cabeza.

Gualterio había cargado de nuevo el depósito de su *mauser*.

—Usted, señor Gastón, por la derecha y yo por la izquierda. ¡Qué banquete monstruoso vamos a preparar para los osos blancos!

—Dispare —dijo Ricardo—. Yo me encargo del centro.

Un fuego graneado salió de ambos lados del automóvil. El canadiense y el estudiante disparaban a porfía y las morsas caían bajo los certeros golpes que les destruían el corazón o el cerebro.

La batalla enfureció a los anfibios, por las pérdidas sufridas, pero no los dominó el pánico. En filas compactas

avanzaban hacia el automóvil, arrastrándose penosamente, con furiosas contracciones, tratando de establecer contacto con el enemigo. Sus rugidos hacían trepidar la galería.

—¡Suban ustedes! —gritó el ex ballenero—. Puesto que se obstinan, las atropellaremos sin compasión. Tanto peor para las que queden bajo nuestras ruedas. ¡Manténganse firmes!

Gualterio y el señor Montcalm saltaron sobre el automóvil, colocándose detrás del *chauffeur* con los fusiles prontos para disparar.

—¡Malditos anfibios! —exclamó el estudiante—. No creía yo que fuesen tan tercos.

El automóvil pasó por entre las morsas con la violencia de un ariete que abate la puerta de una fortaleza. Los saltos que

daba puso a prueba los músculos de los tres exploradores, pues el automóvil, así como el carro, pasaban por encima de los anfibios, dejando tras de sí un verdadero río de sangre y de aceite.

La acometida había sido tan rápida y repentina, que las morsas no tuvieron tiempo de intentar ningún asalto, ni aun siquiera contra los neumáticos, que pasaban sobre sus cuerpos abriendo surcos sanguinolentos.

En tres o cuatro segundos atravesó el campamento y se precipitó hacia la salida de la galería, a riesgo de un tremendo choque contra los bancos de hielo que se habían formado a lo largo de la playa de la bahía de Hudson. El ex ballenero, que conservaba toda su admirable sangre fría, viró rápidamente, a menos de trescientos metros de los gigantescos icebergs que se habían acumulado en gran número transportados por la corriente polar y empujados por el viento de levante, y, finalmente, ganó la inmensa llanura.

—¡Por las tripas de Júpiter! —exclamó el estudiante, que parecía haberse olvidado de sus eternos rayos—. El marino se ha convertido en un *chauffeur* prodigioso. No podía usted encontrar otro mejor, señor Montcalm.

—Es cierto —repuso el canadiense—. Posee excelente vista, mano segura y una audacia sorprendente. Ricardo, ¿qué tal se presenta la llanura?

—Buena, señor, a lo menos por ahora —repuso el ex ballenero sin volver la cabeza.

—¿Llegaremos antes que anochezca al lago de Yathkyed?

—Así lo espero.

—Entonces, a escape, puesto que el hielo es bastante liso y resistente. No olvidemos que Torpon vuela hacia el Polo.

—Pierda usted cuidado, señor —repuso el *chauffeur* con

sonrisa sardónica—. Llegaremos antes que el yanqui.

—Evite las corrientes de agua. Otra aventura semejante podría tener fatales consecuencias.

—Abriré bien los ojos, señor.

El automóvil corría velozmente, sin sacudidas ni sobresaltos porque la llanura polar se ofrecía lisa como una pista. Bandadas de aves polares levantábanse delante del automóvil, espantadas por el estrépito del motor. Eran gaviotas, venidas de la cercana bahía de Hudson, burgomaestres, pequeños *plectrophanes* nivales, que pían constantemente, y graciosísimos auk, pájaros que viven en legiones y que cazan los esquimales en gran número sirviéndose de redes parecidas a las que usan nuestros niños para cazar mariposas.

También se levantaba asustada, perdiéndose entre los hummoh, la caza menor. Ya era una magnífica marta, llamada charza por los cazadores de la Compañía, de un metro de largo y una cola de cuarenta o más centímetros, con piel amarillo-brillante; ora una pareja de lince polares que surgía de la nieve y se alejaba resoplando rabiosamente, agitando los graciosos penachos blancuzcos que adornan sus orejas.

Gualterio disparaba una vez que otra su fusil; pero la velocidad del automóvil le impedía hacer blanco.

Dos horas antes del crepúsculo vespertino, el tren, que no había moderado su marcha veloz, llegaba al North Lined, uno de los más bellos lagos de la alta tierra hudsoniana, poblada siempre de bandadas inmensas de cisnes, lugar preferido de los cazadores canadienses durante el verano, pero abandonado a la sazón hasta por los esquimales.

Dos certeros disparos hechos por el estudiante aseguraron una excelente cena de aquellas aves a los tres exploradores.

A las seis, en el momento en que el sol desaparecía tras las nubes que el gélido viento norte empujaba furiosamente a través de las desiertas playas cubiertas de nieves y de hielos, se detenía el automóvil al extremo meridional del Yathkyed, otro lago perdido en las altas tierras de Hudson.

CAPÍTULO XVIII. UN DRAMA POLAR

Aquella noche, pasada en las riberas del lago congelado, fue tranquilísima, y los exploradores pudieron descansar plácidamente en sus pequeños pero muelles lechos, roncando en competencia con la estufa, que había sido dejada encendida después de la cena.

A la mañana siguiente una niebla espesísima cubría la interminable llanura.

El canadiense, luego de haberse orientado como mejor pudo por medio de la brújula, y de haber hecho encender los faros, dio la orden de marcha.

Era, acaso, una temeridad aventurarse a través de aquel denso estrato de vapores que un fuerte viento norte ora desgarraba, ora hacía mas espeso. Si Torpon no le hubiese ganado tanta delantera, el canadiense hubiera concedido a sus compañeros un día de descanso, pues no había fijado aún el día en que llegaría al Polo; pero le impelía a no detenerse la idea de que su rival llegase antes que él al cruce de todos los meridianos y enarbolase en él la bandera de los Estados Unidos.

—Abra usted bien los ojos, Ricardo —dijo ocupando su acostumbrado asiento junto al estudiante—. No corra excesivamente, por lo menos hasta que haya desaparecido la niebla. Si no hay contratiempo alguno, haremos hoy un buen recorrido, dejando a nuestra espalda el círculo polar ártico.

El automóvil se había lanzado a través del caos de vapores, a una velocidad de treinta millas por hora, velocidad que, de haber durado siquiera diez horas, hubiera conducido a los exploradores a las costas meridionales del vastísimo golfo

de Boothia.

A mediodía llegaba el tren a las orillas del Chesterfield, un canal que, partiendo de la bahía de Hudson, penetra tierra adentro en una extensión de varias docenas de leguas. Como estaba helada su superficie, el automóvil pasó sobre él, siguiéndolo con dirección hacia poniente.

Gigantescos icebergs, algunos de trescientos y más metros de altura, habíanse acumulado allí, formando barreras al parecer insuperables. El frío, empero, los había aprisionado fuertemente dentro del pack y no había peligro de que en el momento menos pensado perdiesen el equilibrio y aplastasen el tren.

Describiendo grandes curvas y extensos ángulos, el automóvil avanzaba perseguido siempre por verdaderas nubes de volatería, que osaban precipitarse sobre los exploradores graznando y chillando espantosamente, sin que les atemorizase los disparos de fusil que, a lo más, lograban dispersarlos por breves instantes.

Gualterio había conseguido agarrar algunas aves con la mano y las puso al seguro, contando con prepararlas para la cena de aquella noche, a pesar de que el señor Montcalm y Ricardo hicieron una mueca bastante significativa. En efecto, era preferible y mucho más sabrosa la carne de oso.

Una hora después, el automóvil corría nuevamente a través de las llanuras septentrionales, con dirección a Wager River, que no es precisamente un río sino un larguísimo canal que desemboca frente a la isla de Southamptoru El terreno era mucho mejor y Ricardo, que parecía olvidado de la promesa hecha a mister Torpon, imprimió a la máquina una velocidad de sesenta millas por hora. A no ser por el carro, aquel hombre endiablado hubiese corrido, tal vez, a razón de cien millas, pero había de tener en cuenta el enorme peso que el motor tenía que arrastrar.

Al cabo de tres horas de carrera, en medio de una pequeña borrasca de nieve, el tren llegaría a las orillas del lago de Boothia, un grado y medio sobre el círculo polar ártico.

—De seguir así, sin tropiezos ni averías, dentro de seis días nos encontraremos almorzando en el Polo, querido Gualterio —dijo el canadiense, en el momento que el automóvil se paraba.

—En efecto, señor Montcalm, hemos avanzado mucho. El frío que experimento me lo advierte. ¿A cuántos grados estamos?

—Treinta y cinco bajo cero marca el termómetro.

—Sin embargo, puede resistirse aún.

—Porque no sopla viento norte.

—¿Nos detendremos aquí?

—Quiero antes cerciorarme del estado del hielo.

—¿Nos encontramos acaso sobre el mar?

—Sería mucho mejor, Gualterio, pues así llegaríamos más pronto a la isla de Devon. Dejemos a Ricardo que prepare la cena y vamos nosotros a hacer una pequeña exploración a lo largo de la costa.

—¿Ha oído usted, maestro ballenero? —dijo el estudiante—. Le recomiendo mis gaviotas.

—Que se comerá usted solo —repuso el *chauffeur*—. Yo prefiero un filete de oso.

—Como usted guste; me agradan más las aves.

—Vamos, Gualterio —dijo el canadiense.

Tomaron ambos sus fusiles y cuchillos de monte, pues era probable que hubieran de habérselas con algún oso blanco, y

descendieron a la playa.

Todo el golfo, que se prolonga entre la tierra homónima que se corta a poniente y la de Baffin a levante, estaba helado. Abríanse, sin embargo, aquí y allá anchos canales, por los que desfilaban los *icebergs*.

Una luz intensísima, de diáfana blancura, que el cielo, cubierto de nubes preñadas de nieve, reflejaba, lo iluminaba todo: era el *ice-blinck*.

—¡Qué invierno tan prematuro! —exclamó el canadiense—. ¡Pobres balleneros si no se han retirado a tiempo!

—¿Sería probable que encontrásemos alguno encerrado entre los hielos? —preguntó el estudiante.

—Sí, Gualterio. Este frío intenso es, sin embargo, favorable a nosotros, porque nos permitirá correr sin riesgo alguno a través de los canales del Regente y de Lancaster, y llegar a las tierras de Lincoln y de Ellesmere. ¡Oh!... ¿Qué es aquella masa obscura que se divisa allá encerrada en el *pack*?

—¿Alguna morsa, quizá?

—Me parece que no, Gualterio. Atreveríame a decir que son ruinas.

—¿Es posible?

—Vamos a verlo.

A doscientos metros de un pequeño *fiord* y en medio del hielo, destácase una masa pardusca, casi negra, que semejaba una morsa o una foca. Sin embargo, era seguro que no podía ser ningún animal, pues hubiera huido al ver a los dos hombres.

—Son ruinas, sin duda alguna, o por lo menos una chalupa —dijo el señor Montcalm.

—Sí, es una chalupa, señor —confirmó Gualterio, que seguramente tenía mejor vista que su principal.

Avanzaron con cuanta rapidez les fue posible y observaron que no se habían engañado. Embutida casi en el pack, con un costado destrozado ya a causa de la fuerte presión del hielo, hallábase una chalupa ballenera y dentro de ella un hombre del que sólo quedaba el esqueleto, medio envuelto en una vieja pelliza.

Junto a los restos del desgraciado había un fusil enmohecido, un hacha y un barril que hubo de contener víveres, pero que a la sazón estaba completamente vacío.

—¿Quién sería este hombre? —preguntó el estudiante con voz conmovida—. ¿Habrá perecido de hambre y de frío?

En vez de responder, el señor Montcalm, pasado el primer momento de estupor, saltó dentro de la chalupa y se apoderó de un pedazo de papel amarillento en el que había unas líneas rojizas, escritas probablemente con sangre. Las palabras eran ininteligibles en su mayor parte, pero algunas que pudo descifrar arrancaron al canadiense un grito de asombro:

«Sarya y barón de Tolt».

—¡Una chalupa del Sarya aquí! —exclamó—. ¿Cómo han podido arrastrarla hasta estos sitios las corrientes polares? ¡Ah!... Recuerdo perfectamente la desgraciada expedición del barón de Tolt, que conmovió no sólo a Rusia sino a todos los navegantes polares de Europa y de América.

—¿Qué dice usted, señor Montcalm? —preguntó el estudiante que no apartaba su vista, con una mezcla de terror y de compasión, de aquel cráneo separado del tronco cuyas cavernosas órbitas parecía que le miraban—. ¿Quién es este naufrago perdido en los mares del Gran Norte?

—¡Quién sabe! Tal vez fuera el barón de Tolt en persona o uno de los marineros que lo acompañaban.

—¿Quién era ese barón?

—Un audaz explorador ruso que en el año 1900 se propuso explorar las islas de la Nueva Siberia, en las que esperaba encontrar algún *mammoth* viviente o, por lo menos, bien conservado, entre los profundos estratos arenosos. Ya habían sido encontrados en estas tierras desiertas por los indígenas siberianos, que arrastraran hasta aquí las tempestades, gigantescos dientes de marfil, más fino que el de los elefantes.

—Cuenta usted, señor Montcalm. Los dramas polares me interesan vivamente, causándome honda impresión, sobre todo desde que leí la memoria del Almirantazgo referente al horroroso fin del *Erebus* y del *Terror*, que conducía al Polo el almirante Franklyn, que Inglaterra llora aún.

—Sigamos por la costa, Gualterio —dijo el canadiense— La vista de este desgraciado me impresiona sobremanera.

—Y a mí también —repuso el estudiante.

—Le decía, pues —continuó hablando el señor Montcalm, prosiguiendo su camino—, que el infortunado barón se proponía visitar aquellas islas tan próximas al Polo. Para tal fin armó una nave que se llamaba *Sarya*. A principios de junio de 1900 la expedición había pasado ya el estrecho de Kara y seguía a lo largo de las costas siberianas. El hielo dificultaba constantemente el avance de la nave, amenazando a cada instante con encerrarla en algún *wake* en los grandes *packs*. A fines de septiembre, la *Sarya* quedaba estrechamente aprisionada en las costas septentrionales de la isla Taimir, más allá de la desembocadura del Jenissik. Invernó en aquel lugar, con la esperanza de que la próxima estación derritiera los grandes bancos de hielo; pero hasta los últimos días de agosto no pudo moverse, y tras de una lucha espantosa con

los icebergs, se dirigió hacia las islas de la Nueva Siberia. En septiembre la Sarya fondeaba en la isla Bennett, la famosa isla descubierta por la tripulación del Jeannette, que pereció casi toda trágicamente de hambre y de frío, en las bocas del Lena, el gran río siberiano. Los hielos que rodeaban aquella isla inhospitalaria obligaron al barón de Tolt; a buscar otro refugio y lo halló, efectivamente, en una bahía de la isla de Kotelineoi. Era ya demasiado tarde para pensar en retroceder. El pack se estrechaba por todas partes en torno de la desdichada nave, y fue necesario pasar allí otro invierno. En la primavera de 1902, el animoso explorador partió con un trineo y una chalupa (quizá la misma que acabamos de encontrar), acompañado de un astrónomo y de un médico, resuelto a llegar a la isla de Bennett. Había advertido al capitán de la nave que, si al cabo de tres meses no estaban de regreso, saliesen en busca de ellos. La expedición parecía perseguida por un triste destino. La Sarya se vio nuevamente bloqueada por el hielo, después de haber logrado alcanzar las costas siberianas y aprovechado el corto verano para proveerse de víveres y de carbón. Llegar a la isla de Bennett era absolutamente imposible, y ya habían transcurrido los tres meses. Un marino intrépido, el teniente Kolchack, exponiéndose a una muerte segura, partió a bordo de una pequeña canoa, y pasando por los canales abiertos entre los bancos de hielo, tras sobrehumanos esfuerzos, logró desembarcar en la isla, que recorrió en casi toda su extensión. Finalmente, encontró un *caira*, o sea una pirámide formada con piedras, la derrumbó y halló dentro una caja de zinc, que contenía una carta escrita por el Barón el año anterior, o sea en noviembre de 1902, si no me engaña la memoria. El desgraciado explorador decía en aquella carta que proseguía su marcha hacia el sur y que llevaba víveres sólo para tres semanas. En vano fue buscado luego en todas direcciones; no se ha podido saber nada de él. Se supuso que los hielos, abiertos bajo el peso del trineo, lo hubiesen tragado; pero nosotros acabamos de tener una prueba irrefutable de que el barón, el astrónomo o el médico se embarcó en la chalupa, acaso con la esperanza de arribar a

las costas de Siberia.

—¿Pero cómo ha podido ser arrastrada hasta aquí esa pequeña embarcación? —preguntó el estudiante—. No estoy muy fuerte en geografía; sin embargo, apostaría que las islas de Nueva Siberia están lejísimo de este lugar.

—Millares de millas, querido Gualterio; pero tenga en cuenta que las corrientes giran en torno del Polo de poniente a levante. Además, calcule usted que esa chalupa ha empleado dos largos años en atravesar el pasaje del noroeste descubierto por Mac-Clure y llegar aquí.

El Polo, amigo mío, ha ocasionado centenares, y quizá millares de víctimas humanas... Bueno, volvamos al carro. Empieza a nevar y la niebla avanza descendiendo a lo largo del golfo. Esta noche no daremos un paso más.

Después de haberse asegurado de la solidez del hielo, emprendieron el camino de regreso, disparando de vez en cuando contra las aves polares, y llegaron al carro en el momento que arreciaba la nieve y la niebla envolvía por completo los dos vehículos. El sol habíase ocultado y la noche se presentaba obscurísima; pero una luz alegre brillaba a través de los cristales del coche-salón.

—¿Y mis gaviotas? —dijo el estudiante, entrando.

—Están diciendo: ¡comedme! —repuso el ex ballenero, absorto en la contemplación de un enorme trozo de carne de oso perfectamente asada.

—¡A la mesa! —exclamó el canadiense despojándose de la pelliza.

Durante toda la noche la nieve cayó sin interrupción; pero el frío era tan intenso que la endurecía inmediatamente.

A la mañana siguiente los exploradores hubieron de romper el hielo que rodeaba a los vehículos, y después de un largo

rato empleado en este trabajo, el tren reanudó su marcha sobre el lago, en dirección al estrecho del Regente.

El tiempo era tan malo y el frío tan intenso, que no era posible apoyarse en un pedazo de metal o empuñar un objeto de hierro sin sentirse quemar las manos. Fue preciso utilizar los guantes de piel de foca, con gran disgusto de Gualterio, que se sentía embarazado con ellos y exasperado por no poder hacer uso de su fusil.

La caza no era escasa ni mucho menos. De vez en cuando salían de los canales ejércitos de focas y de morsas que desaparecían apenas el tren se les acercaba. Abundaban, sobre todo, las zorras de piel azul preciosísima, animales que hoy han desaparecido casi por completo en los alrededores de la bahía de Hudson, a consecuencia de la encarnizada persecución de que son objeto por parte de los cazadores de la compañía.

—¿Valen mucho, efectivamente, las pieles de esas zorras?
—preguntó el estudiante, que las seguía con mirada ardiente, pero sin tratar de disparar sobre ellas, porque las astutas bestias se escondían precipitadamente entre la nieve.

—Sí, suelen pagarse hasta dos mil quinientos francos por cada una —repuso el canadiense—; pero ese precio aumentará seguramente, porque van escaseando. Hubo un tiempo en que se cazaban no sólo en estas regiones sino también en Alaska, en las islas del estrecho de Behring, en la Siberia y aun en la Europa septentrional; pero ahora no se encuentra ni una. Son rarísimas en la actualidad, pues, entre las 25.000 zorras que se matan anualmente en el distrito de Beresow, apenas hay cincuenta azules. En Siberia están en una proporción de un tres o cuatro por ciento, mientras que antes eran más numerosas las azules. Sólo en la Groenlandia abundan aún, pero no tardarán en desaparecer.

—¿De qué proviene ese precioso matiz azul?

—Algunos creen que se debe a las estaciones; mas ahora parece demostrado que depende del sexo y de la edad.

—¿Son también zorras aquellas bestias, señor Montcalm?

—¿Cuáles?

—¡Por los rayos de Júpiter!... ¿Nos habrá transportado el automóvil, sin que nos demos cuenta, al Far West?... Diríase que son bisontes aquellos animales que se disponen a cortarnos el paso.

—¡Pare usted, Ricardo! —gritó el canadiense—. Tenemos delante un rebaño de bueyes almizclados.

CAPÍTULO XIX. LOS BUEYES ALMIZCLADOS

Una larga fila de animales de aspecto imponente, avanzaba a través de los hielos, dirigiéndose hacia la costa.

Aunque los bueyes almizclados no tienen las dimensiones monstruosas de los bisontes que pululan en las praderas americanas, son magníficas bestias, del tamaño de los toros comunes, provistas de cuernos más arqueados y de aspecto más salvaje a causa de los largos vellones de su piel oscura con tintes amarillentos, que descenden como un manto hasta el suelo, dejando apenas ver sus blancas y robustísimas pezuñas.

Estos animales, que en otro tiempo eran numerosísimos en el Canadá, en la actualidad sólo se encuentran en las grandes islas polares y en los territorios que se extienden al norte de la bahía de Hudson. Parece que se han habituado perfectamente a los grandes fríos, puesto que se multiplican y desafían impunemente las terribles tempestades de nieve.

Como los bisontes, son emigradores y viajan continuamente en busca de los líquenes y musgos de que se nutren, no habiéndose acostumbrado, como los caballos irlandeses, a alimentarse de pescado. Su carne acaso sería tan buena como la de los bueyes comunes, si no tuviese un sabor pronunciado de musgo, a causa, quizá, de su género de nutrición.

Buenas razones tenía el canadiense para dar orden a Ricardo de parar el automóvil.

Los bueyes almizclados, al contrario de los bisontes

americanos que se dejan matar sin revolverse contra el agresor, son recelosos como los búfalos, y si se creen amenazados cargan con una furia irresistible, con la cabeza baja, presentando sus formidables cuernos. ¡Ay de quien se les ponga por delante! Sería volteado y muerto seguramente a fuerza de pisotones.

El rebaño que avanzaba por el golfo y que procedía de la tierra de Baffin en busca de un refugio mejor, componíase de un par de docenas de animales, todos adultos, sin ninguna cría entre ellos.

Probablemente eran todos machos, a juzgar por el desarrollo de sus cuernos.

—Señor Montcalm —dijo el estudiante, que había tomado ya su *mauser*—. ¿Dejaremos ir en paz toda esa caza que yo no he probado jamás, sin gastar media docena de cartuchos?

—Son demasiados, amigo mío —repuso el canadiense—. Usted ignora la fuerza de que están dotados esos animalitos. Una vez tomado impulso, no retroceden fácilmente y serían capaces de destrozar nuestro tren. ¿Es cierto, Ricardo?

—En efecto, son temibles —contestó el ex ballenero encendiendo tranquilamente su pipa.

—Si hiciéramos la prueba, señor Montcalm —insistió el estudiante—. Están a sólo cuatrocientos metros y somos buenos cazadores.

El canadiense, que sabía de lo que eran capaces aquellos animales, más peligrosos que los osos blancos, vacilaba, pero, al fin, le venció la pasión cinegética.

—Sí —dijo—. Venir al Polo y no experimentar las fuertes emociones de la caza sería una necedad. Hagamos la prueba, Gualterio. Después de todo, no creo que puedan mandar por el aire nuestro tren a fuerza de cornadas... Ricardo, tome usted también un fusil.

—En seguida, señor —repuso el ex ballenero, que no gustaba menos que sus compañeros de las emociones fuertes.

Mientras se dirigía al carro para apoderarse de su carabina de caza, el canadiense y el estudiante habían descendido del automóvil, poniéndose de rodillas uno junto al otro.

Los bueyes almizclados habíanse ya dado cuenta de la presencia de aquel monstruo para ellos desconocido, y deteniendo su avance, formaron una doble fila, con las cabezas bajas, dispuestos a acometer furiosamente.

—¿Son verdaderamente temibles? —se preguntó el estudiante—. Ahora lo veremos.

Volvió la cabeza. Ricardo se acercaba llevando tres carabinas de caza, perfectamente cargadas.

—¡Por Júpiter! —exclamó Gualterio—. Que me fulminen todos sus rayos, si esta noche no me doy un banquete con carne de buey almizclado.

Miró atentamente, e hizo fuego. El canadiense le imitó. Uno de los bueyes dobló las rodillas, mugiendo lastimeramente. Los demás quedaron un momento como aturcidos, quizá asustados por los disparos, que sin duda oían por vez primera; pero en seguida se rehicieron, emprendiendo veloz carrera hacia el tren, mientras su compañero caía para siempre echando un río de sangre por la boca.

Ricardo lanzó un grito.

—¡Al carro, señores!

El canadiense y el estudiante, antes de obedecer, dispararon todo el depósito de sus fusiles, esperando contener la carrera desenfrenada de los almizclados; pero viendo que, a pesar de estar heridos varios de ellos, avanzaban como un torbellino, se refugiaron precipitadamente en el carro.

—¿Y el automóvil? —gritó el señor Montcalm.

—Pierda usted cuidado, señor, y confíe en mí —contestó el *chauffeur*, volviendo a la máquina y retrocediendo vivamente a reunirse con sus compañeros.

Un instante después un alarido interminable hería el aire. Como el motor no había dejado de funcionar, Ricardo abrió la válvula de la sirena y los alaridos estridentes se sucedían con un estrépito infernal.

Los bueyes almizclados, que se acercaban corriendo velozmente, al oír aquellas notas, dividiéronse en dos pequeñas columnas, sin atreverse a arremeter contra el automóvil. Probablemente habían tomado por una fiera terrible a aquel enorme oso de nueva especie, que no tenía nada de blanco.

Pero, viendo el carro, uno de ellos se precipitó sobre él con tal furia que rompió la madera, quedándole los cuernos dentro.

Gualterio, rápido como el rayo, le alojó una bala en el testuz.

Los otros, espantados por el disparo más bien que por los aullidos de la sirena, que no habían de cesar mientras hubiese nafta en el depósito, retrocedieron velozmente antes de que el canadiense o Ricardo pudiesen hacer fuego sobre ellos, yendo a situarse a unos quinientos o seiscientos metros de distancia.

—¡Rayos de Júpiter! —exclamó el estudiante—. Palabra de honor de que no creía que fuesen tan terribles esos animales. No le van a la zaga a los osos blancos, señor Gastón.

—Si no son peores —repuso el canadiense.

—Y ahora, ¿nos asediarán?

—Eso parece.

—Sólo están a medio kilómetro de distancia, señor Montcalm.

—A pesar de eso no es empresa fácil destruirlos, porque esos animales, al igual que los osos blancos, pueden resistir varias balas.

—¡Buena la hemos hecho!

—A usted se debe.

—Y ahora me arrepiento.

—Demasiado tarde.

—¡Por mil rayos!

—Ponga un millón, si le parece, pues no por eso cambiará la situación.

—¿Es, acaso, que en la Universidad de Cambridge no se conocen los bueyes almizclados? —preguntó irónicamente el *chauffeur*.

—Allí sólo se conocen los borregos, y eso cuando están bien asados —repuso el estudiante—. ¿Quiso llamar borrego al ex ballenero? Es lo más probable; pero éste era demasiado rudo para comprenderlo.

El canadiense, entre tanto, había dejado el fusil y encendido la pipa.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Montcalm?

—Ya lo ve, amoldarme a las circunstancias.

—¿Y los bueyes?

—Déjelos usted en paz. No tienen mucha prisa por asaltarnos, se lo aseguro. Mírelos usted; aparentan no darse

cuenta de nuestra presencia y buscan tranquilamente entre la nieve lo necesario para desayunarse.

En efecto, después de la última desenfrenada carrera parecían haberse calmado, y rompían el hielo con los cuernos, con la esperanza de encontrar líquenes; pero sus esfuerzos resultarían vanos, porque bajo ellos estaba el mar,

—¡Así se hundieran todos! —dijo el estudiante.

—¡Oh! No serán tan necios que se tomen un baño demasiado frío en esta estación. No se trata de osos blancos, amigo mío.

—¿Pero estarán decididos a tenernos prisioneros?

—Eso parece, Gualterio.

—¿Y permaneceremos con los brazos cruzados? ¡Ah, no, por los rayos de Júpiter! Señor Montcalm, llevo aún en el bolsillo tres dólares, los últimos. ¿Quiere usted que los juguemos?

—¿Por los bueyes almizclados?

—No, por los fusiles. El *mauser* alcanza bastante más de quinientos metros. Juego un dólar por cada bala.

—Y yo una esterlina —repuso Montcalm.

—Perderá usted.

—Ya lo veremos.

—Y yo juego mis tres pipas —dijo Ricardo.

—Van también sus pipas, aunque apestan como si se hubiesen quemado en ellas diez plantaciones de tabaco,

—Por eso tienen más mérito.

—Bueno, yo apuesto contra ellas tres botellas de gin, que el señor Montcalm me fiará.

—Sí, Gualterio —contestó el canadiense con acento jocoso—. Adelante, si quiere ganar el campeonato del tiro al... buey.

—Quedará usted estupefacto, señor —repuso el estudiante empuñando eh fusil y asomándose a uno de los ventanillos—. ¿A cuál tiro, señor Montcalm?

—Al que tiene manchas negras en la piel y los cuernos más largos que todos los demás. Ofrece un blanco magnífico.

—¡A mí, pulso y ojos míos! —exclamó Gualterio.

Apuntó cuidadosamente y al cabo de unos segundos sonó una detonación.

El buey almizclado, que estaba rompiendo el hielo con sus robustas pezuñas, levantó bruscamente la cabeza, sacudióla como para librarse de un insecto importuno, y continuó tranquilamente su trabajo.

—¡Por las sandalias de Júpiter! —exclamó Gualterio, sorprendido,

—¡Hola! ¿Ya no le bastan los rayos? —dijo el canadiense, lanzando una carcajada—. Señor campeón, ha perdido usted uno de sus tres dólares.

—Sin embargo, juraría que le he tocado.

—No digo lo contrario; le advierto únicamente que el buey se mantiene sobre sus cuatro remos.

—¿Habrán perdido los proyectiles del mauser su decantada fuerza de penetración?

—Nada de eso. Es, sencillamente, que la bala le ha dado en plena frente y ha rebotado. Tienen los huesos muy duros los almizclados, amigo mío.

El ex ballenero adelantóse entonces, diciendo con cómica

gravedad.

—Señor mío, traiga usted la botella que he ganado, entre tanto que yo me ensayo.

—¡Vaya usted por ella al infierno! —exclamó, furioso, el estudiante.

—¿Para qué ir tan lejos, habiendo varias botellas en la despensa?

—Tiene usted razón, Ricardo —dijo el canadiense—, Beba usted cuanto quiera, que Gualterio pagará a su debido tiempo.

—Me quedan aún dos dólares, señor Montcalm, y espero hacer un buen negocio —replicó el estudiante.

—¿Quiere usted continuar?

—¡Demontre!... Con dos balas puedo ir aún muy lejos.

Tomó de nuevo el fusil, abrió las piernas, para asegurarse mejor, miró más atentamente que la vez anterior, e hizo un segundo disparo.

El almizclado dio un salto, levantó la cabeza, lanzó un mugido y... continuó impasible su trabajo.

—¡Por los cuernos del diablo! —rugió el estudiante—. ¿Qué quiere decir esto?

—Que el diablo ha interpuesto uno de sus cuernos y yo he ganado otra botella y salvado mi segunda pipa —dijo Ricardo.

—Señor Montcalm, ¿entiende usted lo que sucede?
—preguntó Gualterio al canadiense, que le miraba sonriendo.

—Demasiado, amigo mío: ha perdido usted otro dólar.

—¡Pero si le he dado!

—No lo niego.

—¿Están abroquelados de acero esos malditos animales?

—Ya advertí a usted que a tan larga distancia gastaría inútilmente municiones.

—Me queda todavía un dólar.

—¿Va a jugarlo?

—Y una botella, que pagaré cuando pueda.

—Yo no soy un tabernero exigente. Le concedo crédito ilimitado.

—Que Ricardo trasegará. Vamos, ojos y pulso míos, cuidadito con hacerme otra mala pasada. ¡Quietos los nervios! Se trata de tumbar a un buey almizclado y de ganar el campeonato de tiro aunque no es este carro precisamente la Universidad de Oxford.

Habíase puesto en posición firme, sin que se moviese un solo músculo de su rostro. Sonó un tercer disparo, seguido de un *hurrah* ruidoso.

El buey, herido, sin duda, en algún órgano vital, habíase desplomado, quedando inmóvil.

Gualterio dejó el fusil, y tendiendo la mano, dijo:

—Señor Montcalm, venga la esterlina que ha perdido; y usted, maese Ricardo, vaya sacando una de sus tres pipas, que ya no le pertenece.

—Poco a poco, amigo mío —dijo el canadiense, que reía a mandíbula batiente—. Los negocios son los negocios, dicen nuestros vecinos de allende el San Lorenzo. Me debe usted dos dólares y dos botellas que, como honrado comerciante, le cobraré a un dólar cada una; por lo tanto, sólo le debo un dólar.

—¡Qué ladrones son los taberneros canadienses! —dijo Gualterio.

—Es el precio corriente.

Una triple carcajada puso término a aquella discusión. El asedio de que eran objeto por parte de los bueyes almizclados no hizo perder el buen humor a los tres exploradores.

Como hubiese llegado la hora del almuerzo, función importantísima que ninguno de ellos quería descuidar, los tres agrupáronse en derredor de la estufa para preparar la carne de oso que, una vez bien asada, devorarían alegremente, después de una humeante sopa de pemmican con galletas.

Los bueyes almizclados, entre tanto, con la terquedad propia de su raza, continuaban vigilando a quinientos o seiscientos metros de distancia, resueltos, al parecer, a no dejar el paso libre al tren sin haber vengado a su compañero, que pendía aún de uno de los lados del carro con los cuernos embutidos en las tablas.

CAPÍTULO XX. PERDIDO ENTRE LA NIEBLA

Transcurrió el día sin que se verificase ningún cambio en la situación.

Aunque aquellos obstinados animales no habían podido descubrir musgo ni liquen bajo el hielo que se extendía sobre las aguas del golfo, continuaron impertérritos en su sitio.

Dieron vueltas sin cesar en torno del viejo macho que había matado Gualterio, y al caer la noche se acostaron tranquilamente delante del tren, formando una larga línea, sin acortar la distancia. Diríase que habían conocido la potencia y alcance de las armas de fuego de sus adversarios.

Los tres exploradores empezaban ya a inquietarse sobremanera por aquella situación que amenazaba prolongarse demasiado, cuando, hacia las seis de la tarde, densa niebla apareció sobre el golfo, descendiendo rápidamente del septentrión.

El ex ballenero, que la había pronosticado y que esperaba su aparición asomado a uno de los ventanillos, quitóse la pipa de la boca y volviéndose hacia sus compañeros, dijo:

—Señores, creo que se acerca el momento de partir.

—¿Sin faros?

—Yo me comprometo a guiar el automóvil y de hacerlo pasar por encima de esos animales.

—¿Qué le parece, Gualterio? —preguntó el señor Montcalm.

—Que hemos esperado demasiado y que con las armas que llevamos podíamos haber pasado.

—¿Y si en nuestra carrera encontramos algún obstáculo y esos condenados bueyes caen sobre nosotros y nos cornean horrorosamente?

—Los fusilamos a boca de cañón, señor Montcalm.

—Tiene usted respuestas para todo, amigo mío.

—Me urge llegar al Polo.

—¿Es usted un compañero mío o bien un rival? —preguntó el canadiense en son de broma.

—Los ojos de *miss Ellen*, por bellísimos y ardientes que sean, no han inflamado mi corazón, se lo juro a usted —repuso el estudiante—. Yo no puedo amar a las mujeres norteamericanas.

—Quizá tenga usted razón —replicó el canadiense, arrugando la frente—. Ricardo, abra la puerta y vaya a llenar los depósitos. Los bueyes no le verán, gracias a la niebla cada vez más densa.

—Tal vez duermen —dijo el ex ballenero con acento extraño.

Quitó la barra y salió, desapareciendo entre la niebla.

El canadiense y el estudiante apagaron la estufa y la lámpara, a fin de que la luz no atrajese la atención de los bueyes almizclados, y se cubrieron con sus gruesas pellizas.

Tomaron sus armas, a las que añadieron dos revólveres, y estaban ya cerca del automóvil, cuando vino a su encuentro el *chauffeur*.

—¿Es usted, Ricardo? —preguntó el señor Montcalm.

—Sí, señor —contestó el ex ballenero.

—¿Qué hay de nuevo?

—He de darle una mala noticia.

—¿Cuál?

—Que el motor no funciona y que la panne es completa.

—¿Qué diablos está usted diciendo?

—Me parece que me he explicado claramente.

—Usted se chancea, maese Ricardo —dijo el estudiante volviendo a encender la lámpara.

—No es esa mi costumbre —replicó secamente el *chauffeur*.

—¡Por los rayos de Júpiter!

—Diga usted lo que quiera, pero el hecho es que no podemos seguir adelante.

—¿Qué es lo que se ha roto? —preguntó el canadiense, mortalmente pálido.

—No lo sé, señor, pero sin duda la avería ha debido ser grave, porque han resultado inútiles todos mis esfuerzos para hacerlo funcionar.

—¿Se habrá estropeado el radiador?

—Con esta niebla no me ha sido posible comprobar el desperfecto.

—¿Pero cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó el estudiante—. Esta mañana funcionaba el motor perfectamente.

—No sé qué decirle —repuso Ricardo—. Los automóviles, dígame lo que se quiera, tienen órganos delicados.

—Encendamos los faros y vamos a verlo.

—¿Se ha olvidado usted de los bueyes almizclados? —preguntó el *chauffeur* con ligero acento irónico que causó pésima impresión en los dos exploradores—. Si ven la luz caerán sobre nosotros y nos harán pedazos. ¿Quién les asegura que, aprovechando la niebla, no se han acercado?

—¿Habrá sido uno de ellos el autor del desperfecto? —preguntó el señor Montcalm con ansiedad.

—Es posible, señor —dijo Ricardo—; es más, yo creo que así ha sido.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Gualterio.

—Esperar hasta que amanezca —repuso el canadiense—. Es de suponer que se marchen durante la noche.

—¡Por los rayos de Júpiter! —exclamó, furioso, el estudiante—. ¡Estropear la máquina precisamente ahora que, protegidos por la niebla, hubiéramos podido pasar de improviso sobre ellos y lanzarnos a toda velocidad!... ¿Empezará el Polo a conjurar contra nosotros? Sin embargo, hasta ahora se nos ha mostrado benigno.

—Tal vez la avería sea menos importante de lo que se supone —observó Ricardo—. Son frecuentes en los motores de los automóviles y llevamos con nosotros suficientes herramientas y útiles para hacer toda clase de reparaciones. Puesto que nada podemos remediar ahora, creo que lo mejor será meterse entre sábanas y dejar que los bueyes se cansen de esperar.

—¿No sería prudente montar una guardia, señor Montcalm? —preguntó Gualterio.

—La considero completamente inútil. Los bueyes no osarán atacarnos en medio de esta obscuridad. Acaso la avería ha sido causada por el frío. A la cama, pues.

Apagaron la lámpara para no llamar la atención de los malditos almizclados, y se echaron medio vestidos en sus catres.

A pesar de sus preocupaciones, de las que, ciertamente, no participaba Ricardo, se durmieron profundamente.

Una luz pardusca filtrábase apenas a través de los cristales, velados exteriormente por una verdadera cortina de nieve, cuando mugidos amenazadores que repercutían aún dentro del carro, hicieron saltar de sus lechos a los exploradores.

—¡Por los rayos de Júpiter! —exclamó el estudiante, apoderándose de un fusil—. ¡Los tenemos encima!

Abrió, no sin esfuerzo, un ventanillo, y miró al exterior.

Entre las ondas de niebla que un viento terrible, cortante y excesivamente frío empujaba, percibió grandes sombras que se movían a pocos metros del carro.

El estudiante no vaciló y rápido como el rayo disparó toda la carga de su fusil.

El canadiense no tardó en imitarlo, haciendo fuego por el ventanillo opuesto, desde donde percibíanse otras sombras.

Mugidos formidables respondieron a las descargas que se sucedían furiosamente, y oyóse luego un galopar ruidoso sobre la superficie del lago.

—¡Han huido! —exclamó el estudiante—. Ricardo, ¡al automóvil!

Él ex ballenero hizo una mueca y repuso:

—¿Está usted bien seguro de que han huido?

—Maese Ricardo, ¿tiene usted miedo?

—¡Nunca, señor mío!

—Entonces, síganos —dijo el canadiense—. Mientras usted trabaja, nosotros estaremos alerta perfectamente armados.

Antes de bajar, escucharon atentamente, temerosos de que no hubiesen huido todos los bueyes almizclados; y convencidos, al fin, de que en derredor del tren el silencio era absoluto, interrumpido solamente, de vez en cuando, por algún aullido del viento, dirigieron hacia el automóvil, cuyas ruedas estaban cubiertas por una capa de nieve.

—Manos a la obra, Ricardo, y en seguida —dijo el señor Montcalm, con acento imperioso—. Aprovechemos este momento de calma. Yo entiendo bastante de mecánica y le ayudaré.

—Y yo, que no entiendo absolutamente nada, haré la guardia —dijo el estudiante—. Quiero ver si esas bestias se atreven a acercarse.

Echóse al hombro el *mauser* y mientras el *chauffeur* y el canadiense examinaban ávidamente el motor para hallar la avería, púsose a recorrer audazmente los alrededores, a través de las tinieblas que se resistían a dejar pasar los rayos del sol.

Sea por deseo de dar una prueba de su valor o porque le tuviesen sin cuidado los cuernos de los bueyes almizclados, el imprudente se alejó del tren, perdiéndose en medio de la densa niebla.

Cuando se dio cuenta de ello era demasiado tarde.

El tren había desaparecido.

—¡Demonio! —exclamó Gualterio, arrepentido de su imprudencia—. No puedo creer que el señor Montcalm haya partido sin mí. Si fuese Ricardo...

Aguzó los oídos, pero no oyó los golpes de martillo ni el ruido del motor.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¿Me habré extraviado? ¿Y los bueyes almizclados? Lo peor sería que fuese a caer en sus cuernos... Procuremos orientarnos.

Era imposible hacerlo en medio de aquella niebla, que por momentos hacía más densa, interceptando por completo la luz del sol. Una semiobscuridad que ni siquiera los ice-blink lograban romper, envolvía los campos de hielo que se extendían a lo largo del golfo.

—¿Por dónde iré? —preguntó por décima vez el joven—. Volveré las espaldas al camino que he venido siguiendo hasta ahora... ¡Oh, tres veces necio de mí!... ¿No llevo, por ventura, un fusil para hacer señales?

Montó el fusil y apuntó al aire; pero en el momento en que iba a disparar, le contuvo un pensamiento terrible.

—He estado a punto de hacer una solemne tontería —se dijo—. Si llego a disparar, no es la bala sola la que hiende los aires, sino yo también, lanzado por los cuernos de esos malditos bueyes almizclados. Vaya, amigo Gualterio, te vuelves tonto de capirote. Quizá no sea extraño este frío de perros al reblandecimiento de tu cerebro de estudiante poco menos que asno... Piernas prontas a correr, ojos muy abiertos y oídos aguzados, es lo que necesito.

El joven giró dos o tres veces sobre sí mismo, sin saber qué dirección tomar; al fin, echó a andar a la ventura, puesto que la niebla le impedía ver a cinco pasos de distancia.

¿Iba al encuentro del automóvil o, por el contrario, le volvía las espaldas? ¿Se alejaba de los peligrosos almizclados, o caminaba derecho a ensartarse en sus cuernos? ¡Cuánto hubiera dado por saberlo!

—Bueno, vueltas por aquí y revueltas por allá, a alguna

parte he de llegar —se dijo alegremente el estudiante, cuyo valor sostenía la posesión de sus dos fusiles—. ¿Iré a parar al Polo? Al fin y al cabo, mis piernas son las de un carrerista y de un saltarín excepcional.

Anduvo unos diez minutos, maldiciendo a la niebla que le envolvía por todas partes, y de pronto retrocedió, yendo a ocultarse detrás de un pequeño Hummok. Había oído a cortísima distancia un mugido amenazador, y luego otro más ronco y menos tranquilizador.

—¡Los bueyes almizclados! —murmuró—. ¡Y yo que buscaba el automóvil!... ¿Estaré destinado a que sirvan mis tripas de funda a los cuernos de esos animales?

En aquel momento oyó tres disparos, hechos a intervalos regulares.

—¡Los revólveres del señor Montcalm! —se dijo—. Seguramente se ha dado cuenta de mi desaparición y me llaman. ¿Qué hago? Si disparo, atraeré sobre mí a esos condenados cornúpetos, y no será ciertamente este montículo de hielo, que apenas tiene dos metros de altura, lo que me salvará de sus embestidas. ¡Por todas las coronas y espadas de Júpiter!... ¡Vaya un apuro!

Resonaron otros dos disparos, pero a tan larga distancia, que el joven se asustó. Necesariamente, pensaba, había debido recorrer varios kilómetros, en medio de la niebla, creyendo que giraba en derredor del automóvil. A pesar del frío intensísimo, que hubiera helado una piedra, Gualterio sintió humedecida su frente por el sudor.

—¡Necio de mí! —murmuró—. ¿Qué he de hacer? ¿Continuar dirigiéndome esta pregunta sin tomar una determinación?

Nuevos disparos resonaron a través, de la niebla que, contra la opinión general, es excelente conductora de los sonidos.

—¡A Roma por todo! —se dijo—. Si los malditos almizclados

se lanzan en mi persecución, tanto peor para mí... Después de todo, soy el campeón de la carrera de cien yardas y sus razones habrán tenido para otorgarme ese título.

Levantó resueltamente el fusil e hizo dos disparos casi simultáneos.

Aun no se había extinguido el eco de las detonaciones, cuando resonaron otras dos, y ahora no eran de revólver. El canadiense había debido proveerse de un *mauser*, puesto que existían varios en el carro.

—¡Pies, para qué os quiero? —gritó el estudiante—. ¡En marcha!

Iba a lanzarse a una carrera desesperada, cuando oyó tras de sí un galopar furioso.

—¡Maldición! —exclamó—. Los bueyes me persiguen... A volar, amigo Gualterio, si no quieres que te perforen las tripas.

Echó a correr con una velocidad prodigiosa, dando tremendos saltos de vez en cuando, espoleado por un ruido infernal de pezuñas que resonaban muy cerca de él.

Desde el automóvil, el canadiense y el ex ballenero continuaban disparando con intervalos de medio minuto.

El estudiante, empero, envuelto en aquel gélido sudario, no podía establecer la dirección de donde partían, amén de que el viento desviaba el sonido. Sin embargo, no dejaba de correr, encomendándose a sus piernas, afortunadamente robustísimas. ¡Qué diantre! Se había ensayado bien en la Universidad de Cambridge para competir con los corredores de Oxford.

Corría como el viento, con los brazos tendidos hacia adelante, para prevenir una desastrosa caída, la boca cerrada y las narices dilatadas, presa de una angustia hasta entonces

no experimentada.

A sus espaldas continuaba oyéndose el estrépito producido por ochenta pezuñas corriendo sobre el hielo del lago. Los bueyes le perseguían encarnizadamente, confiando en que lograrían darle alcance, enviarlo por los aires y recibirlo luego en las puntas de sus cuernos.

Pero habían de habérselas con un verdadero campeón de carreras, pues el estudiante mantenía la distancia, zabulléndose cada vez más en la niebla.

—Puesto que yo no veo, supongo que no serán los bueyes más afortunados —se decía el fugitivo—. ¿Dónde estará el automóvil?

De pronto, se detuvo un momento, quitóse del hombro el fusil y disparó seis veces seguidas sobre sus invisibles perseguidores.

—¡Creo que me han descubierto! —exclamó, reanudando su carrera—. Vale la pena de contestar, señor Montcalm.

Dos detonaciones respondieron en seguida a aquella descarga. El canadiense y el ex ballenero continuaban denunciando su posición.

Los disparos habían resonado muy cerca, quizá a unos quinientos o seiscientos metros. El tren, pues, no estaba lejos, y empresa fácil sería llegar hasta él, si no cesaban las detonaciones de fusil.

El estudiante se orientó súbitamente; empuñó de nuevo el fusil y continuó su desenfrenada carrera.

—¡Ánimo, campeón de Cambridge! —se decía—. Es preciso ganar el récord de Oxford.

Parecía, sin embargo, que los bueyes almizclados querían establecer el *récord* polar, pues no cesaban un instante de

galopar en pos del malaventurado estudiante.

Avanzaban con el fragor de un huracán, mugiendo ferozmente, furiosos por no haber podido alcanzar aún al fugitivo.

Al cabo de otro minuto de velocísima carrera, dos relámpagos rompieron la niebla, a pocos metros delante de Gualterio.

El automóvil y el carro estaban a pocos pasos, prontos a partir, pues la avería había sido reparada entre tanto, gracias a los conocimientos en mecánica del canadiense, mejor que al trabajo del ex ballenero.

—¡Señor Montcalm!... ¡Ricardo!... —gritó el estudiante con voz ahogada.

—¡Aquí!, ¡aquí! —contestó el canadiense.

—¡Los bueyes me siguen!

—Ya los oigo. ¡Monte usted!

La sirena lanzó un alarido y el motor volvió a sus ronquidos anhelosos.

Gualterio alcanzó en cuatro saltos el automóvil, bien visible ya gracias a sus faros que proyectaban en la niebla dos haces de luz, y cayó en brazos del canadiense, el cual gritó inmediatamente:

—¡Adelante, Ricardo!... ¡A cincuenta millas por hora!

Luego, tomando una botella de whisky, aun casi llena, la ofreció al estudiante, diciéndole:

—Beba unos sorbos y dispare usted su fusil en seguida.

Los bueyes almizclados avanzaban como un alud, la cabeza baja y los cuernos casi rozando la superficie helada. ¡Ay de

los exploradores, si aquella masa compacta y enfurecida hubiera caído sobre el tren! Afortunadamente, llegaban con un retraso de algunos minutos.

—¡Adelante, Ricardo! —repitió el señor Montcalm, empuñando dos revólveres Colt.

El automóvil arrancó con una velocidad enorme.

Los bueyes, al verlo huir, redoblaron su carrera; pero un fuego terrible que partió de ambos costados del automóvil, haciendo rodar a tres o cuatro de ellos, los obligó a contenerse.

Por otra parte, no hubieran podido competir largo rato con aquella poderosa máquina que devoraba el camino rasgando la niebla.

Un instante después dejóse de oír el furioso galopar y los exploradores depusieron sus armas.

—Señor —dijo Ricardo, que había empezado a moderar la marcha, temeroso de encontrarse de improviso con un canal en que se hundiera el tren—. Así no es posible continuar. Yo no puedo responder de sus vidas mientras persista la niebla.

—Efectivamente, es una carrera loca que puede terminar con una catástrofe —repuso el canadiense, que participaba de los temores del *chauffeur*—. ¿Se oyen aún los bueyes?

—No, señor —repuso el estudiante—. Mis amigos se han quedado bastante atrás, perdiéndonos de vista.

—Continúe usted, pues, a velocidad moderada, Ricardo.

—Los fanales proyectan luz suficiente para ver con tiempo los obstáculos —repuso el ex ballenero.

—Adelante, por lo tanto, como mejor le parezca, sin desviarse de la dirección norte. Y bien, Gualterio, ¿cómo ha

podido usted extraviarse? Semejantes imprudencias pueden costar la vida.

—Mis piernas lo han pagado —repuso el estudiante, riendo—. ¡Oh!, ¡qué carrera, señor Montcalm! Si vuelvo a Inglaterra lanzaré un reto en toda regla a todos los carreristas de las universidades de Oxford y de Cambridge a la vez, seguro de vencerlos sin gran esfuerzo. Menos mal que, llamando la atención de los bueyes sobre mí, he dado tiempo a ustedes para reparar la avería. ¿Era ésta grave?

—¡Oh! —exclamó el canadiense, haciendo ademán de interrumpir la conversación.

—¿Está el diablo debajo de la máquina? —preguntó Gualterio, impresionado por el aire sombrío de su interlocutor.

El señor Montcalm no contestó.

Entre tanto el automóvil continuaba avanzando lentamente, envuelto siempre por la niebla. Ricardo no se atrevía a acelerar la marcha, a pesar de que los potentísimos faros iluminaban un espacio de diez metros de extensión.

Al cabo de dos horas el canadiense dio orden de parar.

—Vamos á preparar el desayuno, Gualterio —dijo—, y usted, Ricardo, puesto que no teme a los osos ni al frío, vaya a explorar el camino. Lleve consigo un fanal y no se olvide del fusil.

Esperó a que el *chauffeur* se hubiese alejado, y se retiró luego al carro, acompañado del estudiante, que encendió en seguida la lámpara y la estufa.

—Amigo mío —dijo luego—, ¿qué ha pensado usted respecto a la avería del automóvil?

—Aguardaba de usted una explicación, señor Montcalm. ¿Ha sido grave?

—No, porque el autor de la hazaña no tuvo tiempo para asestar el martillo con la precisión necesaria: media pulgada más y el radiador, que es el alma de la máquina, quedaba destrozado.

—Señor Montcalm, lo que me está usted diciendo es muy grave.

—No digo lo contrario —repuso el canadiense, que parecía hondamente preocupado.

—Así, pues, ¿duda usted de Ricardo?

—No podría afirmar que es él... sin embargo...

—¿Pero qué fin perseguiría el ex ballenero para realizar semejante infamia?

—¡Quién sabe! Fácil sería que estuviese de por medio el señor Torpon.

—¿No habrá podido causar la avería algún golpe o una cornada de los bueyes?

—¡Imposible!

—¡Por los rayos de Júpiter!... No me ha gustado nunca la cara de Ricardo; pero no le hubiera considerado jamás capaz de tal infamia.

—Puedo haberme equivocado, Gualterio; sin embargo, le aconsejo que abra bien los ojos. Es muy fácil inutilizar un automóvil, y si esto sucediese habríamos de renunciar a nuestro proyecto de llegar al Polo.

—¡Abrir los ojos!... No perderé de vista un solo instante al ballenero y, si le pesco con las manos en la masa, juro por

los rayos de Júpiter que le deshago el cráneo de un tiro. Y ahora, señor Montcalm, vamos a preparar el desayuno.

CAPÍTULO XXI. EN PLENAS TIERRAS BOREALES

Durante dos días, el automóvil, envuelto siempre por la densa niebla que no dejaba penetrar los rayos del sol, permaneció inmóvil en medio del campo de hielo que formaba el golfo de Boothia. Al tercer día, después de una noche tormentosa, acompañada de furiosas ráfagas excesivamente frías, pudo reanudar su marcha, en medio de una verdadera tempestad de nieve.

La niebla, empero, empujada por la impetuosidad del viento, habíase alejado hacia el Sur.

El señor Montcalm y Gualterio habíanse colocado bajo la capota del automóvil, para observar constantemente al *chauffeur*. La sospecha, bien justificada por cierto, se había apoderado de ellos, y no querían correr el peligro de quedarse a mitad del camino.

Avanzaban velozmente porque el hielo se prestaba a las mil maravillas para una carrera vertiginosa, ya que eran escasos los *hummo* que se encontraban al paso.

Al cabo de dos horas llegaron a las islas de Murchison, que se extienden a lo largo de la costa occidental de la tierra de Boothia, y se dirigieron luego hacia la tierra de Somerset, pasando, audazmente, sobre el canal del Regente.

De vez en cuando aparecían osos blancos que huían al oír los alaridos de la sirena, abandonando las focas que habían pescado y que estaban devorando.

En la travesía, de norte a sur, del canal del Regente, sólo

emplearon cuatro horas, pues habiendo encontrado el pack casi liso, el canadiense ordenó a Ricardo que imprimiese al automóvil una velocidad de ochenta kilómetros por hora.

Ya se divisaban las costas meridionales de las grandes islas de Devón, cuando el inmenso pack sobre el cual corrían desenfrenadamente, empezó, de improviso, a vibrar de manera extraña y a mugir como si lo atravesase un ejército de bisontes.

—¡Por los rayos de Júpiter! —exclamó el estudiante, impresionado por aquel fragor que aumentaba en intensidad por momentos—. ¿Irá a desencadenarse una tempestad? Sin embargo, el cielo está limpio de nubes y de niebla.

—Son las presiones —dijo el canadiense, mientras Ricardo moderaba bruscamente la marcha.

—¿Y a qué obedecen?

—A un descenso de temperatura. En estos casos, el hielo aumenta de espesor y no encontrando espacio suficiente, el nuevo se acaba sobre el viejo, tratando de hundirlo. En la Universidad de Cambridge le habrán enseñado, seguramente, que el agua cuando se congela aumenta considerablemente de volumen.

—Me parece que he oído decir algo de eso —repuso el ex estudiante, sonriendo—. ¿Y qué sucede entonces?

—Una cosa terrible —contestó Montcalm, que parecía hondamente preocupado—. Estas presiones aplastan las naves más sólidas, como si fuesen frágiles nueces, y son las enemigas más temibles de los navegantes árticos.

—Pero nuestro automóvil no es una nave, señor Gastón.

—No por eso corre menos peligro, pues el pack se abrirá forzosamente a causa del tremendo empuje del hielo nuevo, y de un momento a otro podemos caer en una hendedura

insuperable.

—¿Y qué más?

—Pues iríamos a parar al fondo del mar, sin esperanzas de poder salir a flote, pues el hielo, durante las presiones, se abre y se cierra instantáneamente.

—¿Las presiones son, pues, los terremotos polares?

—Exactamente.

—¡Demonio! —exclamó Gualterio, rascándose la punta de la nariz—. Nunca he admirado los terremotos.

—Ricardo —preguntó el canadiense—, ¿qué le parece que debemos hacer?

—Esperar —repuso secamente el ex ballenero, que había parado el motor.

—¿No podríamos llegar en un vuelo a la isla de Devón? Allí podríamos reírnos de las presiones, que no se realizan en la tierra firme.

—Emplearíamos, por lo menos, media hora, señor. Es mejor esperar a que cesen los movimientos del pack. Por otra parte, el peligro existe, sí, pero a diez o veinte millas de distancia.

—Mire usted el termómetro, Gualterio.

—Cuarenta y dos grados bajo cero —repuso el estudiante.

—Hace un momento que sólo marcaba 36°. ¡Qué horrible descenso!

—¡Y tanto, señor! De buena gana me iría al carro al amor de la estufa.

—Ya lo hará usted cuando haya desaparecido el peligro. Las

presiones vuelven a empezar, y no sabemos si moriremos aplastados o sepultados bajo los témpanos.

En efecto, tras unos instantes de calma, volvieron a oírse los siniestros ruidos a través del inmenso pack.

Veíanse enormes grietas, espantosas hendeduras, que se prolongaban en una extensión de varios kilómetros, y ensordecían terroríficamente detonaciones más potentes que las producidas por los cañones de mayor calibre de los barcos de guerra. Sucedíase otro momento de calma, y el fragor adquiría sonoridades espantosas. El banco, impulsado por una fuerza incalculable, levantábase, inflado como ola monstruosa, y seguidamente abríanse los canales, para volver a cerrarse en seguida, después de haber vomitado bloques de hielo y masas de agua espumeante que se congelaba casi instantáneamente.

A veces, abríanse de improviso enormes hoyos más o menos circulares, de los que surgían puntas de hielo que se iban agrandando rápidamente, en forma de torres y campanarios, para derrumbarse muy luego con un estruendo ensordecedor que repercutía en los extremos confines del horizonte.

¡Ay del automóvil y de sus ocupantes si, desgraciadamente, se hubiese encontrado en medio de aquellos centros de presión!

—Es un espectáculo que pone pavor en el corazón mejor templado —observó el estudiante, que se mantenía asido fuertemente a su asiento, porque el carruaje oscilaba como nave combatida por violentísima tempestad—. No suponía yo que los hielos fueran capaces de animarse. ¿Durarán mucho estas presiones?

—Hasta que el pack quede completamente tranquilo —repuso el canadiense—. Es muy posible que los icebergs hayan descendido a lo largo del estrecho de Lancaster y traten de abrirse paso para entrar en el del Regente.

—Así, pues, estamos a la ventura.

—Cierto, Gualterio; y si la fortuna nos vuelve las espaldas, puede usted dar un adiós definitivo al Polo, aun antes de visitarlo.

—¿Por qué no le habrán sido reservadas estas divertidas aventuras a ese bisonte de Torpon?

—Las presiones no reconocen a nadie, ni siquiera a él.

—¡Ojalá se lo traganan juntamente con su automóvil!

—Es usted feroz, Gualterio.

—Soy enemigo implacable de los bisontes.

—¡Afiáncese, Gualterio!...

El hielo habíase inflado bajo de ellos y el tren entero había sido impulsado en alto, con un zumbido espantoso. Por un instante creyeron los tres exploradores que todo había acabado para ellos y que desaparecerían para siempre en una de las enormes hendeduras que veían abrirse y cerrarse constantemente.

Afortunadamente, no sucedió así. El pack, después de haber vibrado y oscilado en todas direcciones, como si fuese una masa líquida, descendió bruscamente y recobró su nivel primero.

Pero a trescientos o cuatrocientos pasos más adelante, surgió de improviso una especie de torre de enorme circunferencia y de una altura aproximada a sesenta metros, y después de haber oscilado espantosamente se desplomó, esparciendo en todas direcciones bloques de hielo de varias toneladas de peso.

Había terminado la presión del hielo, y ningún nuevo peligro podía amenazar, por esta parte, a los tres exploradores.

—Ya creía verme en el fondo del mar —dijo el estudiante, que estaba mortalmente pálido—. ¡De buena hemos escapado, señor Montcalm!

—También ha habido un momento en que yo creí que estábamos irremisiblemente perdidos —repuso el canadiense—. Si aquella torre hubiese surgido trescientos pasos más cerca, el tren hubiera quedado hecho añicos.

—Y nosotros papilla. ¡Qué banquete se hubieran dado los osos blancos! ¿Volverá a levantarse el pack?

En vez de responder, el canadiense se volvió a Ricardo, el cual, habituado como estaba a aquellos espectáculos, permanecía impasible, y le dijo:

—Es preciso llegar a tierra firme. El frío va aumentando de grado en grado y las presiones continuarán quién sabe por cuánto tiempo. El peligro no ha desaparecido. Desafiémoslo.

El ex ballenero asintió con una inclinación de cabeza, puso el motor en movimiento, y, aprovechando un instante de calma, lanzó el automóvil a una velocidad de cien kilómetros por hora.

Ricardo estaba también persuadido de que sólo la tierra firme podría salvarles de una espantosa catástrofe que podía sobrevenir de un momento a otro.

El automóvil volaba envuelto en un torbellino de carámbanos que brillaban extrañamente heridos por los últimos rayos del sol.

De vez en cuando daba saltos gigantescos o se balanceaba como un velero azotado por la tempestad, en medio de los mugidos horrorosos de las formidables presiones, que podían muy bien tomarse por los que lanzan las olas embravecidas.

En su derredor, el pack se levantaba, abríase, crepitaba,

rugía, tronaba; surgían ingentes columnas de hielo que saltaban por los aires y volvían a caer dispersando a largas distancias sus bloques que iban dando tumbos en todas direcciones.

—¡Cielos!... ¡Empiezo a tener miedo! —exclamó el estudiante—. Encomendemos nuestras almas a Dios.

En efecto, eran para dar miedo aquellas tremendas convulsiones del inmenso banco de hielo que se abría y se cerraba instantáneamente como si debajo de las aguas un terremoto formidable sacudiese las partes extremas del mundo septentrional.

La tierra de Devón había desaparecido tras de una cortina de niebla que descendía del Norte; pero el ex ballenero no quitaba ojo de la brújula, y aunque la aguja se inclinaba casi hasta tocar la rosa de los vientos, a causa de la atracción magnética del Polo, funcionaba bastante bien para señalar la dirección.

En media hora había devorado el automóvil una distancia de cincuenta kilómetros, mas, de pronto, el carruaje dio un salto y casi se enderezó sobre sus ruedas traseras, como caballo encabritado, cayó nuevamente y continuó su carrera desenfrenada.

El chauffeur lanzó un grito.

—¿Qué ha sucedido, Ricardo? —preguntó el canadiense que, por un verdadero milagro, no había sido despedido contra el pack a causa del tremendo salto.

—Que el automóvil, aligerado de peso, no obedece al volante.

—¿Cómo aligerado de peso?

—¡Por los rayos de Júpiter! —exclamó el estudiante, que en aquel momento habíase puesto de pie, asiéndose fuertemente a la capota—. ¡El carro se ha quedado atrás!

—¡Maldición! —rugió el canadiense.

—¿Freno? —preguntó Ricardo,

—Por ahora no —repuso el señor Montcalm—. Volver atrás sería ir al encuentro de una muerte segura. Ya iremos a recogerlo, si es que no se lo traga el hielo, ¡Adelante, Ricardo!, ¡adelante!

Las presiones volvían a comenzar en aquel instante con furia creciente. El *pack*, comprimido contra las costas meridionales de la isla de Devón, se contorsionaba como si fuera de goma. Por todas partes surgían bloques de hielo con el ímpetu de cascotes lanzados por la explosión de un barreno.

La muerte revoloteaba sobre las cabezas de los tres audaces exploradores y trataba de asirlos para arrojarlos a los glaciales abismos del Océano ártico.

—¡Adelante, Ricardo, adelante! —seguía gritando el señor Montcalm con voz ronca—. ¡A toda velocidad, Ricardo!

El ex ballenero no tenía necesidad de acicate. Asido desesperadamente al volante, con los ojos extraviados y arrebuñado detrás del escudo protector, no pensaba en moderar la velocidad espantosa del motor.

Transcurrieron otros diez minutos, largos como horas para aquellos tres desgraciados, y el automóvil rasgó, finalmente, la cortina de niebla.

—¡Vamos a subir a la costa! —gritó Ricardo—. ¡Agárrense con fuerza!

Habían ganado, finalmente, tierra firme, y se hallaban libres de las presiones; pero, en cambio, cayeron en el seno de una furiosa tempestad de nieve que se desencadenaba en medio de una niebla densísima.

Al mismo tiempo que el automóvil llegaba a la costa, el motor dejó de funcionar bruscamente.

—¿Qué ha sucedido, Ricardo? —preguntó el canadiense con ansiedad.

El ex ballenero vaciló un momento antes de responder; luego, soltando el volante, dijo:

Una nueva avería, señor, *Panne* absoluta.

—¿Grave?

—No puedo decirlo.

El señor Montcalm y Gualterio cambiaron una mirada de inteligencia, y el primero dijo con acento resignado:

—La fatalidad ha sido esta vez.

—¿Qué haremos ahora, señor Gastón? —preguntó el estudiante.

—Esperar a que se calme la tempestad y volver luego a los hielos para recobrar nuestro carro, sin el cual no podríamos resistir los fríos del Polo.

—¿Y si el mar se lo ha tragado?

—No por eso desistiremos de nuestra empresa.

—¿Sin víveres y sin estufa?

—Quemaremos grasa de oso y aceite de foca.

—¿Y los depósitos de nafta, que están todos en el carro?

El canadiense miró al estudiante con espanto. No había pensado en la nafta, fuerza vital y única del automóvil, que había dejado atrás a merced de las formidables presiones de los hielos.

—¿Y bien, señor Montcalm? —preguntó el estudiante, en vista del silencio del canadiense.

—¿Qué quiere usted que le diga? —repuso finalmente—. Si está escrito que hemos de morir sin ver el Polo, afrontaremos nuestro destino como hombres fuertes. El Polo ha devorado en diez siglos millares de audaces navegantes, y puede devorar también tres automovilistas... ¡Esperemos!...

CAPÍTULO XXII. LAS ÚLTIMAS CARRERAS

El huracán de nieve continuaba con furia verdaderamente espantosa, como si quisiese competir con las terribles convulsiones del gran pack que se extendía sobre el golfo de Boothia.

Un viento impetuoso y tan frío que agrietaba la piel del rostro, y sobre todo la de los labios, soplabá del Norte con aullidos siniestros, levantando los espesos estratos de nieve que cubrían aquella isla perdida en los confines del mundo habitable.

Las rachas llegaban con tanta furia que hacían trepidar el automóvil, aunque éste, afortunadamente, estaba sepultado en la nieve hasta la altura de las ruedas.

El señor Montcalm, Ricardo y Gualterio habíanse refugiado bajo la capota, después de haber atado sólidamente la cortina de cuero, llevando consigo una botella de gin, la única que poseían y la única también que podía dar a sus cuerpos ateridos por un frío de 45° un poco de calor.

El canadiense permanecía taciturno; Ricardo estaba sombrío y Gualterio había perdido su buen humor. Frente al desastre no se sentía con ánimos para bromear. Prefería dar algún beso, de vez en cuando, a la botella para mejor combatir aquel frío glacial.

Cerró la noche, una noche marina obscurísima, y la tempestad, en vez de decrecer, aumentaba en furia.

La nieve continuaba acumulándose en derredor del automóvil, formando murallas de tres y aun de cuatro metros de altura, que a veces derrumbaba el huracán.

—¡Hermosa noche! —dijo, de pronto, el estudiante, después de haber bostezado como un oso—. Nos despertaremos rodeados por completo de hielo. ¿Y la cena?

—Vaya usted por ella al carro —repuso el canadiense.

—Si hubieran cesado las presiones me arriesgaría a intentarlo, señor Montcalm, pues no he podido acostumbrarme a irme a dormir sin haber obsequiado a mi estómago aunque sólo sea con una miserable galleta empapada en gin,

—No le aconsejo que, con semejante temporal, se aventure por el pack.

—Frío y hambre... Esto no puede durar.

—¿Quiere usted escucharme?

—Diga, señor.

—Apriétese el cinturón, envuélvase bien en su pelliza y cierre los ojos. Quien duerme no siente los mordiscos del estómago.

—Le obedeceré.

—Ricardo, encienda usted un fanal, para mantener a distancia los osos. Podrían aprovecharse de la tempestad para hacernos una visita nada grata.

—No lo sería para mí —dijo el estudiante—. Significaría una cena segura y no sé cuántas comidas más.

—Pero también podría usted servirles de cena.

Esperaron a que la linterna estuviese encendida, colocáronse junto a las armas, apuraron las últimas gotas de *whisky* y se acurrucaron como mejor pudieron.

En el exterior la tempestad iba en aumento. El viento hacía caer sobre el carruaje, en medio de aullidos espantosos, una granizada de carámbanos y verdaderas columnas de nieve.

Estaban expuestos a quedar sepultados antes de que despuntase el nuevo día. Sin embargo, el cansancio, las emociones y el frío rindieron a aquellos hombres que pronto se quedaron profundamente dormidos. El estudiante, sobre todo, a pesar de la falta de cena, no tardó en caer en brazos de Morfeo.

Soñaba que se encontraba en un gran hotel, sentado ante una mesa abundantemente servida y adornada con numerosas botellas de champaña, en espera de trinchar un magnífico *pudding*. En sus sueños, el estudiante alargó el brazo para tomar el exquisito, plato pero despertóse bruscamente al sentir que se lo oprimían con fuerza.

Había caído la cortina de cuero y una masa enorme, iluminada por la luz del fanal, se esforzaba por subir al carruaje, alargando una pata vellosa hacia el estudiante, que se había dormido detrás del escudo protector.

Gualterio, con un movimiento rápido libró su mano de la enorme garra que la sujetaba, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Socorro!..., isocorro!... ¡Los osos blancos!

Montcalm y Ricardo, arrancados bruscamente del sueño ppr aquellos gritos, se incorporaron con presteza, empuñando cada uno un revólver Colt, y dispararon hasta el último tiro sobre aquella masa ingente.

El oso, pues se trataba, en efecto, de uno de los gigantescos habitantes de las regiones polares, embarazado por el volante que le impedía subir al carruaje, recibió la tremenda descarga sin lanzar un gruñido. Acribillado a boca de cañón por los proyectiles, dobló la cabeza y rodó debajo del automóvil, perdiéndose entre la nieve antes que Gualterio,

que fue el primero en apoderarse de un mauser, pudiese descargarle el golpe de gracia que, por otra parte, era innecesario.

—Ya dije yo que la tempestad nos traería esta desagradable visita —observó el canadiense, mientras Ricardo volvía a colocar la cortina de cuero para evitar que la nieve invadiese el vehículo—. Ni la luz de los faros contiene a estas bestias.

—¿Estará muerto, señor Montcalm? —preguntó Gualterio.

—¿Con doce balas en el cuerpo? Ciertamente.

—¿Y servirá de pasto a los lobos? Tentado estoy de bajar a proveerme de cena.

—Los lobos no abundan en estas regiones. Además, no es fácil que abandonen sus guaridas en una noche como ésta. Gualterio, procuremos dormir.

—Perfectamente, señor Montcalm. Ahora que tenemos asegurados los víveres, dormiré más tranquilo.

Cargaron nuevamente sus armas, como medida de precaución, y trataron de conciliar el interrumpido sueño.

A la mañana siguiente la tempestad continuaba con igual furia. Una semiobscuridad envolvía toda la isla, aunque el sueño de los exploradores había durado hasta las diez. En torno del automóvil habíanse acumulado grandes masas de nieve, que cubrían hasta la capota.

—Estamos enterrados —dijo el estudiante, mientras Ricardo trataba de hacer funcionar el motor para caldear un poco el interior del carruaje—. ¿Cómo saldremos de aquí?

—A fuerza de puños, amigo mío —repuso el canadiense—. Afortunadamente llevamos palas para abrirnos paso.

—¿Y para encontrar el oso, verdad? Moriría más pronto si me

faltase también el almuerzo. Los grandes fríos reclaman su parte de carbón, que para nuestros cuerpos está representado por grandes trozos de carne, de cualquier animal que sea.

—¿Y dónde los cocinaremos, Gualterio? Se olvida que la estufa está en el carro. Si fuésemos esquimales no nos encontraríamos tan embarazados.

—¿Qué quiere decir?

—Que podríamos asar magníficos bistés a la llama de los fanales.

—Bueno, ya veo que no le repugna la carne cruda.

—Ea, manos a las palas y procuremos librar el carruaje de la nieve que lo aprisiona, antes que se endurezca. Luego buscaremos al oso.

—Preferiría empezar por ahí, señor Montcalm.

—Tenga un poco de paciencia, glotón. Antes es preciso evitar que el hielo reviente los neumáticos.

Trabajando febrilmente libraron primero la parte anterior del automóvil, que había desaparecido casi por completo bajo la nieve, y en seguida procedieron a derribar las murallas de hielo que tendían a apretarse contra las ruedas a causa de las presiones, que se manifestaban también en tierra, aunque no con la violencia que se nota en los *packs*.

Durante cuatro horas trabajaron afanosamente atormentados por el hambre y bajo una tremenda tempestad de nieve. Al fin, lograron abrir un espacio suficiente para que pasase el automóvil, y se dedicaron en seguida a buscar el oso.

No fué empresa fácil levantar al animal, que en su caída había abierto en la nieve un hoyo de dos metros de profundidad.

A fuerza de golpes de hacha y sirviéndose de los poderosos cuchillos de monte, el canadiense y Gualterio le cortaron los cuartos traseros, sin detenerse a descuartizarlo por completo, a causa de la premura del tiempo y de la crudeza de la temperatura.

Quitarle la piel y cortar en tiras un jamón fue tarea de pocos segundos.

—¡Rosbif sangrando y calentado debajo de la nieve!
—exclamó alegremente el estudiante—. ¡Cocina polar!

Y los tres hombres, aguijoneados por el hambre, asaltaron el gigantesco pemil, devorándolo con avidez y sin pizca de repugnancia.

Trataron luego de fumar sus pipas, pero hubieron de desistir, pues helábase el humo en la boca y el tabaco se apagaba.

El termómetro, colgado en el exterior del vehículo, había descendido dos grados más en menos de una hora.

—Acabaremos por morir de frío —dijo el estudiante, que no apartaba su pensamiento del tibio ambiente del carro.

No pudiendo trasladarse a la playa para asegurarse de que su coche-salón no había desaparecido bajo los hielos, pensaron que lo mejor era dormirse de nuevo, cosa facilísima, pues las bajas temperaturas aniquilan al hombre más vigoroso entorpeciendo, casi hasta anularlas, las funciones del cerebro.

Tampoco durante aquel día cesó la tempestad; pero, después del mediodía, la nieve cesó de caer por completo.

Los tres exploradores, que acababan de despertarse, aprovecharon la calma para reparar la avería del motor.

Como había supuesto el canadiense, la pieza que habían arreglado demasiado de prisa había vuelto a romperse; pero,

afortunadamente, el radiador estaba intacto, y antes de que descendiesen las tinieblas de la noche, el motor funcionaba perfectamente, a pesar de los designios de Ricardo que a regañadientes había contribuido a la reparación.

—Hasta mañana, pues —dijo el canadiense—. Es preciso dejar que durante la noche los fríos solidifiquen la nieve y apenas amanezca libraremos el carruaje de la capa de dos metros de espesor que lo cubre.

La tempestad, que durante cuarenta y ocho horas no había cesado un instante de rugir, fue amainando poco a poco, y cuando despuntaron los albores del nuevo día, reinaba en la isla una calma casi absoluta.

La nieve, empero, había caído tan copiosamente, que el espesor del hielo aumentó unos tres metros, haciendo la atmósfera casi irrespirable a causa del frío.

El canadiense y sus compañeros, ateridos a pesar del grosor de sus abrigo de pieles, abrieron un espacio en el hielo y lanzaron, al fin, el automóvil tras sobrehumanos esfuerzos, en dirección al pack.

¿Encontrarían el carro, que encerraba todas sus esperanzas, puesto que a sus lados llevaba los depósitos de nafta?

Esta era la pregunta que se hacían ansiosamente.

La tempestad había convertido en isla la costa meridional. Dos días antes era plana, pero a la sazón ofrecía una serie interminable de ondulaciones más o menos pronunciadas, semejantes a los *rolling prairies* de las inmensas praderas del Far-West. Pero el automóvil las salvaba con facilidad, aunque balanceándose terriblemente.

Al cabo de media hora, a una velocidad de sesenta kilómetros, el carruaje llegaba a la costa y se paraba bruscamente sobre una eminencia del campo de hielo.

Los tres exploradores se pusieron en pie como impulsados por un resorte y tres exclamaciones de sorpresa, que se confundieron en una sola, salió de sus pechos.

El inmenso *pack*, resplandeciente de una luz intensísima a causa de la refracción de los rayos solares, se extendía ante su vista, y en medio de aquel brillo que deslumbraba percibíase un punto obscuro que atrajo la atención de los exploradores, arrancándoles exclamaciones de sorpresa y de júbilo.

—¡El carro! —gritó el canadiense.

—¡Nuestro coche-salón! —exclamó Gualterio, agitando los brazos como las aspas de un molino—. *Hurráh!... Inurrah!...*
¡La conquista del Polo está asegurada!

Ricardo también parecía conmovido. Después de todo, no podía agradarle mucho encontrarse allende el círculo polar ártico, en plena *panne*, sin otra esperanza que la de regresar a pie al Canadá, aunque hubiese ganado los diez mil dólares de *mister Torpon*.

—Ricardo —dijo el canadiense—, el *pack* a lo que parece, ha recobrado su equilibrio. ¿Podemos descender?

—Sí, señor.

—Vamos a recuperar nuestro carro.

—Si el motor no vuelve a estropearse.

—Déjeme el volante —dijo el señor Montcalm con tono imperioso y seco—. No es posible que a cada momento ocurran averías a una máquina que ha sido construida con todos los cuidados imaginables. Diríase que se ha equivocado usted de vocación.

—Y que le hubiera valido más seguir de ballenero —añadió Gualterio.

Ricardo se puso en pie, lanzando a los dos exploradores una mirada siniestra.

—Parece que tienen ustedes el decidido propósito de ofenderme —dijo luego con calma glacial—. Si están cansados de mí, díganmelo francamente, y regresaré en seguida a pie al Canadá, con tal que me den un fusil y municiones.

—¿Para hacerse comer por los osos blancos? —dijo el estudiante.

—¿Está usted loco, Ricardo? —exclamó Montcalm.

—¡Oh!... Un ballenero no teme a los fríos ni a los osos. Así, pues, si quieren ustedes, parto al instante.

—Tome usted el volante —dijo el señor Montcalm imperiosamente—. Está usted a mi servicio, contratado expresamente para acompañarme al Polo.

—Tiene usted razón —repuso el *chauffeur* con sequedad, después de un momento de vacilación.

Ocupó su puesto tras del escudo, y después de haber dirigido una rápida mirada al terreno que había de recorrer, puso el motor en movimiento.

Más que descender, resbalaron, pues las ruedas no funcionaban, y el automóvil ganó el *pack* que había recobrado su inmovilidad, y se dirigió hacia el punto pardusco que iba agrandándose rápidamente a medida que se acortaba la distancia.

Esquivando hábilmente un choque contra los *icebergs* que se mantenían en medio del campo de hielo, llegaron, finalmente, junto al carro que, por verdadero prodigio, había escapado incólume a las formidables presiones que habrían podido hacerlo cisco o enviarlo a las profundidades del lago Boothia.

—Señor Montcalm —dijo el estudiante, que fué el primero en bajar del vehículo—, en este milagro veo yo una decidida protección de la suerte a favor nuestro. Ahora no dudo que me sentaré en el punto donde se reúnen todos los meridianos y que podré rociarlo con champaña.

—Soy de su parecer, Gualterio, y comparto sus esperanzas. Ricardo, vea de remachar las cadenas y, si no fuese posible, las substituiremos por las que llevamos de repuesto. Entretanto, Gualterio, vamos a encender la estufa y desentumecer los miembros, que buena falta nos hace.

—Y de paso prepararemos otro almuerzo, porque las tripas me piden lastimeramente algo caliente —repuso el estudiante—. ¡Por los rayos de Júpiter! La carne de oso me caía en el estómago como pedazos de hielo.

—Bueno, dejo a su elección el menú.

El valiente y alegre joven saltó al interior del carro, y empezó a ejercer sus funciones de cocinero, mientras el canadiense y el chauffeur enganchaban las cadenas que se rompieron durante la desenfrenada carrera.

Una hora después, los tres exploradores se encontraban sentados junto a la estufa y ante un buen almuerzo muy bien preparado por el estudiante.

Tenían verdadera necesidad de calor externo y mucho más de interno, después de dos días pasados casi en ayunas en medio de una temperatura que oscilaba entre los 42 y los 45° bajo cero.

Aunque hubieran deseado descansar algunas horas en sus cómodos catres, el temor de que se reprodujesen las terribles presiones les obligó a reanudar el viaje.

Abandonaron con profundo pesar el tibio ambiente del carro, que alegraba la estufa con su roncar dulcísimo, y ocuparon

sus puestos en el automóvil, no sin antes haber llenado de nafta los depósitos.

De una velocísima carrera ganaron de nuevo la isla de Devón, y después de una corta parada, a las tres de la tarde atravesaban el 75° paralelo.

El mismo día, con un tiempo relativamente bueno, acamparon en las márgenes septentrionales de la vasta tierra que se extiende frente al estrecho de Jones, que estaba completamente helado, a la vista de la pequeña isla de Coburg.

A la mañana siguiente, tras una noche de calma, alegrada por una espléndida aurora boreal, pasaron por la tierra de Lincoln, que apenas ha sido explorada a lo largo de las costas y que se ignora aún si es una grande isla o si está unida a la tierra de Ellesmore.

El terreno era excelente y permitía al automóvil correr cómodamente a buena velocidad.

De vez en cuando aparecía algún oso, que era saludado con una descarga de *mauser*, así como las focas y las morsas que se mostraban en las proximidades de la costa, junto a las cuevas que habían abierto en el hielo para respirar libremente en ellas y gozar de los rayos del sol.

Al segundo día habían salido ya del pack del golfo de Boothia y corrían por las tierras de Ellesmore, que son las últimas exploradas por los navegantes europeos y americanos en estos tiempos.

Las dificultades, empero, volvieron a surgir a medida que el automóvil se acercaba al Polo.

De vez en cuando, los exploradores veíanse obligados a dar grandes rodeos, para evitar los anchos canales que aparecían sin helar por completo, a pesar de que el frío se mantenía a bajísima temperatura. A veces eran amontonamientos

formidables de viejos icebergs, que el cortísimo verano no había logrado licuar, forzando a los exploradores a cambiar de ruta y gastar nafta y tiempo. También los packs de los vastos estrechos, abiertos allende la tierra de Ellesmore, ponían a prueba y a graves riesgos a los tres audaces exploradores con sus temibles presiones.

Hacía cuatro días que corrían sin cesar, a menudo azotados furiosamente por huracanes de nieve, cuando, al mediodía del quinto, entraba el automóvil en la tierra de Smith, una de las más septentrionales y, acaso, la menos conocida.

—Descansemos aquí veinticuatro horas —dijo el canadiense, cuando el automóvil, tras poderoso esfuerzo, hubo ganado la costa, hundiéndose hasta la altura de sus ruedas en un campo de nieve aun no solidificada—. Bien merecido tenemos este reposo.

—¿Está aún muy lejos el Polo? —preguntó el estudiante.

—Si no surgen contratiempos graves, confío en que dentro de dos días habremos descorchado allí la botella de champaña que nos proponemos vaciar...

—A la salud de *miss* Ellen, la niña de los ojos bellos —interrumpió Gualterio.

El canadiense le miró fijamente, y replicó:

—No, a la nuestra. Vamos a comer y luego, puesto que el viento no nos molesta y la temperatura se ha trocado en benigna, de una benignidad extraña, iremos a cazar o a explorar el terreno.

CAPÍTULO XXIII. ¿EL ÚLTIMO MAMMOUTH?

Terminada la comida, que fue breve, porque avanzaba rápidamente la interminable noche polar y querían aprovechar las escasas horas que restaban de sol, los tres exploradores tomaron las armas y abandonaron el carro, bien necesitados de combatir el entumecimiento que los invadía, y esperanzados en poder cazar algún oso.

Habían visto varios durante el viaje, pero, convencidos de que la velocidad del automóvil les haría fallar los tiros, no quisieron malgastar municiones.

Por lo que al tren se refería, no había que temer peligro alguno, y podían alejarse tranquilos.

La caza no era muy abundante en aquellas latitudes. Zorras polares que desaparecían con la velocidad del rayo desafiando las balas que sin resultado les enviaba el estudiante, y mucha volatería, especialmente gaviotas y burgomaestres ofrecíanse a sus tiros; pero las municiones iban escaseando y no era prudente malgastarlas.

Habían caminado un par de kilómetros, aproximadamente, cuando, con gran sorpresa por su parte, vieron impresas sobre la nieve huellas gigantescas, que no podían ser de osos blancos ni de ningún animal hasta entonces conocido.

—Señor Montcalm —preguntó el estudiante, en el colmo del estupor—, ¿qué enorme bestia ha podido dejar estas huellas sobre la nieve?

El canadiense, en vez de responder, se inclinó para

examinarlas.

—¡Es extraño! —murmuró, al fin—. Diríase que son de elefante.

Gualterio lanzó una sonora carcajada.

—¡Elefantes en el Polo!... Señor Montcalm, ¿qué está usted diciendo?

—¿Se asombra usted?

—Ciertamente. No estamos en el Ecuador. ¿No siente usted este frío perro?

—¿Y bien?

—¿Quiere usted decir, acaso, que estas huellas parecen de paquidermo?

—Precisamente, Gualterio. La bestia que ha pasado por aquí ha de pertenecer a esa familia.

—Está usted de broma, señor Montcalm.

—No, amigo mío. ¿Quién puede asegurar que han desaparecido por completo los gigantescos *mammouths*, los hermanos de los elefantes, que en otro tiempo poblaban estas regiones? ¿Quién ha explorado estas tierras para asentar semejante afirmación?

—En efecto, señor, recuerdo haber leído que, en tiempos remotos, los *mammouths* habitaban la Siberia y las grandes islas del Océano polar.

—No tan remotos, querido Gualterio —repuso el canadiense—. En el año 1900, si no recuerdo mal, llegaba a la Academia de San Petersburgo la estupenda noticia de que un cosaco había descubierto en las playas del Océano polar, en un lugar absolutamente desierto, el cadáver de uno de esos colosales paquidermos, en estado de perfecta conservación.

No habíanse corrompido aún sus carnes y la piel estaba todavía cubierta de pelo; sólo le faltaba la trompa.

—¿En el año 1900 ha dicho usted?

—Sí, Gualterio. Admito que los hielos han podido conservar largo tiempo las carnes del coloso, pero convendrá usted conmigo en que eso no ha podido durar siglos y siglos. Esto demuestra que los *mammouths*, si han desaparecido por completo, ha sido en época muy reciente. A propósito, Behring afirmaba que había visto en las islas del estrecho animales gigantescos, que muy bien podían ser paquidermos.

—¿Y fué retirada la bestia descubierta por el cosaco?

—El Gobierno de Rusia, apenas recibió la noticia, envió a Siberia al conservador de las colecciones zoológicas de San Petersburgo, y el *mammouth*, que se había hundido en los hielos, a poca distancia de la aldea de Sredne Kolgui, fué transportado a Rusia, no sin grandes trabajos, pues hasta los Urales no existe ningún ferrocarril. En la actualidad figura el esqueleto del coloso en el Museo Imperial de San Petersburgo.

—Cabe suponer, por lo tanto, que no han desaparecido todos.

—Es muy posible que alguno haya sobrevivido.

—¡Por los rayos de Júpiter!... ¡Una caza de elefantes en el Polo!... ¿Quién lo hubiera imaginado nunca? Señor Montcalm, sigamos estas huellas.

—Desde luego, Gualterio.

—He oído decir que la trompa de los elefantes es un bocado exquisito.

—Así se afirma.

—¡Por Júpiter!... ¡Si pudiese yo probarlo!...

—Gánesela usted, señor glotón.

—Procuraré hacerlo.

—Entonces, en marcha siguiendo las huellas.

Los exploradores examinaron sus fusiles, pues la caza no era nada fácil, siendo así que el *mammoth*, animal tranquilo cuando nadie lo hostigaba, rivalizaba con ventaja sobre el elefante cuando era atacado.

Las huellas que seguían resueltamente los exploradores se dirigían hacia un pico aislado, rodeado de colosales *icebergs*, en cuya base existiría, probablemente, un islote.

Doscientos metros antes de llegar, los cazadores vieron, con la natural sorpresa, doubles huellas. Unas se dirigían hacia el poniente del pico y las otras hacia el oriente. ¿Pertenerían a un solo paquidermo o eran varios los que habían dado vueltas en torno de los *icebergs*?

—Ricardo —dijo el canadiense—, si se encontrase usted delante de uno de esos animales, ¿tendría miedo?

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del *chauffeur*.

—Un hombre que ha matado más de veinticinco ballenas, puede afrontar a un elefante, cualquiera que sea la raza a que pertenezca —dijo.

—Así, pues, diríjase usted a poniente mientras nosotros vamos hacia levante, y, si lo encuentra, procure echarlo hacia acá.

—Perfectamente.

Encendió su pipa, aunque estaba persuadido de que se le apagaría en seguida, a causa del frío, y se alejó con el fusil al hombro.

El señor Montcalm y Gualterio, entretanto, después de haber examinado una vez más las huellas, pusieron en marcha, en dirección opuesta a la que seguía el ex ballenero.

Un ardor belicoso inflamaba a ambos. La perspectiva de una caza tan colosal les exaltaba, amén de la natural y vivísima curiosidad por ver, viviente aún, un animal perteneciente a la raza antediluviana, escapado, quién sabe por qué milagro, a los formidables hundimientos de la corteza terrestre.

Las huellas continuaban, trazas formadas por cinco uñas largas y robustas que habían roto el hielo. No era ya posible la duda: se trataba de un verdadero *mammoth*, o de un animal semejante, perdido en los últimos confines de la tierra de Ellesmore.

Los dos cazadores llegaron a la punta extrema del pico que descendía por levante en forma de espuela colosal, y doblaron hacia septentrión con objeto de encontrarse con Ricardo, que debía avanzar por el lado opuesto.

Las huellas continuaban pero el animal no se veía por parte alguna. Tal vez pastaba, rompiendo el hielo con sus potentes uñas para poner al descubierto los escasos musgos y líquenes que podía hallar.

Empezaban ya a perder las esperanzas de encontrarse con el paquidermo, cuando una detonación, que partía de muy cerca, hendió los aires, seguida de grito agudísimo que les hizo estremecer.

—¡Socorro!... ¡Socorro!..

—¡Ricardo!... ¡Es Ricardo! —gritó Gualterio, echando a correr hacia el sitio de donde procedía la voz del *chauffeur*—. Señor Montcalm, vamos en su auxilio.

—Sí; prepare usted el fusil. El *mammoth* ha embestido a Ricardo.

Rodearon presurosamente una especie de baluarte que protegía el flanco septentrional del pico, y un espectáculo terrorífico se ofreció a sus ojos.

Un animal colosal, mucho mas grueso y alto que el elefante más gigantesco, armado de dos larguísimos colmillos curvados hacia arriba, de un marfil blanquísimo, había asido al ex ballenero con su trompa y lo zarandeaba furiosamente, a veinte metros del suelo.

El desdichado *chauffeur*, medio asfixiado por la tremenda opresión, agitaba con furia los brazos y las piernas, lanzando gritos terribles.

Montcalm, en pocos saltos, se acercó al paquidermo, echóse el fusil a la cara, y disparó, uno tras otro sin intervalos, seis tiros, apuntando, con admirable sangre fría, al costado más bien que a la cabeza del coloso.

El paquidermo, asustado por las detonaciones que se sucedían sin interrupción, y herido en pleno cuerpo, aflojó la trompa, dejando caer al ex ballenero sobre un montón de nieve, afortunadamente aun no endurecida,agitó las orejas, lanzó un espantoso rugido y emprendió veloz carrera hacia el estrecho de Smith, que estaba próximo.

Otros seis disparos resonaron en aquel momento. Gualterio, repuesto de la primera impresión de estupor, había descargado a su vez el fusil.

El coloso se paró, dejándose fusilar casi a boca de cañón, lanzó tres o cuatro bramidos que ponían espanto en el ánimo más esforzado, y seguidamente, aunque tenía el cuerpo atravesado por doce proyectiles, continuó su carrera hacia la playa. Mas, apenas hubo llegado a la orilla del estrecho, paróse nuevamente, dejó caer casi inerte su trompa pelosa y rodó sobre el *pack*, produciendo un zumbido horroroso.

¡El último *mammoth* había muerto!

Mientras huía, el canadiense se inclinó sobre Ricardo, que se apretaba los costados con las manos.

—¿Está usted herido?

—¡Bah! —repuso el *chauffeur*—. Los balleneros tienen las costillas muy duras, pero no sé qué hubiera sido de mí si tardan ustedes un minuto más. ¡Qué fuerzas tan enormes tienen esas bestias! Ni una ballena podría con ellos...

Se incorporó, sin dar señales de dolor alguno, cruzóse de brazos y después de dirigir una mirada al estudiante, que corría en persecución del paquidermo, dijo:

—Señor Montcalm, le soy deudor de la vida.

—Muy poco me ha costado conservársela. Usted, en mi caso, hubiera hecho lo mismo.

—No lo sé, señor —repuso el ex ballenero gravemente.

—¿Qué quiere usted decir, Ricardo? —preguntó el señor Montcalm, estupefacto.

—Que, habiéndome usted salvado la vida, yo le conduciré al Polo.

—Ricardo, ¿se ha vuelto usted loco? No le comprendo, palabra de honor.

—Me comprenderá usted en seguida cuando le diga que *mister Torpon* me ha dado diez mil dólares, por impedir a usted que llegue al Polo.

—¡Miserable! —exclamó el canadiense, llevando la diestra a la culata del revólver que pendía de su cintura.

—¡Máteme usted! —exclamó el ex ballenero—. Está en su derecho.

El canadiense bajó el arma, que puso de nuevo en su funda.

—¿De manera que le ha dado a usted diez mil dólares?

—Sí, señor Montcalm.

—Me esperaba alguna mala pasada por parte del yanki; pero me extraña que se haya usted dejado comprar por semejante hombre.

—Soy un miserable, señor —dijo Ricardo con voz ronca—. Aquellos diez mil dólares me fascinaron... En aquel momento, sólo pensaba en armar, con ese dinero, una pequeña goleta y volver a pescar ballenas por mi cuenta.

—¿Confiesa, pues, que ha tratado de estropear el motor?

—Lo confieso.

—Pero, desgraciado, ¿no pensaba usted que perdiéndonos en aquellas latitudes se perdía usted también?

—No pensé en ello,

—Ahora tendría yo derecho a matarlo.

—No se lo disputo. Dispare contra mí, que bien merecido lo tengo. Pertenece a usted por completo la vida que ha arrebatado a la trompa del *mammoth*.

—No —repuso el canadiense—. Yo no cometeré jamás un asesinato a sangre fría; pero le prevengo, Ricardo, que si le sorprende tratando de causar alguna avería en el automóvil, le mataré como a un perro, y no olvide que no falto jamás a mis promesas.

—Y haría usted muy bien, señor Montcalm; pero, profundamente agradecido como le estoy, juro que haré lo humanamente posible para conducir a usted al Polo.

—No se hable más de este asunto. Si, por desgracia, el Destino pone en mi camino a Torpon, ocurrirá una desgracia y

las nieves del Polo se teñirán con sangre humana. Sígame usted. Vamos a ver el último *mammoth*, pues estoy seguro de que es el último de su especie.

—¿Me perdona usted, señor Montcalm?

—Sí, le perdono —repuso el canadiense con voz breve.

—Le juro que desde este momento le seré fiel como un perro.

Recogió el fusil y se dirigieron a la playa, donde el estudiante hacía más ruido que un terremoto.

En menos de cinco minutos se le reunieron el señor Montcalm y Ricardo.

El hielo que cubría el estrecho de Smith debía tener un espesor extraordinario, pues no se había hundido bajo el peso del cuerpo del coloso, que yacía caído sobre el costado derecho, con la trompa extendida, por la que salía un caño de sangre y la boca abierta. Uno de sus colmillos habíase roto, yendo a parar a unos seis metros del cuerpo; el otro, curvándose amenazador hacia arriba, mucho más blanco que los dientes de los hipopótamos, que son del mejor marfil.

—¿Será realmente un *mammoth*, señor Montcalm?

—preguntó el estudiante.

—¿Ha visto usted algún elefante con los colmillos tan desmesuradamente largos y arqueados?

—Yo, no.

—¿Y tan cubierto de pelo? Fíjese usted bien: el pelo tiene dos matices. Donde es más corto, su color es rojizo; pero donde es largo, su tinte es amarillo.

—Es cierto.

—La cola no es igual a la de los elefantes. Es más corta, puesto que sólo mide unos cincuenta centímetros y está

formada exclusivamente de cerdas negras.

—La vitalidad de estos colosos debe ser extraordinaria. Yo sólo le he disparado doce balas al corazón y no es fácil que me falle la puntería.

—Querido Gualterio, gracias al descubrimiento hecho en la aldea de Sredne Kolguk, se ha podido comprobar que las paredes del corazón de los *mammouths* tienen la friolera de cinco centímetros de espesor.

—¿Son inteligentes estos animales?

—Tanto o quizá más que los elefantes, pues tienen el cerebro mucho más desarrollado.

—¿Y es cierto que, en otros tiempos, eran numerosísimos en estas regiones?

—No sólo aquí sino también en la Siberia y en el Spitzberg.

—¿Por qué han desaparecido? ¿Aniquilados, quizá, por el hambre y los fríos?

—No; la ciencia da una versión muy diferente. La causa que ha determinado la extinción de esos colosos, que siglos atrás eran numerosísimos, a juzgar por la gran cantidad de osamentas que se descubren sin cesar, especialmente en Siberia, se debe buscar en el movimiento de los hielos. Rodando éstos en grandes bloques por los *packs*, formaban trampas sobre las que se arriesgaban los *mammouths* en busca de musgos y líquenes que constituían su principal alimento. El enorme peso de los animales rompía el estrato de hielo y caían en los abismos de aquellas trampas para no salir jamás. En efecto, todos los restos de *mammouths* se han encontrado a diez y aun a quince metros bajo el estrato actual del hielo... Ricardo, vaya usted por un par de hachas y corte unos trozos de trompa —añadió el señor Montcalm, dirigiéndose al *chauffeur*—. Probaremos ese bocado exquisito, ¿verdad, Gualterio?

Media hora después, los tres hombres regresaban al tren, arrastrando penosamente media trompa del animal, la cual no pesaba menos de ciento cincuenta kilogramos, que aumentaría considerablemente las provisiones de víveres de los exploradores, que iban escaseando.

CAPÍTULO XXIV. UN DUELO EN EL POLO

Terminada la comida del mediodía, en la que reinó la mayor alegría, celebrando las aptitudes culinarias de Gualterio, que hizo un verdadero derroche de especias y pimientas en la preparación de la trompa del *mammoth*, reanudó el tren su marcha.

Sólo diez grados, o sea, seiscientas millas, les separaban del Polo, distancia insignificante que salvarían los exploradores, si el terreno continuaba sin ofrecer serios obstáculos, en tres días a lo sumo.

Cercionados del buen estado del hielo que cubría el estrecho de Smith, dejaron la tierra de Ellesmore y descendieron al pack para llegar a la tierra de Grinnell, cuyas costas destacábanse en el límpido horizonte.

Enormes icebergs habíanse agrupado en el vasto canal, formando aquí y allá altas barreras que interrumpían a menudo la carrera del tren, obligándole a desviarse varias millas hasta encontrar un paso. Afortunadamente, las presiones eran ligerísimas.

De vez en cuando el campo de hielo crujía con estruendo y algún iceberg, perdiendo el equilibrio, deshacíase estrepitosamente sobre el pak, abriendo grandes hendeduras por las que brotaban con ímpetu las aguas del mar espumeantes y ruidosas. Las aves marinas, que en número infinito habían formado sus nidos en las cumbres de aquellos colosos, huían asustadas, mientras millares y millares de huevos rompíanse sobre el hielo.

Tres horas después el automóvil, salvado el estrecho, entraba en la tierra de Grinnell, tierra escabrosa, cubierta de

profundos *fiords* y cortada en varios sentidos por montañas de considerable altura.

Es una de las últimas conocidas y se extiende frente a los extremos límites septentrionales de la Groenlandia, de la que está separada por el canal de Kennedy y, más adelante, por el de Robinsón.

Aunque no forme más que una sola masa, se divide en dos tierras, algo separadas por la larga bahía de Lady Franklyn, llamándose la más boreal tierra de Grant, nombre que le dieron los exploradores yankis en memoria de su glorioso Presidente.

El tren siguió por la parte occidental de esta tierra, en razón a que era más llana para llegar al *fiord* Grelly, y más tarde a la costa de Garfield; sin embargo, pronto hubo que moderar la velocidad, porque los hielos de las montañas orientales habían lanzado a grandes distancias sus bloques enormes, interceptando el paso.

Ricardo, que dirigía el automóvil deseoso de demostrar al canadiense su arrepentimiento y la firmeza de sus propósitos de fidelidad, veíase obligado a hacer frecuentes paradas que aprovechaban sus compañeros para disparar contra los osos blancos y los bueyes almizclados que se mostraban a cada paso.

Los exploradores estaban maravillados de la benignidad del clima.

Mientras más se acercaban al Gran Norte, los fríos, en vez de aumentar, decrecían rápidamente.

El sol brillaba esplendorosamente durante las cuatro o cinco horas que permanecía en el horizonte, pues la interminable noche polar avanzaba a grandes pasos; el aire manteníase libre de nieblas y tenía una suavidad que contrastaba extrañamente con la altura de los paralelos, los cuales tocaban ya 82°.

—¿Será posible que exista un mar libre en derredor del Polo, como han afirmado tantos navegantes, empezando por Barentz? —se preguntaba el canadiense—. Si esta temperatura continúa siendo cada vez más benigna en vez de ser glacial, como sería de suponer, pronto encontraremos los canales libres de hielo. Por fortuna, he traído conmigo una canoa de caucho y con ella llegaré al Polo. ¡Oh! yo no volveré atrás sin haberlo visto y clavado en él la bandera de la vieja Francia.

Al anochecer, el tren, después de una travesía bastante dificultosa, se detenía en las riberas del *Greely fiord*. Eran, entonces, escasamente, las tres de la tarde y el sol se había puesto por completo.

Como no había luna, ni estrellas, ni aurora boreal, los tres exploradores acamparon cerca del pack, sin atreverse a atravesarlo, por temor de que no estuviese suficientemente congelado para soportar el peso del tren. La temperatura, por momentos más dulce, les hacía desconfiar de los hielos.

A las nueve de la mañana, cuando aparecieron los primeros albores, prosiguieron su marcha a moderada velocidad, rodeando el *fiord* de ásperas colinas no siempre accesibles, y hacia las once, pasaban por la tierra de Grant, tierra absolutamente desierta y poco conocida que extiende sus playas hasta el canal de Robinsón, último explorado.

Salvaron también el 83° paralelo; ya sólo les separaba siete grados del Polo... El terrible Polo que durante cuatro o cinco siglos había devorado millares de víctimas humanas para no dejarse arrancar el velo misterioso que lo cubría, estaba ya vencido.

—¡Adelante, noche y día! —dijo a Ricardo el señor Montcalm, invadido de repentino entusiasmo—. Le daré mil dólares más por cada grado que me haga adelantar.

—Y yo le aseguro que me los embolsaré —repuso el ex

ballenero—. *Mister Torpon* ha muerto para mí.

El tren partió a gran velocidad, subiendo y descendiendo por las ondulaciones de la llanura helada. Al ocaso, habían salido de la tierra de Grant, pasando por el estrecho de Robinsón y la bahía de Morkham, límite que había detenido a todos los exploradores árticos.

A pesar de los múltiples obstáculos, Ricardo había dirigido maravillosamente el tren, imprimiéndole a veces una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

Allende la última tierra explorada por los audaces navegantes europeos y americanos, se extendían varias islas, que parecían picos volcánicos emergidos del mar quién sabe en qué lejanas épocas, unidas entre sí por tierras bajas y rodeadas de hielos suficientemente sólidos para aguantar el peso del tren.

No había, empero, que fiarse mucho. La temperatura era por momentos más templada y en el septentrión iban apareciendo amplios canales de agua libre, aunque flotaban en ellos algunos icebergs que debían contar quizá siglos de existencia.

—Modere usted, Ricardo —dijo el canadiense, que temía fundadamente que en el momento menos pensado cediese el pack bajo el peso del tren—. Entretanto, Gualterio, inflemos la canoa de caucho para cuando llegue el instante de utilizarla. No es muy grande, pero en caso necesario podrá sostener a tres personas.

El automóvil avanzaba con extrema lentitud; pasando de una isla a otra no sin que antes Ricardo, experto conocedor de los hielos, se cerciorase de la solidez del terreno.

Habían superado ya el 89° paralelo, después de haber atravesado una isla de relativa extensión, cuando, de improviso, se encontraron ante un vasto lago de aguas azules, poblado de montañas de hielo que el viento norte

hacía chocar entre sí con estrépito que infundía pavor.

Un pico agudo, cubierto enteramente de hielo, quizá un antiguo volcán, de costados casi inaccesibles, destacábase en aquel mar libre que una aurora boreal teñía de rojo vivo.

El canadiense lanzó un grito de júbilo.

—¡Hemos llegado a uno de los dos ejes de la Tierra!
—exclamó—. ¡Allí está el Polo!... Ricardo, la canoa!

—¡El Polo!... ¡Ese es el Polo! —gritó, a su vez, el estudiante.

—Sí, Gualterio; mañana a mediodía tomaremos el punto, y ya verá usted cómo en el vértice de ese pico se unen todos los meridianos de la Tierra.

—¿Es posible, señor?

—¿Qué pensaba usted hallar en el Polo? ¿La luna quizá o todos los rayos de Júpiter reunidos en un haz?

—No lo sé, señor Montcalm —repuso el estudiante, que parecía aturdido.

—¡Ricardo, la canoa! —repitió el canadiense—. Ponga usted en ella la gloriosa bandera de la antigua Francia.

—Ya está aquí, señor —dijo el ex ballenero, saliendo del carro llevando una caja de hierro que contenía la canoa, las piezas para armarla, dos remos y la bomba para inflarla.

El estudiante corrió a ayudarle.

En diez minutos la pequeña embarcación estuvo a punto de ser aparejada.

—Déjenme que ahora sea yo solo el que tome posesión del Polo —dijo el canadiense con voz grave, desplegando a popa una bandera con los colores de Francia.

—Está usted en su derecho, señor Montcalm —repuso Gualterio—. Usted es el primero que debe poner su planta en el eje boreal del globo terráqueo.

El canadiense había empuñado ya los remos cuando resonó en el mar libre un disparo de fusil, repercutiendo fragorosamente entre las montañas de hielo.

—¡Un disparo... aquí... a dos pasos del Polo! —exclamó con vivo estupor.

Y en seguida escapó de sus labios un nombre:

—¡Torpon!...

Ricardo y Gualterio corrieron de un lado por la playa tratando de averiguar con la mirada lo que ocurría.

Otra detonación oyóse detrás de un enorme iceberg, que oscilaba espantosamente a quinientos o seiscientos metros de la orilla, y apareció una nubecilla de humo.

—¡Un hombre hay allí! —exclamaron a una voz el estudiante y el *chauffeur*.

—Espérenme aquí —dijo el señor Montcalm—. Procuraré salvarlo, quienquiera que sea.

Y bogó furiosamente con rumbo a la gigantesca montaña de hielo, la cual, aunque el mar estaba completamente tranquilo, continuaba balanceándose como si de un momento a otro fuese a perder el equilibrio y hundirse.

Sobre una especie de planicie que daba al agua apareció una forma humana agitando desesperadamente los brazos y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro!... ¡Socorro!

El canadiense, habilísimo barquero, como todos sus compatriotas del San Lorenzo, atravesó en pocos minutos la

distancia, echó un gancho y saltó a la plataforma.

El hombre que gritaba acababa de desaparecer detrás de una protuberancia,

—¿Dónde está usted? —gritó el canadiense—. ¡He venido para salvarle!... ¡No tema nada!

Había ganado ya la cima de la plataforma, cuando cayó sobre él un hombre, blasfemando horriblemente.

Llevaba en la mano un fusil, asido por el cañón.

—¡Ah, miserable! —exclamó con acento feroz—. ¡Por fin te he encontrado y te mataré sin compasión!... ¡Tú no llegarás al Polo!

—¡Usted!... ¡Torpon!... —exclamó el canadiense, irguiéndose y dando un paso atrás—. Desgraciado, ¿qué va usted a hacer?

En efecto, era el yanqui, su rival, el que tenía delante, horrorosamente flaco y demacrado, la mirada extraviada y la nariz helada e invadida ya por la gangrena.

¿Qué había sido de aquel desgraciado a quien encontraba a la vista del Polo? ¿Dónde estaba su automóvil? ¿Dónde sus compañeros, pues no era de suponer que se hubiese arriesgado solo a tan peligrosa empresa?

—¡Abajo el fusil! —gritó Montcalm, echando mano al *bowie-knife* que pendía de su cinto y que era su única arma—. No quiero hacerle mal alguno, Torpon, aunque ha urdido usted contra mí infames traiciones.

El yanqui contestó con una carcajada envolviendo a su rival en una mirada feroz.

—Yo no he podido llegar al Polo cuando ya lo tenía al alcance de mi mano —dijo con acento sombrío—. El frío ha dado fin de mis compañeros y el Océano se ha tragado mi

automóvil, y, en cambio, usted, Montcalm, llegará sano y salvo al Polo... aunque yo fuese también, estoy seguro de que *miss Ellen* no me querría por marido ahora que mi nariz está podrida... Mire usted, sólo me queda un cartucho, pues los otros dos los he gastado para llamar la atención de ustedes; pero aun me restan fuerzas suficientes para matar a usted. Ni usted ni yo volveremos a ver más los bellos ojos de esa cruel...

—¡Abajo el fusil, *mister Torpon*! —repitió el canadiense con tono amenazador—. Vuelvo a decirle que no quiero causarle daño alguno y qué le perdono su traición.

—¿Cuál? —preguntó irónicamente el yanqui.

—Ricardo, mi *chauffeur*, me lo ha contado todo.

—Pues es un canalla. Se me queda con diez mil dólares y le deja a usted llegar al Polo. Es preciso que lo mate a él también.

De un salto se arrojó sobre el canadiense, lanzando rugidos de fiera; pero su adversario, que estaba en guardia, recelando de alguna mala jugada por parte de aquel hombre a quien los sufrimientos habían extraviado la razón, esquivó el golpe, que, de haberle alcanzado, le hubiese roto el cráneo, y asíéndole fuertemente le dijo:

—¡Ríndase!... Piense que tengo un cuchillo en la diestra...

Una blasfemia horrible, seguida de una estridente carcajada, fue la respuesta.

El yanqui soltó el fusil y a su vez asió al canadiense, tratando de arrojarlo al mar.

Una lucha terrible, feroz se empeñó entre los dos rivales, los cuales no tenían ya más armas que sus manos, pues el canadiense había dejado caer su cuchillo.

Habían caído sobre el hielo, luchando a brazo partido. De sus pechos escapaban rugidos de fiera enfurecida.

Gualterio y Ricardo presenciaban aquella lucha salvaje sin poder intentar nada para intervenir, pues la canoa se mantenía amarrada por el gancho a la montaña de hielo.

Entretanto el enorme iceberg, en sus continuos balanceos, se acercaba por momentos a la playa.

Las aves marinas que habían anidado en su cumbre huyeron despavoridos, abandonando sus huevos, y por todos los costados de la montaña rodaban bloques de hielo. Era éste un movimiento conocidísimo de los marineros prácticos de las regiones árticas. El coloso, roído en su base por las aguas que no eran lo suficientemente frías, perdía su equilibrio e iba a volverse de arriba abajo.

Ricardo lo advirtió.

—¡Señor Montcalm! —gritó—. ¡Huya usted!... ¡El iceberg va a volcarse!... ¡A la canoa, señor, a la canoa!

Desgraciadamente, el continuo y estrepitoso rodar de los bloques de hielo apagaban su voz. Por otra parte, los dos hombres luchaban con tal furor que no veían ni oían nada. Continuaban revolcándose en la plataforma, asestándose mutuamente terribles puñetazos, haciendo el uno esfuerzos desesperados para no ser precipitado al mar, y el otro para arrojarlo.

De repente, la montaña se inclinó sobre uno de sus lados, produciendo un estruendo pavoroso, como si en sus entrañas hubiese estallado un barreno colosal, y su alta cima se hundió en el agua mientras surgía la parte que hasta entonces había estado sumergida, levantando olas enormes.

Gualterio y Ricardo lanzaron un grito de angustia.

—¡Señor Montcalm!...,

Durante unos segundos vieron a los dos hombres estrechamente abrazados, levantarse en el aire, junto con la plataforma sobre que luchaban; luego una inmensa columna de agua y de espuma, un salto de la montaña y, por último, la base del iceberg...

CAPÍTULO XXV. EL REGRESO

—Y bien, señor Montcalm, ¿cómo se siente?

—Tengo un frío horrible, mi buen Gualterio.

—No es para menos... Con los pedacitos de hielo que llevaba usted encima... Además, las aguas no tenían nada de termales...

—¿Quién me ha salvado?

—El valiente Ricardo. ¡Por todos los rayos de Júpiter! Ese hombre es un verdadero oso marino. Apenas extrajo a usted de las aguas se arrojó nuevamente a ellas para salvar al otro, pero no creo que sea tan afortunado, o, mejor dicho, tan desgraciado, pues ese bisonte yanqui está mucho mejor en el fondo del Océano Ártico que en la superficie.

—¿Qué ha sido, pues, de la canoa?

—Soltóse en el momento en que el iceberg cambiaba de posición y hemos podido recogerla gracias a que las olas la arrojaron a la playa.

—¿Estará muerto realmente Torpon?

—Así es de esperar, señor Montcalm, y así lo deseo
—repuso el estudiante.

Durante unos instantes reinó en el carro profundo silencio, sólo interrumpido por el roncar de la estufa, que había sido abundantemente alimentada con objeto de caldear el ambiente y preparar el desayuno.

El canadiense, que estaba en su lecho sepultado bajo una

montaña de mantas de lana, se incorporó bruscamente y aguzó el oído.

—Gualterio, ¿lo habrá salvado? —preguntó al fin.

—Dios no lo quiera —contestó el estudiante, vertiendo en la tetera, en la que previamente había puesto dos cucharadas de té, un jarro de agua hirviendo.

—Ese yanqui era un loco.

—Y un malvado también, señor Gastón. Sus propósitos eran arrojar a usted al abismo.

En aquel instante abrióse la puerta y apareció el ex ballenero.

—¿Nada? —preguntaron a una voz el estudiante y el canadiense.

—Todos mis esfuerzos han resultado vanos —repuso el interpelado con voz ligeramente alterada—. Yace, sin duda alguna, en las profundidades del mar.

—¿Ha dado usted una vuelta completa en torno del iceberg?

—Sí, señor.

—Que las aguas le sean leves —dijo Gualterio encogiéndose de hombros—. Señor Montcalm, tómese esta taza de té, que le es muy necesaria después del tremendo baño que acaba de tomar.

Los dos hombres bebieron a grandes sorbos la aromática infusión, y Ricardo se echó sobre su lecho mientras el canadiense se dejaba cubrir nuevamente con las mantas.

Las tinieblas habían descendido con rapidez fulmínea, pues a la sazón el sol permanecía en el horizonte sólo tres horas.

—Duerma usted tranquilo —dijo Gualterio—. Yo voy a hacer guardia al Polo desde el automóvil. ¡Por Júpiter! Ahora que lo

hemos alcanzado es preciso que no se escape.

Y el alegre joven salió del carro, mientras el cielo se teñía de inmensos rayos verdes, blancos, amarillentos y, sobre todo, rojos.

La aurora boreal iluminaba el eje septentrional del mundo.

A las doce del día siguiente, Montcalm, aprovechando la tranquilidad del mar y las pocas horas de luz, se embarcó en la canoa para tomar posesión de la montaña polar, sobre cuya cima Gualterio vió brillar la noche anterior la estrella de los navegantes boreales.

Como ni el baño ni las emociones del día precedente habían debilitado sus energías, bogó con fuerza y en menos de media hora llegó a la base de la montaña, que escaló con relativa facilidad, y enarbolando sobre unas rocas la bandera de Francia, exclamó:

—Yo tomo posesión de ti, ¡oh Polo!, que durante tantos siglos has sido el sueño constante y ardiente de los más osados navegantes de Europa y de América. ¡Yo solo te he vencido, y eres mío!

Miró la cima de la montaña, contempló el mar libre que la circundaba, descendió lentamente a la playa, embarcóse de nuevo en su canoa, y fue a reunirse con sus compañeros, que le esperaban, presa de la más viva emoción.

—Partamos, amigos míos —dijo—. Nada nos resta que hacer aquí.

Y tendiéndoles ambas manos, añadió:

—Gracias. A los esfuerzos de ustedes debo también el haber llegado al Polo.

El automóvil resoplaba furiosamente como si estuviese impaciente por regresar hacia el sur, orgullosa su alma de

acero y de fuego, de haber añadido una victoria más a las muchas que el automovilismo lleva ganadas en todas las pistas del mundo.

El sol, palidísimo como si estuviese enfermo, se acostaba rápidamente, cual si se sumergiese en el mar libre polar, cuando el automóvil y su carro volvían las espaldas al norte, lanzándose a través de las islitas unidas entre sí por bancos de hielo, suficientemente sólidos para sostenerlos.

Huían temiendo que las grandes nevadas les detuviesen en las tierras de Grant, de Grinnell o de Ellesmore, las más frías y combatidas por los huracanes de todas las que se extienden allende el Océano Ártico.

Al cabo de dos días de carrera casi continua, porque espléndidas auroras boreales iluminaban, mejor que el palidísimo sol, aquellas desiertas playas, el tren cruzaba felizmente el estrecho de Robinsón a la altura de la bahía de Markham.

Diez horas de parada, o, mejor dicho, de sueño, y nuevamente a correr primero a través de la tierra de Grant y luego por la de Grinnell.

El frío había aumentado espantosamente en medio de los campos extensísimos de hielo y de las abundantes nevadas.

Dos días después, los afortunados descubridores del Polo, dejando la tierra de Ellesmore, entraron en la de Lincoln y pasaban luego a toda velocidad por el canal de Jones, sin que les pusiesen en peligro las tremendas presiones que les sorprendieron en el estrecho de Lancaster.

Estaban aún muy lejos del fuerte Churchill, único lugar donde podrían proveerse de nafta; sin embargo, confiaban en que no les faltaría combustible, y la carrera continuaba furiosa, febril, día y noche, con brevísimos descansos, a través primero de la tierra de Devón, luego por la de Baffin y la de Boothia, en medio siempre de espantosas borrascas de nieve,

y, finalmente, ganaron la bahía de Hudson. Siete días después llegaban al fuerte Churchill, que estaba medio sepultado en la nieve, con bastante nafta en los depósitos.

Ya podían considerarse de regreso en el Canadá.

Dos días pasaron los afortunados exploradores en el fuerte, agasajadísimos por los valientes cazadores, que les despidieron con entusiastas *hurra*s.

Aunque no habían cesado todos los peligros, porque durante el invierno se desencadenan continuamente furiosas tempestades de nieve, los exploradores descendieron hacia el Alto Canadá costearlo siempre la bahía de Hudson, en gran parte congelada, y a los veintitrés días de haber abandonado el Polo, entraban en Montreal, una hermosa y tranquila noche de luna llena, deteniéndose ante la verja de la quinta de Montcalm, que habían creído no volver a ver jamás.

—Silencio absoluto por ahora —dijo el canadiense, cuando estuvieron en su despacho—. Quiero que, durante cuarenta y ocho horas, todos ignoren, canadienses y yanquis, que hemos descubierto el Polo.

Tomó un pliegue de papel, trazó rápidamente unas líneas y lo entregó a su gigantesco portero, diciendo:

—Manda en seguida a *miss* Ellen este despacho.

—Inmediatamente, señor —repuso el doméstico.

—Más tarde —prosiguió el señor Montcalm, hablando a Gualterio—, diremos a los gacetilleros cuanto quieran saber.

Guardó silencio unos instantes, y prosiguió, dirigiéndose al ex ballenero:

—Ricardo, vaya usted a descansar. Mañana le entregaré un cheque por valor de diez mil dólares que, junto con los otros

diez mil que se ha ganado en la forma que sabe, le permitirán armar una buena goleta de pesca, de la que será usted patrón.

—Gracias, señor —repuso el *chauffeur*, bajando la cabeza, rojo como la grana.

—Bueno, retírese, que bien merecido tiene el descanso de que va a disfrutar.

Cuando Ricardo hubo salido, el señor Montcalm se levantó, sacó de un estante una vieja botella de Burdeos, llenó dos copas y ofreciendo una a Gualterio, le dijo:

—¿Qué supone usted que he teleografiado a *miss Ellen*?

—Que *mister Torpon* ha muerto, que usted ha ganado la apuesta y que espera su mano —repuso el estudiante.

—¿De veras? —preguntó irónicamente el canadiense.

—¡Caramba!... ¿No ha triunfado usted? ¿No ha muerto su rival?

—Beba usted, Gualterio: mañana lo sabrá.

—¡Por todos los rayos de Júpiter!... Le aseguro que no veo claro en este asunto.

—Mañana verá mejor, pues la graciosa *miss* de ojos de tigre, vendrá a hacernos una visita. Las mujeres americanas cumplen siempre sus promesas; pero le aguarda una sorpresa bastante desagradable.

—¡Cómo!... Usted...

—Beba, Gualterio —dijo el canadiense—. Ahora que nos hemos conocido perfectamente y que he tenido tiempo de apreciar las bellas cualidades que le adornan, quisiera hacerle una proposición.

—Le escucho, señor Montcalm.

—Usted ha venido al Canadá para crearse una posición.

—Es cierto.

—Le nombro, pues, si acepta, mi secretario vitalicio. Administrará mis bosques y mis inmensas posesiones y será obedecido como yo mismo.

—¡Oh, señor Montcalm! —exclamó el estudiante, alargando los brazos.

—Sí, un fuerte abrazo, mi buen amigo, y cinco mil dólares anuales de sueldo. Y ahora, Gualterio, vamos cada uno a nuestra habitación, que bien necesitados estamos de buenos lechos.

A las nueve de la mañana del día siguiente, se detenía ante la quinta del señor Montcalm un magnífico automóvil y de él descendía *miss Ellen Perkins*, bella y fresca como nunca.

El gigantesco portero la introdujo en seguida en el salón.

Un momento después entraba el señor Montcalm, saludando con una ligera reverencia y sin tenderle la mano.

Gualterio entró también en pos de él, yendo a ocultarse en el ángulo más oscuro.

—¡Ah, señor Montcalm! —exclamó la joven—. ¿Es cierto que ha llegado usted al Polo?

—Tengo testigos que pueden corroborarlo, señorita —repuso fríamente el canadiense, inclinándose de nuevo.

—¿Y *mister Torpon*?

—Descansa allá arriba, en los báratros del Océano Ártico, víctima de su audacia.

—¡Muerto!... Le ha perseguido siempre la desgracia al

malogrado...

—¡Ah!... —exclamó el canadiense con los dientes apretados.

—Así, pues, mañana todos los periódicos de América hablarán de usted, será usted el hombre más popular de los Estados Unidos y del Canadá y se hablará también de nuestro matrimonio, puesto que se ha conquistado valerosamente mi mano.

—¿Qué mano, señorita? —preguntó el señor Montcalm con acento marcadamente irónico.

—Ha sido usted el vencedor...

—Pues bien, señorita, yo renuncio a la victoria en que estaba empeñada su mano de usted —repuso el señor Montcalm en tono grave—. Las mujeres que exigen víctimas y que impelen a sus adoradores a empresas tan arriesgadas como para perder la vida, no han hecho jamás fortuna en el Canadá. Búsquese, pues, un marido entre sus compatriotas.

—¿Qué dice usted? —gritó la joven, presa de furiosa cólera.

—Que *miss* Ellen Perkins no será jamás la señora de Montcalm.

Y dicho esto, el canadiense le volvió la espaldas y salió.

La *miss* hizo añicos de un furioso puñetazo un magnífico vaso japonés y salió a su vez, acompañada de una sonora carcajada lanzada por el campeón de Cambridge.

Al día siguiente, todos los periódicos de los Estados Unidos y del Canadá saludaban con grande entusiasmo la nueva victoria del automóvil y la conquista del Polo Ártico.

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—.

Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.